ROSANA GUBER

El salvaje metropolitano

Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo



PAIDÓS ESTUDIOS DE COMUNICACIÓN

Rosana Guber

El salvaje metropolitano
Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo

PAIDÓS
Buenos Aires
Barcelona
México

Cubierta de Gustavo Macri
Foto cubierta: gentileza de Carmen Guarini

1" edición en Editorial Legasa, 1991
1a edición en Editorial Paidós, 2004
1" reimpresión, 2005

Editorial Paidós SAICF
Defensa 599, Buenos Aires
e-mail: literaria@editorialpaidos.com.ar
www.paidosargentina.com.ar

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

California 1231, Ciudad de Buenos Aires, en marzo de 2005
Tirada: 1000 ejemplares

ISBN 950-12-2719-7

Índice♣

♣ Los números de página corresponden a la versión impresa.

A la memoria
de Ester Hermitte

Prólogo a la segunda edición

En abril de 1988, hace quince años, terminé de redactar El salvaje metropolitano. Desde entonces, tanto se ha publicado sobre él trabajo de campo y la etnografía, y tantas cosas han pasado en el mundo y en mi vida personal e intelectual, que parece una temeridad reeditar un libro aparentemente tan comprometido y atravesado por cierta coyuntura.

A decir verdad, creo que la decisión de reeditar El salvaje metropolitano obedece, además de a la afortunada y poco corriente decisión de Editorial Paidós y de Raúl Illescas de emprender una "reedición", a otras dos razones. Una es la extraordinaria demanda del libro mientras estuvo en las librerías, y aun después. El primer Salvaje se hizo solo, caminó por los negocios y llegó a rincones inesperados (para mí). En esto, su trayectoria se parece bastante al trabajo de campo etnográfico que predica en sus páginas: no es estridente ni se viste de gala; es cotidiano, lleno de placeres e incomodidades, de explosiones de risa y de rabia, con errores y uno que otro acierto. Sigo creyendo que el trabajo de campo etnográfico es el método (o mejor dicho, el conjunto de actitudes o disposiciones metodológicas) de las ciencias sociales que más se parece a la vida. Por eso, El salvaje metropolitano quiso vestirse de manual, pero sólo puede tomarse como un texto "a mano" que advierte contra los métodos cerrados y los caminos sencillos, previsibles y garantizados. Al volver a leerlo para su reedición, me encuentro con la misma intención antirreceta del "trabajo de campo ideal" o del "procedimiento perfecto" con que, recuerdo, lo escribí. Los trabajadores de campo etnográfico sabemos que ni informantes clave ni rapports, ni llamar a ciertas formas de interacción social con el nombre rimbombante de "técnicas etnográficas", nos salvan del desconcierto, [13] la improvisación, el sentido común, los pasos en falso y las justificaciones retroactivas.

Quizás por eso El salvaje metropolitano entró en muchas casas y en muchos trabajos de campo bajo la forma legal del libro, y la forma ilegal de la fotocopia, especialmente desde que alrededor de 1996 desapareció de las librerías. El texto les servía a los jóvenes investigadores para sus primeras entradas al campo. Porque siempre hay jóvenes investigadores en cada uno de nosotros, no sólo en edad y experiencia, y porque cada trabajo de campo es tan único que siempre parece el primero, decidí volver a publicarlo.

Pero hay otra razón para esta decisión. Visto en perspectiva, sus principios se sostienen hoy, pese a todo lo escrito sobre trabajo de campo, reflexividad y etnografía en antropología, sociología, comunicación, ciencias políticas, ciencias de la educación, ciencias de la salud, planificación y administración pública, etc. Por ello, me limité a homenajear al Salvaje con una breve estadía en un spa, a hacerle un ligerísimo liftingsm cambiarle su apariencia ni su cuerpo de operario de taller. En verdad, creo que el tratamiento le sirvió para ponerse a tono con lo que he aprendido en estos años y con los trabajos de campo que hice, aunque afortunadamente encontré que seguíamos en la misma sintonía; por eso él sigue siendo quien era y yo pude respetarlo. Meterme a fondo con El salvaje de 1991 hubiera sido civilizarlo, y nada más lejos de mis deseos.

Mucho puede cambiarse y corregirse a la luz de todo lo que se ha escrito y de cuanto ha ocurrido en el mundo y, particularmente, en la Argentina. El libro se ocupa del trabajo de campo, sus fundamentos, su ejercicio y sus menesteres; los ejemplos proceden de lo que fue mi experiencia de investigación hasta 1988, esto es, antes que el desempleo

alcanzara los niveles que alcanzó y la pobreza urbana se degradara en formas desconocidas para los argentinos. Mi trabajo de campo posterior apareció en varios artículos publicados en la Argentina y en el exterior, y en un breve volumen titulado Etnografía. Método, campo y reflexividad (2001), que Aníbal Ford, tan gentilmente como publicó el primer Salvaje, incluyó en su colección "Cultura y Comunicación" (Ed. Norma). Apliqué cierta cirugía en la primera parte, pero el resto quedó casi tal como estaba: los ejemplos, los ejercicios y el argumento. Decidí incluir a lo largo del texto alguna bibliografía más reciente como para ampliar el universo de lecturas posibles y profundizar en los temas tratados, y muy especialmente agregué algunas referencias a la antropología argentina que ya aparecen en un volumen con Sergio E. Visacovsky, Historia y estilos de trabajo de campo en Argentina (2002). Por último, decidí abreviar el nuevo Salvaje sacándole los dos apéndices, uno sobre el estudio del ritual jurídico, de Esther Kaufman, y otro sobre antropología visual, de Carmen Guarini, como muestra de mi [14] respeto hacia dos temáticas que fueron punta en numerosas publicaciones hasta autonomizarse como campos de trabajo.

En esta ocasión agradezco muy especialmente a mi hermano Sergio Guber, quien ayudó decisivamente a convertir la vieja edición en un material disponible para revisar y editar. Dedico este Salvaje remozado a mis dos madres: a la memoria de mi madre académica y sobre todo etnográfica, Esther Hermitte, cuyas enseñanzas se acrecientan cuanto más la leo, la estudio y la enseño; y a mi madre biológica e intelectual, Rebeca Cherep de Guber, con mi admiración de toda la vida.

R. G.

Buenos Aires, 20 de diciembre de 2003. [15]

Agradecimientos

Mientras revisaba los primeros borradores de este libro, recibí comentarios de algunos colegas a quienes había entregado los capítulos en preparación. Sus puntualizaciones me llevaron a reformular, sus-tancialmente en algunos casos, las líneas principales de este trabajo. Colaboraron conmigo los colegas Cacho Babor, Victoria Barreda, Graciela Batallan, Rubens Bayardo, Silvana Campanini, Blanca Carrozzi, Magdalena Chiara, Ana Domínguez Mon, Claudia Giróla, Ariel Gravano, Carmen Guarini, Mónica Lacarrieu, Federico Neiburg, Ana M. Rosato, Sofía Tiscornia y Sergio Visacovsky. Mauricio Boivin me ha facilitado publicaciones recientes, lo que ha permitido actualizar la bibliografía de este libro y la problematización de temas y enfoques, y ha contribuido a profundizar y extender el campo de discusión. Con los miembros del programa de Antropología Urbana, dirigido por Carlos Herrán, en el Instituto de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires (UBA), he tenido la posibilidad de analizar algunas de estas inquietudes con referencia a la cuestión urbana en antropología. Con los integrantes de la cátedra Técnicas de Investigación de Campo, en la carrera de Ciencias Antropológicas de la UBA, hemos estado discutiendo las condiciones de la "salida al campo" y la revalorización de la propia capacidad de reflexión y de observación. Las reflexiones con A. M. Rosato sobre la construcción del objeto de conocimiento, llevadas a cabo en el Seminario de Investigación en Antropología Social (UBA) en 1985, dirigido por Hugo Ratier, resurgen en algunos capítulos con nuevos planteos y sistematizaciones. Las lúcidas observaciones de Raúl Díaz y Cecilia Luvecce fueron decisivas para la orientación posterior de esta obra.

A esta tribu de intérpretes, traductores e interlocutores, todos ellos trabajadores de campo, los considero verdaderos colaboradores de la [17] tarea emprendida aquí y les agradezco su participación desinteresada en esta discusión. Mi mayor reconocimiento es a su tenacidad antropológica, a su obstinación en reconstruir una disciplina que se quiso i ignorar y condenar al olvido. Si nuestra forma de trabajo puede ayudar a recuperar la voz y los modos de quienes, en los años sesenta, iniciaron el camino de una antropología argentina, habremos cumplido con una parte importante de nuestra propuesta.

En las múltiples idas y vueltas hasta que estas páginas alcanzaron la forma de un libro, Victoria Casabona fue un magnífico puente entre aquellas primeras instancias de "debate tribal" y la corrección final del manuscrito. Victoria no fue sólo su coordinadora editorial, sino que gradualmente se transformó en comentarista crítica y global, en revisora terminológica y en orientadora final de la estructura de este volumen. La claridad y organización de esta versión definitiva -¿qué otra palabra cabe para las ideas materializadas en un libro?— se deben, entonces, a su dedicación, sus sugerencias, su imaginación y su generoso involucramiento con mi enfoque. Desde este Salvaje no puedo ya agradecerle, sino compartir con ella el camino y los logros de esta publicación.

El Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) subsidió esta edición otorgando los fondos para su financiamiento parcial. Clara Lourido y el Negro A. Moreno computerizaron el libro hasta poblarlo de códigos comprensibles para los impresores. Les agradezco que me hayan allanado esta última etapa.

Mis viejos, Rebeca Cherep, matemática, y José Guber, ingeniero, siempre impulsaron mi producción antropológica, y fueron quienes me presentaron, por primera vez en mi infancia, a este Salvaje. Yo, por mi parte, se los acerqué con mi vida profesional, en un diálogo que subyace en el camino que conduce a este libro. Pero quisiera decirles también que, si fuera tarea de la antropología reconocer que la relación fundamental de la cultura reside en la consanguinidad y la alianza, a papá y mamá les agradezco nada menos que nuestro parentesco.

Esther Hermitte fue mi primera docente en antropología social y en cuestiones de trabajo de campo. Cada vez que, dicho en sus palabras, se ponía "en informante" de sus alumnos, podía palparse en qué consistía ese "oficio de antropólogo" -parafraseando a Bourdieu, Passeron y Chamboredon (1975)-: hecho de miedos, condicionamientos, incapacidades, pero también de aciertos y decisión; la misma decisión que Esther nos transmitió a muchos de nosotros al alentarnos a comprometernos con un conocimiento crítico. Los que la acompañaron alguna vez dicen que era una trabajadora lúcida y sagaz. A los que no tuvimos esa suerte, logró transmitirnos que creía profundamente en el trabajo de campo como medio de conocer la [18] realidad de la gente, sosteniendo con su propia vida que era arbitrario a ilegítimo pontificar la verdad sociológica desde la torre de marfil. Más tarde fui su ayudante y luego su adjunta en la cátedra de Metodología y Técnicas de la Investigación de Campo, en la Universidad de Buenos Aires. Ella murió en julio de 1990, entre la primera redacción de este libro y su publicación. Me había honrado sobremanera al aceptar prologarlo. Hubiera querido llevarle el primer ejemplar. Hubiera querido que supiera que le dedicaría este libro; hoy, lo dedico a su memoria.

R.G
Octubre de 1990 [19]

Presentación

Mucho se ha debatido y se sigue debatiendo aún acerca del destino de la antropología social. Las predicciones apocalípticas al respecto se basan, fundamentalmente, en dos argumentaciones. La primera hace hincapié en la desaparición del objeto de estudio empírico tradicional de la disciplina: los llamados "pueblos primitivos" o "salvajes". La segunda postula que la común referencia teórico-metodológica de las ciencias sociales diluye la identidad de una disciplina específicamente antropológica. Ante un panorama semejante, surge de inmediato una pregunta clave: ¿ha muerto la antropología social?

El libro de Rosana Guber constituye una rotunda respuesta negativa. En la primera parte, la autora se encarga pacientemente de mostrar, con diversa profundidad en sus análisis y propuestas, que la antropología social no se halla anclada inexorablemente en un objeto de conocimiento en extinción, como son los pueblos primitivos. Por otro lado, y fundamentalmente, desarrolla las técnicas que han dado identidad a la metodología antropológica y las presenta como instrumento de producción de un conocimiento específico dentro del campo de las ciencias sociales.

La primera parte de este libro implica un considerable esfuerzo de Guber por acercar al lector un material accesible, estimulante por la profusión de ejemplificaciones que desgrana, mostrando los diversos campos que actualmente abarca la antropología social desde una modalidad investigativa y un ya centenario interés por sondear lo extraño, lo diverso. Guber empieza, en estas páginas, a delinear la conceptualización de un aspecto de la disciplina inalterado desde una perspectiva teórico-epistemológica: la diversidad. Plantea, así, que la antropología ha refundado su riqueza y productividad teóricas en su voluntad de sorprenderse por la cotidianidad, ahora ubicada primordialmente [21] en nuestra propia sociedad, una cotidianidad que suele concebirse como obvia y racional. La antropología social se destaca por detenerse en aquello que otras disciplinas suelen pasar por alto: el mundo tal y como lo viven y explican sus propios protagonistas. La perspectiva del actor es, pues, otro pilar fuerte de la argumentación de esta joven investigadora, que muestra que la única manera de rescatar el mundo social como alteridad de una familiaridad aparentemente previsible es mediante el reconocimiento de los mundos teórico y del sentido común que impregnan al investigador y mediante una puesta en diálogo de éstos con el mundo social a explorar.

La segunda parte, más específicamente técnica, tiene la virtud de mostrar, en función de la importancia metodológica que le atribuye, la parte oculta y frecuentemente gris de la producción en ciencias sociales, haciendo de las técnicas un objeto de reflexión insoslayable en la producción del conocimiento antropológico. Dirigidos a un público amplio, estos capítulos alientan a la recuperación reflexiva de la experiencia e, incluso y fundamentalmente, de los errores en campo. Antropológicamente socializada en la productividad teórica del trabajo de campo, Guber sostiene con recursos adecuados la centralidad metodológica de esta instancia de la producción del conocimiento, revalorizando los viejos principios de esta práctica cualitativa desde nuevas corrientes teóricas y metodológicas a las que nos introduce. Dentro de la escasa bibliografía metodológico-técnica existente en la Argentina, el aporte de Guber no sólo se muestra novedoso, sino que también resulta desusada la profusión de sus argumentos y su detenimiento en la problematización de lo que, usualmente, es presentado de manera principista en la bibliografía respectiva.

Para terminar esta presentación, debo decir que la tarea de coordinadora editorial que he desempeñado para esta publicación no ha carecido de vicisitudes, dificultades y aprendizaje. Fueron arduas las jornadas de corrección y armado de esta edición, finalmente concretada en este libro a pesar de los problemas del mercado editorial. El resultado será juzgado por los lectores. Mi deseo más caro es que el libro cuya edición he coordinado contribuya a la discusión y desmitifique la investigación de campo, presentándola como una tarea abordable, no por su simpleza, sino por el estímulo que significa para la reflexión y la construcción del rol del investigador.

Victoria Casabona
Buenos Aires, agosto de 1990 [22]

Prólogo

> La antropología insiste en afirmar la primacía de lo real, que se oculta en lo aparentemente maligno, lo aparentemente falso, lo aparentemente feo. Por lo tanto insistí en el trabajo de campo, esa forma de ritual en la que el investigador se templa en el curso de la observación con participación.
>
> Eric Wolf, 1964.

El libro de Rosana Guber aborda, en forma amplia y profunda, las técnicas antropológicas usadas en la investigación de campo. Su análisis no se detiene en el examen escueto de las técnicas cualitativas practicadas, tales como la observación con participación y las entrevistas, sino que se adentra en ese proceso polifacético que es el trabajo de campo, al referirse a sus principios epistemológicos y a los roles decisivos, como los del informante y del investigador.

El trabajo de campo en antropología social surge a principios del siglo XX, si bien hay algunos antecedentes de permanencia breve, junto a los pueblos en estudio, hacia fines del XIX. Dos nombres aparecen como señeros en la práctica de estadías prolongadas en el terreno para lograr esa "resocialización en una cultura extraña", como la llama Rosalie Wax (1971): son los de A. R. Radcliffe-Brown, quien entre 1906 y 1908 llevó a cabo su estudio de los nativos de las islas Andamán, y B. Malinowski, que pocos años más tarde estudió &• los melanesios de las islas Trobriand (de junio de 1915 a mayo de 1916, y de octubre de 1917 a octubre de 1918).

En un capítulo introductorio, Malinowski vuelca en forma intensa sus vivencias desde la llegada al campo hasta su inmersión casi total en la vida indígena, "en los imponderables de la vida diaria", como los llamaba. A 66 años de la publicación de Los argonautas del Pacífico Occidental, los temas que trata este autor sobre su experiencia de campo continúan siendo de interés para quienes aspiran a sentar las reglas de procedimiento a seguir en el terreno.

La práctica de un trabajo de campo prolongado no se inicia y culmina con esos dos antropólogos, sino que, como formadores de nuevas generaciones de antropólogos, a su vuelta a Inglaterra, esa práctica continúa [23] y se afianza. Será la época de los estudios antropológicos en África y el Pacífico.

Pero el trabajo de campo y su duración prolongada no son premisas privativas de la antropología social. En los Estados Unidos existe la escuela de sociología de la Universidad de Chicago, cuyos investigadores han seguido esa tradición. Se podrían citar varios nombres, pero mencionaremos sólo un caso notorio, el de William F. Whyte, autor de Street.Córner Sodety, quien residió tres años y medio con una familia de italianos en la ciudad de Chicago para realizar su investigación.

El profesor Robert Redfield solía decir en sus clases que así como el número 4 era sagrado para los mayas, debía también serlo para los antropólogos, ya que, por lo común, hasta pasados los cuatro meses de la iniciación del trabajo de campo no se comenzaban a desentrañar los hilos de la compleja trama de un sistema social y, por lo tanto, no se podía responder a las clásicas preguntas de "quién es quién", "quién con quién", "cómo" y "por qué" de la interacción social.

La proliferación de estudios antropológicos, con el concomitante trabajo de campo, originó una inquietud que se reflejó en algunas publicaciones. La revista Human Organization, órgano de la Sociedad de Antropología Aplicada de los Estados Unidos, manifestó esa preocupación en la década de 1950, cuando comenzó a aparecer una sección dedicada especialmente a métodos y técnicas de campo; en ella se abordaron múltiples y variadas situaciones del terreno, que van desde las mínimas y superfinas de cómo sobrevivir con un relativo confort, pasando por la conveniencia o no de residir en la comunidad en estudio, hasta el grado de involucramiento que debe tener el trabajador de campo con los miembros de la comunidad, incluyendo la subjetividad del antropólogo y los problemas éticos que pueden planteársele, sea en la recolección de los datos o en su publicación. Junto a esa preocupación por el trabajo de campo, las mejores formas para llevarlo a cabo y el empleo de controles necesarios para asegurar la confiabilidad y verificabilidad de los datos, encontramos que los antropólogos publicaron sus resultados finales de investigación sin detenerse a explicitar las técnicas utilizadas o las penurias del campo y sus correspondientes logros. Sólo años más tarde comienzan a aparecer textos y manuales con recomendaciones y caveats sobre el trabajo de campo, pero su número nos parece insuficiente si se lo compara con el desarrollo de la disciplina.

Encontramos en la Argentina una situación muy diferente, pues por muchos años, y a ello nos referiremos más adelante, no llegó a consolidarse en los estudios de antropología social la práctica prolongada de campo. Por motivos que no detallaremos aquí, la antropología social en la Argentina tiene, por una parte, un comienzo tardío y, por otra, una práctica débil del trabajo de campo que demoraría años [24] en modificarse. En lo que atañe al primer aspecto, debemos mencionar aquí al Dr. Gino Germani, quien desde su disciplina, la sociología, dio impulso a los pasos iniciales gestionando la venida de antropólogos sociales como profesores visitantes en la Universidad de Buenos Aires (Ralph Beals y Burt y Ethel Aguinsky) y contribuyendo a la elaboración de nuevos planes de estudio que la incluyeran como materia. Esto sucedía muy a fines de la década de 1950. Con respecto a una práctica débil del trabajo de campo, nos referimos específicamente a que, por lo general, las etapas de trabajo en terreno eran muy breves, hecho explicable en parte por la falta de recursos, ya fueran personales o de entidades auspiciantes, pero también por falencias metodológicas, es decir, un equivocado concepto acerca de que un estudio de una comunidad puede llevarse a cabo en un mes. Esa modalidad fue felizmente revertida, lentamente al principio (fines de los años sesenta y principios de los setenta), por algunos antropólogos argentinos, la mayoría formados en el exterior, y por algunos extranjeros que eligieron temas de investigación para llevar a cabo en nuestro país.

Quisiéramos mencionar, aunque sea en forma sucinta, lo que significaron las décadas de 1960 y 1970 para la antropología social en la Argentina. Las posibilidades de esa disciplina —fueran de docencia o de investigación- sufrieron un marcado deterioro ya que fue, junto a la sociología y la psicología, una disciplina cuestionada por el ámbito académico oficial.
Esa situación se habría de reforzar notablemente a partir de 1976. Los investigadores que continuaron trabajando, con poquísimas excepciones, lo hicieron sin apoyo institucional y sin recursos económicos del medio académico nacional. En la década de 1980, el panorama cambió, más específicamente a partir de 1984, cuando se reiniciaron las posibilidades de investigación con la apertura de entidades nacionales que otorgaban becas y subsidios y con la modificación de los planes de estudio en la universidad,

dando cabida a nuevas materias que contribuirían a la formación del antropólogo en la teoría y sus posibilidades de elaborar un ajustado diseño de investigación empleando técnicas más adecuadas.

Aunque el camino a recorrer sea aún largo, creemos que en el momento actual existe un fortalecimiento cuyos indicadores más importantes serían la variada temática abordada por antropólogos en sus investigaciones y la celebración de dos congresos de antropología social realizados en la Argentina (1983 y 1986) con una nutrida asistencia y presentación de ponencias de antropólogos nacionales y extranjeros.

Quien escribe estas líneas es antropóloga social, R. Guber también lo es; pero a pesar de que el subtítulo de este volumen aluda a técnicas [25] antropológicas, confiamos en que sea de utilidad para un espectro más amplio de estudiosos de diversas disciplinas que deban abordar la situación de campo y conocer a ese otro en proyectos de educación, salud, vivienda, desarrollo, etcétera.

Por último, es oportuno decir aquí que es éste el primer libro que se publica en la Argentina sobre el tema, lo cual, unido a la falta de traducciones de algunos títulos del exterior, lo torna más relevante para suplir una sentida carencia.

Esther Hermitte
Buenos Aires, mayo de 1988 [26]

Introducción

En 1979, los estudiantes argentinos teníamos muy pocos espacios donde formarnos como antropólogos sociales. Además de la Universidad de Misiones, sólo algunos institutos privados ofrecían trabajo a los antropólogos ya formados y "declarados prescindibles" por las universidades nacionales, y una formación seria y actualizada a los jóvenes estudiantes e investigadores. A algunos el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES) nos ofreció un ámbito donde la antropología social no estaba mal vista ni significaba una postura política (subversiva e inquietante); era una especialidad dentro de las ciencias sociales, con sus nociones, sus formas de trabajo y, también, sus limitaciones.

Esther Hermitte dictaba algunos cursos allí. Se había graduado como profesora de Historia en 1950 en la Universidad de Buenos Aires, cuando todavía no existían las modernas licenciaturas y las materias de antropología se dictaban, como las de geografía, en el profesorado de Historia. En 1963 se doctoró en la Universidad de Chicago, Estados Unidos, después de un trabajo de campo de 24 meses en Las Rosas, Finóla, una localidad de Chiapas, México. Ese trabajo de campo, con el que logró el posgrado "Master of Arts" y "Philosophical Doctor", y los premios respectivos a la mejor tesis de antropología, redundó en una serie de anécdotas que contaría, una y otra vez, ante sus alumnos. En 1965 regresó a la Argentina para sumergirse en los vaivenes económicos y políticos generales que afectaron tan decisivamente el medio universitario y la producción científica local. Lo hizo desde el Instituto Di Tella y, como no entendía la antropología sin campo, empezó a estudiar la tejeduría "tradicional" en una localidad de la provincia de Catamarca. Allí la acompañaron varios [27] antropólogos (Beatriz Alasia, Carmen Guarini), pero su asistente principal fue Carlos A. Herrán.

Mi primer contacto con el tema de este libro tuvo lugar, precisamente, en 1979, en un curso que Esther dictaba en el IDES sobre técnicas de campo etnográficas. Ese primer contacto fue, por lo menos, problemático. Esther no hablaba explícitamente de teoría; munida del estructural-funcionalismo del Departamento de Antropología que había alojado a A. R. Radcliffe-Brown, alumna y tesista de Julien Pitt-Rivers, y admiradora del interaccionismo simbólico de Erving Goffman, no le interesaba debatir los alcances y limitaciones del positivismo y el interpretativismo en el campo. Prefería, en cambio, señalarnos nuestras torpezas de aprendices al formular un cuestionario, registrar una entrevista, emprender observaciones, presentarnos a nuestros informantes, etc. A diferencia del mensaje de la mayoría de los manuales de la época de ciencias sociales, esas críticas no apuntaban a hacer de nosotros observadores "neutros" y "objetivos de la realidad". O, en todo caso, la neutralidad y la objetividad eran puntos de llegada, términos a construir en contextos socioculturales concretos. Sus observaciones eran todavía más duras cuando nuestra actitud hacia el campo se mostraba menos problemática y -en mis palabras, no en las de ella- se enunciaba más desde el "sentido común"; en fin, su blanco preferido eran nuestras certezas.

Y pese a que queríamos creer lo contrario, al concluir el curso, Esther nos había convencido de que no sabíamos escuchar y entender a nuestros informantes, que nos resultaba difícil atenderlos en sus términos, que no bastaba declamar que teníamos una mente amplia y que "queríamos a la gente" para poder comprenderla; esto sólo podíamos hacerlo desde nuestras formas de concebir el mundo y la vida cotidiana, lo que claramente significaba que estábamos manejados por poderosos supuestos o prejuicios

de estudiantes universitarios de clase media urbana porteña de los años setenta (huelga decir que, en esa época, darse cuenta de todo esto era una herida tan personal como política). Así que el primer trabajo debíamos hacerlo con nosotros mismos, mucho más que con los indios, los pobres y los campesinos, y mucho más también que con la elaboración teórica que, aunque im-' portante, no podría sernos de utilidad si se constituía en nuestra única lente; de ser así descubriríamos sólo lo que esperábamos encontrar. La pregunta era, y sigue siendo: teoría "desde dónde" y "para qué". Esto significaba, también, que el campo y las técnicas tenían cierta autonomía, y que saber teoría no garantizaba un buen trabajo ni un buen acceso ni una buena comprensión. En estos términos bastante simples experimenté mi primera confrontación con el mundo del trabajo de campo, que para Esther era mucho más rico y complejo que las meras "técnicas". Pero, ¿cómo recorrían este proceso los demás [28] antropólogos? ¿Cómo aprendían las técnicas? ¿Cómo salían por primera vez al campo?

El capítulo introductorio de Bronislaw Malinowski a su etnografía Los argonautas del Pacífico Occidental en un pueblo melanesio, publicada en 1922, sigue siendo considerado por la memoria colectiva del gremio antropológico como el primer intento de presentar explícita y sistemáticamente la metodología y técnicas cualitativas del trabajo de campo. Paralelamente, en los Estados Unidos, Franz Boas explicaba sus procedimientos en el campo de la lingüística y la recolección de la tradición oral. Sin embargo, el tono de estas notas, generalmente limitadas al prólogo y el capítulo inicial de la etnografía, era siempre científico y distante, similar al de los químicos cuando explican sus procedimientos para producir una reacción en el laboratorio. Proponer una aproximación personalizada al campo -es decir, a esas personas que habrían de cooperar con el etnógrafo y aprender a tolerar su presencia en la vida cotidiana— era, por lo general, considerado poco serio y científicamente irrelevante. En el campo de los antropólogos (y sobre todo, de los antropólogos hombres), la subjetividad, los fracasos y los sentimientos prohibidos estaban reservados al diario de campo, una especie de confesor de papel con funciones catárticas, restringido al ámbito privado del investigador, y que no se pensaba publicar.

¡Cuan incompleta hubiera sido nuestra imagen de las grandezas etnográficas de Malinowski, y de aquella introducción metodológica, si, como a veces sucede pero esta vez no sucedió, sus secretos no se hubiesen filtrado en el negocio editorial! En este caso, el diario se hizo best-seller, pero casi medio siglo después que el resto de sus obras. A Diary in the Strict Sense ofthe Term (1967) presenta a aquel genio precursor de la antropología científica sumergido en fantasías eróticas, cuadros depresivos o actitudes llanamente prejuiciosas: Malinowski recordaba a su prometida y futura esposa que había quedado en Australia, abominaba de esos indígenas que solían parecerse más a una masa de mendigos que a una escuadra disciplinada de informantes culturales. Ésta era la cara oscura y solitaria del trabajo de campo. ¿Pero acaso ello desmerecía sus grandezas? ¿Hubiera brillado menos su genio o hubiera menguado su aliento precursor si nosotros hubiéramos conservado la imagen certera, profesional y empeñosa que trasuntaba en su introducción?

La metodología y las técnicas etnográficas fueron gradualmente ocupando un lugar -secundario, pero lugar al fin— en la literatura-de la disciplina. Los dos géneros prevalecientes reflejaban, precisamente, esta tensión entre la pretendida cientificidad y el personalismo autobiográfico de tono confesional: los manuales o guías de trabajo, por ejemplo los de Bartlett et al. (1969), Naroll y Cohén (1973), Pelto y Pelto (1970) y las

narraciones de la propia experiencia de campo, [29] con anécdotas y reflexiones sobre las técnicas empleadas (Mead (1976, 1981), Briggs (1970), Wax (1971). El género del ensayo autobiográfico tuvo mayor caudal y difusión no tanto porque se propusiera cumplir la función de guía práctica para salir al campo, sino porque el contexto de la producción antropológica en particular, y la científico-social en general, contribuyó decisivamente en esta dirección.

En la década de 1960, las guerras de liberación de quienes hasta entonces no parecían más que repositorios pasivos de la cultura "tradicional" abrieron una serie de interrogantes al desafiar las certezas de administradores y trabajadores de campo metropolitanos. Ni tradicionales, ni pasivos, ni ahistóricos, ni aislados. Los antropólogos, como cualquier otro blanco, europeo o norteamericano, se vieron repentinamente cuestionados como agentes del imperialismo labrando investigaciones de dudoso destino. Todo lo cual no era una novedad. Basta recordar la introducción a Los Nuer, donde el británico E. E. Evans Pritchard (1977) recordaba las malas pasadas que le jugaban sus informantes. Sin embargo, el pasaje de quienes habían sido objeto de dominación colonial a sujetos políticos autogobernados modificó, si no las desigualdades, al menos algunas reglas del sistema mundial y, también, las inquietudes, las preguntas y la autopercepción de historiadores, etnógrafos, economistas y politólogos en tanto que investigadores empíricos. Las reflexiones acerca del propio rol en el campo, la propia sociedad y, sobre todo, el cuestionamiento de una ciencia neutral y apolítica empezaron a hacer pie en la literatura antropológica a fines de los sesenta, y se instalaron masivamente en los ochenta, de la mano de los cuestionamientos epistemológicos procedentes del psicoanálisis, la fenomenología, algunas vertientes del marxismo, el postestructuralismo y los aportes de la crítica literaria.

Como veremos en la primera parte de este libro, los modos dominantes de concebir la investigación antropológica hasta los años setenta, por lo menos, se dividían entre quienes jerarquizaban los datos, la descripción de la unidad sociocultural, y quienes cifraban sus esperanzas de precisión científica y garantía explicativa en las técnicas empleadas para recoger y analizar la información. Los primeros entienden que las técnicas no merecen un análisis especial pues, con el correr del tiempo y al cabo de una estadía prolongada, cualquiera con dos dedos de frente puede ingeniárselas para obtener información "cultural". El énfasis metodológico puede recaer, en todo caso, en el análisis o el "trabajo de gabinete" (¡valgan las metáforas del campo de las ciencias "duras"!). Para los segundos, la técnica es transformada en un principio general, un recetario que indica "qué hacer" y "cómo hacerlo". Tal es, por ejemplo, el enfoque y, también, la limitación de los manuales de técnicas que, al no reflexionar desde la experiencia concreta de convivencia y de indagación, convierten el trabajo [30] de campo en una guía de "procedimientos", supuestamente libres de valores y problematización.

Pero si las técnicas se resuelven, para unos, en el automatismo de la rutina de campo y, para otros, en el principio abstracto de una aplicación no reflexionada, están también quienes sostienen que no hay métodos ni técnicas neutras, libres de implicaciones y fundamentos teóricos: las técnicas están impregnadas de supuestos que no provienen del campo sino que son intrínsecos a los investigadores. La explicitación de dichos supuestos resolvería -en el sentido de limpiar el campo de malezas- qué hacer, qué buscar, cómo registrar, cómo relacionarse con los informantes; una vez develada la teoría subyacente, las técnicas "saldrían solas" automáticamente. Desde esta perspectiva, las técnicas no despiertan un interés más que subsidiario respecto de la

teoría del conocimiento y de la sociedad que emplea el investigador. A pesar de que esta perspectiva es, en muchos aspectos, más analítica y menos simplista que las anteriores, presenta algunos inconvenientes. Para referirnos sólo a los de índole práctica, y postergar para la primera parte de este volumen el tratamiento epistemológico sobre el teoricismo, cabe señalar que, una vez en el campo, la dinámica de la vida cotidiana y/o los llamados "imprevistos" suelen requerir del investigador respuestas más inmediatas que meditadas elaboraciones, de manera que en no pocas ocasiones el sentido común le "gana de mano" a la teorización, y el resultado final es, en definitiva, el mismo que el del pragmatismo o el recetario.

El tratamiento de las técnicas como una cuestión del sentido común, como recetas o como apéndices de la teoría, ha tenido algunas consecuencias -no siempre felices- en la práctica antropológica y, más genéricamente, en la elaboración y empleo de técnicas cualitativas en las ciencias sociales. La dificultad más importante se tradujo en la imposibilidad de generar un espacio de reflexión autónomo acerca del trabajo de campo, ese momento crucial de la producción antropológica. El tan mentado rito de pasaje de esta profesión no ha llegado a constituirse en un objeto de estudio. Esto significa que dichas reflexiones no encuentran, por ahora, un lugar específico, con aportes peculiares al conocimiento de la sociedad y de los pueblos.

Por eso aún hoy se mantiene el patrón de publicación según el cual el análisis de los antropólogos sobre su propia práctica se limita a un producto externo y paralelo al de la "ópera magna"; la etnografía. Así, una investigación termina siendo un volumen central donde se exponen las tesis, las teorías y los datos procedentes del campo que las sustentan; si hay tiempo, material e interés, es posible encarar otra publicación, pero esta vez en tono intimista, confesional, heroico, narrando las memorias y experiencias en tierras extrañas, los avalares de un antropólogo para obtener la aceptación -a la que algunos llaman [31] "amistad"— de los nativos-informantes. Sin embargo, estas memorias no llegan a integrarse al cuerpo del conocimiento teórico-an-tropológico que ellas mismas han engendrado. Lo tratado en el capítulo, el apartado o el prólogo metodológico queda desvinculado del resto de la investigación; las precisiones técnicas caen en el olvido mientras se lee la obra, como si fuera un telón de fondo y una garantía convalidante de los datos obtenidos. Y como, de acuerdo con los estándares de la "ciencia internacional", al antropólogo se lo evalúa no por estas reflexiones -a las que muchos aún consideran versiones noveladas de perfil narcisista- sino por su etnografía, ello da más motivos para que los antropólogos olvidemos o releguemos el análisis de aquel momento fundante y distintivo de nuestra práctica profesional a un irrelevante y oscuro segundo plano.

Este relegamiento tiene otra consecuencia que afecta nuestras lecturas etnográficas. En este tipo de obra se presenta al grupo, sociedad o individuo en cuestión en el fluir de su vida cotidiana, en la organización de sus ceremonias y en el cumplimiento de su ciclo vital. Aunque el investigador no crea en ese "presente etnográfico" que describe la situación de una unidad social como una situación estática válida tanto para hoy como para el pasado más remoto, es decir, aunque el investigador desee historizar a ese grupo en vez de presentarlo como un "pueblo sin historia" digno de una vitrina de museo de ciencias naturales, es sin embargo frecuente que proceda como si fuera una cámara fotográfica donde se borran los movimientos del fluir cotidiano, no se recorre ningún proceso y no se presentan fisuras. Y cuando éstas se abren camino y emergen indiscretamente, la transmisión se interrumpe para seguir más tarde y maquillar de

coherencia la versión final. De hecho, se niega el rastro de marchas y contramarchas que recorre cualquier proceso de conocimiento. La deshistorización de la persona del investigador, de su conocimiento sobre otras sociedades (o sobre la suya propia) y, fundamentalmente, el ocultamiento de cómo la sociedad y la cultura que el investigador lleva consigo se orientan y desorientan en ese proceso son entonces evidentes.
Desgraciadamente, este libro no es un ejemplo donde se integren el material etnográfico y el trabajo de campo. Es, en cambio, un intento de reflexionar sobre esta posibilidad. Pero el espacio por el que nos aventuraremos en estas páginas-y que retoma el que han abierto y continúan abriendo otros colegas- no surge del análisis de las teorías antropológicas y sociológicas per se, sino de la puesta en diálogo entre la reflexión teórica y las técnicas, particularmente las dos más empleadas por los antropólogos, la entrevista y la observación participante.

Este diálogo progresa indagando en las particularidades del campo, en sus aspectos frecuentemente implícitos y, supuestamente, menos [32] académicos. En efecto, la premisa central de este libro es que es posible reunir las dos caras —la iluminada y la oscura, o diríamos, la pública y la privada- de la investigación antropológica; material y análisis como el incluido en Los argonautas de Malinowski, tanto en su introducción metodológica como en el proceso personal que volcó en su diario. Proponemos hacer esta integración con ambas caras a la vez, sin olvidar los principios teóricos de la etnografía, ni su poderosa, su-gerente y polifónica base empírica. En su relación recíproca nos parece fructífero fundar un espacio de análisis y, por consiguiente, de aprendizaje del trabajo de campo etnográfico. Trataremos de responder a la pregunta acerca de cuál es el conocimiento sobre una sociedad o unidad social que aportan el trabajo de campo etnográfico y sus vicisitudes. Si, como sostenemos, las técnicas no son simples herramientas para extraer material ni tampoco meros apéndices de teorías preconcebidas, ¿de qué manera conectan el campo empírico y las teorías sociales de forma tan exitosa que hemos sido incapaces, a lo largo de un siglo, de modificar sus lineamientos básicos? Más aún, ¿cuáles son estos lineamientos que, dentro de ciertos parámetros, hemos preservado en nuestra práctica etnográfica?

La respuesta a estas preguntas es la médula del aprendizaje y la transmisión del trabajo de campo: apropiarnos de las más variadas instancias que, con frecuencia y por mandato de la "divina objetividad", hemos dejado pasar de largo, sea porque recurrimos a la improvisación no reflexiva, a la receta de cocina o a la derivación axiomática de cuerpos teóricos. Es cierto que el aprendizaje de estas técnicas tiene la desventaja, o la particularidad, de que los avatares del campo son por lo general imprevisibles. Pero esto es tan verdadero como si miráramos la unicidad de cada individuo, cada pueblo, cada período histórico, cada acontecimiento. Según esta perspectiva, sólo nos quedaría el relativismo absoluto, el vano particularismo y no hace falta aquí que nos explayemos en lo que historiadores, sociólogos, antropólogos y politólogos, además de epistemólogos y otros filósofos, se han encargado ya de desmentir.

También es cierto que, más en la tradición antropológica que, por ejemplo, en la sociología, el trabajo de campo se ha planteado como una experiencia eminentemente individual, basada en la percepción y el registro directos. Si bien esto es un hecho en la mayor parte de la práctica profesional, la perspectiva que adoptaremos aquí no impide considerar tanto la experiencia individual como la percepción naturalista de lo que ocurre en el campo como resultado de la socialización del investigador y sus nociones culturales. En suma, el investigador no es menos "ser social" que aquellos a quienes

investiga, por el hecho de aparecer individualizado en la etnografía (copyrights mediante) e individualmente en el campo. Estas páginas tratan precisamente acerca [33] de los efectos que la desindividualización puede tener en el conocimiento antropológico y en su transmisibilidad; queremos analizar entonces el capital más valioso del conocimiento antropológico (y, probablemente, del de otras disciplinas), la principal herramienta de trabajo de los investigadores sociales: nuestra propia persona.

La estructura de este libro es, a pesar de todo lo dicho, la de un manual o guía de trabajo; ya sea porque reproduce el ordenamiento -más hipotético que real- de la investigación o porque aspira a ser directamente utilizable. Pero la medida de su utilidad no reside tanto en que sus recomendaciones se sigan al pie de la letra, sino en que se contrasten con la propia experiencia, encarando la práctica de campo debidamente advertidos y discutiendo los planteos que formulamos. Las experiencias propias y de otros colegas que aquí presentamos no son ni pueden ser jamás pautas a seguir, ni soluciones apropiadas a un problema que, tarde o temprano, todos deberemos resolver. Se trata, más bien, de instancias de campo, y su consistencia está impuesta por el discurso y la experiencia de su autora, no por un criterio abstracto de 'Verdad". Cada encuentro en el campo está sujeto a lecturas y soluciones alternativas, a disrupciones y contraargumentos. Pensamos que ésta es la única manera en que tiene algún sentido la enseñanza y el aprendizaje del trabajo de campo.

Buena parte de los ejemplos de este libro procede de la experiencia de la autora. Concretamente, surgen de sus trabajos de campo realizados entre 1982 y 1986 en investigaciones sobre la organización de pobladores de villas miseria en el Gran Buenos Aires,[1] y en particular, sobre la frecuentemente negada cuestión de los prejuicios contra estos pobladores, su discriminación en el medio urbano y la segregación residencial. Esta especialización incidió en sus preguntas hacia las técnicas de campo, y en la organización de este libro. Asimismo se proveen notas de campo de tres investigadores (R. Díaz, M. Lacarrieu, A. Gravano) para contribuir a una mirada comparativa de los estilos en las notas de campo (cap. 13).

Sugerir que lo dicho en estas páginas es discutible y no un saber concluido no significa eludir la responsabilidad que asumimos con nuestras afirmaciones. Tampoco negamos haber adoptado una perspectiva entre otras posibles acerca de la práctica de la disciplina en su etapa de campo que, quizás quede claro en las próximas páginas, comienza mucho antes de que nos presentemos al primer informante. Se trata de promover la discusión acerca de un modo particular de [34] análisis de datos. A ello están destinados los ejercicios del capítulo 14, correspondientes a los capítulos precedentes que componen este volumen.

Para finalizar, sólo me resta agregar que espero vivamente que este libro contribuya a alimentar la discusión interdisciplinaria sobre la práctica investigativa en el campo y a alentar una mirada más crítica sobre la realidad social y sobre nosotros mismos.
Abril de 1990. [35]

[1] "Análisis sociocultural de dos comunicadores del Gran Buenos Aires. Impactos externos y autosugestión" fue realizado por V. Casabona, M. Boivin, S. Tiscornia y R. Guber bajo la dirección de E. Hermitte en la FLACSO-PBA, entre 1982 y 1983.

1. El trabajo de campo etnográfico: trayectorias y perspectivas

1. En los comienzos

A mediados del siglo XIX, el sentido que se le asignaba a la historia era aún optimista; la Europa metropolitana e imperial ostentaba, según dicha perspectiva, el modelo civilizatorio más elevado al que hubiera llegado la humanidad. Otras sociedades, otras culturas, serían asimiladas tarde o temprano a ese modelo. En ese contexto, los intelectuales se identificaban "con su sociedad y su cultura, con la 'civilización' y sus prácticas coloniales" (Leclercq, 1973: 64). En los albores de la antropología científica, los primeros en ocuparse de los pueblos primitivos buscaban incluir prácticas y modos hasta entonces considerados aberrantes, como exponentes de la historia universal de la humanidad. Influidas por los ecos de los descubrimientos de las ciencias naturales de mediados del siglo XIX (Darwin, Mendel, Virchow) y por los avances en las comunicaciones, el transporte, la medicina, la sociología y la antropología, se abrieron nuevas áreas de conocimiento cuya legitimidad científica aún debía ser probada. Dado que los cánones impuestos por la ciencia -fundamentalmente la física y la biología- requerían la formulación de leyes generales, la antropología se propuso contribuir a la reconstrucción de la historia de la humanidad y a revelar su sentido. La naciente disciplina vino a montarse sobre siglos de colecciones y recopilaciones de creencias, mitos, ceremonias religiosas, narraciones, artefactos, objetos rituales, códices y vocabularios: era la herencia que la sociedad industrial europea recibía de los sucesivos contactos con otros pueblos, desde los griegos y los romanos hasta los colonizados en la expansión imperial. A lo largo de su historia, Europa no sólo acumuló bienes materiales sino también un conjunto de interrogantes acerca de los orígenes de la [37] civilización, la unidad del género humano, su devenir histórico diverso y la evolución de la cultura.

La intelectualidad de entonces se componía de sabios multifacéticos que adoptaban para el estudio de las sociedades humanas el modelo explicativo evolucionista, dominante en la ciencia. Trataban así de esclarecer la historia de las sociedades, analizando materiales diversos: reflexiones filosóficas, teológicas y pragmáticas; luego intentaban poner orden, clasificando y disponiendo el material en secuencias históricas hipotéticas, sobre la base de una concepción de evolución por estadios generalizables a toda la especie humana. Para el evolucionismo unilineal -Robert Tylor, James Frazer, Lewis H. Morgan, Henry Maine—, las etapas de desarrollo se sucedían según grados de avance tecnológico y organizativo político-social, desde formas más sencillas hasta más complejas y desde modos diferentes hasta otros más afines con los de la sociedad europea decimonónica, punto culminante de la historia de la civilización. Así, el paradigma evolucionista presuponía un sentido de la historia y, por consiguiente, de las formas culturales y sociales, sentido que se expresaba en el valor al asignárseles un lugar en la cronología histórica (Fabián, 1983). Este criterio, de más larga vida que la vigencia del evolucionismo como teoría en la investigación antropológico-social, tenía un correlato metodológico, pues era factible reconstruir la historia de la humanidad mediante restos materiales recortados y obtenidos de segunda mano -esto es, recopilados por otros. Dicha reconstrucción procedía asignando un lugar inverso a aquellas formas culturales y societales consideradas más avanzadas y propias de la sociedad industrial. Se proyectaba, entonces, su contraparte al más remoto pasado, que en el presente encarnaban los pueblos indígenas de las tierras conquistadas y colonizadas (Kuper, 1988). Por ejemplo, una sociedad cazadora debía ser ubicada en

una etapa de desarrollo anterior al de una sociedad agricultora; sociedades con sistemas coordinados de regadío y Estado centralizado revelaban un estadio de mayor civilización que sociedades nómades-pastoriles con regulación por bandas. Y si un grupo humano era simultáneamente cazador (supuesto signo de un estadio primitivo) y creía en un alto Dios (correspondiente a estadios avanzados, por su semejanza con el judeocristianismo europeo), ello revelaba grados de desarrollo desigual -mayor en lo religioso que en lo económico-. Estas aparentes contradicciones quedaban soslayadas en la medida en que "la descripción de tal o cual sociedad no tenía valor autónomo", pues debía referirse a un estadio de desarrollo en el cual se diluía su peculiaridad y organización interna (Leclercq, 1973: 82; Stocking, 1968,1985).

La gran adversaria del evolucionismo, la escuela histórico-cultural -Schmidt, Graebner, Ratzel, Gusinde, Smith-, intentaba dar otra respuesta [38] a la historia de la cultura, definiéndola no como resultado del desarrollo paralelo e independiente de cada sociedad, sino de la difusión y el contacto cultural. Los préstamos y las imposiciones desembocaban en el diseño de líneas que mostraban pueblos con similares o idénticos bienes, nociones y prácticas (al modo de las isotermas de los geógrafos que señalan puntos de igual temperatura). El trazado de estos ciclos culturales mostraba la difusión o bien la circunscripción de un bien en la superficie terrestre, permitiéndoles inferir a los seguidores de esta corriente movimientos migratorios, contactos entre sociedades y la difusión de elementos culturales (de ahí que esta escuela recibiera el nombre alternativo de "difusionista").

Ciertamente, en los enfrentamientos de estas dos escuelas se presentaban ciertos desacuerdos de orden teológico. Los difusionistas no podían aceptar la historia de la humanidad como ascenso, sino como caída, por lo que muchos de sus cultores buscaban restos de sociedades extinguidas que hubieran sostenido la creencia de un alto Dios. Por el contrario, los evolucionistas partían de un estado de naturaleza que progresivamente alcanzaba el estado actual de la cultura. Sin embargo, bajo estas divergencias, ambas compartían un mismo sentido de la historia que culminaba, de todos modos, en el modelo de sociedad europea occidental. Tras la caída original, los pueblos habían ido perfeccionándose de modo que los preciamos o difusiones culturales se reconocían por un grado de avance similar entre los bienes comparados. Había, además, otras similitudes entre las dos escuelas. El referente empírico de ambas radicaba en las poblaciones "extrañas", "primitivas" o "salvajes", que debían ser incorporadas a la historia de la humanidad por los medios teóricos que ya vimos. Así, para reconstruir la historia sociocultural de la humanidad tomando como expresiones actuales del pasado a los pueblos primitivos, no era aún imprescindible una recolección in situ del material; bastaba con clasificar los elementos disponibles según categorías preestablecidas teóricamente, observando la naturaleza de un artefacto o de una práctica. Los especialistas no solían ir al campo sino que descansaban en fuentes secundarias. El experto recibía los materiales del recolector-conquistador-funcionario-comerciante-misionero, los analizaba e incorporaba a sus sistematizaciones de alcance universal. Tal era el tipo de datos de las encuestas realizadas por la publicación Notes and Quedes del Royal Anthropological Institute (1874-1920), con el fin de obtener conocimientos acerca de pueblos extraños. Estaba destinada a diplomáticos, misioneros, funcionarios coloniales en ejercicio o retirados, comerciantes y aventureros, que debían responder al cuestionario con información fidedigna, confiable y objetiva. Pese a que estas encuestas se fueron reformulando hasta sus últimas ediciones a mediados del siglo XX, sus resultados eran necesariamente [39] fragmentados, poco integrados a otros elementos de

la cultura y la sociedad, con amplia preferencia, especialmente de parte de sus respondentes, por los sucesos extraordinarios o exóticos. El criterio por el cual los recolectores seleccionaban y registraban cierta información, y no otra, era precisamente su mayor o menor familiaridad con la cultura del recolector (Burgess, 1982a; Urry, 1984). Estas investigaciones revestían un estilo de trabajo de campo "enciclopedista" (Clammer, 1984: 70). Un cúmulo de datos heterogéneo y poco sistemático reunía información sobre vivienda, creencias, religión, organización política y sistema de producción, intercambio y distribución; el campo era la fuente de material empírico que debía ser rescatado de una veloz extinción. De lo contrario, ¿cómo reconstruir el pasado si sus testimonios vivientes desaparecían para siempre?

No obstante, los científicos no demoraron en advertir la complejidad de los materiales culturales y de los modos de organización, así como las dificultades de incluirlos en bloque dentro de un mismo estadio. Por otra parte, las fuentes eran dudosas: la recolección de información había obedecido a propósitos particulares (evangelización, explotación de recursos naturales, exaltación de la propia figura) que incidían en su calidad. Sin embargo, algunos padres (evolucionistas) de la antropología guardaban una celosa relación con las colonias, como E. B. Tylor, mientras que otros se lanzaban al campo con varios fines, permitiendo diagnosticar un camino promisorio y distinto para la producción de conocimiento empírico. Tal fue la extensa experiencia de campo del abogado norteamericano Lewis Henry Morgan que acometió la defensa de los indios séneca del estado de Nueva York, en la posesión de sus tierras contra el ferrocarril (Lowie, 1974; Lisón Tolosana, 1975). Experiencias como ésta, sumadas al cúmulo de información obtenida desde el 1500 y sobre todo en el período de rampante globalización de 1850-1920 (ferrocarril, buque a vapor, telégrafo, electricidad, etcétera), favorecieron el impulso científico por recabar material confiable "estando allí". Y así como Morgan viajaba a tierras indígenas para comprobar sus hipótesis acerca de la articulación entre formas de parentesco, Tylor ensayaba raspadores de piel tasmanianos en el corazón de Londres, observando el uso de lanzaderas en el tejido para luego dirigir la preparación de la primera guía de trabajo de campo y organizar las primeras expediciones británicas (Lowie, 1974). Mientras quej. Frazer se jactaba de no haber visto jamás a los primitivos sobre quienes escribía (Beattie, 1965: 7, Kuper, 1973), Morgan señalaba con su práctica que el verdadero conocimiento debía obtenerse en forma directa. [40]

2. La cuna positivista del trabajo de campo

Fue éste el contexto en que se gestó la expedición inglesa de la Universidad de Cambridge al Estrecho de Torres, Melanesia, en 1898. El zoólogo Alfred Cort Haddon fue al estrecho por primera vez en 1888, para hacer un estudio típicamente darwiniano: fauna, estructura y formación de los atolones de coral. No se proponía estudiar a los nativos sobre los que, se decía, había suficiente información, aunque Haddon llevó un volumen de Frazer, Questions on the Customs, Beliefs and Languages ofSavages (1887). El material que trajo de vuelta estaba ligado a la cultura material y datos etnográficos ordenados según el Notes and Queries. Para expandir su información, Haddon empezó a planificar la segunda expedición, ya como miembro de la Universidad de Cambridge. Fue esta otra misión, concretada en 1898, la que institucionalizó la presencia en el campo y la recolección directa de información, a cargo esta vez de naturalistas y no de humanistas ligados al derecho, la filosofía y la teología, como los evolucionistas y difusionistas. Así, un grupo de médicos, botánicos,

zoólogos, psicólogos y lingüistas fue a encarar un estricto trabajo de relevamiento antropológico. En el grupo se destacaban el médico y psicólogo experimental W. H. R. Rivers y el médico Charles G. Seligman, además de un experto en lenguas melanesias, Sydney Ray, y un estudiante de Haddon, Anthony Wilkin, asistente en fotografía y antropología física. El resultado de aquel trabajo de campo en inglés pidgin fueron seis volúmenes de datos etnográficos, buena parte de los cuales procedían de la información suministrada por personal que vivía en los parajes contactados por los expedicionarios: Mer, Mabuaig, Saibai y la península de Cabo York (Stocking, 1983).

Si bien hubo otras misiones, como la del también zoólogo, aunque de Oxford, Walter Baldwin Spencer a Australia (1894), la de la "Escuela de Cambridge", como se la empezó a llamar, ocupó el lugar de cabeza de linaje en el desarrollo del trabajo de campo británico. La expedición, más que los datos, se convirtió en el emblema de la empresa etnográfica. Haddon, entonces, empezó a propagar el "trabajo de campo" (field-work), término de los naturalistas de campo, en la antropología británica, "nuestra ciencia cenicienta" (Stocking, 1983: 80). Esto se debió, en parte, a la labor de los demás miembros de la expedición del Estrecho de Torres. En algunas conferencias y artículos, Haddon advertía contra el recolector rápido, sugiriendo las bondades de ganarse la simpatía de los nativos para obtener un conocimiento más profundo sobre el material obtenido, además de que siempre hubiera en el campo dos o tres buenos hombres para. emprender "el estudio intensivo de áreas limitadas" (pág. 81). [41]

Por su parte, sobre bases provenientes dé la psicología experimental, Rivers elaboró el "método genealógico" que había ensayado en el Estrecho de Torres. Con unas pocas categorías en inglés pidgin obtenía de sus informantes su nombre y el nombre de parentesco con hermanos, padres, hijos, abuelos, etcétera. Según Rivers, este método era sumamente confiable, ya que los términos se mantenían y otros investigadores podían recorrer el mismo procedimiento y llegar a idénticos resultados. George W. Stocking (Jr.) señala que fue ésta una avenida del positivismo en antropología, ya que proveía un recurso metodológico rápido a través del cual observadores entrenados "sin conocimiento de la lengua y con intérpretes muy inferiores" podían "en un tiempo relativamente breve" obtener información aparentemente oculta por largo tiempo (págs. 87-88). Sin embargo, Rivers avanzaba hacia la generación de otro abordaje menos objetivista, cuando sostenía que el método genealógico, al que llamaba "concreto", permitía ubicar a todas las personas de la aldea e indagar sobre otras dimensiones de la vida social. Este método concreto permitía estudiar problemas abstractos sobre los cuales los salvajes tenían ideas vagas sólo fundadas en hechos concretos (pág. 88). El positivismo desde el cual describía a los pueblos primitivos en su exterioridad, dadas las deficiencias cognitivas de los salvajes, cedía a veces a una perspectiva más empatica, según la cual la lógica primitiva podía entenderse accediendo a sus propios términos de expresión. Para cuando trabajó con los Toda de la India en 1902, Rivers se inclinaba al estudio intensivo que, sin embargo, seguía llevando a cabo a través de intérpretes. Pero había momentos en que, por su estadía o corresidencia, presenciaba instancias de la vida cotidiana y religiosa. La complejidad de la vida social se manifestaba tan plena y vasta que, a su partida, Rivers sabía que su aproximación a esta cultura era muy imperfecta (pág. 89). Como corolario, en 1913 enunció las condiciones del trabajo intensivo: "el trabajador vive por un año o más en la comunidad de quizás cuatrocientas o quinientas personas y estudia cada.detalle de su vida y cultura; [...]. llega a conocer a cada miembro de la comunidad personalmente; [...] no se contenta con información general sino que estudia cada rasgo de la vida y la costumbre en detalle concreto y a través de la

lengua vernácula" (págs. 92-93).

Las bases del trabajo de campo intensivo y moderno, propio de la disciplina científica antropológica, estaban echadas. Se había institucionalizado la expedición y la presencia directa de los expertos en el terreno, desde entonces un requisito sine qua non de la antropología británica. Se requería que esa presencia tuviera cierta (larga) duración, que cubriera totalidades sociales y que el conocimiento fuera de primera mano (Urry, 1984). Tal fue el modelo que siguieron en [42] la primera mitad del siglo XX Bronislaw Malinowski, Edward Evan Evans Pritchard, Raymond Firth, Daryll Forde, Max Gluckman, entre muchos otros.

Para aplicarse y salir victorioso corno emblema de autoridad y especificidad de un nuevo tipo de conocimiento, estos antropólogos debían diferenciarse de otros personajes que, como vimos, también conocían a los primitivos y escribían o hablaban sobre ellos. Entre ellos se distinguían, por su proximidad y hasta por la dependencia que el antropólogo establecería con ellos, los funcionarios coloniales, que ya disponían de "modelos prácticos" acerca de los "salvajes a su cargo" (Malinowski, 1984: 6). La diferenciación y superación de sus miradas significaba, según los cultores de la nueva disciplina, la superación del etnocentrismo y la adopción de una mirada menos prejuiciosa, más objetiva y científica.

Malinowski, un polaco nacido y criado en la ciudad universitaria de Cracovia, y allí formado en física y química, cayó en el embeleso antropológico gracias a la lectura de La rama dorada de James Frazer y fue a Londres. Erigido ya en adlátere de la antropología moderna, recordaría que "la forma en que mis informantes blancos hablaban sobre los indígenas y emitían sus puntos de vista era, naturalmente, la de mentes inexpertas y no habituadas a formular sus pensamientos con algún grado de coherencia y precisión. Y en su mayoría [...] estaban llenos de prejuicios y opiniones tendenciosas inevitables en el hombre práctico medio" (pág. 5).

La antropología social adoptó entonces el cometido científico de describir y explicar estas sociedades a la luz de los preceptos dominantes en las ciencias sociales de la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX. Lo social debía estudiarse a través de un contacto directo, no mediado, con el mundo empírico. Ello no significaba el ateoricismo, pero lo que los investigadores de entonces debían lograr era definir una epistemología donde tuviera lugar el mundo lejano, inclasificable, de los pueblos más diversos. Ese lugar no se supeditaba, como hasta entonces, a lo exótico y magnífico, a lo monstruoso e inmoral. A partir de su incorporación como objeto de estudio científico-social, se planteó como meta primordial desarrollar un conocimiento objetivo de estos pueblos, y ese conocimiento no podría hacerse sólo desde las categorías occidentales; habría que incorporar las locales. Para ello, el científico debía presentarse no como otro funcionario, ni como un hombre blanco y europeo convencional Sus herramientas conceptuales debían tomar al objeto tal cual aparecía, de modo que debía evitar la extrapolación de nociones y valores procedentes de su sociedad a sus objetos de estudio. Para conocer a ese otro cultural y no transformarlo en una imagen deformada de sí mismo, vicio recurrente en la mayoría de los reportes [43] de los llamados amateurs, a la par que registraba formas de edificación, vestimenta y expresiones estéticas, el investigador debía captar la racionalidad subyacente, los sentidos propios. Enjerga actual, diríamos que, al menos idealmente, se trataba de evitar el pecado capital (según la antropología) de la distorsión etnocéntrica. El etnocentrismo puede definirse como "la

actitud de un grupo que consiste en atribuirse un lugar central en relación con los otros grupos, en valorizar positivamente sus realizaciones y particularismos y que tiende hacia un comportamiento proyectivo con respecto a los grupos de afuera, que son interpretados a través del modo de pensamiento del endogrupo" (PerrotyPreiswerk, 1979: 54). Dado que el estudio antropológico puede encararse con otros grupos sociales y no sólo étnicos, como aquellos definidos por su posición económica, política, religiosa, residencial, al "pecado" tradicional merecen agregarse los sociocentrismos, es decir, todo conocimiento sobre otros que se concibe y formula en función de algún rasgo o atributo de la propia pertenencia (como el sociocentrismo de clase).

Para controlar estos "centrismos" se suponía que el investigador debía liberarse de sus preconceptos sobre cómo debían operar y actuar los individuos en esos otros contextos. "El temor parece ser la idea de que una teoría sólo puede, en última instancia, demostrar sus propios supuestos. Lo que queda fuera de estos supuestos no puede ser representado y ni siquiera reconocido" (Willis, 1985: 6). Encarar genuina y empíricamente un acercamiento a lo real significaba no tanto ir despojado de presupuestos teóricos y sociocultura-les, sino de que esos presupuestos no condujeran el relevamiento de datos. De lo contrario, sesgarían inexorablemente la mirada impidiendo acceder a lo inesperado, a lo inaudito, a lo diverso, resultando finalmente en afirmaciones tautológicas y proyectivas del propio universo del investigador en el de aquellos a los que éste pretendía conocer.

Es así como surgió la necesidad de sistematizar el trabajo de campo. La recolección de datos debía ser de primera mano, lo cual requería la presencia del investigador en campo. Algo similar se postulaba simultáneamente en los EE.UU., cuando Franz Boas introducía el trabajo de campo como requisito de toda investigación antropológica. El culturalismo norteamericano, de raigambre historicista alemana, sostenía que la recolección textual en lengua nativa era un primer paso para constituir un corpus cultural, materia prima de estudios serios y sistemáticos, propios de una disciplina científica. Se suponía que los textos así registrados presentaban la ventaja de no estar contaminados o distorsionados por la interferencia del recolector y, por eso, encarnaban fielmente la mentalidad de los nativos; debían ser tomados directamente de los informantes y [44] en su propia lengua (Urry, 1984: 43; Wax, 1971; Colé, 1983). Esta modalidad de trabajo de campo hacía hincapié en la recolección textual y de costumbres y eventos colectivos, algunos de los cuales podían ser representados por los informantes en un contexto artificial, para ser registrados por el investigador (Clammer, 1984: 74). La simulación era, pues, un acceso válido a aquellas prácticas que se llevaban a cabo en épocas no coincidentes con la estadía del investigador, o que pertenecían al pasado pero que eran recordadas aún por los informantes. El trabajo de campo en la antropología cultural norteamericana, a diferencia de la tradición británica, tomaba a la lengua como uno de los objetos principales del conocimiento antropológico, pero precisamente como objeto y no como medio de comunicación habitual con los informantes (pág. 56).

Como ya señalamos, los criterios prevalecientes de cientificidad provenían de las ciencias naturales. La concepción unitaria de la ciencia desechaba las oscuras fronteras de la especulación sin evidencias en que habían caído las corrientes decimonónicas. En este giro, era dudoso que el lejano origen de la humanidad, que tanto obsesionaba a evolucionistas y difusionistas, pudiera rastrearse en los pueblos salvajes contemporáneos. Ya nadie podía asegurar que las aldeas de los primitivos contemporáneos eran exponentes residuales de la antigüedad anglosajona o celta. El

estudio científico de las sociedades humanas debía basarse en hechos observables. En su primer etnografía, Malinowski afirmaba que "ningún capítulo, ni siquiera un párrafo se dedica a describir en qué circunstancias se efectuaron las observaciones y cómo se compiló la información [...] se nos ofrecen vagas generalizaciones sin recibir jamás ninguna información sobre qué pruebas fácticas han conducido a tales conclusiones" (Malinowski, 1986: 3-4). Si bien esta crítica estaba algo sobreactuada, ya que las premisas del trabajo de campo intensivo que Malinowski describió en su introducción a Los argonautas retomaban muchos de los supuestos de la expedición de 1898 y de las elaboraciones posteriores de Rivers. También, aunque no en este lenguaje, retomaba la tensión entre una perspectiva positivista y otra naturalista.

Para la época de Malinowski, las nuevas modalidades del trabajo de campo etnográfico se asociaban con 'la revolución funcionalista" (Kuper, 1973) y con un "fuerte renacimiento del empirismo británico" (pág. 19) que buscaba comprender la integración sociocultural de los grupos humanos mediante "la acumulación de datos" de pueblos en casi segura extinción. Fue en este clima que la academia británica reconoció como legítimos los nuevos requisitos para la investigación etnográfica: [45]

- realización de trabajo de campo sistemático para establecer la función de prácticas y nociones de la vida social;
- recolección de datos de primera mano mediante la presencia del investigador en el campo;
- realización del trabajo de campo para reconocer la lógica interna de la sociedad como una totalidad autónoma e integrada.

Estas premisas no derivaron automáticamente en ciertas modalidades que se volvieron paradigmáticas del trabajo de campo, pero fueron su "caldo de cultivo". Sugerido bastante explícitamente por Haddon y por Rivers, Malinowski hizo un trabajo de campo y redactó un texto basado en: a) la residencia prolongada; b) la profusión de datos; c) la escala microanalítica; d) la producción final de una monografía escrita describiendo la pequeña localidad o agrupamiento social estudiado como una totalidad integrada y funcional.

En su introducción a Los argonautas de 1922, Malinowski se fundaba a sí mismo y a una práctica científica específica y distinta, al mismo tiempo. Proponía pues "abandonar su confortable posición en una hamaca, en el porche de la misión, del puesto gubernamental o del bungalow del plantador donde, armado de un lápiz, un cuaderno y, a veces, de whisky y soda, se ha habituado a compilar las afirmaciones de informadores, a anotar historias y a llenar hojas enteras de textos salvajes. Debe ir a las aldeas, ver a los indígenas trabajando en los huertos, sobre la playa, en la selva; debe navegar con ellos hacia los lejanos bancos de arena y las tribus extrañas; observarles en la pesca, en la caza y en las expediciones ceremoniales en el mar. La información debe llegarle en toda su plenitud a través de sus propias observaciones sobre la vida indígena, en lugar de venir de informadores reticentes, y ser obtenidas con cuentagotas en conversaciones" (Kaberry, 1963: 78).

La antropología se encontraba entonces ante dos caminos: se justificaba a la disciplina verbalmente en los términos de uno y se ejercía una práctica en los términos del otro. Por un lado, se esgrimía que la antropología debía ser capaz de formular generalizaciones, esto es, se la proyectaba como una ciencia nomotética, ocupada sólo

de lo observable, que en los pueblos "salvajes" equivalía a concentrarse en el presente en vez de especular sobré su pasado; para ello había que explicar cómo se estructuraban y organizaban las sociedades y las culturas en su interioridad (Holy, 1984). A la luz de principios generales, los antropólogos debían interesarse en identificar recurrencias y frecuencias más que hechos accidentales, en tanto que los datos particulares debían utilizarse como ilustración de conceptos generales (función, estructura social, etcétera). En este sentido, el trabajo de campo serviría para comprobar o refutar hipótesis; su objetivo se [46] orientaría a la demostración teórica que asentaría su refutación o ratificación sobre los ejemplos recogidos en el campo (Holy y Stuchlik, 1983:6). Sin embargo, por otro lado, se abría un camino en dirección alternativa: el investigador habría de ser muy cuidadoso en distinguir sus inferencias de la observación, y lo que correspondía a su perspectiva de lo que correspondía a los nativos. "Considero que una fuente etnográfica tiene valor científico incuestionable siempre que podamos hacer una clara distinción entre, por una parte, lo que son los resultados de la observación directa y las exposiciones e interpretaciones del indígena, y por otra parte, las deducciones del autor basadas en su sentido común y capacidad de penetración psicológica" (Malinowski, 1984:12). Esta advertencia concedía una cierta autonomía al campo cuyos "datos" no podían quedar subsumidos al enfoque teórico del día. En la práctica, entonces, el campo no servía para ratificar hipótesis, sino para generarlas y, más radicalmente aún, para producir un conocimiento inesperado y nuevo. Si bien no se disponía de instrumental técnico peculiarísimo para justificar este abordaje, el investigador se valdría de cierta disposición científica, lo cual se terminaba traduciendo en el manejo cada vez más sistemático de sus órganos sensoriales; sus técnicas se basarían en los órganos de la observación y la audición. Estar allí garantizaría la percepción directa. "Esta es toda la diferencia que hay entre zambullirse esporádicamente en el medio de los indígenas y estar en auténtico contacto con ellos. Para el etnógrafo [esto] significa que su vida en el poblado [...] toma pronto un curso natural mucho más en armonía con la vida que los rodea. [...] avanzado el día, cualquier cosa que sucediese me cogía cerca y no había ninguna posibilidad de que nada escapase a mi atención" (Malinowski, 1984: 8).

Positivistas y naturalistas hacen hincapié en la aprehensión de la objetividad a través de un vínculo de exterioridad, es decir, del mantenimiento de cierta distancia, entendida como neutralidad valorativa del sujeto cognoscente con respecto a su objeto de estudio. El conocimiento de la realidad social se plantea, pues, como copia no mediada y su primer paso es la descripción de ese mundo tal como se presenta al observador en la experiencia. Para garantizar la fidelidad de esta captación, el naturalismo antropológico se traslada al ámbito natural de sus objetos de estudio, del mismo modo que los naturalistas de la botánica y la zoología. Son numerosas las implicancias directas de este enfoque en el uso y desarrollo de determinadas técnicas de obtención de información, fundamentalmente las vinculadas a la observación participante, en detrimento de aquellas que requieren contextos de algún modo artificiales, como las entrevistas estructuradas y las encuestas (Hammersley, 1984). Entretanto, las corrientes fenomenológica e interpretativista enfatizarían la aprehensión [47] de lo real a través de la empatía y la revivencia subjetiva de la vida nativa en su propio universo.

Según el positivismo, el trabajo de campo es el medio para recolectar hechos como si fueran datos, lo que implica que en el campo se recolectan hechos y que no se los construye con teoría. Hechos y datos están indiferenciados según esta epistemología, lo que provee la base para la comprobación de la teoría y sus hipótesis. Las

investigaciones realizadas dentro de este paradigma introdujeron características que han perdurado en la acepción actual del trabajo de campo, a saber: la unidad entre el analista y el trabajador de campo; la presencia prolongada en el campo; la recolección de datos con presencia directa del investigador; la escala microanalítica; el relevamiento de información en contexto; la diferenciación entre la perspectiva del actor y la perspectiva del investigador; la importancia de las técnicas de observación; el perfeccionamiento de las técnicas de registro; el trabajo de campo como ámbito de contrastación de hipótesis y teorías sobre la vida social.

3. La perspectiva interpretativista

El positivismo fue criticado desde las teorías interpretativistas (cf. capítulo 2) que postulaban que los hechos humanos no se rigen por movimientos mecánicos ni por un orden inmanente y externo a los individuos, sino por las significaciones que éstos asignan a sus acciones. Por ejemplo, y recordando el famoso ejemplo de Clifford Geertz, ¿de qué valdría registrar que un hombre cierra un ojo y mantiene el otro abierto si eso que llaman guiño no puede interpretarse como un signo de invitación sexual, de complicidad o de comunicación entre compañeros en un juego de naipes? El sentido del guiño es diferente en cada caso y constituye, por consiguiente, tres hechos sociales diferentes. Las significaciones que fundan el orden social no son observables como puede serlo la conducta animal o los movimientos físicos, por lo que los medios para aprehenderlas deben ser otros. Y si el orden simbólico varía en cada pueblo modificando los sentidos de las prácticas, el investigador debe proceder a reconocerlos en su propia lógica, a través de técnicas que garanticen la eliminación de nociones etno- y sociocéntricas.

Estas premisas plantearon algunas consecuencias importantes en la concepción de la naturaleza y función del trabajo de campo antropológico. El investigador debía revivir en carne propia las situaciones de sus informantes, sometiéndose a sus reglas de juego, y aprender a participar exitosamente, ya que el aprendizaje de los significados sólo se llevaría a cabo mediante la empatía y el ejercicio mismo de esos significados. [48] El investigador aprendería a sentir y a concebir como lo hacen sus informantes a través de la esencia humana común. Estas pautas introdujeron cambios importantes: el reconocimiento de la subjetividad del investigador en el proceso de conocimiento y del campo de las significaciones sociales cuya relevancia está siempre más comprometida con la particularidad que con la generalidad, de modo que el investigador debe reconstruir la lógica y coherencia propias e inherentes a la cultura que estudia.

Desde esta perspectiva, el trabajo de campo no se plantea como una cantera de hechos-datos, sino como la experiencia misma sobre la cual la antropología organiza Su conocimiento (Panoff y Panoff, 1975:79). Dicha experiencia se lleva a cabo por el uso, el ensayo y el error, esto es, por la participación. Según los interpretativistas, el investigador aspira a ser uno más, copiando y reviviendo la cultura desde adentro, pues los significados se extraen de los usos prácticos y verbalizados, en escenarios concretos. La presencia directa, cara a cara, es la única que garantiza una comunicación real entre antropólogo e informante y, a través de la intersubjetividad, el investigador puede interpretar los sentidos que orientan a los sujetos de estudio (Schutz, 1974). "El enfrentamiento cara a cara tiene el carácter irreemplazable de no-reflexividad y de inmediatez, lo que hace plenamente posible penetrar en la vida, la mente y las definiciones del otro. Al asumir cara-a-cara el rol del otro, se gana un sentido de

comprensión de ese otro" (Lofland, cit. en Hammersley, 1984:51). El trabajo de campo se asocia así a la inmersión subjetiva (subjective soaking), por la cual el investigador intenta penetrar el punto de vista nativo a través de la empatia. Asimismo, el trabajo de campo es la instancia que permite efectuar una traducción: la traducción etnográfica se concibe como una decodificación y la cultura, como un texto en lengua desconocida que el antropólogo aprende a expresar en su propia lengua y términos, haciendo uso del procedimiento hermenéutico (Agar, 1980; Clammer, 1984; Geertz, 1974; Spradley, 1979, 1980). La perspectiva interpretativista le incorporó a la antropología una concepción del trabajo de campo entendido como el modo en que el investigador aprende otras culturas. Las técnicas basadas en la participación son el medio por excelencia para recrear formas de vida a través de la experiencia.

El sistema interpretativista de convalidación de teorías se asienta en el hecho de que, si conocer una cultura significa aprender las reglas de un juego, los evaluadores deben ser aquellos que sepan cómo emplearlas, es decir, los nativos. Así, la efectividad de una traducción depende de que lo traducido sea reconocido por sus autores originales. Esto equivale a decir que el valor de una traducción antropológica reside en que los indígenas reconozcan como propia la explicación [49] e interpretación elaboradas por el investigador, lo cual contrasta con la importancia que los positivistas adjudican a la crítica académica y a la formulación de leyes generales y transculturales.

Esta corriente ha despertado críticas que la acusan de contradecir sus propios postulados al soslayar los condicionamientos que operan sobre el investigador. La distinción entre el saber para la acción y el saber para la teorización,[1] enunciada por Schutz, Geertz y tantos otros, se abandona al demandar al antropólogo que se transforme en uno más o que, por su mera presencia, descubra el ethos de la cultura; se plantea así relativizar que "las prácticas sociales sean explicables por sí mismas" (Garfinkel, en Giddens, 1987: 39). El lego interpreta a sus interlocutores en el contexto de una trama de significaciones, propósitos y acciones; el investigador interpreta a sus informantes en el contexto de una trama teórica (lo cual no excluye que ciertas modalidades de la interacción y procedimientos del conocimiento sean, efectivamente, similares). Se afirma que, si bien recuperable, la experiencia personal del investigador no basta para hacer inteligible y compartible el saber alcanzado en el campo. Dos experiencias (como la de R. Redfield y O. Lewis en un mismo poblado, Tepoztlán, México) pueden ser demasiado diferentes como para que la subjetividad del investigador sea garantía suficiente del conocimiento. Por otra parte, parece dudoso que la semejanza y afinidad humana esencial entre informantes e investigador y la presencia directa en el campo sean garantía suficiente para dilucidar los sentimientos presentes en la práctica social. En definitiva, el investigador nunca se transformaría en "uno más" ni en agente neutro de observación y registro, pues accede al campo desde su historia cultural y teórica; los informantes, por su lado, se conducen con él de modo diferente de como lo hacen entre sí. El compromiso si-tuacional del investigador es radicalmente distinto del de los informantes. El interpretativismo, si bien aporta un nuevo ángulo de mirada, continúa preso del empirismo que le demanda al investigador sensibilidad ateórica para copiar lo real tal como se presenta, a través de la revivencia.

No obstante las críticas, se reconoce al interpretativismo el aporte de las siguientes

[1] Precisamente porque el conocimiento que proveen los informantes es un conocimiento práctico y el que produce el investigador, un conocimiento para la teorización (Bourdieu, Passeron y Chamboredon, 1975; Giddens, 1987).

características al trabajo de campo: incorporación de los aspectos subjetivos del investigador como herramientas genuinas y legítimas del conocimiento; el trabajo de campo como experiencia de organización del conocimiento; la importancia de las técnicas ligadas [50]
a la participación; la recuperación para el conocimiento antropológico y social del punto de vista de los informantes.

4. Algunas formulaciones críticas

De lo dicho hasta ahora, y aunque expresando posturas teóricas diversas, se desprende que los primeros estadios de la práctica antropológica respondieron a los siguientes principios generales:

- carácter científico de los estudios de campo, que los diferenciaba de los fines aplicados de la administración colonial o del adoctrinamiento evangelizador;
- presencia directa, in situ, del investigador y, por lo tanto, relación no mediada con los miembros de la cultura para evitar distorsiones etnocéntricas y extracientíficas;
- estudio de unidades sociales circunscriptas, generalmente pequeñas, que permitieran relaciones cara a cara con los sujetos;
- relevamiento de todos los aspectos que conforman la vida social, aun de aquellos que, en un principio, pudieran parecer irrelevantes para la investigación; la descripción de la realidad social como unidad compleja y totalizadora no debía descuidar ningún aspecto ni priorizarlo de antemano; la articulación entre lo económico, lo político, lo simbólico y lo social debía provenir del estudio empírico;
- por consiguiente, una descripción cabal de la cultura procedía inductivamente, por la sistematización, clasificación y generalización en el interior de la unidad estudiada, a partir de lo observado;
- dicha descripción debía dar cuenta de la coherencia interna del sistema sociocultural descripto;
- cada hecho social y cultural tiene sentido en su contexto específico, y no desgajado de él.

Este enfoque aportó no sólo un conocimiento global y contextualizado de los modos de vida más diversos sino que, al intentar combatir el conocimiento etnocéntrico, dio lugar al cuestionamiento de la perspectiva del sujeto cognoscente investigador como la única posible y legítima. Sin embargo, no pudo evitar algunas consecuencias que, debido a sus premisas epistemológicas, terminaron contradiciendo sUs propósitos iniciales. En efecto, el énfasis en lo singular y lo diverso descuidó un análisis que relacionara dichas sociedades y culturas con el tronco común de la historia y secundarizó el aporte de los estudios de otras ciencias sociales: lo singular no fue referido a la universalidad. [51]

El relativismo metodológico buscaba poner de manifiesto las lógicas particulares de cada grupo humano, presentándolas como irreductibles a las demás; esto es, cada práctica, cada noción tiene sentido sólo si se la refiere a su propio contexto cultural, por lo cual resulta inconducente tender puentes entre prácticas y nociones pertenecientes a culturas diferentes. Este procedimiento, que aislaba la singularidad, libraba la diversidad a lo indeterminado; diferentes modos de vida eran explicados en función de una diversidad de hecho de la cultura humana. Pero esto era consecuencia de atender sólo a la manifestación más evidente de la diversidad, y de descuidar los dos elementos que hacían posibles su observación y su inteligibilidad: la unidad del género humano y la sujeción a un mismo sistema mundial. La posibilidad de referenciar la diversidad

descansa en un término explícito o implícito de comparación, en un denominador común: la humanidad del investigador y de los integrantes de la cultura. El énfasis en la articulación y la lógica internas del sistema social y el recurso a veces exclusivo a procedimientos inductivos hacían perder de vista las relaciones de subordinación y hegemonización entre naciones y sociedades, esto es, la determinación del proceso histórico en que se inscribe el sistema observado.

Surgió así la idea de una falsa atomización de la diversidad. El amparo en la evidencia empírica sobredimensionó la aparente separación geográfica, política y cultural, en detrimento de la articulación; muchas de las sociedades abordadas por la primera antropología integraban los dominios coloniales británicos y franceses, o eran parte del territorio que los Estados Unidos habían subordinado en su expansión. El etnocentrismo emergía subrepticiamente al desconocerse casi sistemáticamente estos condicionamientos generales, así como el obligado vínculo entre el mundo del investigador y los mundos investigados; se mostraba entonces una realidad fragmentada en sociedades homogéneas y aisladas. La deshistorización propia de estos enfoques presenta la diversidad como algo dado, eterno y unívoco en su significación histórica y social; tal es el resultado de la primera escuela antropológica que incorporó sistemáticamente el trabajo de campo a la investigación: el funcionalismo.

Actualmente asistimos a la búsqueda de propuestas alternativas que permitan profundizar y sistematizar la crítica antietnocéntrica prohijada por la práctica antropológica, incorporándola a la crítica teórica y metodológica de las ciencias sociales. No se trata de negar la diferencia entre las culturas y los pueblos que estudia el investigador. Pero para que su lógica sea reconocida por derecho propio y sin ser escindida de la historia de la humanidad, el camino que se propone no pretende anular los presupuestos teóricos y metodológicos, incluso afectivos y culturales del investigador, sino proceder a su activa explicitación [52] y control para construir un conocimiento menos etnocéntrico. Mariza Peirano ha puesto esta articulación en términos, a nuestro entender, sumamente claros y felices, al señalar que la antropología pone a prueba las generalizaciones etnocéntricas de otras disciplinas a la luz de casos investigados mediante el método etnográfico, para garantizar una universalidad más genuina de los conceptos sociológicos. El etnógrafo supone, pues, que en el contraste de nuestros conceptos con los conceptos nativos es posible formular una idea de humanidad construida por las diferencias (Peirano, 1995:15). [53]

2. Algunas pistas epistemológicas del conocimiento antropológico

A pesar de sus diferencias, positivistas e interpretativistas comparten algunas posturas acerca de cómo funciona el conocimiento: una visión dualista de la totalidad social, la existencia de una realidad de carácter preteórico y el papel del sujeto cognoscente como duplicador de esa realidad.

Para producir un conocimiento empírico verdadero, los positivistas parten de la experiencia sensorial, mientras que los interpretativistas apelan a las intuiciones que informan a la experiencia. En ambos casos, lo real se compone de aspectos (observacionales para los positivistas, ideacionales para los interpretativistas) integrantes de una realidad preteórica en tanto puede ser captada, observada o revivida de manera inmediata por el investigador. El acceso a ella puede y debe ser previo e independiente de la elaboración teórica o de cualquier elaboración intelectual propia del investigador. Y aunque cada postura presente dificultades particulares (el positivismo no puede explicar categorías teóricas que no estén relacionadas más o menos directamente con datos sensoriales, y el idealismo no puede reconstituir el mundo de la experiencia sensorial en sí y el campo de las determinaciones) ambas requieren del investigador una actitud pretendidamente pasiva que se limite a duplicar "lo real". El conocimiento es, así, un reflejo y, por ende, una reproducción o copia de lo real en la subjetividad.

No vamos a detallar aquí las definiciones ontológicas de lo real según las distintas escuelas filosóficas. Basta señalar que, en "algunos casos, la totalidad ha sido reducida al plano de lo material (y en este sentido, al plano objetivo); en otros, se ha referido al dominio de las nociones, creencias y representaciones de los sujetos, postergando o anulando el análisis de las condiciones sociales y materiales. Tal [55] es la perspectiva que adoptan, respectivamente, positivistas e interpretativistas y que ha sido calificada como visión dualista de la totalidad social". Así, los planteos objetivistas, tanto en su versión positivista como en la materialista reduccionista, consiguen cercenar el mundo social y, particularmente, despreciar la práctica humana como activa conductora del proceso histórico. El positivismo durkheimiano concibe el mundo social en su carácter moral, esto es, regido por normas que son introyectadas por los miembros de una sociedad dada. El individuo, entonces, encarna normas y valores de existencia social; el conflicto entre individuo y sociedad es producto de los desajustes del primero con respecto al imperio normativo-valorativo prevaleciente. Por su parte, el materialismo en su versión economicista considera que los únicos puntos relevantes para la explicación social son los aspectos (supuestamente) objetivos: las relaciones de producción y las fuerzas productivas. Se llega así a afirmar que, cuando las relaciones sociales frenan el desarrollo de las fuerzas productivas, el modo de producción llega a su fin. El paso a un nuevo modo de producción se da mecánicamente y de modo predeterminado. Por ende, la actividad no económica aparece como mero reflejo: la subjetividad y las esferas ideológica, cultural y política serían réplicas de lo que sucede en la infraestructura. Este planteo deja de lado la productividad social en la historia. La articulación entre desarrollo de las fuerzas productivas y relaciones de producción, principal pivote de la teoría sociológica, no basta por sí sola para explicar todos los fenómenos sociales ni mucho menos la lógica de las transformaciones de la sociedad.

En cuanto a los planteos subjetivistas, éstos tienden a destacar el papel del sujeto en la historia como hacedor de su destino. En definitiva, tanto descripciones como explicaciones quedan fundadas en los individuos que no aparecen condicionados por factores estructurales. Los hechos históricos y sociales son resultado de voluntades singulares que permanecen inexplicadas o indeterminadas.

Como alternativa a las concepciones dualistas sobre la totalidad social, cabe mencionar la perspectiva integradora de Hegel: no se trata de diluir las diferencias entre objetividad y subjetividad social, sino de analizarlas integralmente, en tanto una no existe sin la otra. Y aunque continuemos empleando está terminología, debiera quedar claro que tanto lo que llamamos objetividad -aspectos económicos, frecuentemente asimilados a la "infraestructura"- como subjetividad -representaciones, creencias, organización política, bagaje cultural e ideológico de los grupos sociales, frecuentemente asimilados a la "superestructura"- son igualmente objetivos, pues están objetivamente determinados. "La objetividad social (el proceso histórico) conforma tanto el factor subjetivo como las condiciones objetivas. La totalidad [56] social no determina sólo el lado objetivo del proceso, sino también el factor subjetivo" (Pereyra, 1984: 67).

El dualismo filosófico se corresponde con el planteo de una escisión entre objeto de conocimiento y sujeto cognoscente. Pero si asumimos que el investigador no está fuera de la realidad que estudia y que su conocimiento no es indeterminado, se torna necesario examinar cuáles son sus condiciones y de qué modo selecciona y elabora sus objetos. La realidad social es entonces construida desde la práctica humana, la cual sólo puede ser comprendida en el seno de la totalidad social que contribuye a producir y que la produce. En el plano del conocimiento, la práctica teórica merece ser entendida también como una forma de práctica social (transformadora de una materia prima, sean datos empíricos en un nuevo producto, conceptos, hipótesis, etcétera) que revierte en explicaciones y por ello, en cierta medida, en la modificación de lo real (¿sigue el mundo siendo el mismo antes y después de un Adam Smith, un Emile Durkheim o un Karl Marx?). Pero esta práctica, en tanto que social, está determinada por sus condiciones concretas de producción y no se plantea como atemporal e inmanente. Aunque el conocimiento sea construido por individuos, su organización cognitiva -teorías, procedimientos metodológicos, objetos de investigación— no empieza ni termina en ellos, sino que es social. Así como la teoría es momento y aspecto de la práctica, así el sujeto cognoscente es productor a la vez que producto de su realidad, siendo además posible que esa realidad sea la misma que se ha propuesto investigar. Según Colletti, "el pensamiento es tanto reflexión sobre el ser como un modo de ser, tanto conocimiento de la vida como acto de vida, tanto teoría como práctica. En el primer caso, su contenido es la objetividad, o sea la exterioridad, el mundo sensible... en el segundo es un momento, una articulación de la objetividad" (Pereyra, 1984: 76). El investigador no conoce por situarse externamente a aquello que conoce, en el sentido de indeterminado que observa o revive lo dado, sino porque se ubica en una relación activa con lo que se propone conocer. Y esto significa que se involucra en la búsqueda y análisis de los condicionamientos que operan tanto sobre su objeto como sobre su propio proceso de conocimiento.

1. Nuevos caminos

Las teorías no dualistas ponen énfasis en la especificidad del mundo social y la relación universalidad-singularidad. Según ellas, las ciencias sociales se ocupan de la objetividad

social y de sus transformaciones, pero entendiendo que esa realidad es producida por la práctica humana [57] material y simbólica. El puñado de disciplinas dedicadas a ello consideran que el sujeto y sus actividades están integrados a dicha objetividad en dos sentidos. Por un lado, los sujetos desarrollan sus actividades en el seno de una realidad de acuerdo con propósitos, fines, intenciones y motivos. Esta intencionalidad de las acciones no implica una premeditación de los hechos históricos, generados por la actividad colectiva. Por el otro, el sujeto es concebido como individualidad socíohístórica y, por lo tanto, actuante en y bajo las determinaciones de las formas de existencia histórica de las relaciones sociales de producción y reproducción, no como sustancia autónoma o exterior a la determinación social.

Es así como las leyes de las ciencias sociales se refieren a acciones humanas y se manifiestan a través de ellas. Estas acciones están informadas por la reflexividad de los sujetos, lo cual resulta en respuestas múltiples pero no indeterminadas a las condiciones que propician dichas acciones. La práctica humana, como fundamento del mundo social, presenta entonces la peculiaridad de ser una actividad conforme a propósitos, a fines. Sean éstos o no intencionales, las determinaciones de lo real no se sobreimponen mecánicamente a los sujetos, ni tampoco resultan de la acción de hombres filosóficamente libres y autónomos, sino que dichos fines, creencias, bagajes ideológicos y culturales están socialmente determinados, ubicados estructuralmente en un espacio y un tiempo histórico. Que los hombres sean actores conscientes tampoco significa que la sociedad resulta de su voluntad particular. Su actividad conforme a fines es siempre "una actividad en situación, en condiciones específicas de la existencia social, y los fines propuestos están determinados por las circunstancias prevalecientes" (pág.70).

Parte de la tarea de las ciencias sociales es, pues, indagar en aquellos factores que inciden, determinan y condicionan ese sistema de propósitos, fines y motivos que guían a los actores al encarar determinadas acciones y no otras. La diferencia con los planteos de la corriente positivista es que ésta niega la reflexividad de los sujetos. Así, al escindir lo social (como símbolo de la objetividad) de los actores (como distorsionante subjetividad) confiere a la realidad un status éxistencial similar al de los fenómenos naturales, desnaturalizando la particularidad de lo social: la constitutividad de los sentidos a través de sus nociones y sus acciones y el carácter preinterpretado de su mundo (Holy y Stuchlik, 1983: 107). Lo social se naturaliza al presentarlo como puramente al margen de la activa producción y reproducción subjetiva de los sujetos sociales. Por su parte, la visión interpretativista supone que la subjetividad explica la realidad social, colocando lo que debe ser explicado [58] como el factor explicativo; así, motivos, intenciones y propósitos de los actores constituyen la fuente de explicación de las acciones individuales y sociales; pero ellos mismos permanecen inexplicados. Ahora bien, adherir a una teoría del conocimiento de la sociedad que reconoce lo subjetivo -las acciones y representaciones de los hombres sobre sus acciones y su mundo- como parte de la realidad social no implica negar la posibilidad de explicación en las ciencias sociales. Se busca, en cambio, "conocer lo singular en su universalidad, y lo universal en su singularidad" (García, 1984: 32). Las ciencias sociales se ocupan de un mundo en el cual el investigador (sujeto) se encuentra frente y junto a otros sujetos que constituyen, a través de su práctica, el mundo social. La singularidad se erige como instancia en la que el mundo social cobra sentido para sus actores concretos. A dicha instancia integrada por significados y por prácticas diversas, la llamaremos "perspectiva del actor". En el campo empírico, las acciones y nociones están orientadas por fines y

motivaciones que se expresan en conceptos o categorías compartidos por los actores desde el sentido común. La explicación del científico necesita reconocer la terminología y conceptualización de los actores dado que, en tanto reglas de juego, "especifican un universo de significado que delimita su esfera" (Brand, 1981).

El investigador encara, pues, un doble proceso de comprensión: interpreta al lego, quien a su vez interpreta a los demás miembros de su mundo social. La comprensión sería, según Gadamer, tanto una metodología de investigación de las ciencias sociales como la forma experiencial particular en que el sentido común toma conocimiento del mundo sociocultural (Giddens, 1987:52). Aunque la comprensión no agote el proceso total de investigación, constituye un paso o etapa central hacia el conocimiento de lo social (pág. 148): permite reconocer el sentido que reviste el comportamiento para los actores y traza el marco desde el cual actos, verbalizaciones, propósitos y motivos encuentran su sentido. Ésta es quizá la mayor diferencia con el estudio positivista de la acción "objetiva" que desprecia la perspectiva de los actores porque confundiría al investigador haciéndole creer en falsedades o apariencias como si fueran verdades. En vez de plantear que la explicación debe limitarse a reproducir la perspectiva de los actores, sin indagar en aspectos no evidentes del mundo social, las propuestas no dualistas postulan que el conocimiento de lo social no puede prescindir del conjunto de explicaciones que los individuos dan sobre su comportamiento, ni de las interpretaciones con que viven su relación con otros hombres y su entorno natural: en suma, no puede prescindir de la reflexividad propia de la acción humana.

Cabe advertir que la constitución de lo social a partir de la práctica de los sujetos no es directa, por lo cual la generalización directa a [59] partir del caso observado produce un conocimiento que no se aparta de la mera clasificación de hechos y de su descripción en términos del sentido común. Las hipótesis universales requieren la formulación de conexiones teóricas que establezcan relaciones entre variables consideradas fundantes con respecto a la singularidad a explicar. Estos modelos así elaborados revelan tendencias que no implican una réplica directa de lo real. De este modo, el investigador no se apoya en la casuística relevada para avalar o mostrar la falsedad de un modelo teórico, pues éste no constituye una generalización de la experiencia directa, sino más bien, la síntesis y selección de aspectos considerados relevantes en el plano abstracto en que se plantea el modelo, y que no son enunciados en la realidad en sí. De ello no se deduce que la contrastación empírica sea innecesaria, aunque la aparición de evidencias contrarias no resulta en el inmediato rechazo del modelo. Éste puede contener mecanismos que permitan incorporar lo que parecen desviaciones o casos anómalos. Por ejemplo, los paradigmas teóricos (funcionalismo, marxismo, estructuralismo) han sobrevivido largamente a generaciones de críticos y detractores. Es necesario mucho más que la etnografía de un par de sociedades para contradecir los principios fundantes del concepto malinowskiano de "función" o del marxiano de "modo de producción".

Por otra parte, las explicaciones en ciencias sociales son expostfacto, no predictivas, lo que las diferencia de las explicaciones referidas a sistemas cerrados de variables con los que operan las ciencias experimentales (Pereyra, 1984), que plantean conexiones teóricas necesarias de tipo universal o absoluto. El hecho de que no sean predictivas no torna a las ciencias sociales menos científicas. Su capacidad explicativa se basa en conexiones tendenciales[1] formuladas en modelos, que no implican inevitabilidad

[1] Con el término tendencia nos referimos a “enunciados que establecen conexiones sujetas a la acción de otros factores que eventualmente las modifican o neutralizan” (Pereyre, 1984:80), a diferencia de ley,

histórica, sino que indican el carácter necesario del proceso. Así como la realidad social es determinante a la vez que determinada por la práctica de los actores, una explicación no reduccionista ni fatalista, concepciones con las que se ha confundido el determinismo, necesita incorporar esas prácticas en la explicación de lo ocurrido, y no definir ex ante cómo se concretará la práctica de los actores, anulando su carácter específico.

Hasta ahora analizamos el tema de lo singular en su universalidad (por ejemplo, cómo subsumir una práctica social específica en regularidades que permitan visualizarla en otros contextos, gracias a [60] conceptos de más vasto alcance, conceptos teóricos). Desarrollaremos el tema de lo universal en su singularidad en los próximos capítulos, pues entendemos que es precisamente éste el plano al que aporta con mayor claridad la práctica teórica y empírica de la antropología social. Si hemos de rechazar esquemas explicativos objetivistas, considerando que no sólo es válido sino imprescindible rescatar las lógicas sociales a través de la perspectiva de los actores para describir y explicar el proceso social, debemos darnos los medios para penetrar este territorio en su vasta complejidad y ensayar formas de articular el mundo de los actores con el plano teórico que sustenta la tarea explicativa, sin anular o extrapolar uno al otro. El científico social se ocupa de "un mundo preinterpretado en que los significados desarrollados por los sujetos activos entran en la constitución práctica de ese mundo" (Giddens, 1987: 149).

Walter Runciman (1983) señala, en esta misma dirección, que el elemento distintivo de las ciencias sociales es la descripción. Esto es, todas las ciencias comparten dos niveles de comprensión: el primario o "reporte" informa qué ha ocurrido (el "qué"); el secundario o "explicación" alude a sus causas (el "por qué"); pero las ciencias sociales no pueden prescindir de un nivel terciario de comprensión que es la "descripción", el cual se ocupa de lo que ocurrió según sus agentes (el "cómo es" para ellos). Un investigador social no puede entender una acción sin comprender los términos en que la caracterizan sus protagonistas. Así, es claro que los obreros de una fábrica han cesado de hacer funcionar las máquinas y se han retirado del establecimiento. Para explicar por qué lo hicieron debemos antes caracterizar esta detención y esta caracterización sólo puede hacerse recurriendo a consultar con los agentes —en este caso, los trabajadores y quizás los empleadores-, que serán quienes den cuenta de lo que piensan, sienten, dicen y hacen con respecto a las máquinas y el trabajo. Entonces el reporte debe informar de los hechos, y la medida de su precisión radica en su ajuste a esos hechos; pero para explicar por qué dejaron de trabajar, primero necesitamos saber si nuestra caracterización de este conjunto de hechos coincide con la que hacen trabajadores y empleadores. Entonces, todo lo que viene después del reporte (comprensión primaria) no depende del ajuste a los hechos sino del ajuste a la perspectiva de los actores. Los obreros apagaron sus máquinas en señal de descontento, de huelga, del cierre de la fábrica, por una celebración religiosa, porque iban a la guerra o porque se iban de vacaciones. Una buena descripción es aquella que no malinterpreta, es decir, que no incurre en interpretaciones etnocéntricas, sustituyendo el punto de vista, los valores y las razones de los actores por el punto de vista, los valores y las razones del investigador (Runciman, 1983; Guber, 2001). [61]

---

enunciado que formula una relación en la cual los efectos seceden inexorablemente.

2. Reformulaciones en torno a la cuestión del objeto de conocimiento[2]

Decíamos que, desde la perspectiva con que abordamos el conocimiento social, lo real no se manifiesta directamente al sujeto sino mediatizado por una construcción teórica, desde donde se interroga. Ello permite al investigador delinear una estrategia general de investigación que incluye pautas de análisis y procedimientos de la ciencia en general, adecuados y reformulados a la luz de la investigación sobre un objeto particular. El investigador construye su objeto de conocimiento. La antropología social no se ocupa de una porción del referente empírico, sino de una problemática que distintas corrientes han definido y explicado de modos variados: la diversidad. Pero ¿cómo se traduce el análisis de la diversidad en la construcción teórica del objeto de estudio?[3]

La literatura acerca del objeto de conocimiento como construcción teórica proviene de las vertientes racionalistas de la epistemología y, en primer lugar, de la Introducción general a la crítica de la economía política, de K. Marx (1857). Como ya puntualizamos, tanto la epistemología empirista como la naturaleza del material de análisis antropológico han sido y son dos poderosas razones para que el objeto de investigación en esta disciplina no fuera explicitado. Sin embargo, a veces el racionalismo ha caído en un teoricismo que relega el material procedente del campo a un papel secundario, cuando no meramente ratificatorio de las hipótesis teóricas. En antropología, esto significa perder de vista los aportes del conocimiento de la perspectiva del actor y no es extraño que el investigador, puesto ante la disyuntiva teoría-empiria, tienda a reproducir su conocimiento etno- y sociocéntrico. Esta orientación redunda en la máxima siguiente: si hay una discrepancia entre la teoría y la realidad... peor para la realidad.

Sin embargo, que el objeto de investigación deba ser construido no implica necesariamente el teoricismo. Éste es quizás el mayor desafío del conocimiento antropológico y de todo aquel trabajo que se funde en material obtenido por vía etnográfica. La integración entre [62] datos y teoría, y la puesta en diálogo entre ambos, es quizás uno de los puntos de más difícil resolución en la monografía final, que en antropología llamamos "etnografía". El investigador-autor da cuenta de este dilema con su propia creatividad (véase Peirano, 1995).

Definiremos el objeto de conocimiento como "una relación construida teóricamente y en torno de la cual se articulan explicaciones acerca de una dimensión de lo real" (Guber y Rosato, 1989: 6); es una "relación problemática" no evidente, formulada por el investigador sobre la base de ciertos supuestos (y apuestas) acerca de cómo es el mundo y cómo funciona ese mundo en el caso específico a analizar. Así, el investigador introduce "un cuestionamiento que irrumpe en la continuidad de hechos indiferenciados que capta con los sentidos. De ese mar de posibles datos, en una empiria aparentemente uniforme, algo llama su atención: alguna conexión aparece como relevante. Esta irrupción no surge de los hechos mismos, aunque sea inspirada por ellos; es más bien la organización cognitiva del investigador la que le permite formular ese cuestionamiento acerca de determinados aspectos de lo real y no acerca de otros. Es ese cuestionamiento

[2] Estas reflexiones derivan de un trabajo conjunto con Ana Rósalo (Guber y Rosato, 1989).
[3] En el capítulo 14 sugerimos algunos pasos para construir el objeto antropológico de investigación, retomando la relación universalidad-singularidad y la peculiaridad que introduce la consideración de la perspectiva de los actores. Se trata, más bien, de un ensayo en el cual se sistematizan algunos procedimientos posibles para identificar más claramente qué elementos se integran en esta construcción.

el que posibilita el conocimiento, pues "la realidad sólo habla cuando se la interroga" (Castells y De Ipola, 1972).

Los cuerpos teóricos son las herramientas por excelencia para problematizar lo real con fines de investigación. "Problematizar" significa introducir preguntas acerca de lo que sucede; significa transformar un hecho aparentemente intrascendente o habitual en un problema e incorporarlo a un tema mayor de investigación. ¿Por qué los pueblos organizan de modos tan diversos sus relaciones de parentesco? ¿Por qué los sectores socioeconómicos con menor capacidad de recursos integran familias más numerosas? ¿Por qué en nuestra sociedad se denigra a los inmigrantes limítrofes y no a los de ultramar? Los interrogantes nos llevan a observar los hechos desde un ángulo diferente, orientados por el problema que comienza así a ser planteado. La capacidad de formular preguntas a lo real depende de la serie de conexiones explicativas que el investigador sustenta y de su adiestramiento en plantearse interrogantes. Así como el lego no distingue especies de árboles en un bosque, pues para él son todos iguales, quien no tiene experiencia en investigación no distingue vetas posibles de interrogación. Conforme avance y madure en su labor, no sólo podrá descubrirlas, sino que aprenderá a distinguir entre vetas ricas y vetas más superficiales.

Los esquemas teóricos promueven series de preguntas, priorizando determinadas relaciones y secundarizando otras. Volviendo al ejemplo de las familias numerosas, es evidente que tal como se planteó el interrogante "¿por qué los sectores socioeconómicos con menor capacidad de recursos integran familias más numerosas?", el investigador [63] vincula el fenómeno del número de hijos al nivel socioeconómico de esas familias; mientras, no repara, por ejemplo, en el origen étnico (¿por qué las familias de origen paraguayo o nordestino son más numerosas que las de origen japonés, norteamericano o español?), ni en el nivel de instrucción formal alcanzado por los jefes de familia (¿por qué las familias cuyos jefes no han completado sus estudios primarios son más prolíficas que las de nivel terciario?). En estos ejemplos queda claro que en la formulación de un interrogante ya preexiste alguna orientación hacia la respuesta; y esta orientación está guiada por los modelos teóricos y de sentido común, según los cuales se interpreta lo real. Los conceptos teóricos y sus relaciones permiten acceder a la empina por determinado camino.

Por ejemplo, el sistema social visto desde la perspectiva funcionalista parsoniana se funda en los aspectos cohesivos normativos, ubicando al conflicto como una desviación individual ante la congruencia del todo social; desde el marxismo, en cambio, ese mismo sistema es presentado en un proceso donde se gestan y superan contradicciones propias del sistema y su estructura, que no dependen de las características de los individuos. De este modo, los hechos y conductas calificados como desviados o marginales son objeto de explicaciones diferentes según la teoría desde la cual sean abordados (Pitch, 1980). Simultáneamente, los hechos empíricos a relevar serán diferentes. Quizá un investigador recabe información acerca de delitos menores (prostitutas, juego clandestino, etcétera), mientras otro considera que el delito de cuello blanco y de contaminación fabril son manifestaciones excelsas, aunque a menudo silenciadas, de desviación social.

El bagaje teórico no sólo promueve ciertas preguntas; también distancia al investigador del objeto empírico. A través de la elaboración de un modelo de conexiones tendenciales, lo naturalizado se desnaturaliza y adquiere así el carácter de realidad

problematizada. Y en la labor antropológica no sólo la teoría permite al investigador problematizar lo real, sino también su bagaje de sentido común propio de su sector social, de su grupo étnico, de su adhesión política, etcétera. Asimismo, la comparación de modos de vida y de organización ha sido un motor principalísimo de la investigación en esta disciplina, obligando al antropólogo a relativizar pautas y valores considerados únicos y absolutos.

Cabe insistir sobre el hecho de que la distinción entre sentido común y teoría no significa una escisión tajante. En efecto, aquél suele contener teorías fragmentadas que pueden estar en contradicción o ser congruentes con otras partes de ese conocimiento. El habla corriente de los agentes oficiales y de sectores medios de las grandes ciudades, por ejemplo, suele presentar una visión de los sectores populares acorde a la teoría marginalista vigente en las ciencias sociales [64] durante las décadas de 1950 y 1960. Concepciones tales como que los residentes de villas miseria están en condiciones degradadas de vida por "falta de educación", "inadaptación al medio urbano" y sostenimiento de un modo de vida "tradicional", coinciden con las premisas de Gino Germani (1960) y la DESAL (1964) sobre la marginalidad urbana y social.

La construcción del objeto de investigación es delineada inicialmente en función de ambos bagajes -teórico y de sentido común-, sin que ello implique una actitud acrítica y/o solipsista frente al referente empírico. Por el contrario, el reconocimiento y la continua explicitación de dichos bagajes y su puesta en contraste y diálogo con aquello que el investigador elabora a partir de su información, permite obtener datos que reformulen, amplíen y profundicen la teoría y el conocimiento de lo real. En resumen, para iniciar la construcción del objeto de investigación es necesario explicitar y sistematizar los supuestos teóricos y explicitar los supuestos del sentido común (cf. capítulo 14). [65]

3. El enfoque antropológico: señas particulares

1. Aportes de la antropología clásica: el trabajo de campo y la etnografía

La antropología planteada inicialmente, desde el evolucionismo como ciencia de la diferencia sociocultural, se abocó a la tarea científica de explicar y, para ello, de describir los pueblos primitivos como supervivencias del pasado de la humanidad. En el período de entreguerras, la antropología moderna instauró su referente empírico también en los pueblos primitivos, pero como representantes de la diversidad cultural. Finalmente, después de la Segunda Guerra Mundial, la antropología reubicó su interés por la diversidad en el interior de las propias sociedades de los investigadores e, incluso, de las sociedades que habían sido colonias, pero entendidas como partes de un mismo orden mundial. Así, la atención en la diversidad revirtió la investigación en sectores de las sociedades capitalistas avanzadas y en sectores del mundo que no gozaban de las ventajas ni de la acumulación del mundo capitalista. Esos sectores, aunados por la desigualdad, eran los campesinos, los desempleados, los pobres urbanos, los marginados, etcétera. Estos estudios se extendieron a otros agrupamientos humanos y tuvieron en cuenta la singularidad de sus valores y modos de organización: comunidades migrantes, hippies, linyeras, consumidores de estupefacientes, adeptos a sectas religiosas, etcétera (Boivin, Rosato y Arribas, 1998).

Pese a las distintas ópticas teóricas, todos estos objetos empíricos tenían algo en común: la construcción que hicieron las sucesivas gneraciones de antropólogos —se llamaran etnógrafos, etnólogos, antropólogos sociales o antropólogos a secas— de los grupos humanos como expresiones de la singularidad sociocultural en el género humano. [67]

La antropología comparte con otras disciplinas la intención explicativa de los fenómenos sociales en proceso, pero si quiere ser consecuente con su "misión antietnocéntrica" debe reconocer cómo los actores configuran el marco significativo de sus prácticas y nociones, lo que aquí hemos llamado "la perspectiva del actor" (Geertz, 1973). Expondremos brevemente cómo se lleva a cabo este reconocimiento y las novedades que introduce en la investigación social. En principio, el investigador describe una realidad particular, animada por complejos de relaciones que atañen y vinculan distintos campos de la vida social. Las etnografías presentan un retrato vivido de los más variados aspectos de una cultura: economía, organización social y política, sistema religioso y de creencias médicas, formas de socialización de los jóvenes, tratamiento de los ancianos, vínculos con la naturaleza, relaciones con otros grupos culturales, arte, tecnología, etcétera.

Las corrientes empiristas dicen asegurar una pintura fidedigna, sin distorsiones etnocéntricas, a través de la aproximación inmediata y no teórica al campo. El naturalismo encuadra sus observaciones en el ámbito natural de los sujetos; la investigación in situ se muestra como garantía inapelable de la calidad de los datos, pues, al permanecer en su ambiente, el objeto empírico se mantiene inalterable cuando es abordado por el investigador, que es visto como un agente neutral y no contaminante. A diferencia de lo que ocurre cuando se utilizan instrumentos tales como encuestas y entrevistas formalizadas -que exigen a los sujetos alterar, siquiera momentáneamente, sus actividades habituales-, el antropólogo intenta pasar desapercibido, valiéndose de técnicas menos intrusivas de recolección de datos. Asimismo, las fuentes secundarias le merecen alguna desconfianza en la medida en que, seguramente, trasuntan la

artificialidad de los contextos en que fueron obtenidos los datos y la extrapolación de categorías pertenecientes a quien confeccionó el documento, la encuesta o el censo (Hammersley, 1984: 48).

Ciertos principios de la práctica empirista han perdurado, revelando influencias metodológicas sumamente valiosas para la práctica antropológica, que presentamos en su forma clásica. Una de ellas es la unidad entre el recolector de datos y el analista, en todo el curso de la investigación. Es la misma persona la que diseña el proyecto, la que se dirige al campo, la que recoge Información, la que posteriormente la analiza y redacta el informe final (Rockwell, 1980; Clammer, 1984; Holy, 1984). Otra es la exigencia del registro de los múltiples aspectos que componen la vida social, cuidando de no alterar las prioridades conectivas propias del marco de referencia de los actores. Los estudios integrales u holísticos de la etnografía revelan las conexiones entre actividades económicas y nociones del mundo sobrenatural, entre actividades políticas y conceptos estéticos y sociales, etcétera. La [68] descripción antropológica se caracteriza, pues, por abarcar un amplio espectro, tomando en íntima relación y conjuntamente lo que, desde el medio académico, suele tratarse por separado. De este modo, por ejemplo, una práctica definida como económica adquiere sentido en relación con otros aspectos y áreas de lo social que se dan cita en la situación observada y en el conjunto organizativo de la vida social (Johnson, 1978: 11; Agar, 1980: 75). El investigador, al dirigirse al campo, no debe mantener ningún orden de prioridades preestablecido, pues su criterio de selección del material y de las conexiones significativas provendrá de aquellos a quienes estudia. Más aún, el investigador ha de detectar el sentido de prácticas y nociones en el seno del haz de relaciones que los sujetos le presentan en el contexto de la vida cotidiana en el campo.

Por otra parte, siguiendo la tradición de los tiempos en que sus estudios concernían, fundamentalmente, a sociedades sin escritura, los antropólogos se entrenan en relevar normas y prácticas consuetudinarias, más que códigos explícitos y formalizados. Esto ha dado lugar a una particular destreza para detectar las pautas informales de la práctica social, ya sea lo que todos saben como parte del sentido común, sea aquello que, asimilado a la práctica, no se considera digno de ser registrado, sea el conjunto de prácticas y nociones que se alejan -por costumbre y/o contravención- de las normas establecidas. Así, los antropólogos buscan establecer, desde un enfoque holístico, la vida real de una cultura, lo cual incluye lo informal, lo intersticial, lo no documentado, más que lo establecido y lo formalizado (Rockwell, 1986: 16; Wolf, 1980). Esta tendencia abre un vasto y polémico campo de discusión, clásico en la antropología, en torno a la explicación de las contradicciones entre lo que se considera que debe hacerse, lo que se dice que se hace y lo que se observa en la práctica concreta. Las vías para dirimir esta cuestión son múltiples y dependen de decisiones teóricas. Sin embargo, el reconocimiento de ese lado oscuro demanda la presencia del investigador como condición necesaria, pero no suficiente, para la captación de los "textos y subtextos" de la vida social (Willis, 1984).

2. El papel de la teoría en la producción del conocimiento social

Las corrientes racionalistas críticas del empirismo sostienen que el conocimiento se lleva a cabo a través de la organización cognitiva propia del sujeto y que esta organización responde a cierta anticipación o conceptualización —teórica- de aquello que se desea conocer (Bourdieu, Passeron y Chamboredon, 1975; Batallan, 1985).

Según esta epistemología, toda descripción está precedida por una idea, incluso [69] asistemática o incoherente, de aquello que se va a describir y, sobre todo, del sentido u orientación explicativa en que dicha descripción se verá inscripta. Esta cuestión parece capital en una disciplina que ha hecho de la descripción -tal la misión de la etnografía- su piedra de toque y rasgo distintivo; ello le ha valido, no pocas veces, la calificación de precientífica, una "mera descripción" al no tenerse en cuenta la particularidad apuntada por Runciman (1983).

A esta altura cabe mencionar el papel que el teoricismo, como exacerbación del racionalismo, ha asignado a la teoría. A mediados de la década de 1960, a partir de una de las tantas crisis que sufrió el empirismo en el ámbito académico y, en este caso, en el campo de la sociología, los informes y las discusiones comienzan a dar prioridad a la elaboración teórica abstracta y califican todo intento de justificación a través de la aproximación a lo empírico como vicio empirista. Así, el teoricismo se opone polarmente al empirismo, que sostiene una concepción del acceso a lo real como inmediato y ateórico, lo que lo convierte en "una ideología de la observación", como dice M. Thiollent (1982).

Empero, si bien no basta replicar la empiria tal como se nos presenta, tampoco basta con enunciar cuerpos teóricos para avanzar en el conocimiento social. Superar el empirismo no significa despreciar la existencia de lo real ni restar esfuerzos por mejorar las vías de su conocimiento, cosa que hace el teoricismo al convalidar explicaciones hipergeneralizadoras a partir del prestigio de la teoría más que del conocimiento y la contrastación con el referente empírico. Sus resultados han sido diversos y por cierto lamentables, sobre todo para desarrollar conocimientos en realidades tan ignoradas como las que han sobrevenido en el mundo de fines del siglo XX y principios del XXI. Uno de esos resultados fue la cristalización de los núcleos temáticos y de los enfoques académicos y, con ello, el estancamiento del trabajo teórico mismo. La aplicación maniquea de enunciados teóricos al referente empírico condujo a una forma particular de sociocentrismo, como lo es el reforzar los prejuicios de la tribu de los científicos o, como señala Rockwell (1980: 42), "reproducir el sentido común académico en vez de transformarlo". Tal como queda planteada por el teoricismo, la teoría no abre el campo del conocimiento superando el dogmatismo sino que, por el contrario, se transforma en una serie de rótulos que expresan más bien una profesión de fe, pues las explicaciones así construidas no suelen emplearse ni contrastarse a partir de investigaciones concretas. Aparecen entonces criterios del marxismo, por ejemplo, mezclados con criterios positivistas. La teoría se va transformando en una cuestión partidista. El investigador no sabe cómo, cuándo y para qué emplearla, pero se sienta a esperar sus efectos mágicos, como si la teoría por sí sola le fuera a señalar qué investigar, cómo hacerlo y con quién, además [70] de garantizarle (esto es fundamental) resultados inapelables. Si esto es así, seguramente más que conocimiento nuevo obtendremos una tautología. Los conceptos teóricos resultan estériles si sólo nos llevan a una reafírmación solipsista de nuestros presupuestos, que le hacen decir cualquier cosa a la realidad.

Por otro lado, una "confesión teórica no especifica la totalidad de la realidad social en una región determinada. Incluye una pauta general pero no una explicación específica (en lo que atañe al cómo y al grado de determinación externa de una región dada). Tampoco anticipa el significado particular del futuro flujo de datos" (Willis, 1984: 8). Es decir, atañe a lo universal pero no a lo singular. Esta precisión introduce la necesaria bidireccionalidad del proceso de conocimiento, la retroalimentación entre conceptos del

investigador y referentes de los actores, ya que cualquier observador tiene sus propios marcos de referencia que le posibilitan desde la mera observación hasta la organización posterior de los datos, desde la selección del ámbito de trabajo hasta el tipo de registro sobre el cual asentará su posterior descripción. Pero de no explicitarlos, esos marcos permanecerán subyacentes a su conocimiento. Las pruebas de esto son múltiples y las atenderemos en los sucesivos capítulos de este libro. Por ahora, trazaremos los lineamientos generales del conocimiento antropológico, concebido desde un enfoque en el cual se contemple la activa intervención teórica del investigador en la producción de conocimiento y la explicación de lo social. Con esto aspiramos a retomar los rasgos empiristas que han caracterizado a la investigación antropológica y al trabajo de campo, pero desde otra perspectiva epistemológica.

Para explicar, el antropólogo parte de algún paradigma teórico que es compartido con otras ciencias sociales —marxista, funcionalista, estructuralista, etcétera-. Ahora bien, un paradigma guarda una correspondencia con lo real que no es directa, sino que requiere de sucesivas mediaciones en las que se manifiesta el mundo de los actores. A este mundo no se accede directamente por la percepción sensorial del investigador, sino por un constante diálogo con su modelo teórico que es lo que le permite ordenar sus prioridades y criterios selectivos para la observación y el registro. Por consiguiente, la perspectiva de los actores es una construcción orientada teóricamente por el investigador, quien busca dar cuenta de la realidad empírica tal como es vivida y experimentada por los actores. Ello no excluye el reconocimiento de la lógica de los actores, sino que hace posible una mirada progresivamente no etnocéntrica.

El investigador emplea sus propios marcos de referencia para interpretar, en un principio, qué sucede en el sistema estudiado. Pero los irá modificando gradualmente, en busca de un marco que dé cuenta de la lógica de sus actores. De lo contrario, se estaría imponiendo [71] un marco de referencia ajeno a ese grupo social, y violentando aquello que se estudia.

Esto es lo que sucede cuando se ofrece una explicación que no contempla el contexto significativo de los sujetos sociales en cuestión. Suele afirmarse, por ejemplo, que los habitantes de las villas miseria y otros sectores de escasos recursos económicos conciben a sus hijos sin plan ni previsión. Esta interpretación es creencia corriente del sentido común estatal y de sectores medios, que visualiza a aquellos sectores como una remora del salvajismo rural y aborigen, proclives a comportamientos instintivos casi animales. El investigador debería profundizar en las prácticas y discursos, así como en la teoría sustentada por dichos sectores acerca de su propio modo de vida, para relevar qué sentidos asignan a la reproducción, a la familia numerosa, a los hijos, a la maternidad, a la paternidad. Y si en efecto comprobara que no se dan cuenta de lo que hacen, debería entonces preguntarse en qué consiste ese "no darse cuenta" y qué indicadores se han tomado para llegar a esta conclusión. Estas cuestiones pueden indagarse a través del trabajo empírico y su puesta en relación con el mundo del investigador y su marco teórico. De lo contrario, la interpretación social incurriría en dos errores: en primer lugar, no diferiría de la realizada por un biólogo sobre la reproducción de las ratas. La diferencia es, precisamente, que —hasta donde sabemos— las ratas no poseen una conducta reflexiva, esto es, no asignan sentido a sus actos ni a los de sus congéneres; en segundo lugar, el investigador se estaría haciendo eco, acríticamente, de la premisa de sentido común según la cual los habitantes de villas miseria son precisamente animales, seres naturales y, por consiguiente, se comportan

instintivamente, sin darse cuenta de lo que hacen. Como es obvio, estas conclusiones tienen consecuencias directas en las políticas públicas.

3. Dos conceptos clave: diversidad y perspectiva del actor

Si la antropología social no ha desaparecido con la progresiva extinción del "salvajismo", si sus objetos de estudio empíricos son hoy más que diversos en el mundo contemporáneo, es porque su objeto de conocimiento es de naturaleza teórica. A lo largo de las páginas precedentes, hemos venido sosteniendo que el antropólogo social como elaborador de conocimiento científico se ha ocupado fundamentalmente de distancias culturales -que son también sociales-; no ha sido un mero coleccionista de rarezas, sino que se ha revelado profundamente preocupado en familiarizarse con mundos diversos y, más recientemente, en exotizar los mundos familiares, para lograr un conocimiento superador de sociocentrismos y etnocentrismos. En resumen, el antropólogo social ha buscado empírica y teóricamente [72] dar cuenta de la alteridad que le permita superar los límites tanto del sentido común como de los siempre perfectibles paradigmas teóricos. El antropólogo social se ocupa de producir la diversidad, gracias al descentramiento de sus propios parámetros.

Lo dicho significa que la diversidad no es sino una construcción teórica que la antropología social ha explicado desde distintas corrientes teóricas: la evolución humana, el relativismo, las relaciones sociales de producción, la integración funcional del sistema, etcétera. En su intento por dar cuenta de los procesos sociales y sus transformaciones, desde la relación diversidad-unidad del género humano, la antropología se propone reconocer la particularidad de los procesos y la intervención en ellos de los hombres y mujeres a través de su práctica. Insistimos entonces en que cuando hablamos de "diversidad" no aludimos a meras diferencias empíricas —por ejemplo, formas de vestir, de elegir a un jefe, de sanar a un paciente-, aunque estos referentes constituyen la materia prima de la investigación antropológica. Aludimos, más bien, a la construcción teórica que asigna a la diversidad algún papel en la explicación. No postulamos que la diversidad existe como porción de lo real-empírico, sino que el investigador es quien construye una diversidad relevante desde su perspectiva teórica y para sus fines investigativos. Frente a un análisis de los armenios en la Argentina, por ejemplo, es el investigador quien, desde su enfoque teórico, encara la diversidad desde un ángulo étnico, político, económico, religioso, o bien plantea que a través de lo étnico se expresan cuestiones económicas y políticas.

Ahora bien, el componente fuertemente teórico del concepto de diversidad no excluye una dimensión complementaria en el análisis de la realidad social: las manifestaciones empíricas en que se arraiga dicha diversidad. Y estas manifestaciones son siempre de índole social, aun cuando a veces se revelen como meros artículos materiales pintorescos, puesto que los sujetos llevan a cabo sus relaciones a través de prácticas y verbalizaciones que expresan nociones y representaciones. Esta noción de diversidad está profundamente imbricada en nuestra concepción de la naturaleza del mundo social y en la importancia que otorgamos al papel de la perspectiva del actor en la explicación socioantropológica, porque describir y analizar el proceso social en su diversidad y singularidad implica rescatar la lógica de la producción material y simbólica de los sujetos sociales.[1] En efecto, puesto en [73] su tarea investigativa, el antropólogo se

[1] Michel-Rolph Trouillot, en su libro sobre la historia como proceso social, se preguntaba quiénes eran sus sujetos, y se respondía: "la gente [people] en tres capacidades diferentes: 1) como agentes u ocupantes

encuentra ante una determinada configuración histórica de acciones y nociones; sólo dentro de ella, el mundo social cobra sentido para quienes lo producen y, a la vez, se reproducen en él. Dicha configuración es el resultado de una permanente tensión entre la continuidad y la transformación; no está cristalizada ni es siempre igual a sí misma; está en proceso pero es reconocible para sus miembros, que obran y piensan según las opciones que ofrece y que, como ya hemos dicho, no es exterior a ellos, pero tampoco su producto intencional. Los actores se conducen en su mundo social de acuerdo con las reglas y las opciones posibles (aunque esto no signifique que respondan automáticamente a ellas). Es en el entramado significante de la vida social donde los sujetos tornan inteligible el mundo en que viven a partir de un saber compartido -aunque desigualmente distribuido y aplicado-, que incluye experiencias, necesidades, posición social, modelos de acción y de interpretación, valores y normas, etcétera. Las prácticas de los sujetos presuponen esos marcos de significado constituidos en el proceso de la vida social (Geertz, 1973).

Con ello queremos decir que, por un lado, el mundo natural existe para hombres y mujeres desde el momento en que ellos lo reconocen como significativo para su propia existencia. Así lo prueba la lingüística: algunos pueblos distinguen una docena de términos para referirse al hielo -según su espesor, su constitución, su coloración, etc.—, mientras que otros distinguen sólo uno o dos (el hielo, por su parte, no tiene nada que decir al respecto). Esas distinciones permiten que los hombres se relacionen con este fenómeno natural haciendo uso de él, evitando accidentes, transformándolo en vía de comunicación o en material de construcción. Su significación surge del complejo de la vida social. Por otro lado, los hombres se vinculan a otros sujetos. En esta relación, el reconocimiento de sus posibles cursos de acción es primordial. Un sujeto se relaciona con otros a través de una asignación y expectativa recíprocas de sentidos, en lo que hace a sus acciones y verbalizaciones. Para que un movimiento físico se transforme en acción, es decir, tenga valor social, su ejecutante y otros a quienes la acción está destinada directa o indirectamente deben otorgarle alguna significación (Weber, 1985; Holy y Stuchlik, 1983; Giddens, 1987; Geertz ,1973).

"Los significados desarrollados por los sujetos activos entran en la constitución práctica [del] mundo" y por eso se trata de un "mundo preinterpretado" (Giddens, 1987: 149). A ese universo de referencia compartido -no siempre verbalizable— que subyace y articula el conjunto de prácticas, nociones y sentidos organizados por la interpretación y actividad de los sujetos sociales, lo hemos denominado "perspectiva del actor". La perspectiva del actor no está subsumida exclusivamente [74] en el plano simbólico y en el nivel subjetivo de la acción, puesto que tomamos la acción en su totalidad, es decir, considerando el significado como parte de las relaciones sociales. Los significados se organizan según el marco de referencia común a determinado grupo social, dado por sentado entre actores que se suponen competentes en el contexto de la interacción -lo que Giddens llama "conocimiento mutuo" y Schutz "sentido común" (Giddens 1987: 108)-. Eso no significa que la perspectiva del actor sea un marco unívoco igualmente compartido y apropiado por todos, pero sí que determina el universo social y culturalmente posible, así como las acciones y nociones que estarán referidas y enmarcadas en él. Al igual que la diversidad, la perspectiva del actor tiene existencia

---

de posiciones estructurales; 2) como actores en constante interfase con el contexto; y 3) como sujetos, esto es, como voces conscientes de su vocalidad" (1995: 23; la traducción es nuestra). En este volumen estoy utilizando el concepto "perspectiva del actor" para incluir estas tres dimensiones.

empírica, aunque su formulación, construcción e implicancias estén definidas desde la teoría.

Este marco de conocimientos presupuestos sobre el mundo social no es ni indeterminado ni inmanente, sino que está circunscrito sociocultural e históricamente y necesita ser explicado en relaciones que vinculen esos universos significantes al proceso social general. Este punto nos parece decisivo en el caso de una de las disciplinas que más se ha ocupado de descubrir lógicas y racionalidades allí donde otras sólo encontraban irracionalidad y desorden. Se trata del punto de partida para erradicar el conocimiento etno-y sociocéntrico.[2] El etnocentrismo puede expresarse en formas diversas, algunas muy sutiles. Una de ellas es escindir las acciones de las nociones que esgrimen los actores sobre ellas, sustituyéndolas por las nociones del investigador (como hemos visto en el ejemplo de las familias numerosas). Esta escisión se produce sutilmente al determinar -explícita o implícitamente- qué prácticas y qué nociones son racionales y cuáles irracionales, por ejemplo, a través de la selección de prácticas relevantes para la observación y la explicación. Eso es lo que ocurre cuando, frente al llanto del bebé, la madre recurre a una curadora y simultáneamente a un médico matriculado y el investigador interesado en relevar las prácticas médicas, en vez de considerar ambas alternativas para la descripción y explicación, sólo registra una -la tradicional o la científica—. Así mutila, según sus prioridades de exotista o racionalista, el hecho social que inicialmente incluía a ambas. En un ejemplo más clásico de la antropología citado por Holy y Stuchlik (1983:42), el investigador registra cómo un pueblo suele adoptar la práctica de dejar en barbecho la tierra y la de rotación de cultivos para incrementar la fertilidad, pero olvida anotar los rituales mágicos [75] para la lluvia que esos agricultores practican puntualmente en ciertas fechas.

> Sus acciones son lo que son porque la gente tiene reglas específicas para ellas y razones específicas para ejecutarlas. Estas nociones no pueden ser simplemente falsas o verdaderas: forman parte indivisible del fenómeno que estudiamos. Evaluarlas como falsas, por ejemplo, y reemplazarlas con explicaciones que consideramos verdaderas significa, en términos prácticos, negar su relación con las acciones observadas. Y en última instancia, negar su existencia. Si hacemos esto, estaremos reemplazando la realidad de la que son parte por una realidad que hemos modelado para nuestros propósitos y razones. Esto conduce, finalmente, a la negación de los hechos observados en sí mismos; esto significa legislar sobre la realidad social, no estudiarla (Holy y Stuchlik, 1983: 42; la traducción es nuestra).

Decíamos más arriba que el antropólogo ha desarrollado cierta destreza en estudiar lo no documentado, lo implícito, lo no formalizado. Su capacidad para detectar lo intersticial no es, sin embargo, solamente una remora de los tiempos en que estudiaba pueblos sin escritura; es también la capacidad de descubrir desfasajes y contradicciones internas en una cultura, entre lo que los actores dicen que hacen y lo que hacen realmente. Esta distinción ha llevado a algunos autores a optar entre uno u otro aspecto, cayendo en la visión normativa o en la pragmática de la cultura. En ambos casos se mutila la totalidad del hecho social, lo cual conduce, inexorablemente, a conclusiones parciales y, sobre todo, esquemáticas y caricaturescas, esto es, ofensivas. Desde

[2] Obviamente, no fue ni es la antropología la única rama del saber que ha luchado contra las perspectivas sociocéntricas. Algunas corrientes dentro de la sociología, la psicología, la historia y particularmente el psicoanálisis han hecho muchos aportes.

distintas posturas teóricas se han suministrado variadas respuestas a la naturaleza de la relación entre lo informal y lo formal, relación que suele caracterizarse como estructurada, no caótica, a la que hay que desentrañar y explicar. Las vías para dirimir esta cuestión son múltiples y dependen, como en casos anteriores, de esas decisiones teóricas.

La relación a veces discordante entre lo formal y lo no formal es una de las fuentes más comunes de desconcierto para el investigador. Es en este punto inesperado, sin referencias teóricas ni coincidencias con la cultura del investigador, donde se producen los quiebres con lo familiar y lo conocido. Y es aquí donde se manifiesta antropológicamente el movimiento de desnaturalizar lo naturalizado, descotidianizar lo cotidiano (Lins Ribeiro, 1998), o exotizar lo familiar (Da Matta, 1998). Es en el campo donde esa perplejidad puede y debe ser alimentada, instalando el proceso cognitivo en las contradicciones, las rupturas y las interrupciones en la comunicación. Entonces, el investigador se dispone a encarar dicho proceso no tanto a partir de identificaciones con los sujetos -como proponen las teorías [76] de la comprensión— sino a partir del conflicto que le despiertan, por la distancia social y cultural, ese cúmulo de nociones y prácticas no compartidas. El investigador habría podido apartar su atención de los datos que no encajan, tratando de forzarlos, o bien suponer que no ha mirado bien y revisar los procedimientos técnicos. Pero sin embargo, los toma como una fuente de conocimiento: es "un momento de incertidumbre creativa" (Willis, 1984: 11). Ello lo conduce a concientizar y explicitar el cúmulo de ideas, decisiones y comportamientos que asume en este proceso, sometiéndolos "al análisis en los mismos términos en que [lo hace con] los demás participantes" (Hammersley, 1984:45).

La elaboración teórica tiene sentido si se contrasta y reformula desde las categorías de los actores y los avatares del trabajo empírico. La construcción final de una explicación de lo social deja de ser sociocéntrica si se han atravesado uno o varios momentos de deconstrucción de la lógica original para "construir sobre la reconstrucción de momentos condensados, selectos y significativos experimentados en campo" (Willis, 1984: 8). En suma, si se ha procedido a una constante puesta en relación entre lo universal y lo singular.

Para acceder a la perspectiva del actor y construirla para relevar aspectos informales o no documentados y establecer contradicciones y relaciones entre verbalizaciones y prácticas, para evidenciar la articulación entre los distintos aspectos de la vida social, para ampliar y descentrar la mirada sobre los sujetos, la presencia directa en el campo (pilar de las concepciones empiristas) es condición necesaria pero no suficiente. A ello se añade, ahora, la elaboración teórica y del sentido común que, desde el principio al final, permite apropiarse de la información, transformarla en dato y organizaría en una explicación. La antropología suministra un medio por demás adecuado para llevar a cabo estas tareas, pero entendiendo a ese medio no como un determinado cuerpo teórico o un bagaje técnico especializado, sino como un enfoque totalizador para el cual la perspectiva del actor es, a la vez, un punto de partida -pues hay que comenzar por conocerla—y de primera llegada -pues constituye una parte de la explicación de lo real-. Concebimos el conocimiento reflexivamente, lo cual significa incorporar al investigador al campo de análisis y poner en cuestión su mundo académico, cultural y social, que es su condicionamiento, a la vez que su posibilidad de conceptualizar la objetividad social.

4. Características de la investigación socioantropológica

La vida social se expresa en nociones, actividades, representaciones, prácticas y contextos. Pero la enunciación de sus conexiones significativas, [77] de los atributos que integran una descripción, su interpretación o su simple registro, responden en buena medida a la organización cognitiva del investigador.

Si bien existen sujetos reales de investigación, sólo es posible conocer su mundo a través de conceptos. El marco teórico incide entonces en dos instancias: en el proceso general de investigación y en el proceso particular del trabajo de campo. En cuanto a la primera, la postura teórica orienta la selección de la problemática y de la batería de conceptos, y define un rango general de premisas metodológicas en el cual se establecen el ámbito y la identidad de los sujetos de estudio, los indicadores que permitirán indagar la problemática planteada, la relación de ésta con su entorno mayor, los aspectos que estructuran la descripción y la orientación explicativa del informe final. La incidencia de la teoría en esta instancia ha sido generalmente reconocida, aunque ocasionalmente se llegara a postular que su control era posible a través de principios metodológicos neutrales. En cuanto a la segunda instancia, la del trabajo de campo, el papel de la teoría no es tan claro en el proceso concreto de recolección de información, la aplicación de técnicas heterodoxas y aparentemente no sistemáticas para producir datos, la selección de temas a registrar, observar e interrogar, los campos significativos de focalización, el contacto con quienes proveerán información -los informantes-, la delimitación del o los roles que desempeñará el investigador y la opción por un lugar de residencia.

Al afirmar que el mundo social está preconstituido por marcos de sentido propios de quienes en ellos se desenvuelven (Schutz, 1974; Weber, 1985), suponemos que ese mundo y esos marcos existen como objetividad social. Pero el investigador accede a ellos a través de la contrastación crítica y permanente entre su bagaje teórico y de sentido común, por un lado, y el mundo empírico de la realidad social, por el otro, focalizando particularmente en la perspectiva del actor. La elaboración teórica no es ni anterior ni posterior a la tarea de recolección de información, sino soporte del conocimiento mismo y, por lo tanto, acompaña todo el proceso. Veamos de qué modo.
Concebimos el proceso de investigación como una relación social en la cual el investigador es otro actor comprometido en el flujo del mundo social y que negocia sus propósitos con los demás protagonistas (Hammersley, 1984: 45). El investigador traza un diseño general para iniciar su labor, pero éste es sólo un bosquejo que necesariamente va a ser alterado a medida que se desarrolla la investigación. Ninguna teoría, ni técnica, ni procedimiento metodológico lo protegen de estos avatares que, dicho sea de paso, no son obstáculos o peligros que deban evitarse; gracias a ellos es posible producir un conocimiento no dogmático ni mecanicista, que se revela más profundo y menos [78] etnocéntrico por ponerse en diálogo con la realidad que estudia y estar descentrado del mundo del investigador. Para no incurrir en profecías autocumplidas, con datos que sólo avalen sus presupuestos (o confirmen sus hipótesis), el investigador no puede partir de un modelo teórico acabado fundado en categorías teóricas preestablecidas, porque esto sería desconocer las formas particulares en que la problemática de su interés se especifica y singulariza en el contexto elegido (Rockwell, 1980: 42). La única vía de acceso a ese mundo desconocido son sus propios conceptos y marcos interpretativos, que necesariamente tienen alguna dosis de sociocentrismo. Pero esto puede ser corregido con el avance de la investigación y, más aún, en la medida en que el investigador esté dispuesto a dejarse cuestionar y sorprender, a contrastar y reformular

sus sistemas explicativos y de clasificación, a partir de los sistemas observados y la lógica o perspectiva de los actores que los viven, experimentan, modifican y reproducen (Holy y Stuchlik, 1983; Willis, 1984). En ese contraste el investigador, como señala Rockwell (1980: 42), "suspende el juicio momentáneamente" no como concesión al empirismo sino como apertura al referente empírico y a la revisión de los conceptos sociocéntricos, ya provengan del marco teórico o del sentido común.

Dado que el investigador es quien lleva a cabo todo el proceso desde la concepción inicial de la investigación hasta la redacción final, no es posible separar la tarea de reflexión teórica de la obtención de información. La tradición de elaborar datos de primera mano y de desechar o utilizar críticamente los obtenidos por otros recolectores (ayer misioneros, funcionarios coloniales o cronistas; hoy agentes estatales, asistentes sociales, personal médico y escolar, periodistas y agencias noticiosas o encuestadores y censistas) obedece a que es en el mismo proceso de recolección que el investigador va internándose en la lógica del grupo en estudio gracias al simultáneo reconocimiento de sí mismo (de su sentido teórico y común).[3] A través de la difícil tarea de deslindar categorías propias y categorías nativas, en el aprendizaje del empleo de conceptos locales y la formulación de interrogantes significativos, el antropólogo recoge materiales pero, además, va construyendo el complejo descriptivo-explicativo del mundo social en estudio. [79] El proceso de investigación es flexible, creativo y heterodoxo, porque se subordina a esa constante y paralela relación entre la observación y la elaboración, la obtención de información y el análisis de datos. Así planteado, este proceso permite producir nuevos conceptos y conexiones explicativas sobre la base de los presupuestos iniciales, ahora reformulados y enriquecidos por categorías de los actores y sus usos contextualizados en la vida social. Las ciencias sociales deben por eso respetar los "niveles de adecuación" (Schutz, 1974) por los cuales los conceptos teóricos dan cuenta, al incorporarlas, de las categorías del lenguaje natural, es decir, de los actores. Si el investigador aspira a penetrar el sentido, el carácter significativo de la acción y las nociones, "las explicaciones deben realizarse en el contexto terminológico de los actores" (Giddens, 1987: 153).

Para incorporar las categorías de los sujetos estudiados (y no nos referimos solamente a las discursivas), el investigador debe ampliar el ángulo inicial de su mirada. Si la significación de una práctica, de una verbalización, reside no tanto en la clasificación a priorí del investigador, sino en la integración específica de la vida social, y si esta integración es desconocida por el investigador hasta tanto realice su trabajo de campo, la tarea consiste en abordar y registrar los aspectos más diversos, pues en cualquiera de ellos puede estar potencialmente la fundamentación de una práctica que se desea explicar. Volviendo al ejemplo que citamos más arriba acerca de las prolíficas familias pobres, no se sabe anticipadamente si la razón de la concepción numerosa responde a un cálculo racional de tipo económico, a una estrategia de redes sociales, a un mandamiento religioso, a una pauta familiar "tradicional" o a todas estas causas juntas. Para saberlo necesitamos información acerca de estos y otros aspectos que componen la compleja trama de la vida de los pobres urbanos. La acumulación de datos no es,

[3] Insisümos en que el investigador necesita no sólo reconocer su bagaje teórico aprendido en su socialización profesional, sino también explicitar "sus actitudes hacia el mundo social, sus relaciones sociales y sus determinaciones fundamentales" (Willis, 1984), ya que ellas también estarán modelando sus descripciones, conceptos, repulsiones y pautas políticas. La explicitación que se exige no significa hacer un *racconto* de experiencias personales, como ha sucedido tan frecuentemente desde el acometimiento de la llamada "antropología posmoderna"; significa, en cambio, analizar su papel en el conocimiento de la perspectiva del actor.

simplemente, un mayor acopio de información, sino de información relevante; tal es el sentido de las pretensiones holísticas que sugieren, desde otro marco epistemológico, relevar todo. Creemos que es válido insistir en esta consigna no como un requerimiento que pueda ser cumplido efectivamente, sino como una disposición general del trabajo (Rockwell, 1980: 42). El investigador va entrenando su organización cognitiva y conceptual en un abordaje de lo real que, gradualmente, va descentrando su marco de referencia etnocéntrico hacia el universo de relaciones propio de los actores. Su reconocimiento requiere una particular modalidad de recolección de información que aparece en los primeros trabajos antropológicos: ningún dato tiene importancia por sí mismo si no es en el seno de una situación, como expresión de un haz de relaciones que le dan sentido. Esto es: los datos se recogen en contexto, porque es en el contexto donde cobran significado y porque definen el contexto. El holismo [80] llama la atención sobre la naturaleza sistémica, plural e interrelacionada de la vida social, lo cual no necesariamente debe equipararse con indeterminación. Como afirma Rockwell (pág. 42), "el proceso consiste en pasar de ver poco a ver cada vez más, y no al revés". Pero esta ampliación de la mirada del investigador no es ni acrítica ni ateórica. Al reconocer los primeros indicios de un marco de significado, de lógicas propias de los actores, el antropólogo puede, mediante análisis, guiar su búsqueda hasta encontrar las piezas faltantes del rompecabezas (o, por lo menos, saber que quedan piezas sueltas). Esta búsqueda puede conducirlo por caminos inesperados, hacia esferas de la vida social que no sospechaba pertinentes.

Lo dicho hasta aquí obliga a reformular el sistema clasificatorio académico de lo económico, lo político, lo social, lo simbólico, como esferas separadas. Pues un acto aparentemente de tipo económico, por ejemplo, puede tener fundamentos y/o implicancias políticas, religiosas, etc.; más aún, un acto de tipo económico se constituye de modo que lo económico no preexiste a lo político y a lo simbólico. Una clasificación de este tipo existe sólo analíticamente y especialmente en la lógica académica. Ahora bien, indagar la integración peculiar de estas esferas tal como es experimentada por sus actores no implica agotar la explicación. El holismo -cuya premisa es observar y registrar todo para establecer luego relaciones dinámicas entre los campos de la vida social- se encuadra y explica, a su vez, por los fundamentos teóricos que marcan las determinaciones del proceso social. El holismo asegura una mirada abierta y no dogmática de la teoría; la teoría, por su parte, asegura una mirada reflexiva y orientada al material empírico, articulada con la teoría social general y el conocimiento de la universalidad. A través de este incesante ida y vuelta, el investigador puede acceder a nuevos significados, a nuevas relaciones contextúales y, por lo tanto, a nuevas interpretaciones.

Las investigaciones antropológicas requieren de algunos ajustes a la metodología más general de las ciencias sociales y que afectan a todo el proceso de conocimiento, no sólo a su etapa empírica de recolección de información sino también al tratamiento de los datos, a la elección del tema y de los sujetos a los que se habrá de estudiar. [81]

4. El trabajo de campo como instancia reflexiva del conocimiento

Como vimos, el trabajo de campo antropológico se fue definiendo como la presencia directa, generalmente individual y prolongada, del investigador en el lugar donde se encuentran los actores/miembros de la unidad sociocultural que desea estudiar. Es en el contexto de situaciones sociales diversas que el investigador extrae la información que analiza durante y después de su estadía. Algunas de estas características son compartidas por otras ciencias sociales y profesiones, e incluso pueden no ser una norma dentro del campo antropológico. Varias investigaciones se llevan a cabo sin el trabajo intensivo de los analistas de datos, o se valen de equipos numerosos para hacer el relevamiento; la presencia en campo ya no es tan prolongada como pretendía Malinowski, en buena parte debido a la escasez de recursos y a las demandas de la vida académica, pero también al acortamiento de las distancias en el mundo. Sin embargo, para el antropólogo, el trabajo de campo tiene cierta originalidad que la definición citada no alcanza a expresar y que reside en la concepción antropológica de "campo" y en la relación entre los informantes y el investigador.

1. ¿Qué es el "campo"?

El campo de una investigación es su referente empírico,[1] la porción de lo real que se desea conocer, el mundo natural y social en el cual se desenvuelven los grupos humanos que lo construyen. Se compone, en principio, de todo aquello con lo que se relaciona el investigador, [83] pues el campo es una cierta conjunción entre un ámbito físico, actores y actividades. Es un recorte de lo real que "queda circunscrito por el horizonte de las interacciones cotidianas, personales y posibles entre el investigador y los informantes" (Rockwell, 1986:17). Pero este recorte no está dado, sino que es construido activamente en la relación entre el investigador y los informantes. El campo no es un espacio geográfico, un recinto que se autodefine desde sus límites naturales (mar, selva, calles, muros), sino una decisión del investigador que abarca ámbitos y actores; es continente de la materia prima, la información que el investigador transforma en material utilizable para la investigación.

Tal como lo definimos, lo real se compone de fenómenos observables y de la significación que los actores le asignan a su entorno y a la trama de acciones que los involucra; en él se integran prácticas y nociones, conductas y representaciones. El investigador accede, pues, a dos dominios diferenciales, aunque indisolublemente unidos: uno es el de las acciones y las prácticas; otro, el de las nociones y representaciones. Distintos medios técnicos permiten su conocimiento, pero ambos componen por igual el mundo singular sobre el cual trabaja el investigador (Holy y Stuchlik, 1983:109). Lo real comprende hechos pasados y presentes, a los que pueden referirse representaciones y nociones. Por ejemplo, no sólo comprende la facticidad del movimiento hippie, sino también las ideas que se expresan al comparar a los jóvenes de antes con los de ahora; no sólo el crecimiento del producto bruto interno y la movilidad social ascendente de los años cincuenta en la Argentina, sino también la noción de que, a diferencia de la situación actual, "en aquella época el dinero valía". Si bien los medios para abordar hechos del pasado son distintos de los necesarios para encarar los del presente, la diferencia entre una investigación referida al pasado y otra referida al futuro

[1] Utilizaremos "campo" y "referente empírico" indistintamente.

remite exclusivamente a una cuestión de énfasis. Y ello puesto que el pasado siempre es leído desde el presente y este último reconoce su origen genealógico en el pasado.

Lo real abarca asimismo -aun cuando entren en contradicción prácticas, valores y normas formales- lo que la gente hace, lo que dice que hace y lo que se supone que debe hacer. Tanto la norma escrita como su puesta en práctica, incluso desde el distanciamiento o la transgresión directa, son parte de lo real y, por lo tanto, son abordados en la investigación de campo. Veamos, en el ejemplo siguiente, contradicciones que el antropólogo no desecha sino que estudia: es bien sabido que el curanderismo está penado por ley como ejercicio ilegal de la medicina, aun cuando son pocos los que jamás han recurrido a este sistema médico (incluso personal policial, abogados y médicos diplomados). En los primeros encuentros, los informantes suelen negar este recurso, ya que hace peligrar la seguridad del curador y, [84] además, contraría las pautas de lo que debe hacerse. La articulación de actores y actividades es la que torna significativas las verbalizaciones y las prácticas.

Ahora bien, al considerar que el mundo social es un mundo preinterpretado por los actores, el investigador necesita desentrañar los sentidos y relaciones que construyen la objetividad social. A ello accede en el trabajo de campo. Este acceso no es neutro ni contemplativo, pues el campo no provee datos sino información que solemos llamar, algo equívocamente, "datos". Cuando se dice que se "recolectan datos", se está diciendo que se releva información sobre hechos que recién en el proceso de recolección se transforman en datos. Esto quiere decir que los datos son ya una elaboración del investigador sobre lo real. Los datos son la transformación de esa información en material significativo para la investigación. Esta aclaración merece tenerse en cuenta tanto cuando se reflexiona sobre las técnicas de campo, como cuando el investigador elabora sus procedimientos e indaga en sus registros, inventando mejores vías de acceso a la información. La diferencia entre información y dato es crucial para entender que las técnicas no aseguran la recolección de hechos en su estado puro.

2. Trabajo de campo y reflexividad

Los datos no provienen exclusivamente de los hechos ni los replican, porque después de la intervención del investigador pasan a integrar sus intereses y a encuadrarse en su problema de investigación. Pero el antropólogo pone especial cuidado en que sus intereses y sus objetivos no diluyan incontroladamente la realidad social que quiere conocer, ya que pretende que ese conocimiento no sea ni etno ni sociocéntrico. La tensión entre el bagaje del investigador y la originalidad del campo recorre, como en otras ciencias, la totalidad de esta disciplina, pero tiene en ella aspectos distintivos, particularmente en el trabajo de campo. En la resolución de esta tensión, el trabajo de campo antropológico y las técnicas empleadas adquieren un carácter particular. En este sentido, el propósito de una investigación antropológica es doble: por un lado, ampliar y profundizar el conocimiento teórico, extendiendo su campo explicativo; y por el otro, comprender la lógica que estructura la vida social y que será la base para dar nuevo sentido a los conceptos teóricos.

El investigador interpreta el referente empírico a partir de prácticas o actividades concretas y de categorías que algunos han definido como "folk" (Ogbu, 1985: 41; Spradley, 1979). o como "emi" (Pike, 1967) y otros simplemente han llamado "sociales" (Rockwell, 1986). En vez de aplicar unidireccionalmente los modelos teóricos al

referente [85] empírico, el antropólogo intenta abordarlo mediante un activo diálogo. No pierde de vista los conceptos teóricos (parentesco, plusvalía, lucha de clases, marginalidad, solidaridad social, función, etc.) en su etapa de campo, sino que aspira a reconocer de qué modo se especifican y resignifican en lo real concreto. El bagaje teórico y de sentido común del investigador no queda a las puertas del campo, sino que lo acompaña, pudiendo guiar, obstaculizar, distorsionar o abrir su mirada. Hablar de diálogo significa eliminar, lo más posible, los monólogos tautológicos del investigador teoricista y la ilusoria réplica empirista de lo real. El objetivo del trabajo de campo es, por lo tanto, congruente con el doble propósito de la investigación y consiste en recabar información y material empírico que permita especificar problemáticas teóricas (lo general en su singularidad), reconstruir la organización y la lógica propias de los grupos sociales (la perspectiva del actor como expresión de la diversidad); reformular el propio modelo teórico, a partir de la lógica reconstruida de lo social (categorías teóricas en relación con categorías sociales o folk).

Ahora bien, estos objetivos no se concretan en etapas sucesivas -como suele plantearse cuando se le asigna al trabajo de campo un lugar diferenciado del trabajo teórico, del análisis de datos o, en general, del trabajo en gabinete-, sino a lo largo de un solo y mismo proceso. El trabajo de campo es una etapa que no se caracteriza sólo por las actividades que en él se llevan a cabo (obtener información de primera mano, administrar encuestas y conversar con la gente), sino fundamentalmente por el modo como abarca los distintos canales y formas de la elaboración intelectual del conocimiento social. Prácticas teóricas, de campo y del sentido común se reúnen en un término que define al trabajo de campo: la reflexividad.

Nos referiremos a ella en dos sentidos paralelos y relacionados. Por una parte, aludimos a la reflexividad en un sentido genérico, como la capacidad de los individuos de llevar a cabo su comportamiento según expectativas, motivos, propósitos, esto es, como agentes o sujetos de su acción. En su cotidianidad, la reflexividad indica que los individuos son los sujetos de una cultura y un sistema social: respetan determinadas normas y transgreden otras; se desempeñan en ciertas áreas de actividad, y estas acciones, aunque socialmente determinadas, las desarrollan conforme a su decisión y no por una imposición meramente externa (llámese estructural, biológica o normativa). Es, en buena medida, el material que recogerá el investigador para construir la perspectiva del actor. Lo dicho vale obviamente para quienes toman parte en el trabajo de campo, sea como investigadores o como informantes. A partir de la iniciación de la relación de campo, la reflexividad de cada una de las partes deja de operar independientemente, y [86] esto ocurre por más que cada uno lleve consigo su propio mundo social y su condicionamiento histórico. En un segundo sentido, más específico, aludimos a la reflexividad desde un enfoque relacional, no ya como lo que el investigador y el informante realizan en sus respectivos mundos sociales, sino como las decisiones que toman en el encuentro, en la situación del trabajo de campo. Por una parte, el investigador adopta ciertas actitudes, selecciona determinados individuos que se transforman en informantes, se presenta con un elaborado discurso, etc., lo que constituye los canales de que dispone para acceder al mundo social de los sujetos. Por la otra, los informantes se conducen reflexivamente ante el investigador. De modo que, en la situación de campo, el investigador no es el único estratega, y las técnicas de obtención de información tienen como eje esta premisa.

Si caracterizamos al conocimiento como un proceso llevado a cabo desde un sujeto y en relación con el de otros sujetos cuyo mundo social se intenta explicar, la reflexividad en el trabajo de campo es el proceso de interacción, diferenciación y reciprocidad entre la reflexividad del sujeto cognoscente -sentido común, teoría, modelo explicativo de conexiones tendenciales— y la de los actores o sujetos/objetos de investigación. En la tradición intercultural, el referente empírico ha venido incidiendo en el cuerpo de conocimientos y en la postura del investigador. Es casi un vicio de la antropología relativizar cualquier afirmación de las otras ciencias sociales y cuando, por ejemplo, la economía lanza afirmaciones acerca del consumo familiar, la antropología pregunta inmediatamente: "¿pero de qué familia? y ¿a qué se llama consumir?". O cuando se habla del gobierno en la sociedad, el antropólogo pondera: "habría que ver a qué gobierno, a qué sociedad se refiere usted". Estas respuestas aspiran premeditadamente, o no, a hacer explícito el lugar de enunciación del emisor, es decir, a establecer desde qué cuerpo de conocimientos, desde qué perspectivas y con qué objetivos se pronuncian los científicos acerca de lo social. Se cuestiona, así, la neutralidad y el carácter absoluto de las afirmaciones. Sin embargo, a la hora de analizar la labor propiamente antropológica, es frecuente encontrar que se visualiza al trabajo de campo como independiente de su contexto, como determinado sólo por decisiones de tipo científico. En los hechos, la reflexividad ha quedado limitada a la de los informantes. La reflexividad del investigador no se ha tomado en cuenta, poniendo de manifiesto una concepción en la cual ella no desempeñaría ningún papel relevante para el conocimiento. De ahí que los avalares y decisiones del investigador en campo generalmente permanezcan en la oscuridad. Así, se ha secundarizado el sentido específico de la reflexividad en situaciones de campo, dentro de la relación entre investigador e informantes. [87]

Tal como lo concebimos, el trabajo de campo implica un pasaje de la reflexividad general, válida para todos los individuos en tanto seres sociales, hacia la reflexividad de aquellos que toman parte en la situación de trabajo de campo, desde sus roles de investigador o informantes. Pero este pasaje no es meramente secuencial, es decir que el investigador no dispone y conoce primero su propia reflexividad y después accede a la de los informantes. Su propia reflexividad, al contrastarse con la de los sujetos que estudia, se resignifica y encuentra un nuevo lugar. A los efectos del grado de conocimiento, es muy probable que el investigador sepa más de su reflexividad después de haberla contrastado con la de sus informantes que antes del trabajo de campo. Este proceso está íntimamente ligado con el aprendizaje de perspectivas no sociocéntricas. En un principio, el investigador sólo sabe pensar y orientarse hacia los demás y formular interrogantes desde su propio esquema cognitivo. A lo largo del trabajo de campo, aprende a tener en cuenta otros marcos de referencia y, paralelamente, a establecer otras diferencias entre los demás y él mismo.

El antropólogo y la población provienen de dos universos de significación, de dos mundos sociales diferentes. Esto sucede aun cuando el investigador pertenece al mismo grupo o sector que sus informantes, y ello porque el interés del primero -la investigación-difiere del de sus interlocutores, y su mirada no es como la de alguien en la cotidianidad. En un comienzo, no existe entre ellos reciprocidad de sentido con respecto a sus acciones y nociones (Holy y Stuchlik, 1983:119). Ninguno puede descifrar cabalmente los movimientos, elucubraciones, preguntas y verbalizaciones del otro. El investigador se encuentra con comportamientos y aseveraciones inexplicables que, a los fines de la exposición, distinguimos en dos órdenes: por una parte, el mundo social y cultural propio de los sujetos cuya lógica el investigador intenta dilucidar; por

la otra, las reacciones y conductas de la situación de campo propiamente dicha. El primero es, en definitiva, el que ha venido investigando la antropología a lo largo de su historia casi centenaria. Ahora, nos detendremos en el segundo orden.

Al producirse el encuentro, la reflexividad del investigador se pone en relación con la de los individuos que, a partir de entonces, se transforman en sujetos de estudio y eventualmente en informantes. La reflexividad adopta, sobre todo en esta primera etapa, la forma de la perplejidad. El investigador no alcanza a dilucidar el sentido de las respuestas que recibe, ni las reacciones que despierta su presencia; puede sentirse incomprendido en sus propósitos, o que molesta y frecuentemente no sabe qué decir ni preguntar. Los informantes, por su parte, desconocen qué desea el investigador al instalarse en su vecindario, o cuando conversa con su gente, al tiempo que no pueden remitir [88] a un común universo significativo las preguntas que aquél les formula. Estos desencuentros se plantean fundamentalmente en las primeras instancias del trabajo de campo como inconvenientes en la presentación del investigador, obstáculos en el acceso a los informantes, intentos de superar sus prevenciones y lograr la aceptación o resistencia a la asignación de roles. Todo ello incide en los modos de aplicar las técnicas de obtención de material empírico, en el tejido de la red de informantes, en el valor asignado a los datos producidos, en la selección de temas de conversación y en los criterios para establecer y llevar a cabo la corresidencia (cf. capítulo 9).

Ante estas perplejidades o, como las llama Willis (1984), "crisis de comunicación", el investigador ha hecho varias conjeturas: la más frecuente es creer que lo que ve es la inmediata respuesta a sus incógnitas, garantizada por la presencia directa en campo. Pero como hemos visto, la presencia in situy la recolección de primera mano, si bien amplían los canales de acceso a la información, no aseguran resultados de por sí verdaderos; creerlo de ese modo implicaría suponer que "es posible colocarse de tal manera de experimentar la realidad de modo pleno e inmediato" (Hammersley, 1984: 51). El subproducto de esta creencia es forzar los datos hacia modelos clasificatorios y explicativos, realizando traducciones aventuradas. Se adopta así un enfoque unilateral y "la información obtenida en situación unilateral es más significativa con respecto a las categorías y las representaciones contenidas en el dispositivo de captación que con respecto a la representación del universo investigado" (Thiollent, 1982: 24). La unilateralidad consiste en acceder al referente empírico siguiendo acríticamente las pautas del modelo explicativo abstracto. Se fuerzan los datos, desconociendo los sentidos propios de ese mundo social, como en el citado caso en que el antropólogo registra la práctica agrícola de dejar la parcela en barbecho y rotar los cultivos, mientras olvida el ritual para provocar la lluvia, asignándole, aunque no lo explicite, un valor casi nulo, de vana superstición. Otra forma de encarar un trabajo de campo unilateral es proyectar las pautas de sentido común -con cierto trasfondo teórico- del mundo social del investigador, haciéndolas aparecer bajo el disfraz de teorías consolidadas. Así, los atributos elegidos para identificar "marginados", según ciertas versiones de la teoría de la marginalidad (Germani, 1960), ubican como polos no relacionados al ciudadano medio y al "marginado", asignándole a éste ciertos rasgos contrarios a los que corresponden a los sectores medios urbanos de origen europeo y que son definidos por falta o carencia de (hacinamiento, baja escolarización, vivienda de desechos, ocupación ilegal de la tierra, desnutrición, recurso a prácticas médicas curanderiles, etc.). El sociocentrismo de esta teoría consiste en [89] describir y explicar las condiciones de marginado exclusivamente a partir de los valores y prácticas sustentados por otra clase o

sector social, en vez de buscar el sentido de dichos atributos en un modo de vida coherente y lógico, aunque degradado por la miseria y la explotación.

La dificultad de hacer frente al proceso de conocimiento de una manera no egocentrada reside en que la diversidad está desafiando el propio sistema de clasificación, significación y comprensión (y en buena parte el modo de vida) que sustenta el investigador. En el campo, estos modelos, que no son sólo teóricos sino también políticos, culturales y sociales, se confrontan inmediatamente —se advierta o no— con los de los actores. Si bien en la tarea científica ambos modelos no son equiparables ni tienen el mismo valor explicativo, la forma no sociocéntrica en que el modelo teórico se hace cargo de los modelos folk consiste en que éstos no se diluyan ni se vean forzados por aquél. En la instancia del trabajo de campo, el investigador pone a prueba no sólo sus conceptos teóricos, sino fundamentalmente sus patrones de pensamiento y de acción más íntimos. Esta puesta a prueba tiene lugar en varias instancias: la organización de la vida cotidiana en campo, el acceso y la relación entablada con los informantes, la apertura y el tipo de canales para obtener información cada vez más extensa y sistemática sobre aspectos previstos o inesperados (Robert Cresswell diría que —"hay que saber qué se busca, pero hay que buscar más de lo que se encuentra"-, 1981:24). Para que estas instancias sirvan al conocimiento y no terminen en meras traspolaciones es necesario encarar, un control permanente por el cual el investigador reconozca y explicite el origen de los supuestos, de las inferencias y de los datos. Este control se funda en el concepto de trabajo de campo como la instancia privilegiada del conocimiento social en la investigación empírica. En primer lugar, porque el investigador no está aislado en el gabinete, sino en constante relación con los sujetos que estudia y, por lo tanto, en permanente diálogo con ellos. Este diálogo entraña un complejo circuito donde son más frecuentes las contradicciones, los malentendidos y los contrastes, que los acuerdos y las revelaciones inmediatas. Estas disrupciones no sólo proceden, como decíamos más arriba, del hecho de que investigador e informantes pertenecen a dos mundos socioculturales diferentes, sino también de que tienen objetivos propios: el conocimiento particularmente teórico, el investigador; la práctica social, los informantes. Ello resulta en distintas definiciones de la situación de campo (Goffman, 1971), lo cual demanda al investigador ponerlas de manifiesto, considerando cómo se negocian y cuál hace prevalecer, cuestiones que no se dirimen sino a lo largo del trabajo de campo; pero sea como fuere, debe quedar claro que es con esto [90] con lo que se encuentra el investigador que sale al terreno y es a partir de esto que construye sus descripciones y explicaciones. De ahí que, desde esta perspectiva, el trabajo de campo aparezca como la instancia mediadora imprescindible del conocimiento social entre investigador e informantes.

A diferencia de la tesis empirista, postulamos que el conocimiento de lo real está mediatizado por la reflexividad del sujeto cognoscente y de los sujetos a conocer en la situación de encuentro en campo. En esta situación se producen, además de las respectivas experiencias y expectativas, elementos propios de la relación de campo que, a su vez, corresponden tanto a las pautas del trabajo de campo investigativo como a una relación social propia del contexto mayor. Por un lado, la relación investigador-informante suministra un importante material para conocer el mundo social y cultural de los informantes, que siempre aparece mediatizado por ciertas pautas del trabajo de campo académico (que, al comenzar, sólo el investigador conoce y que los informantes irán descubriendo, también modelando, a medida que avance la relación). Por el otro, si bien el trabajo de campo tiene sus códigos y sus principios, su realización no es del todo

autónoma: implica la singularización de relaciones sociales propias del contexto estudiado, relaciones que encuadran y afectan decisivamente el tono y los contenidos del vínculo entre investigador e informantes. Ello ocurría, por ejemplo, cuando el investigador proveniente de la metrópoli estudiaba a una población de los dominios coloniales; en efecto, que el antropólogo haya sabido asumir la parte del colonialismo no significa que llevara un látigo y obtuviera información por métodos virulentos, ni que ejerciera una premeditada labor de espía, como suelen plantear algunas perspectivas ingenuas; significa, en cambio, que la relación que integraba con sus informantes estaba sobredeterminada por una estructura mayor que establecía los límites y características sociales de dicha relación.

Lo que saben y hacen informante e investigador en la situación de campo aparece mediatizado por su interacción, interacción pautada en tanto está estructurada socialmente y no como una mera improvisación azarosa. De ahí que el trabajo de campo no sea sólo un medio de obtención de información, sino el momento mismo de producción de datos y elaboración de conocimientos. Esta premisa que impregna cada técnica e instancia de la investigación empírica permite asignar al trabajo de campo y sus vicisitudes un nuevo lugar en el conocimiento: de eventualidades y anecdotarios pueden rescatarse las huellas del proceso cognitivo y las vías para su construcción. [91]

3. Estilos de trabajo de campo

A título de esquema lo suficientemente exhaustivo, presentamos un cuadro que resume una clasificación cíe Clammer (1984) sobre los diferentes estilos de trabajo de campo. Su interés reside en que se trata de una tipología que facilita el análisis y el ordenamiento de las tendencias de trabajo, que no son excluyentes ni se presentan en forma pura en la investigación. En efecto, la opción por un estilo determinado resulta de un conjunto de factores, entre ellos: los presupuestos ideológicos y filosóficos, la concepción metodológica, la naturaleza del problema a investigar y las características individuales del investigador.

4. Técnicas de campo para un conocimiento no etnocéntrico

Parte de la mitología que rodea el trabajo de campo de los antropólogos proviene, sin duda, del hecho de que nadie sabe a ciencia cierta qué hacen realmente. La imagen de un periodista consiste en la de alguien que interroga a los demás sobre hechos recientes, munido de un grabador; la de un sociólogo se vincula a cuestionarios sobre el nivel de instrucción formal, ingresos, ocupación, etc. ¿Y los antropólogos? Se los puede imaginar merodeando aldeas y poblados, internándose en la selva o la montaña, pero ¿qué hacen una vez allí? Su inmediata asociación con sitios remotos implica asimismo lo remotas que aparecen sus actividades; más allá de que se sabe que llevan consigo una cámara fotográfica y una libreta de notas, pocos, muy pocos, pueden precisar cómo trabaja este profesional. Entre otras cosas, esta diluida imagen afecta a la tribu de los antropólogos, en virtud de una noción de trabajo de campo entre privada y esotérica, que sólo ha comenzado a replantearse y discutirse públicamente en tiempos más recientes.[2]

---

[2] En las universidades anglosajonas, las técnicas de campo han integrado excep-cionalmente los programas de estudio formales. La etnometodología de los años cincuenta y el giro posmoderno de los ochenta han contribuido a su incorporación a la reflexión académica y a los cursos. Pero el lema de rigor en la transmisión del quehacer antropológico era el "swim or sink" (nadas o te ahogas). Una estudiante se

La actitud empirista frente a las llamadas técnicas de campo es ambivalente. Por un lado, no necesita problematizarlas, pues el referente empírico se funde con los datos y se revela tal cual es al investigador. La consecuencia de este planteo es que no se ha dado a las técnicas un lugar [92] especifico de reflexión. Pero aunque muchos antropólogos, desde importantes corrientes, han sostenido que sólo miraban, escuchaban y registraban, en realidad lo han hecho desde una activa elaboración no explícita, teórica y perceptiva. Por el otro lado, el empirismo deposita en el recurso técnico la plena confiabilidad de la información obtenida y, en ella, la validez de sus conclusiones. Así, desplaza numerosas decisiones de orden teórico a una cuestión de "herramientas" técnicas. Los datos que no encajan, las diferencias entre lo que la gente dice que hace y lo que hace realmente, entre las pautas formales y las informales, suelen atribuirse a errores y al subjetivismo. Desde esta perspectiva, se habla de "interferencias del investigador en la recolección de datos". La consecuencia de esta formulación es que las técnicas se cristalizan en series de recetas cuyo cumplimiento garantiza una buena réplica de lo real, es decir, una buena recolección de datos. Este punto resulta fundamental puesto que, en primer término, los procedimientos técnicos se toman inmunes a los planteos teóricos y a la elaboración conceptual. En segundo lugar, su éxito resulta independiente de quien lo aplique, pues basta que se lo haga correctamente. Pero ¿qué significa "correctamente" cuando también quedan implicadas características personales en una interacción? ¿Es mejor estar serio que sonriente, ser expresivo que retraído? ¿Un retraído no puede hacer trabajo de campo?

Nuestro abordaje de las técnicas de campo en antropología pretende incorporarlas a la problemática más general de esta disciplina: la explicación de la diversidad social, a través del reconocimiento de la perspectiva del actor. Con las técnicas antropológicas de campo, aspiramos a conocer el mundo social de los actores en sus propios términos para proceder a su explicación según el marco teórico del investigador. Como diría Fierre Bourdieu (1982), "las técnicas son teorías en acto" y no escapan, por lo tanto, a una ilación íntima con el contexto teórico que estructura la investigación. La técnica no es una receta o instrumento neutro o intercambiable, sino que "debe utilizarse como dispositivo de obtención de información, cuyas cualidades, limitaciones y distorsiones deben ser controladas metodológica y teóricamente" (Thiollent,1982:22).

Pero las técnicas tampoco le hacen decir a lo real lo que se nos dé la gana. Su uso debe estar efectivamente controlado si se busca la producción de nuevos conocimientos sobre lo real en sus rincones más inesperados. Al mismo tiempo, el problema de las técnicas no se resume ni se agota en "el problema de la teoría", sino que posee sus aspectos propios y su dinámica irreductible. Así como la teoría general no da cuenta de la singularidad, tampoco un modelo explicativo nos dice de antemano en qué observables indagar conceptos, o en qué categorías sociales de los informantes se verá traducido nuestro objeto de investigación. [93]

---

disponía a hacer su trabajo de campo para la graduación y preguntó al decano de la antropología norteamericana, Alfred L. Kroeber, cómo proceder. Él le respondió lacónicamente: "Le sugiero que compre una libreta de notas y un lápiz con punta" (Agar, 1980: 2).

Estilos de trabajo de campo

Estilo	Objetivos	Instrumentos	Perspectiva crítica
Salvataje	Rescate de la cultura en extinción.	Recolección directa e indirecta.	No explícita los supuestos subyacentes.
Enciclopédico	Relevamiento e inventario sociocultural.	Fuentes directas e indirectas.	No presenta relación entre hechos. Recolección asistemática. Exotismo y material heterogéneo.
Comprobación teórica	Contrastación hipotética y teórica.	Trabajo de campo en procedimientos de corroboración.	Riesgo de perspectiva etnocéntrica.
Recolección de textos	Conocimiento no distorsionado de la mente nativa. Tendencia descriptiva.	Método textual. Grabación de notas en lengua nativa. Base: discursos.	Explicación ausente. Depende de la memoria individual del informante. Descuida la práctica y el estado real de las vigencias.
Simulación	Rescate de las costumbres olvidadas.	Actuación de informantes ante el investigador.	No siempre es posible. Depende de la memoria del informante.
Encuesta	Panoramas generales.	Técnicas masivas y cuantificables.	No suministra datos cualitativos. Técnicas invasoras.
Aproximación subjetiva	Conocer desde dentro de la cultura.	Residencia/ Participación. Empatía.	Subjetividad difícil de verificar. Riesgo de identificación con informante. Intransmisibilidad de procedimiento.
Traducción	Cultura como texto.	Hermenéutica.	Verificación oscura.
Emic	Información sobre categorías y conceptos nativos.	Análisis semió-tico. Formalismo/ Etnociencia.	Explicación subyacente.

De la acción	Salvataje/ Recup. cultural. Aplicada/ Introd. innovac. Misional/ Prédica religiosa. Partisana/ Transformación social	Acción. Acción. Acción. Acción.	Depende de propósitos políticos involucrados.

Encuadradas en el trabajo de campo, las técnicas son las herramientas del investigador para acceder a los sujetos de estudio y su mundo social; dentro de una reflexividad en sentido específico, las técnicas son una serie de procedimientos, con grado variable de formalización -y ritualización-, que permiten obtener información en una situación de encuentro, en el marco de una relación social. Sin embargo y como ya señalamos, pocos antropólogos y no antropólogos podrían definir esos procedimientos como replicables por otros investigadores, aunque esto ocurra de hecho. En la tradición de la disciplina, se habla de "observación participante", "entrevista no estructurada" o "etnográfica". Generación tras generación ha recogido el guante, llevando a cabo tareas que, dentro de ciertos márgenes, podrían concebirse corno observación participante y entrevista etnográfica, aunque sus contenidos específicos varíen [95] notablemente. ¿En qué sentido, entonces, podemos efectivamente seguir hablando de técnicas de campo antropológicas? ¿Qué nos permite distinguir entre una conversación casual entre dos legos, un manojo de conductas improvisadas y una serie de técnicas empleadas por un investigador frente a sus informantes? Pues bien, en el trabajo de campo antropológico las técnicas ayudan a obtener información y, sobre todo, a que esta información no sea etnocéntrica. Pero esto no se logra por decreto ni por declaración jurada, sino a través de un proceso de elaboración teórica personal, que encuentra en la reflexividad su mejor expresión. El empleo reflexivo de técnicas antropológicas puede dar lugar al reconocimiento del mundo del investigador y de los informantes, a la elucidación de los contenidos de esta relación, al reconocimiento de los supuestos teóricos y de sentido común que operan en el investigador.

Aunque será tema de los próximos capítulos, adelantamos dos premisas generales acerca de las técnicas: las técnicas antropológicas de campo no son recetas, aunque puedan ser formalizadas; las técnicas antropológicas de campo no son la aplicación mecánica de un corpus teórico. Es así como la. flexibilidad ha sido una de las características más desconcertantes y enriquecedoras del trabajo de campo antropológico. Ni su grado de formalización ni la estandarización de su contenido están predeterminados más allá de amplios criterios, pues sus pautas se van construyendo a lo largo de la investigación. Esto es, se subordinan a la reflexividad de la relación entre los miembros de la situación de campo. Presentamos las técnicas no en forma de un manual de lo que hay y no hay que hacer, decir y preguntar, sino como una serie de criterios para establecer, en cada investigación y en cada situación, qué hacer, decir y preguntar. Esta formulación poco sistemática da lugar al descubrimiento de formas de acceso a lo social y de expresiones particulares que asume el proceso en estudio, lo que permite e implica la interpretación del sentido específico de este último en contextos determinados (Rockwell, 1980:42).

Por su parte, la no directividad incide en la posibilidad de registrar distintos aspectos de la vida social (holismo). Para ampliar la mirada es necesario utilizar rigurosamente

técnicas de obtención de información, pero con el margen suficiente para que el investigador pueda reparar en lo no previsto y, en general, en la perspectiva del actor. Ese margen lo brinda la flexibilidad de las técnicas, que no es asimilable a improvisación. El invesügador recurre a técnicas flexibles en el sentido de que su empleo se amolda a la dinámica de la relación con los informantes y el campo. Pero esta dinámica no le es dada al investigador más que a través de un aprendizaje, el que lo lleva a ampliar progresivamente la mirada. Entonces, la utilización [96] de técnicas y el aprovechamiento reflexivo de su flexibilidad son, en sí mismos, el proceso por el cual el investigador aprende a ampliar la mirada y los sentidos y a distinguir y categorizar de un modo no etnocéntrico. Por eso las técnicas antropológicas de campo no se aplican ni de manera homogénea ni más o menos correctamente. La corrección y el rigor se juzgan desde el proceso de aprendizaje del investigador y por el modo en que progresivamente va explicitando sus propios supuestos y su posición de enunciación, y en el que va diferenciando sus inferencias de los sentidos verbalizados y actuados por sus informantes. El investigador aprende, entonces, a distinguir su reflexividad de la de sus informantes, y la reflexividad creada en el seno de la relación. Ésta es la mediación que le permitirá acceder más profundamente al mundo social de los actores.

La principal consecuencia del vínculo reflexivo entre investigador e informantes asentado en las técnicas es que éstas aportan información sobre los demás tanto como sobre sí mismo, haciendo del investigador el principal instrumento de acceso a lo real. Las sucesivas opciones acerca de qué hacer y cómo, son las instancias en las cuales el investigador aprende a diferenciar sus categorías, modelos y supuestos de aquellos que pertenecen a los actores. Las técnicas antropológicas de campo son, entonces, algo más que una serie de actividades; son una determinada operatoria entre los miembros de la relación de investigación de campo, que se produce en un ámbito y en un lapso temporal determinado.

Y es tanto la índole de la relación como la peculiar combinación entre las dimensiones espaciales y temporales lo que redunda en el delineamiento específico de la técnica adecuada. En el próximo capítulo trabajaremos sobre la dimensión espacio-temporal del trabajo de campo y la magnitud de la población elegida. Posteriormente nos abocaremos a los dos polos propiamente dichos de la investigación: el informante y el investigador, en situaciones de campo. Pasaremos luego a considerar las técnicas de observación participante y la entrevista antropológica en sus características e instancias más relevantes. [97]

5. ¿Adonde y con quiénes?
Preliminares y reformulaciones de la delimitación del campo

El trabajo de campo antropológico, como las demás etapas de investigación, tiene una fase de preparación, una de desarrollo y una de cierre. En este capítulo nos ocuparemos de algunos aspectos habitualmente relacionados con la etapa preliminar del trabajo de campo: su planificación metodológica. No nos referiremos, sin embargo, al equipamiento ni a los recursos materiales para llevar al terreno -aunque esto tenga su importancia- (Bernard, 1988; Burgess, 1982a, 1984; Ellen, 1984; Grane y Angrosino, 1992). Cuando hablamos de preliminares nos referimos al período de la delimitación del campo donde se realizará la recolección de información. Sin embargo, también introduciremos los ajustes y reformulaciones que se llevan a cabo a lo largo de la investigación; por eso sugerimos que al leer este capítulo se tenga en cuenta que no se acota el campo en forma definitiva al diseñar el proyecto ni al comenzar el trabajo de campo, sino a lo largo del proceso de conocimiento.

Ahora bien: cuando nos preguntamos a qué campo nos dirigimos, cómo lo concebimos y cuáles son sus límites, nos referimos a dos cuestiones fundamentales: el ámbito físico o "unidad de estudio" y los su jetos de estudio o "unidades de análisis". Aun cuando de antemano no se trate de una delimitación premeditada, el campo ya está acotado en la concepción del investigador, en los conceptos teóricos que emplea y en su objeto de investigación, pues se parte de ciertos cono cimientos provisorios sobre el ámbito y los eventuales interlocutores. Si se encara una investigación acerca de mercados o ferias municipales, por ejemplo, se puede imaginar un predio cubierto y una serie de puestos de venta de verduras, frutas, carne, etc.; si se trabaja con "bolivianas" vendedoras, se suele recordar sus rasgos físicos, su vestido y los ámbitos donde se las encuentra. [99]

Pero ¿por qué acotar el campo si, como decíamos páginas atrás, ello depende en buena medida de la perspectiva del actor y no de los presupuestos sociocéntricos del investigador? Este interrogante puede responderse fundamentalmente en dos niveles. Por una parte, el investigador necesita explicitar los límites no sólo conceptuales sino también empíricos de su tarea; este acotamiento es parte de la problemática planteada en la construcción del objeto de conocimiento (cf. capítulo 14) y se va sistematizando a medida que se pasa de los datos de sentido común (mercado, bolivianas) a una mayor elaboración conceptual (espacio donde se desarrolla una etapa de las relaciones sociales de producción; mujeres de nacionalidad boliviana, etc.). Por otra parte, en tanto el investigador va a reconocer cómo se especifica su problemática en la perspectiva del actor, debe estar dispuesto a reformular los límites del campo en función de las nociones y prácticas de los informantes, lo cual puede derivar en la inclusión de otros actores insospechados -por ejemplo, clientela, inspectores municipales, etc.- o en la ampliación de la unidad de estudio a con textos significativos no previstos (que excedan, por ejemplo, el área del mercado propiamente dicho, alcanzando la vivienda de las bolivianas, las dependencias de aduana y sus depósitos de mercaderías confiscadas a vendedores ilegales, etc.). Otras razones de orden práctico se vinculan a las características del trabajo de campo antropológico. Si como ya señalamos desde las recomendaciones de W. H. R. Rivers (1975), el trabajo de campo suele ser llevado a cabo individualmente o por equipos reducidos, demandando la presencia directa del investigador ante los pobladores, la unidad de estudio no pueden tener grandes dimensiones; ello se vincula, a su vez, al tipo de técnicas de obtención de información que la antropología social califica como "no invasoras", ya que intentan eliminar la

excesiva visibilidad del investigador, que obstaculizaría el acceso a la información y la empatía con los informantes.

El tipo de información que se pretende obtener —confiable, sistemática, general y detallada— también impone ciertos límites al campo de trabajo. La información no se recoge en un par de jornadas ni de una sola fuente, sino que se obtiene a lo largo de prolongados períodos y recurriendo a diversos informantes, para encarar una misma problemática desde distintos ángulos y áreas de interés. Esto no se logra en un encuentro por varias razones: la primera es que los miembros de una unidad sociocultural forjan una imagen de qué hacen, quiénes son y cómo son las cosas, que suele diferir de lo que hacen y son concretamente. Esta distancia entre pautas reales e ideales, que como vimos fue tempranamente identificada por los británicos de principios del siglo XX, ha sido uno de los motivos principales para dudar de procedimientos aplicados masivamente y en un breve lapso, [100] como las encuestas y los censos que proveen información puntual sobre una muestra extendida, a través de cuestionarios de duración limitada -se empiezan y se terminan generalmente en una misma sesión- suministrados por un nutrido equipo de encuestadores. De la aplicación de estos procedimientos clásicos en ciencias sociales pueden resultar datos fácticos y otros provenientes de las conceptualizaciones y racionalizaciones e, incluso, de especulaciones del informante, pero también es necesario relevar la experiencia vivida y de las prácticas en .asociación con verbalizaciones en el contexto general, prácticas y discursos que sólo determinan los informantes. Otro inconveniente es que la información de encuestas y cuestionarios puede resultar de lo que el informante supone que el encuestador desearía oír, o bien, de intentos de encubrir normas infringidas, valores dominantes. no practicados, etc. (Berreman, 1975). Aunque lo dicho vale para cualquier grupo humano, es más común en áreas y con grupos en convicto que necesitan mantener en secreto cierta información, o entré sujetos estigmatizados que tratan de recomponer su imagen ante el investigador, a quien frecuentemente consideran un representante de la sociedad estigmatizadora. En el Censo Nacional de Población y Vivienda de 1980, en el distrito de una villa miseria de la Provincia de Buenos Aires, el censista dudaba de la veracidad de ciertas respuestas: una mujer de aproximadamente veinte años, vestida en salto de cama casi transparente, con encajes y tules sugerentes, decía trabajar como secretaria ejecutiva. En realidad, la encuestada trabajaba como prostituta, pero nunca lo habría explicitado en el contexto de un censó, oficial para completar una planilla con datos que permitían identificarla, sea por las connotaciones morales negativas de la actividad, sea por tratarse de una ocupación ilegal, sea porque no existía ninguna categoría en el cuestionario que permitiera encuadrar la prostitución como un trabajo. El censista tuvo que consignar que la mujer se desempeñaba como secretaria, porque a pesar de sus sospechas -bastante bien fundadas- no tenía una respuesta alternativa, ni criterios para su verificación.

Otra razón por la cual es conveniente que la información se recoja en distintos momentos y de fuentes diversas es que ésta debe ser lo más completa posible, excediendo incluso los primeros intereses del investigador, evidenciados en el momento de sentar las bases de su objeto de conocimiento. La utopía holista del antropólogo exige que éste observe, recabe y explore los aspectos aparentemente más desligados de su tema inicial, para vislumbrar posibles articulaciones que no haya contemplado previamente. En definitiva, el investigador debe aprender a ampliar la mirada y los sentidos. Además, las respuestas suelen estar íntimamente Relacionadas con el contexto en que se brindan y las posiciones estructurales y situacionales que ocupan los [101]

informantes, de modo que es necesario ponderar dichas respuestas y cómo se han obtenido.

Con estas observaciones queremos mostrar cómo las condiciones espacio-temporales del trabajo de campo y de la implementación de las técnicas de obtención de información se vinculan a la delimitación del campo de investigación, lo que adquiere en la labor antropológica una relevancia central para el proceso de conocimiento social. Acotar el campo es parte del proceso de investigación, de la construcción del objeto de conocimiento y del trabajo de campo. Por eso, acotar con quiénes y dónde se llevará a cabo significa explicitar y aclarar el rumbo previsto, así como develar supuestos, intereses y tendencias a las que adscribe el investigador, simpatías y antipatías hacia algunos informantes, y la relación entre el campo y el objeto construido. Todo esto conduce a asignarle un valor específico al trabajo de campo y al campo mismo. Sin embargo, nada de lo que se haga en la etapa de delimitación puede ser definitivo (como tampoco lo es el significado de un concepto teórico); más bien aparece como primera aproximación, abierta a nuevas exploraciones y reformulaciones; de lo contrario, se caería en un enfoque sociocéntrico y tautológico, impermeable a la investigación empírica.

1. Niveles de análisis

En el proceso de acotamiento se articula el plano teórico conceptual con el empírico, pero, al ser dos niveles diferentes, es necesario cuidar que en esa vinculación no se transpongan elementos de uno a otro sin las mediaciones correspondientes. El nivel teórico comprende los conceptos del modelo explicativo sistematizados en la construcción del objeto de investigación; pero la sistematización no sólo aparece en los conceptos puros y marcos explicativos de la investigación sino también en el acotamiento del campo en sí. ¿De qué modo? Determinando la unidad de análisis, es decir, los actores o sujetos de la investigación, y la unidad de estudio, ámbito espacial donde se llevará a cabo el trabajo de campo.

La delimitación del campo en el nivel teórico implica definir la significación teórica del ámbito y los sujetos de la investigación. Según cómo se emprenda este nivel de definición, ello puede dar por resultado la obtención de nueva información o, por el contrario, el refuerzo de los prejuicios. Por ejemplo, cuando se toma como unidad de estudio a un poblado, éste puede conceptualizarse como una comunidad aislada y conservadora de sus tradiciones, o como una comunidad abierta en relación con diversos sectores de la sociedad provincial, nacional e internacional. Los llamados "estudios [102] de comunidad" que han ocupado un sitio destacado en la antropología hasta la década de 1970, han desarrollado el análisis de diversos aspectos internos -religión, organización social y política, economía, etc.-, pero la atención en estos aspectos y sus relaciones, y en sus vínculos con el exterior, ha variado según la perspectiva teórica de los analistas. Así, estaban quienes, por un lado, tendían a reforzar la imagen actual de un microcosmos autosuficiente cuando tomaban un concepto de "cultura" como un todo coherente referido a un grupo social relativamente homogéneo o, en todo caso, integrado y autónomo del exterior (Cortázar, 1949, Reina, 1973). Por otro lado, estaban quienes advertían las dinámicas socioculturales internas de una población no como consecuencia de las supervivencias culturales, sino como expresión de desarrollos desiguales y dependientes en el seno dé la nación (Archetti y Stolen, 1975; Bartolomé, 2001; Melhuus, 1987; Vessuri, 1971; Whiteford, 1981; Williams,

1991). En una investigación sobre las razones para el fracaso de una cooperativa de venta de tejidos artesanales, en una población de la provincia de Catamarca, Esther Hermitte y Carlos Herrán (1970) concluían que los recursos económicos y políticos diferenciales de los sectores más poderosos de la sociedad atravesaban la tejeduría artesanal. Así, las tejedoras capitalistas concentraban los recursos enviados por "nación", mientras que las teleras pobres, compelidas a (infra)vender sus productos, estaban lejos de beneficiarse con las iniciativas igualitarias del gobierno nacional para con las provincias. Eran las fuentes locales y extralocales de las teleras las que se instrumentaban en el interior de una organización supuestamente homogénea de artesanas tradicionales. Al desconocer la trama de las redes sociales que atravesaban al poblado, su estructura de producción y distribución local y exterior, las entidades que trataban de implantar la igualdad de oportunidades económicas mediante la cooperativa terminaban reforzando las asimetrías preexistentes. Los resultados de la investigación hubieran sido muy diferentes si el análisis no hubiera excedido las fronteras locales y hubiera desconocido los flujos interprovinciales de distribución de productos artesanales y los canales de aprovisionamiento de insumos productivos de procedencia local y extralocal -lana, tinturas, hilos, etc.-. Asimismo, los contactos de las tejedoras con los grandes centros de consumo de "tejidos tradicionales" facilitaba canales de comercialización y distribución, fuentes de financiación y provisión de materias primas a bajo costo, etc., todo lo cual no estaba igualmente distribuido entre "todas" las tejedoras. Estos datos tienen valor desde cierto marco conceptual y explicativo. La unidad de estudio campesino-indígena como entidad [103] aislada era una de las perlas redfieldianas[1] de la teoría evolutiva del continuum folk-urbano en el desarrollo sociocultural.

Ahora bien, algo similar ocurre con la definición teórica de quienes protagonizan la investigación. Por ejemplo, los residentes en villas miseria fueron caracterizados desde distintas teorías como "marginados", "lumpenproletarios" o integrando el ejército industrial de reserva, la masa marginal, las clases subalternas o los sectores populares. Cada una de estas denominaciones conlleva una teoría de su existencia, que necesariamente se verá reflejada en la obtención de información y producción de datos. Por eso, las denominaciones no son inocentes: los términos que se emplean para designar meros escenarios, ámbitos y actores sociales implican una serie de supuestos teórico-explicativos que es conveniente conocer y explicitar, a riesgo de quedar encerrado en explicaciones involuntarias que repliquen el sentido común imperante. Veamos: en sus formulaciones metodológicas sobre "la cultura de la pobreza", Osear Lewis afirma: "mi insatisfacción con el alto nivel de abstracción propio del concepto de pautas culturales fue lo que me llevó a volcarme desde los estudios antropológicos de comunidades hacia el estudio intensivo de las familias [en procura de alcanzar] el corazón mismo de los fenómenos que nos interesaban, a saber, el ser humano individual" (Valentine, 1972: 61). Charles Valentine observa que existe una disociación entre el postulado general de "la cultura de la pobreza" y la definición teórica de aquéllos sobre los que tratará la investigación. "Lewis se ha centrado tanto en la familia como unidad de estudio que su enfoque no proporciona evidencias adecuadas sobre la vida

---

[1] Al año siguiente en que el antropólogo norteamericano Robert Redfield llegó a la Universidad de Chicago, en 1928, fue contratado por el Carnegie Insütute of Washington para emprender un análisis comparativo de cuatro comunidades mayas en Yucatán, complementando las investigaciones multidisciplinarias con centro en los sitios arqueológicos de Chichén Itzá. Redfield formuló a partir de este trabajo su idea de que el cambio cultural dependía del grado de aislamiento de las comunidades indígenas (como Tusik y Dzitás) con respecto a los grandes centros urbanos (como Mérida, capital de Yucatán) (Patterson, 2001: 84-85).

que se desenvuelve más allá del hogar" (pág. 73). "En los estudios sobre la cultura de la pobreza se restringe el foco a la familia en tan alta medida que el sistema social como un todo y sus pautas culturales pasan a ser poco menos que un difuso telón de fondo para las intimidades personales y hogareñas" (pág. 74). El caso de este autor nos revela, por una parte, las implicancias de una determinada definición teórica del sujeto-individuo de la investigación, y por la otra, la confusión de los niveles teórico y empírico, entre la cultura (de la pobreza) y el individuo con la familia concreta que Lewis [104] entrevista. Así, el concepto teórico de "cultura" y "sociedad", y el papel también teórico que se le asigna a la familia, al individuo y demás agrupamientos sociales, se torna decisivo a la hora de comenzar a delimitar el campo.

En el nivel empírico se define el tipo de población y de lugar que serán necesarios para la investigación. Tomando como ejemplo el estudio sobre la función de los prejuicios étnicos contra bolivianas en un mercado minorista de la ciudad de Buenos Aires, la unidad de estudio podría ser el mercado como ámbito físico, si el objetivo es definir cómo incide ese prejuicio en la instancia de la comercialización, o bien cómo la competencia entre puesteros es una razón fundante para la reproducción de dicha formación ideológica. Si el objeto de investigación se hubiera orientado hacia el proceso de formación de esos prejuicios manifiestos en el mercado y en las relaciones sociales de vecindad, quizás la unidad de estudio más apropiada no sería -o al menos, no sería solamente— la feria, sino también otros ámbitos de expresión vecinales como la escuela del barrio, el contexto familiar, sanitario o laboral. Cada opción está determinada por los interrogantes ¿por qué el prejuicio? y ¿dónde se detecta ese prejuicio? La escuela, el mercado, la sala de espera de un hospital están aún imprecisamente definidos al iniciar el trabajo de campo, pero se van perfilando, progresivamente, y terminan de concretarse en un tercer nivel de análisis.

Lo mismo ocurre con la unidad de análisis, que es lo que Susana Torrado denomina para este nivel empírico "unidad de observación", "la unidad acerca de la cual se recogen datos a través del encuestamiento directo o indirecto" (Torrado, 1983: 13). Siguiendo con el ejemplo de los prejuicios en el mercado, habría que definir si se entrevistará a puesteros, bolivianas o clientes, lo cual depende del objeto de investigación. Toda investigación parte de conceptos no sólo abstractos sino, en alguna medida, etnocéntricos. Al establecer dónde y con quiénes trabajar, se suministran definiciones teóricas que van al encuentro de otras que provienen del sentido común del investigador, quien pondera y jerarquiza, según su idea inicial del "problema", a quiénes debería entrevistar y dónde convendría hacerlo. La apertura de la mirada significa, en este punto, que el investigador efectúe un control sobre sus propios supuestos a medida que va reformulan-do las categorías de informantes y de ámbitos relevantes para su investigación. Esta relevancia surge en el marco de la especificación del problema en el campo concreto. Por ejemplo, puede ocurrir que la emergencia del discurso prejuicioso contra las bolivianas tenga lugar o adquiera mayor intensidad cuando se efectúan inspecciones municipales al predio ferial. ¿Qué papel juegan aquí los agentes oficiales en la actualización de los prejuicios? ¿Cómo operan en relación con [105] los puestos fijos y con los vendedores ambulantes, entre ellos, las bolivianas? Quizá esto derive en una ampliación de la unidad de estudio a campos no previstos, como los sitios de detención de vendedores, depósitos de confiscación de mercaderías, clubes regionales, etc. La incorporación de nuevas unidades de estudio y unidades de análisis es una consecuencia del desarrollo del trabajo de campo; al iniciar la investigación algunas variantes de la delimitación pueden ser todavía insospechadas.

La delimitación concreta pertenece también al plano empírico, y consiste en dar el nombre y apellido de la muestra y el lugar. En este nivel se cuenta con datos más precisos sobre, por ejemplo, qué mercado estudiar (¿el 5 o el 20?; ¿el Central o uno barrial?), a quiénes y a cuántos se entrevistará (¿diez "bolivianas", veinte clientes, diez verduleros?). Como veremos, la delimitación de la muestra supone ciertos conocimientos de las dimensiones del campo y de la unidad de estudio, así como de otros aspectos, por ejemplo, la gama de agrupamientos que reorganizarán la categorización de los posibles informantes. Aunque de carácter más empírico, este nivel incorpora en sus lineamientos generales los condicionamientos teóricos del objeto de investigación y los dos niveles anteriores, además de estar sujeto a la viabilidad de las situaciones del campo. Por ejemplo, aunque el investigador haya concluido que es imprescindible entrevistar a las autoridades del mercado, éstas pueden mostrarse tan renuentes que obliguen a desechar la idea. Entretanto, el objeto de conocimiento y el acotamiento inicial del campo no tienen por qué abandonarse en su totalidad, pero conviene reflexionar acerca de qué modificaciones introducirá en el resultado final de la investigación eliminar a estos actores, procediendo, entonces, a reformular el objeto, la unidad de estudio y la unidad de análisis propuestos.

Diferenciar estos niveles nos retrotrae a la distinción entre los conceptos abstractos en el nivel de la problematización del tema y la sistematización de conceptos —grupo étnico, nacionalidad, formación ideológica, etc.-y el de la especificación (cf. capítulo 14). Cada nivel presenta, empero, sus caracteres propios que no se resumen totalmente en los restantes. Así, las cuestiones que se presentan en el nivel concreto no se resuelven automáticamente en el nivel teórico. Seguidamente, analizaremos los dos últimos conjuntamente con los fines operativos del trabajo de campo, sin desconocer que las decisiones que se adopten responderán, en última instancia, al sustrato teórico que sostiene el investigador en su objeto de conocimiento. [106]

2. Acotando la unidad de estudio y las unidades de análisis: vías y criterios

Como hemos dicho, la unidad de estudio es el ámbito donde se realiza la investigación de campo. Ahora bien, esta definición no es sólo una caracterización geográfica, sino también sociológica. Para algunos antropólogos, la unidad de estudio es un poblado, una aldea, una tribu; su recorte obedece a un objeto teórico determinado: la sociedad primitiva concebida como autónoma, aislada y homogénea. Esta definición de la unidad de estudio se proyectó al estudio de las llamadas "sociedades complejas", tomando la forma de "estudios de comunidad", de instituciones y, en algunos casos, de redes sociales. Su particularidad reside en la perspectiva desde la cual se opera; al circunscribirse al interior de dicha unidad, el investigador considera -implícitamente- que los datos necesarios para formular una explicación completa y acabada vendrán de allí. La unidad de estudio empírica y el concepto teórico de cultura o sociedad se plantean como análogos.

En estas páginas nos ocuparemos de reflexionar sobre algunos criterios de delimitación de la unidad de estudio que obedecen a razones de campo, aun cuando sus connotaciones sean eminentemente teóricas. El énfasis estará puesto, sin embargo, en la reflexividad entre el campo y el sentido común del investigador. En síntesis, la unidad de estudio remite a un acotamiento territorial: una extensión de tierra (una localidad, un poblado, un predio), un ámbito donde se concentra un grupo humano (un edificio de departamentos, un barrio de monoblocks) o una institución con correlato espacial

circunscripto (un hospital, una escuela) o disperso (un partido político, una grey religiosa).

Los antropólogos trabajan con hombres y mujeres, sus actitudes y comportamientos, sus verbalizaciones y sus gestos. Para que discursos y actitudes tengan algún sentido en la vida social deben estar referidos a los individuos que los ejercen; cuando el investigador formula sus interrogantes, cuando recoge información y cuando la analiza, tiene presente cierta concepción de ese individuo. Las ciencias sociales tratan sobre seres que tienen existencia social y cultural; en todo caso, las variantes individuales suelen tomarse como referidas a prácticas de alcance y de origen más amplios. Esa unidad social, sin embargo, puede definirse teóricamente como sujeta a las leyes de la historia y la sociedad, o como su artífice activo y transformador; puede tomarse a los individuos como sustancialmente indiferenciados dentro de la unidad social que los contiene, o como específicos e irrepetibles, como omnideterminados por la sociedad o como libres e indeterminados hacedores de su destino. En ese juego de opciones teóricas —aquí esquematizadas [107] para su mejor visualización— se debate el investigador cuando decide si sus informantes son sujetos, actores, agentes, individuos y, en otra escala, si se trata de conjuntos, clases, grupos o estratos sociales.

El mismo debate se plantea en la investigación cuando sé define con quiénes se realizará. En forma simplista, algunos antropólogos conciben a los miembros de sociedades campesinas o culturas primitivas como los portadores y conocedores de esa cultura en su totalidad. A medida que la antropología social se fue internando en las "sociedades complejas", la cuestión de con quiénes trabajar .se fue problematizando; por ejemplo, ¿cómo delimitar las fronteras de un grupo étnico o de un sector de clase en Johanriesburgo, Sudafrica? En sociedades estratificadas ya no es posible suponer que veinte informantes de un solo sector permitirán tener una idea global del mundo social. El punto es decisivo no sólo al establecer sobre quiénes (objeto teórico: las bolivianas como grupo étnico inmigrante limítrofe), sino también con quiénes hacer la investigación (las llamadas "bolivianas", los puesteros, la clientela, los agentes municipales, etc.).

En la investigación, los planos teórico y metodológico se complementan, aunque cada uno tiene su peculiaridad. En el caso de la investigación antropológica, puede añadirse un tercer plano que si bien resulta de la construcción del investigador, es también el producto de un acceso cada vez más sistemático y acabado al referente empírico: el plano de los actores. Hasta ahora nos hemos estado manejando en un plano metodológico; desde allí, tratamos de establecer el modo más adecuado para llevar a cabo los objetivos de la investigación desdoblados en una relación teórica y, al mismo tiempo, en una interrogación que, al responderse, especificará esta relación en el nivel de los actores y los contextos concretos. Esa manera más adecuada está sugerida, pero no explicitada ni preestablecida, en la formulación del objeto de investigación, de modo que conviene puntualizar, en primer lugar, cómo se diferencia este plano de los otros dos, y luego establecer cuatro criterios de selección de unidad de análisis y unidad de estudio, donde veremos intervenir, también, los tres planos señalados.

Para definir unidad de análisis y unidad de estudio habría dos criterios mayores: una vía analítica (o teórica) y otra de los actores (folk o emic) (Spradley, 1979); esto es, un acotamiento impuesto externamente por el investigador y un criterio impuesto desde los mismos actores. La unidad de estudio analítica puede no coincidir con la de los actores

o con otra unidad de estudio de existencia física aparente (por ejemplo, un poblado separado de los otros por un desierto, una cadena de montañas o un río). Esta distinción es equiparable, en cierta medida, a la efectuada por Cresswell y Godelier (1981) entre "unidades [108] manifiestas" y "unidades latentes"; las manifiestas son las que ostentan límites naturales, geográficos o políticos, y que son referidas por los actores como el ámbito del "nosotros". Las unidades latentes son identificadas por el investigador según, por ejemplo, la unidad cultural que trasciende la frontera política entre dos países, como sucede con el área guaranítica entre la provincia argentina de Corrientes y el sur del Paraguay; así, las unidades latentes pueden superar o restringir a las manifiestas. Tanto la unidad de análisis como la unidad de estudio manifiestas –o diseñadas desde la perspectiva de los pobladores- difieren de su acotamiento metodológico, y éste será definido paralelamente a la construcción del objeto teórico. Cuando se nos dice que se hará una investigación sobre un hospital, o sobre los judíos, ¿a qué se está aludiendo realmente? ¿A una definición teórico-conceptual o a la instancia metodológica donde se decide la unidad de análisis y la de estudio de la investigación? Creemos que la siguiente distinción puede ayudar a operar una definición más clara del objeto de conocimiento y a una adecuada y lógica elección de dónde y con quiénes realizar la labor:

Categorías teóricas, en este caso, el hospital es una institución social que, según el marco conceptual, cumple distintas funciones y opera según cierta dinámica; los judíos podrían ser considerados como un grupo étnico. La significación explicativa de estas definiciones depende del marco teórico desde el cual se enuncian y de las problemáticas que se articulan en cada caso.

Categorías de los actores: aquí se incluiría la perspectiva que tienen los usuarios y el personal del hospital, así como la imagen que de él sustenta determinado sector de la comunidad; en tanto los judíos son, para el exogrupo, la encarnación de la mezquindad, la astucia para los negocios, y mantienen rituales exóticos e inexplicables, para el endogrupo, la judeidad puede ser una patria (los sionistas), una religión (ortodoxos) o un pueblo con una historia común sin un necesario correlato territorial o religioso (socialistas) (Guber, 1985).

Categorías metodológicas: un hospital puede ser la unidad de estudio, pero para investigar algunos temas la unidad de estudio puede superar al hospital, incorporando los centros periféricos y hasta la vivienda de los usuarios (como cuando se estudian los hábitos de higiene que inciden en las condiciones de vida de un grupo social), o bien, puede restringirse sólo a un servicio (si se estudia el concepto de niño como paciente para el cuerpo médico y para las familias de bajos ingresos, quizá no sea necesario extender la unidad de estudio más allá del servicio de pediatría y las guardias); los judíos serán la unidad de análisis de una investigación cuyo objeto sea, por ejemplo, las pautas de preservación de prácticas tradicionales; pero quizás deba extenderse [109] a los no judíos si el investigador va a analizar la conservación de la endogamia a lo largo de sucesivas generaciones.

Estas tres categorías se presentan en momentos diferentes de la investigación. Ninguna es sustituible por las demás, de modo que se hace necesario diseñar algunas estrategias para dar cuenta de las tres. En lo sucesivo, nos ocuparemos de la unidad de análisis y la unidad de estudio entendidas como categorías metodológicas. Aunque, según lo señalamos, desde el plano metodológico, unidad de análisis y unidad de estudio reciben

determinaciones y se resignifican en función de las otras dos categorizaciones. La elección/construcción de determinada unidad de estudio y unidad de análisis puede estar modelada según la preeminencia de uno o varios de los siguientes criterios:

1. un problema empírico;
2. un área cultural o un grupo social;
3. un objeto teórico;
4. la accesibilidad.

1. Un problema empírico

Expondremos este punto en dos partes. La primera estará referida a los intereses empíricos; allí daremos algunas sugerencias sobre la construcción del objeto de investigación; en la segunda, veremos cómo incide plantear un interés empírico o aplicado en la elección de la unidad de estudio. Un problema empírico puede surgir, por ejemplo, a partir de una primera aproximación al mercado, entendido como el predio cubierto donde se ubican puestos de venta de artículos de consumo doméstico, o a partir de la perplejidad ante un grupo de mujeres que día a día llega cargado de mercaderías que vende en los límites exteriores de la feria y al que se denomina, corrientemente, "las bolivianas". El investigador que recién empieza a desarrollar sus estudios suele plantear su objeto en estos términos; pero quien cuente con mayor experiencia probablemente lo haga pensando en otras cosas que lo conduzcan, más directamente a los criterios 3 y 4 (objeto teórico y accesibilidad, respectivamente). Sin embargo, aun para los más 'Veteranos", éstos son los términos que suelen planteárseles, por ejemplo, cuando una agencia privada u oficial les hace una demanda concreta. Estas demandas no suelen presentarse en términos teóricos, sino inmediatos y prácticos, pretendiendo resolver un problema de mecánica o funcionamiento. Tal sería el caso de una empresa que quiere distribuir un producto y examinar su aceptación por parte de un público potencial; o de una repartición estatal que necesita establecer [110] criterios para evaluar la implementación de un programa (nutricional, de alfabetización, etc.), o de un organismo que intenta revertir una tendencia o determinadas condiciones de vida de algún sector de la población (el analfabetismo, la apatía política, costumbres alimentarias o de crianza y escolaridad).

Si bien es cierto que todo objeto teórico se orienta, directa o indirectamente, a dar cuenta de ciertos problemas sociales y a resolverlos (en cualquiera de sus acepciones), y que las teorías guardan relación con el contexto general, las demandas teóricas y las políticas no son la misma cosa. Ya se trate del investigador que se "enamora" de un tema planteado empíricamente, 5 que debe responder a una demanda concreta planteada pragmáticamente, para alcanzar una verdadera comprensión de los hechos necesitará problematizar ese tema o demanda y, por consiguiente, construir su objeto de conocimiento explicitando los supuestos. En esta explicitación también deberá detectar qué necesita saber la institución demandante, para lo cual antes de internarse en el campo será imprescindible explorar las intenciones manifiestas y subyacentes de la institución. Cuando un organismo de gobierno plantea "problemas de adaptación de una población", ignorar el significado de "problema" para esa institución puede llevar al investigador a hacerse cargo de los prejuicios y los requerimientos políticos de la institución, subordinando a ella -generalmente sin advertirlo- sus aportes específicos. Y si el "problema" estuviera, más que en una población supuestamente conflictiva o resistente al cambio (como suele decirse), en los agentes o la estructura de la institución demandante -por ejemplo, en la práctica y la acepción de los canales de participación-,

quizás sea conveniente que el estudio con esa población ponga en evidencia la lógica de su comportamiento -supuestamente "inadaptado", "apático", etc.- devolviéndole el problema a la parte demandante.

Para llevar a cabo ese estudio, por más descriptivo que se plantee, el investigador formulará un objeto de conocimiento que incluya, dentro de lo posible, lo que preocupa a los demandantes. Por ejemplo, la institución desea averiguar por qué el índice de "participación" en los programas de acción social es "bajo"; el investigador puede haber llegado a problematizar los términos de la relación entre la población y esa institución sin referirse a "la participación" en general; seguidamente incorpora preguntas como las siguientes: ¿por qué la institución califica como "baja" la participación?; ¿cómo visualizan a la institución y la participación en ella los supuestos beneficiarios?; ¿qué noción de participación practican y conciben los pobladores y los agentes de la institución? Tras estos interrogantes subyace probablemente una relación explicativa según la cual la institución opera con una noción de "participación" que circunscribe la injerencia de [111] los beneficiarios, haciéndolos a un lado en el manejo de decisiones con respecto a la política a implementar. Esta hipótesis descentra el problema del sitio donde lo había puesto la parte demandante y lo reubica, incorporando el problema que se quiere resolver a la institución. Ésta es probablemente la diferencia entre un investigador que debe responder a una necesidad inmediata y un técnico que la resuelve pragmáticamente. Las soluciones involucran siempre una teoría que las propulsa y las justifica, y que, estando o no formulada de manera académica y ortodoxa, puede ser apropiada por el investigador cuando se construye el objeto de conocimiento. Esto le permite diferenciarse tanto del organismo demandante como de los supuestos beneficiarios del plan y hacer entonces su aporte específico.

Lo dicho vale también para los "enamoramientos" personales y aparentemente individuales de ciertos temas, ámbitos o grupos. Pero en vez de reflexionar sobre el papel de la institución demandante, corresponde hacerlo ahora sobre las corrientes de opinión del sentido común que, de alguna forma, están moldeando las inquietudes. En vez de un organismo que lo contrata y que establece implícitamente la orientación y la respuesta al problema, se trata ahora de preocupaciones de origen social que poseen también su trasfondo teórico y político, y que pueden orientar la investigación sin que el investigador lo sepa. Por ejemplo: "¿Cómo puede vivir así esta gente?" "Hay que hacer algo". O bien: "La pobreza y la delincuencia son un problema de educación". "La gente va a la curandera porque no tiene dinero para ir al médico" o "para mantener las tradiciones". Ahora bien, tanto las "demandas institucionales" como las explicaciones del sentido común y los temas de investigación resultantes conllevan "dónde y con quiénes" emprender la investigación; las fronteras físicas y sociales del estudio, tal como vimos en el caso de Hermitte y Herrán (1970), estarán delimitadas premeditadamente o no. En el caso de la institución demandante, si el investigador permanece dentro de la ideología de su empleador definirá su unidad de estudio como el ámbito donde reside la población calificada como "apática", y su unidad de análisis, como referida exclusivamente a esta población; si en cambio construye su objeto, la unidad de estudio quizá incluya también a la institución, con sus espacios físicos y quizá hasta su radio de acción, abarcando a otras poblaciones y a los mismos agentes institucionales. En una investigación sobre el recurso a sistemas médicos tradicionales, el investigador puede hacerse eco de que la gente opta por los curanderos de manera excluyeme, ubicando su unidad de estudio en los consultorios de curadores populares, y su unidad de análisis en los curadores tradicionales y su clientela. En cambio, si su

problema lo llevara a indagar por qué la gente recurre a estos sistemas médicos, quizá encuentre que también [112] debe asistir a los hospitales y sanatorios de obras sociales (unidad de estudio), y entrevistar a su personal y a su clientela (unidad de análisis), dado que aquí se curan algunas patologías y no otras que sí atienden los curadores tradicionales. En este segundo caso, el investigador extendería su unidad de estudio a los ámbitos e instituciones del sistema médico oficial y legal, y su unidad de análisis a los usuarios y agentes de dicho sistema.

2. Un área cultural o un grupo social

Otro criterio de elección puede ser el propósito de ahondar el conocimiento sobre cierta área cultural, que por lo general coincide con un área geográfica, o sobre un grupo social tipificado y caracterizado. Aparentemente, estas definiciones no requerirían la construcción de un objeto teórico. Sin embargo, también existe aquí la tendencia a encarar determinadas problemáticas -en asociación casi necesaria-con determinadas áreas culturales; ello obedece, entre otras razones, a las características prevalecientes del área geográfica o del grupo humano. Veamos el primer caso.

Los estudios andinos, por ejemplo, suelen estar vinculados a cuestiones agrarias y campesinas, a sistemas políticos centralizados, a fenómenos de sincretismo religioso; estos "temas" están modelados por la historia de la región, los imperios precolombinos, el contacto cultural y la imposición de religiones centralizadas, la importancia de la subsistencia sobre la base de la explotación de la tierra, la temprana actividad agraria y pastoril y la permanencia de estas actividades hasta la actualidad (no es tan común trabajar estos temas en la Pampa húmeda con referencia a los tehuelches). Lo mismo sucede cuando se piensa en la India, su complejo sistema de estratificación social, su religiosidad y plurietnicidad, temas aportados por la realidad empírica -andina e India-, que traen consigo ciertos hábitos analíticos diversificados por el enfoque teórico que se adopte.

Otra clásica definición por áreas es la de los estudios llamados "rurales" y "urbanos". Las antropologías urbana y rural son menos una antropología cuyo objeto de conocimiento sea, efectivamente, lo urbano o lo rural, que una antropología llevada a cabo en la ciudad y en el campo (véase Durham, 1986). Quizá puedan construirse objetos antropológicos urbanos, pero para ello es necesario tener presente que la llamada cultura urbana es más bien una manifestación de la evolución del modo de producción capitalista, como postula Castells (1974), que un problema estrictamente cultural. ¿No convendría, entonces, hablar de "modernización" en vez de lo urbano? Como en el caso del mercado, ¿qué lugar explicativo [113] desempeña lo urbano en los procesos sociales que ocurren en la ciudad?

Henos aquí, nuevamente, con la necesidad de construir un objeto de conocimiento para justificar la delimitación de tal o cual unidad de estudio. El problema con que nos encontramos en los ejemplos citados es haber confundido objeto de investigación con unidad de estudio. Lo urbano no es un término unívoco y puede significar muchas cosas a la vez, algunas específicas (ordenamiento de la vivienda, proceso de relocalización masiva, organización para la demanda de equipamiento público y vivienda, etc.) y otras no pertinentes (la civilización urbana que puede ser, en rigor, la industrial, o el conflicto social y vecinal ante casos de delincuencia en los barrios bajos, que quizá sea cuestión de clases sociales más que un problema territorial). Para que lo urbano, lo rural, el mercado, el barrio y la India se conviertan en unidades de estudio, deben responder a

una problemática que requiera llevar a cabo el estudio en esas áreas (y dentro de lo posible sólo en esas áreas), y que la elección de la unidad de estudio sea necesaria y pertinente al problema que se va a resolver. Para que sean partes del objeto de conocimiento, deberían ser analizadas (cf. capítulo 14, punto 1) examinando cuál es su lugar explicativo en la relación entablada (por ejemplo, si lo urbano explica el delito callejero o la reunión de mercados semanales en sus plazas). La función explicativa de un ámbito dentro de un objeto teórico y el espacio como unidad de estudio son, por lo tanto, diferentes.

Algo similar sucede con la unidad de análisis. El impacto que produce un grupo humano, ya sea por sus costumbres exóticas, por su amor a las tradiciones o por sus deficitarias condiciones de vida, entre tantas otras razones, no sustituye la reflexión por el tipo de unidad de análisis que demanda el objeto construido. Así las bolivianas, los judíos, los villeros, la clase media, los intelectuales, los poli ticos y los indígenas pueden aparecer como categorías teóricas, no sólo metodológicas, de la investigación. Si emprendemos un análisis de los prejuicios contra villeros, parece necesario que la unidad de análisis sean no sólo los destinatarios del prejuicio, sino también sus sujetos, es decir, quienes no residan en una villa miseria.

3. Un objeto teórico

El acotamiento de la unidad de estudio y de la unidad de análisis no sustituye sino que complementa la construcción teórica. Al plantear la unidad de estudio se especifica, a su vez, la problemática o el objeto de conocimiento en una relación de condicionamiento recíproco, pues la [114] unidad de estudio no es un mero escenario sin incidencia en lo teórico o de elección coyuntural. Así, cuando decimos mercado en la ciudad, estamos casi seguros de que no sería lo mismo trabajar en escuelas, negocios minoristas, aldeas indígenas o en un casco de estancia. Esta elección imprime una necesaria particularidad. Néstor García Canclini 1982) muestra que, si vamos a emprender el estudio sobre el significado de la artesanía llamada folclórica o tradicional, no elaboraremos los mismos datos si nos situamos en la ciudad, donde se distribuyen y consumen, que si lo hacemos en el medio rural o pueblerino, donde se producen, en una galería de exposición o en una feria artesanal. En cada caso estaremos aludiendo a distintos momentos del ciclo de la artesanía como producto y ello afectará las conclusiones. Entonces, es necesario circunscribir la artesanía en general al sentido de artesanía en su etapa de producción o comercialización. Ahora bien, si la cuestión del sentido se liga al momento de la producción es porque, probablemente, ha-vamos elegido una perspectiva teórica donde la producción se considera fundante para comprender el plano simbólico. De lo contrario, quizá hubiéramos iniciado el estudio* en el ámbito rural, comparando el uso de la misma artesanía en el medio urbano, y ante los contrastes hubiéramos apelado, por ejemplo, a la teoría de la aculturación, concluyendo que las artesanías en el medio urbano no son ya folclóricas sino proyecciones; esto implicaría tomar dos unidades de estudio como dicotómicas, lo cual revela una postura en la cual lo rural manifiesta un estadio de desarrollo anterior (y no complementario) a lo urbano.[2]

4. La accesibilidad

El cuarto criterio para acotar las unidades se vincula a cuestiones prácticas centrales para la consecución de la investigación, especialmente en su etapa de campo: la

[2] Este ejemplo procede de comparar, un tanto rápidamente, el análisis de García Canclini (1982) con la teoría de Augusto R. Cortazar (1949) sobre el “hecho folclórico”.

posibilidad del acceso. En el caso de la unidad de estudio, éste puede ser geográfico, pero la mayoría de las veces tiene un carácter eminentemente social y, por eso, se relaciona con las determinaciones para elegir la unidad de análisis. Interviene aquí la factibilidad del contacto con los informantes y, sobre todo, de obtener su colaboración para que las puertas de su mundo social se abran. Sin un acuerdo mínimo, el trabajo de campo puede ser impracticable. Este acceso suele variar conforme a los grados de conflictividad de las relaciones sociales y de los temas a abordar. Pensemos, por ejemplo, en un área donde se reúnen distribuidores de estupefacientes [115] relacionados con el Estado y su aparato represivo; o pensemos en residentes de un barrio, en relación con pobladores de una villa miseria colindante, en tiempos de reiterados robos y asesinatos; o en facciones políticas y/o gremiales opuestas. Se trata de grupos en pugna, conflictos abiertos y solapados, unidades sociales que se desenvuelven fuera de las normas legales o contra los sectores dominantes y que requieren del secreto para seguir operando.

La accesibilidad puede estar también condicionada por la índole de las temáticas a tratar, por ejemplo, aquellas consideradas tabú por parte de los informantes o, incluso, por parte del investigador (prácticas sexuales, muerte, perversiones y actos considerados indecentes o inmorales, como el incesto, el abandono de los hijos, etc.). Es necesario tener presente, además y por otra parte, que la experiencia de intergrupalidad de la unidad con la que se piensa trabajar puede ser decisiva para garantizar la accesibilidad y, como veremos, para definir la presentación y los roles del investigador. La experiencia suele marcar a fuego la apertura o el bloqueo a los extraños, entre ellos el investigador. Una población habituada a relacionarse con agentes externos, que suele transferirles ciertos bienes en virtud de una imagen de pobreza, reaccionará —al menos en un principio- de modo similar ante el investigador, más allá de sus planes e intenciones. En ese caso, habría que aprender a entablar una relación diferente con los informantes, lo cual tomará el curso completo de la investigación.

El problema se torna más serio cuando la experiencia es de abierta confrontación, o cuando el grupo ha sido estigmatizado y activa mente perseguido; quizás sea conveniente ponderar si esa unidad de estudio y esa unidad de análisis son las únicas que pueden emplearse para resolver el problema de investigación. Por ejemplo, para estudiar las formas de control del Estado sobre sectores subalternos, ¿es acaso imprescindible trabajar con bandas delictivas, prostitutas y apostadores clandestinos? ¿Qué otros referentes empíricos podrían ser de utilidad? El caso sería distinto si lo que se pretende es analizar la estructura de una actividad ilegal y su relación positiva y ambivalente con los controles oficiales. .

El tratamiento de estos temas está ligado a las opciones y oportunidades de tipo personal. El investigador puede ser amigo de prostitutas, levantadores de apuestas o una banda de traficantes de moneda falsa; puede incluso haber desempeñado estas actividades; aún así, necesita tener claro si, amistad mediante, los eventuales informantes estarían dispuestos a colaborar con él en vistas de una investigación "científica". Lo cierto es que se torna bastante difícil visualizar de antemano los términos absolutos de factibilidad de un tema y su trabajo de campo. En estos casos un poco extremos de elección de la unidad de análisis y la unidad de estudio, puede ser conveniente abordar ciertos [116] temas cuando su apertura, ya en el campo, es concreta e inminente, en vez de forzar un acceso que puede llevar, como mínimo, a la frustración. La casualidad bien aprovechada puede ser una extraordinaria puerta de

acceso, lo cual depende de que el investigador tenga claramente formulado su objeto de conocimiento y que éste pueda plantearse o subdividirse en objetos menores y alternativos.

Que un tema sea empíricamente accesible no sólo responde a las características de la unidad de análisis y la unidad de estudio, sino a la percepción del investigador sobre dichas unidades. La visibilidad del antropólogo -su notoriedad, su evidencia y ostensibilidad- pueden derivar en la suspicacia de los informantes aunque, como veremos luego, se trata siempre de un problema de negociación. Por otra parte, el investigador puede sentir reparos ante ciertas prácticas y exigencias del campo que son, sin embargo, prácticas cotidianas de sus informantes: hábitos de higiene y alimentación, privacidad, expresiones corporales e hipersensiblidad ante lo que él considera ejemplos de anomalías y deficiencias morales. No hablemos ya del tan remanido caso del canibalismo o de la reducción de cabezas; pensemos, en cambio, en el maltrato a una mujer, en conflictos violentos, prácticas incestuosas, en olores, sabores, climas. Al definir la unidad de estudio y la unidad de análisis, el investigador también apela a su reflexividad, pudiendo transformar sensaciones indescifrables en canales de conocimiento. Reconocer estos reparos a medida que aparecen apunta no sólo a superar y a controlar este tipo de situaciones, sino también a ampliar la mirada y la comprensión.

3. Unidad de estudio: número y extensión

Una investigación puede llevarse a cabo en un ámbito circunscripto, pero en la mayoría de los casos se trabaja con poblados, comunidades, barriadas de ciudades. Sin embargo, el investigador no necesariamente debe relacionarse con todos los habitantes de una aldea ni, si elige por ejemplo una institución hospitalaria, desempeñarse en todos los servicios: pediatría, cirugía, inmunopatología, cocina, administración, etc. La elección de la unidad de estudio incluye, entonces, precisar qué partes de la gran unidad se profundizan y qué otras unidades de estudio alternativas o complementarias a la unidad central será necesario explorar. Si se quiere examinar las distintas formas de segregación de un grupo social, será necesario recorrer los ámbitos que se consideren más relevantes para el ejercicio de prácticas discriminatorias, es decir, donde se cree que se expresan esas formas. Con respecto a los habitantes de villas miseria, se puede escoger lugares de trabajo y agencias de empleo, escuelas, salas de espera en [117] hospitales, calles de un vecindario contiguo y otros puntos de encuentro entre villeros y no villeros. En ese caso, la unidad de estudio excede los límites estrictos de la villa —como unidad de urbanización- para abarcar todos aquellos sitios donde la gente de la villa se pone en relación con gente de afuera. La definición de la unidad de estudio sigue, entonces, el principio de contigüidad social (Spradley, 1979), sitios donde es posible observar en acción al mismo actor.

Puede ocurrir, en cambio, que interese estudiar las pautas de relación fronteriza entre dos pueblos de distinta nacionalidad, por ejemplo, de dos ciudades limítrofes, o de dos grupos étnicos contiguos. En ese caso, se trataría de elegir dos unidades de estudio con contigüidad territorial o geográfica, como argentinos en Clorinda (Argentina) y paraguayos en Asunción (Paraguay). Uno de los aspectos más importantes, de acuerdo con los objetivos de la investigación, es el sentido que tiene dicha contigüidad en el establecimiento de las relaciones internacionales. Si se pretende averiguar el nivel de competencia entre los lazos nacionales e internacionales por recursos políticos en una comunidad fronteriza, habría que añadir la unidad de estudio "provincia de Formosa" y,

seguramente, la capital política de esa provincia, como primer nexo con el Estado nacional, fuente probable de recursos nacionales.

La definición de unidad de análisis y unidad de estudio no se da de una vez y para el resto de la investigación. En el trabajo de campo, el investigador va descubriendo conexiones no previstas entre unidades que parecían desvinculadas, sea por intercambio ritual, parental, político, por lealtades étnicas, etc. En estos casos, las "comunidades" no son tan cerradas y autónomas como parecía y dependen, en buena medida, de los recursos que pueden obtener de las demás. Estos vínculos pueden aparecer desde un primer momento en las prácticas y discursos de los informantes o pueden permanecer sutilmente ocultos hasta bien avanzada la investigación. Detectar su relevancia depende en buena medida de la habilidad y la apertura del investigador. Un marco teórico no proclive a la concepción de comunidades culturales aisladas tenderá a ver en la delimitación del campo fronteras que ni son tan cerradas ni tan infranqueables. Otro criterio que puede operar en la selección de más de una unidad es el uso de un enfoque comparativo. Si bien en este caso se aplican las mismas observaciones que venimos haciendo para los puntos anteriores, el sentido de la selección está dado por los objetivos generales y los supuestos teóricos del investigador, que hacen efectivamente comparables a esas unidades (estructuralmente, situacionalmente, etc.).

Estas reflexiones y señalamientos no desconocen, sin embargo, que la realidad se presenta al investigador de modos diversos y, por supuesto, algo "desordenados"; en los hechos solemos elegir cierta unidad [118] de estudio porque nos queda más a mano, porque tenemos conocidos o porque sabemos (y esperamos) que sus miembros querrán abrirnos las puertas. También solemos acceder a cierta unidad de estudio debido a la demanda concreta de una organización oficial, gremial, etc. Estos factores no eliminan las consideraciones anteriores, pues resultan útiles aun cuando las unidades nos sean sugeridas por la entidad contratante.

4. Unidades de análisis: ¿muestra representativa o muestra significativa?

Como hemos dicho, en este proceso de acercamiento y delimitación del campo, es necesario precisar con quiénes se hará la investigación. Aunque todavía no se pueda dar exactamente sus nombres y apellidos, quizá se pueda establecer un número aproximado de cuántos individuos -trabajadores, hombres, mujeres, residentes, madres, etc.- o agrupamientos -hogares, linajes, planteles, equipos, etc.- compondrán el universo de informantes o "muestra". Aunque tomaremos ambos términos como sinónimos, no es lo corriente en el discurso dominante de la metodología en ciencias sociales. Según la mayoría de los manuales, la muestra es "el conjunto de individuos o grupos sobre los que se efectúa una investigación y las mediciones correspondientes" (Johnson, 1978: 54, la traducción es nuestra). De un universo de 2000 familias en Villa Tenderos, nombre ficticio de la villa donde hice mi trabajo de campo entre 1982 y 1986, la muestra puede estar compuesta por veinte. Por nuestra parte, consideramos directamente como universo de informantes o muestra a los actores concretos que contactamos en la investigación. Pensamos que este procedimiento concuerda con el interés específicamente antropológico de ir definiendo las categorías relevantes para el mundo social de los actores, a medida que se lleva a cabo el trabajo de campo y el conocimiento de los grupos sociales, sus clivajes y delimitaciones internos, conforme a los sentidos y relaciones sociales de los informantes. Esto quiere decir que no podríamos establecer muestras a priori sino sólo tentativamente, porque no sabemos

sobre qué población mayor tendrá sentido hacerlo. Por eso los antropólogos no suelen ser demasiado terminantes en el número de personas con que han de trabajar. Más que deberse a una falta de precisión y sistematicidad, esto puede atribuirse -al menos en parte- al intento de no definir por completo la muestra antes de su contacto efectivo en el campo. Sólo en la medida en que se interna en su dinámica, y en que conoce discursos y prácticas, el investigador puede detectar cuáles son los grupos relevantes y significativos para una descripción. En este punto, [119] el investigador procede del mismo modo que en el resto de su trabajo: intenta no sólo ver cada vez más, sino también sustituir sus preconceptos por los conocimientos de sus informantes. Además de los grados de apertura y conflictividad de los grupos en cuestión, la definición o elección de cierto tipo de muestra tiene que ver con la especificidad de la investigación antropológica: evitar el etno- y el sociocentrismo. Los sentidos propios de los actores, que el investigador busca reconocer-identificar-construir, también recorren la delimitación de subgrupos no evidentes en una primera delimitación de la unidad de análisis. La selección del universo de informantes y del tipo de muestra es, en definitiva, parte del proceso general de conocimiento y responde a los objetivos e intereses que plantea el investigador.

Las muestras han sido clasificadas por los estadígrafos en probabilísticas y no probabilísticas (Johnson, 1978; Agar, 1980; Honigmann, 1982). Las probabilísticas son aquellas en "las cuales, por medio de ciertos procedimientos matemáticos, cada individuo tiene básicamente las mismas posibilidades que los demás de ser elegido para integrarlas". Este criterio responde a los objetivos de generalización de las conclusiones elaboradas sobre la base del material recogido. Visto lo que sucede entre los miembros de una muestra de estas características, es posible suponer que algo semejante ocurre en la población más general; a este criterio se lo denomina "representatividad", pues la muestra representa a la población mayor. A través de procedimientos matemáticos, el investigador aspira a neutralizar su intervención, evitando privilegiar a algunos miembros (clases, sectores, etc.) en desmedro de otros. Este tipo de muestra intenta obtener información referida a la distribución de frecuencias de ciertos hechos o atributos: cuánta carne consume la población, cuántos vecinos concurren a la misa dominical, cuáles son sus ingresos, cuántos desempleados hay en la franja de edad comprendida entre 20 y 29 años, etc. Se trata, efectivamente, de interrogantes sobre cuánto y cada cuánto ocurren ciertos hechos o atributos. El principal aporte de las muestras probabilísticas reside en la posibilidad de generalizar los resultados de una encuesta al resto de la población, con especial referencia a la distribución de frecuencias.

En este grupo se distinguen las "muestras al azar", las "sistemáticas" o "a intervalos regulares" y las ^estratificadas". Las muestras al azar son aquellas en las cuales todos los individuos tienen las mismas posibilidades de ser elegidos. Las que se realizan a intervalos regulares son aquellas en que, dentro de una población acotada, se selecciona a un individuo de cada tantos: una persona de cada diez en un listado, una vivienda de cada cinco, una calle de cada diez, etc. Sin embargo, este mecanismo puede resultar inadecuado si la contigüidad territorial tuviera una relevancia específica. Por ejemplo, en algunos sectores de [120] una villa miseria tomar una vivienda de cada cinco en un "pasillo" (pasaje interno no transitable por rodados) puede llevar a pasar por las relaciones de parentesco, ya que suele ocurrir que los herma-e hijos casados se ubican en el predio de sus padres, compartiendo el mismo patio e intercambiando bienes y servicios varios; de tomar sólo una de estas unidades quedarían fuera del estudio las

relaciones de vecindad con sus modalidades y contenidos. La muestra estratificada, por su parte, resulta de aplicar el principio matemático de probabilidad a sectores, estratos o franjas de población establecidos de acuerdo con una variable o atributo introducido por el investigador. Tal es el caso de una muestra ordenada según montos de ingreso, regularidad del cobro, rama de actividad, nivel de instrucción formal, etc. La muestra podría consistir, entonces, en tomar cinco individuos con escuela primaria incompleta, cinco con primaria completa, cinco con secundaria incompleta, cinco con secundaria completa, cinco con estudios terciarios y cinco con estudios universitarios, etc.

Aunque no nos extenderemos más en este punto (por demás desarrollado en manuales de estadística y metodología como Pardinas, 1969; Cortada y Carro, 1968, entre tantos otros), quisiéramos sentar un par de observaciones. En primer lugar, la muestra probabilística puede servir para informar sobre distribuciones de frecuencia con respecto a datos cuantificables y tomando a los informantes como unidades discretas. El investigador establece los criterios para definirla y sus resultados son precisos y generalizables. Pero resulta insuficiente emplear este tipo de muestra para comprender la dinámica social, modos organizativos, sentidos por los que se orientan sus miembros, especialmente los inesperados o desconocidos por el investigador. Esto se debe, en parte, a que la muestra probabilística se suele aplicar a partir de categorías y criterios preestablecidos por el investigador. La selección de una muestra y de sus categorías internas obedece a un criterio de clasificación: se entrevistará a maestros de escuelas primarias, secundarias, terciarias y universitarias, o bien, se entrevistará a maestros de escuelas privadas, laicas, religiosas y públicas; o bien, se entrevistará a maestros de distintas provincias o con antigüedad de más de veinte años, entre diez y veinte, menos de diez y sin antigüedad. Estas clasificaciones posibles responden a los objetivos de la investigación, pero también a las modalidades de agrupamientos que se den los actores y que guarden sentido con su mundo social. Por ejemplo, puede ocurrir que el investigador intente explicar los motivos de adhesión de docentes de la enseñanza pública a la actividad gremial. Su probable unidad de análisis "trabajador docente" excluiría en principio a quienes se desempeñan en el ámbito privado. Pero ¿qué criterio seguirá luego para acotar la muestra y establecer sus categorías internas? Quizá pruebe con la diferencia de antigüedad, suponiendo que [121] los docentes con mayor trayectoria son más renuentes que los jóvenes; pero tiempo después pueden surgir sorpresas, por ejemplo, que la antigüedad no es pertinente en algunas provincias o en ciertos niveles de la enseñanza. En estos ámbitos, la antigüedad no reviste significación para los actores y expresa, en cambio, un presupuesto -que puede transformarse en prejuicio- del investigador.

Los procedimientos probabilísticos son útiles para establecer la distribución social de una práctica, creencia o atributo en la totalidad de una población. Al mismo tiempo, suministran una información confiable y precisa, permitiendo a otros investigadores duplicar los procedimientos. Si bien son adecuados para ratificar y rectificar presupuestos y encontrar correlaciones entre variables, sus posibilidades explicativas -tanto sea desde la teoría del investigador como del informante- merecen complementarse con otros procedimientos. Estas muestras se toman como representativas sobre la base del criterio estadístico de representatividad. Sin embargo, no es éste el único criterio posible, como veremos a continuación.

Otro tipo de muestra más frecuente en la investigación antropológica es la no probabilística que se diseña según otros procedimientos. La. autoselección de los

informantes en las llamadas "muestras de oportunidad" [opportunistic sample (Honigmann, 1982: 80)], consiste en que un individuo se ofrece a dar información e incluso llega a colaborar como recolector de información. En estas muestras, la ocasión y la eventualidad, la oportunidad del encuentro y el "caerse bien" (o rapport) entre el informante y el investigador, son un requisito importante a partir del cual el investigador podrá, seguramente, aplicar otros criterios de mayor sistematicidad. Lo que tiene preponderancia en la definición de este tipo de muestra es la situación de encuentro, la capacidad de interpretar los objetivos del trabajo conjunto y las posibilidades de continuar la relación. Los marcos de la selección están definidos por criterios sumamente flexibles y se van delineando conforme avanza la investigación, la comunicatividad con los informantes, la claridad y la amplitud de la mirada del investigador. Estas muestras difieren de las anteriores en que carecen de un criterio preestablecido de selección, pero esto no quiere decir que no sigan ningún criterio. La conformación de la muestra es el producto de una combinación entre requerimientos del investigador y del informante. Dado que el informante es imprescindible, como también lo es su decisión de serlo para que la investigación pueda llevarse a cabo, la muestra de oportunidad surge de un contexto coproducido en cuyo seno se define "lo relevante" o "lo significativo" para la población en cuestión. Ello demanda del investigador una mayor apertura para detectar qué atributos son social y culturalmente relevantes, y cuáles no lo son. [122]

Sin embargo, este tipo de muestra puede no ser suficiente para cumplir con los objetivos del investigador, si es que las ofertas de los actores son más reducidas o parcializadas de lo necesario. Cuando el investigador desea conocer una organización social en términos globales y se encuentra con que los ofrecimientos y aperturas provienen sólo de un sector de la organización, su acceso puede resultar parcial. Suele ocurrir que quienes primero se acercan al investigador son los llamados casos desviantes y ciertos especialistas que se caracterizan por representar a la comunidad frente a los extraños (Agar, 1980). Ambos detentan una visión de la comunidad propia de esta posición social, que no es homologable a la de los demás actores. Para alcanzar una visión más completa puede ser conveniente encarar una sistematización de la muestra y avanzar hacia territorios inexplorados de la unidad social (cf. capítulo 6).

En estos casos, el investigador puede identificar determinadas características y tratar de vincularse con los subgrupos que responden a ellas, sin esperar el ofrecimiento de los informantes: estaría diseñando, entonces, una "muestra evaluada" (Honigmann, 1982: 80-81). En este caso, el investigador define pertenencias a calificaciones distintivas e interviene en mayor medida que en el primero, pero esta intervención puede ser compensada -de sus riesgos sociocéntricos- si se la transforma en una ponderación de la muestra de oportunidad, esto es, si para constituirla se reconocen criterios que surgen como significativos de los mismos informantes. Por ejemplo, si se realiza una investigación sobre actividad política en una vecindad popular y la primera muestra de oportunidad se compone de activistas políticos de una facción, sería conveniente extenderla a una muestra evaluada, integrada por activistas de otras facciones y por no activistas. Si la mayoría de aquellos con quienes conversamos provienen de la zona frentista (vecinos cuyas viviendas están ubicadas sobre la calle principal), convendría en una segunda instancia extender el universo a los residentes de otras calles y de los pasillos interiores. La muestra evaluada permite contrapesar el excesivo particularismo de la muestra de oportunidad al identificar un atributo socialmente relevante y ponderar el status de ese informante. De este modo, la muestra evaluada sistematiza variables

individualizadas por el investigador, a través de sus informantes de oportunidad.

Se ha criticado como principal limitación de las muestras no probabilísticas no "representar" adecuadamente y con precisión a la población mayor a la que están referidas. Sin embargo, el criterio de representatividad puede ampliarse sin quedar limitado a patrones cuantitativos que son, creemos, sólo una de las representatividades posibles. Las muestras no probabilísticas pueden responder a otras preguntas además de las de distribución de frecuencias; por ejemplo, [123] ¿cómo es el sistema social?; ¿cómo y por qué sectores está constituido?; ¿qué relaciones tienen lugar en él?; ¿cuáles son sus implicancias?; ¿cuál es el sistema de significados por el que se vinculan sus miembros? Este segundo tipo de muestra permite descubrir relaciones entre partes del sistema global y abrir el campo a nuevos sentidos no previstos por el investigador. Asimismo, emplea técnicas más personalizadas que las requeridas por los muestreos probabilísticos (encuesta, censo y cuestionarios masivos). Y esto guarda relación con la magnitud de las muestras accesibles en uno y en otro caso. Los antropólogos, como vimos, encaran su trabajo de campo individualmente o en equipos reducidos, por lo que su unidad de estudio y universo de informantes suelen ser también de pequeñas dimensiones.

Al asociar representatividad y generalización explicativa con magnitud cuantitativa de la muestra, se circunscribe el concepto de "representatividad" a la dimensión numérica. Otra posibilidad es que una muestra sea significativa, esto es, que un hecho o un caso sean pertinentes para dar cuenta de cierto haz de relaciones en un sistema social (Ellen, 1984). Un acontecimiento no es más o menos válido para la investigación únicamente si se presenta tantas veces -procedimiento que, sin embargo, no habría que descuidar-; los hechos, las prácticas, las verbalizaciones, los objetos materiales, etc., nos interesan también según su forma de integración en un sistema de significados y de relaciones sociales; por eso, consideramos que el criterio de significatividad es fundamental para la selección de discursos, personas, prácticas que observar y registrar, y para su ulterior incorporación al análisis y la construcción de esa lógica en su diversidad. De ahí que incluso los casos anómalos, considerados desviaciones a la norma impuesta por los códigos escritos o por la costumbre, sirvan para comprender esa lógica. De un funeral javanés alterado por antagonismos político-religiosos, Geertz (1973) extrajo una serie de conclusiones que responden no sólo a preceptos teóricos, sino también a un acabado conocimiento de la norma ritual funeraria, del significado de cada uno de sus pasos, de su vinculación a las religiones prevalecientes, de la integración del sistema cultural y político; y ello en una etapa de transición y conflicto de la sociedad javanesa. A partir de este conocimiento, Geertz analiza la transformación del sistema a través de un funeral que no puede concretarse según la tradición porque oficiantes del ritual y parientes del difunto pertenecen a agrupamientos político-religiosos contrapuestos -el *masjumi* musulmán y el *permai* hindú-. El caso del funeral frustrado ha sido significativo en la medida en que le permitió poner de manifiesto relaciones de la sociedad mayor.

Una crítica frecuente a las muestras de oportunidad es la imposibilidad de replicarlas en otras investigaciones y por otros colegas, además [124] de la interferencia de la subjetividad del investigador, de ahí su dudosa confiabilidad y validez para la generalización. Sin embargo, lejos de revelarse como un obstáculo a ser evitado, la subjetividad del investigador es una herramienta de conocimiento, siempre y cuando se expliciten criterios y procedimientos. Para que efectivamente la subjetividad colabore

en el campo, es necesario ese cíclico control reflexivo del que nos hablaba Willis (1984) sobre cómo se emplea la subjetividad y cómo desde ella se contrastan los supuestos con lo observado. Una ventaja de las muestras no probabilísticas deriva del tipo de vínculo establecido entre el investigador y los actores. La información obtenida de un informante que se presenta por propia voluntad o que va siendo introducido progresivamente en el sentido de la instigación -en una negociación recíproca y permanente- es cualitativamente diferente de la que procede de encuestas masivas y censos aplicados anónimamente a una masa de población según criterios de i selección en los que ella no ha participado.

Quizá esta competencia entre tipos de muestra, que revela una tensión entre investigaciones cualitativas y cuantitativas, pueda dar lugar a la complementariedad, como ocurre ya en algunos casos. Pero esta propuesta no apunta sólo a un eclecticismo capaz de combinar, en una misma investigación, a encuestadores y observadores participantes, muestras probabilísticas y no probabilísticas, sino a que investigador se plantee un objeto de conocimiento que pueda conocerse a través de ambas, como dos aspectos de una misma tarea. El hecho de que distintas perspectivas y muestras permitan acceder al conocimiento a través de distintas formas de sistematización parece razón suficiente para promover investigaciones que se enriquezcan con ambos procedimientos. [125]

6. El informante, sujeto de la investigación

Ya nos hemos referido a los informantes, quienes proveen información m quienes se relaciona el investigador en el campo. ¿Qué características tienen y cuál es su papel en la investigación, particularmente en la etapa de campo? Sabemos que desde los primeros tiempos, los antropólogos han optado por comparecer "en cuerpo y alma" (Panóff y Panoff, 1975) en "el lugar de los hechos", eliminando las mediaciones temporales (hacia el pasado) o personales (de terceros) entre el investigador y la información, para obtener un conocimiento sobre otros grupos humanos menos etno y sociocéntrico. Esté conocimiento requiere recentrarse en el informante; y para producir ese recentramiento diversas corrientes antropológicas alentaron la presencia directa del investigador ante la población. Sin embargo, esta presencia no garantiza por sí sola un acceso cabal y completo al objeto, en tanto no se reconozca la necesaria mediación teórica del sujeto cognoscente. Es desde el bagaje conceptual y de sentido común que se pueden aprehender realidades sociales, en el seno de una relación donde se van aprehendiendo recíprocamente dos mundos culturales. Este proceso, que consiste en una deconstrucción de lo que se sabe de antemano y en una nueva construcción, vale tanto para el investigador como para el informante; no existe, pues, una perspectiva unilateral de conocimiento entre los sujetos humanos, como podría plantearse en otros aspectos de lo real y en otros campos del conocimiento científico. La diferencia reside en que los hombres configuran mundos que no son únicamente su manifestación externa, sino que están preinterpretados por sus miembros y, de este modo, son construidos por ellos (Giddens, 1987). El antropólogo aprende a conocer no sólo lo que conocen sus informantes, sino cómo llegan a conocerlo. El sujeto con que trabajan los antropólogos es el que viabiliza. [127] este conocimiento. En este capítulo, nos ocuparemos del informante, dando particular importancia a la concepción que los investigadores han tenido sobre él y, por consiguiente, al valor que le han asignado a sus prácticas y verbalizaciones en la investigación y en el trabajo de campo.

1. El informante: ¿portador o constructor de una cultura?

Los antropólogos se han puesto en contacto, casi invariablemente, no con la totalidad sino con algunos miembros o sectores del sistema social. De alguna manera, éstos aparecían como sus representantes, como la fuente más confiable de información genuina, profunda y sistemática acerca de cuanto ocurría en esa área cultural; eran, al menos, mucho más confiables que los "blancos" funcionarios coloniales que, según Malinowski (1986), sólo podían elaborar imágenes entre fantásticas y degradantes de los nativos. La confiabilidad se fundaba en la ausencia de mediaciones que pudieran distorsionar el sentido de cómo esa cultura era vivida por sus protagonistas. Estas consideraciones obedecían, como ya lo adelantamos, al marco epistemológico. En su aproximación normativa á la Durkheim, sociedad y cultura equivalen a los patrones practicados y enunciados por sus miembros; las prácticas y las verbalizaciones deben coincidir, y lo que interesa al investigador son las prácticas generalizables a toda esa cultura y no las pequeñas defecciones propias de la práctica individual (Holy y Stuchlik, 1983). El informante —todo aquel que proporciona alguna información al investigador— es considerado también el portador de dichas normas. Y como la concepción prevaleciente de las sociedades qué tradicionalmente estudian los antropólogos es la de unidades relativamente "simples" y "homogéneas", se supone, primero, que un individuo lleva en sí la casi totalidad de pautas, perspectivas y ángulos de los miembros de su sociedad, y segundo, que "los especialistas" -un jefe, un chamán,

etc.- son quienes por excelencia pueden suministrar más y mejores datos acerca de la organización política, religiosa, etc., de dicha unidad cultural. La información que cualquier informante provee puede reducirse a un conjunto de patrones asimilables a la sociedad total y a la cultura real. En busca de las normas, de las pautas ideales, el investigador contacta a los "más entendidos en cada tema", a las voces "autorizadas", pues así obtendrá la norma válida para todos los miembros. Para convalidar este modelo delineado por informantes "autorizados", se registran casos para contrastar el seguimiento de las normas sobre las cuales se cimienta el modelo (Cohén, 1984: 223). [128]

La concepción de las sociedades en estudio como simples y homogéneas concuerda con este procedimiento inductivo por el cual la naturaleza y posición del informante no se somete a crítica teórica 1 metodológica. La pauta "tal cual" la transmite el informante es tomada por el investigador como la sociedad o la cultura en sí. Este conocimiento inmediato se defiende también desde el marco intepretativista, según el cual el investigador se propone revivir internamente la lógica y los sentidos de sus informantes. Tanto desde el positivismo como desde el interpretativismo, el informante es visualizado como portador y como síntesis total de su sociedad; ésta aparece como externa a él, en la medida en que lo condiciona y en la medida, también, en que el informante no tiene ningún papel activo más que contribuir a su reproducción. Tal es, por ejemplo, lo afirmado desde la perspectiva parsoniana acerca de la sustentación de normas y valores en virtud de su internalización por los sujetos. Se concibe al informante como:

- un sujeto constreñido por la sociedad y la cultura y que, por lo tanto, no desempeña ningún papel constructivo en el proceso histórico del cual aparece como mero ejemplar, como agente mecánico de determinaciones ajenas a su voluntad;
- un individuo que puede suministrar "datos" de manera directa y no mediada, pues él es el portador de su cultura y de sus pautas sociales;

Así, el etnocentrismo y otros sociocentrismos pueden ser combatidos sin más, desde el momento en que el informante expresa las pautas en sus verbalizaciones y prácticas; el investigador no tiene más que escucharlo y observarlo -siempre "en blanco" y sin presupuestos ni marcos de referencia- para dar cuenta de la realidad desde la perspectiva del actor.

En consecuencia, un buen informante es aquel que dice "la verdad", es decir, que refiere las cosas "tal cual son"; las disidencias entre sus afirmaciones y lo real (lo observable o lo enunciado por otros) pueden deberse a la mala fe, a la mentira ("ese tipo no es confiable") o a la "ignorancia" ("ese informante no sabe, no conoce su mundo, su sociedad").

Desde corrientes antropológicas no realistas sino constructivistas, lo que hace y dice el informante no es ni puede ser una descripción global ni mucho menos la descripción teórica de lo real. Cultura y sociedad son entidades abstractas que el investigador elabora a partir de sus premisas teóricas y de los datos producidos en campo. Ningún i informante, por más especializado que sea, puede dar la información total sobre un acontecimiento, un campo de actividad, etc.; habrá de [129] limitarse a la información circunscripta por su lugar específico, respecto de tal o cual acontecimiento. Complementariamente, la descripción y la explicación del informante no sustituyen la

explicación del investigador: la fundamentan, la ponen a prueba, la especifican. Así, el descubrimiento de definiciones múltiples y contradictorias acerca de la misma cultura, sociedad, o los mismos hechos no es un obstáculo sino parte fundamental de esa realidad; son versiones que no pueden alinearse en torno a los ejes de falsedad y veracidad, sino interpretarse en función de posiciones estructurales delimitadas por una serie de atributos o variables —sexo, edad, lugar de origen, ocupación, adscripción étnica, religiosa, política, etc.-, que tanto la información del trabajo de campo como la teoría del investigador introducirán y jerarquizarán oportunamente.

El informante es parte activa de un proceso social que lo determina pero al que, a su vez, contribuye activamente; y sus puntualizaciones revelan esta participación abierta y contradictoria donde los disensos entre informantes y entre lo que se dice y se hace no son definiciones cerradas sino en proceso, desempeñando un papel productivo de lo real cuya lógica hay que desentrañar. Ni una práctica ni una aserción discursiva tienen un sentido preestablecido ni una traducción literal al nivel teórico-explicativo. Por una parte, el informante participa de lo social desde un lugar determinado; sus impresiones no pueden homologarse a la construcción del investigador; por la otra, el proceso social se manifiesta en prácticas y discursos sujetos a constantes reformulaciones y resignificaciones, que resultan, a su vez, de varios factores: la experiencia histórica grupal, la posición en el eje hegemonía/subalternidad con referencia a aspectos significativos para el grupo, la situación concreta en que se manifiestan dichas prácticas y discursos, etc. Estos y otros factores intervienen en los aspectos comunicados por el informante, mediatizando, una vez más, la indirecta relación entre información obtenida en campo y producción de datos por parte del investigador. Pero convendría añadir, ahora, otra diferenciación entre las instancias socioculturales de las cuales participan el informante y el investigador, por un lado, y las instancias del trabajo de campo en las que el informante se manifiesta al investigador, por el otro. Éste sólo tiene acceso al último nivel -el sujeto de una cultura como informante de campo-; el investigador porta, a su vez, su propia carga teórica y de sentido común como miembro de esa u otra sociedad; aspira a construir un modelo interpretativo (análisis científico) más que un modelo para la acción (como hacen sus informantes). Por ejemplo, Berreman (1975) ha descrito minuciosamente cómo modificaba el acceso a una población india que su ayudante fuera brahmán o musulmán. La pertenencia permitía establecer lazos diferentes con distintos sectores de la comunidad, abriendo las puertas [130] a determinada información y cerrándolas a otras. En este caso, el investigador conocía a la población por la mediación de una situación de campo que descansaba fuertemente en la filiación religiosa y de status del ayudante. Esto no es más o menos correcto que otros accesos, sino una modalidad del canal, inevitablemente indirecto a lo social. El investigador, lo reiteramos, conoce ese mundo social no "tal cual es" (es decir, cómo sería sin su presencia), sino a través de la situación de campo, situación que introduce una serie de aspectos: la concepción que los informantes tienen del investigador y viceversa, su presentación, los roles a él asignados, las personalidades en juego, el contexto general del trabajo de campo y de la investigación, etc. Estos aspectos no distorsionan el mundo social "tal cual es" ni son un obstáculo para su verdadero conocimiento, sino que constituyen expresiones del mundo social, pero expresiones que no serían las mismas si no estuviera presente el investigador y si no se enmarcaran en la situación de trabajo de campo. Resulta de vital importancia que el investigador tenga en cuenta que sólo podrá acceder al sujeto socio-cultural a través del informante de campo; y que conocer al informante de campo es, ya, empezar a conocer al sujeto sociocultural. Pero, a diferencia del sujeto sociocultural, en el reconocimiento del informante de

campo interviene activamente el investigador. Por eso, la reflexividad del investigador y la de los informantes en el trabajo de campo resulta fundamental para reconocer al sujeto cultural. Así,

• el informante no es portador de una unidad sociocultural, sino su activo constructor;
• es, a la vez que su sujeto, objeto de determinaciones estructurales de dicha unidad;
• en tanto ubicado en determinada posición social, sus comunicaciones son pertinentes a dicha posición y no pronunciadas omnicomprensivamente desde la totalidad;
• es parte de un proceso histórico desde el cual aporta experiencias, expectativas y transformaciones;
• un individuo se transforma en informante al entrar en relación con el investigador. Esta relación es social y se concreta en situaciones específicas; por eso, el informante suministra información condicionada por su experiencia histórica, por la posición social que ocupa y por la situación de encuentro con el investigador, tras la cual subyace determinada definición de la relación en tanto relación social;
• el informante suministra información complejizada por estos factores para el investigador, quien eventualmente puede transformarla en datos de su investigación. [131]

La tarea que se propone, desde esta perspectiva, no es tanto reconstruir una versión única y definitiva de la cultura, sino explorar las relaciones sociales y los sistemas de significados de grupos o sectores dentro de dicha unidad (Cohén, 1984) y construir su lógica tendiente a especificar la relación planteada en el objeto de conocimiento. El investigador se propone, así, penetrar y comprender la organización particular de ese conjunto de relaciones sociales y de significados, y aprender el modo en que esas personas dan sentido a su mundo y viven en él. Ello no se logra sino a partir del descentramiento que se produce cuando el investigador procede a especificar su objeto teórico. Parte de esa especificación concierne a los sujetos del objeto construido (las bolivianas, los puesteros, etc.) que se han identificado en la unidad de análisis y en el universo o muestra. El investigador puede plantearse, entonces, dos tipos de preguntas: el primer tipo incluye, entre otras, ¿por qué éstos son mis informantes?, ¿por qué otros no lo son?, ¿por qué quieren serlo?, ¿por qué otros me rechazan?, ¿de qué modo son mis informantes? El segundo corresponde a: ¿quiénes son mis informantes?, ¿cuál es su ubicación en la unidad social?, ¿cómo se diferencian entre sí?

Estos interrogantes no son sólo un medio para hacer la investigación, sino la investigación misma; por eso son un buen punto de partida para advertir que la mirada inicial -necesariamente cargada de presupuestos- deberá ir ampliándose progresivamente. Afortunadamente el investigador no está solo en este proceso. Empecemos por la primera serie de preguntas.

2. El informante como objeto: primeras categorizaciones

Consecuente con la mirada empirista, algunas corrientes (Agar, 1980; Spradley, 1979 y Da Matta, 1983) han definido al informante -en la teoría y la práctica de campo— como un guía o maestro del conocimiento de otras culturas. Libre de presupuestos, el investigador se entregaría a sus enseñanzas hasta elaborar una descripción de determinada unidad sociocultural en términos de sus pobladores. Como señala Da Matta (1983), el informante desempeña la función de un docente que enseña a concebir, según sus categorías y conceptos, lo que sucede alrededor y cómo se estructura su mundo

social; enseña qué y cómo pensar lo que, al principio, le resulta inexplicable al investigador.

Sin embargo, esta enseñanza no es recibida unilateral ni ateóricamente, en la medida en que el único canal de conocimientos de que dispone el investigador es su bagaje conceptual, sensitivo y de sentido común. Desde la perspectiva que venimos sosteniendo, el [132] investigador no puede eludir su propio bagaje, sino modificarlo progresivamente en su relación reflexiva con el campo y los informantes. Adoptar una actitud reflexiva implica poner en cuestión la propia presencia en el campo y las decisiones adoptadas en cada una de las instancias del trabajo empírico. De este modo, se comienza a reconocer de qué se compone la situación de campo en la que se accede a los sujetos. Una de estas instancias es el proceso de selección de informantes y de armado de la muestra. En esta sección, discutiremos el carácter reflexivo del proceso de selección y vinculación con los informantes, para establecer el modo en que esta reflexividad, lejos de entorpecer, constituye el conocimiento social. Por su parte, los informantes también son sujetos de reflexividad en la medida en que orientan su acción de acuerdo con diversos factores y con las circunstancias concretas que les toca enfrentar. Por consiguiente, y como ambas reflexividades -la del investigador y la de los informantes- se encadenan progresivamente, indagaremos también la perspectiva del informante en su selección del investigador; ¡y esto no es un simple juego de palabras!

En los considerandos de la selección de informantes -o delimitación de la muestra-, el criterio prevaleciente consiste en identificar la pertenencia social del informante al interior de su sistema social. Esta identificación está mediatizada por el vínculo que el investigador mantiene con los informantes; desde aquí el investigador puede aspirar al mayor conocimiento de una unidad social. Ahora bien, lejos de significar un vínculo acotado a cuestiones personales, la relación entre investigador e informantes es relevante para el conocimiento social en la medida en que constituye, ella misma, una relación social y, por lo tanto, está inundada de situaciones socialmente significativas. Por eso, la relación entre investigador e informantes no es una simple herramienta que permite acceder a información (como se supone desde la afirmación de que la presencia directa garantiza una información más veraz y genuina), sino que es la instancia misma del conocimiento. En el marco de una concepción reflexiva del trabajo de campo, el proceso de selección de los informantes y el mantenimiento de la relación con ellos no sólo son medios de obtención de material empírico, sino también una parte fundamental del momento de la producción de datos.

A medida que progresa su trabajo de campo, esta relación adquiere una mayor fluidez, al punto de que su ritmo supera la posibilidad de un cuidadoso control del armado de la muestra. Aún sin quererlo, el investigador configura su universo y extiende su red de informantes cuando frecuenta ciertas áreas de la unidad de estudio más que otras, cuando visita reiteradamente algunas viviendas y olvida pasar por otras, cuando jerarquiza lo que dicen algunos individuos [133] y secundariza lo que le cuentan otros. Estas preferencias no equivalen a sesgos y errores que trastocan la objetividad, sino que son los canales concretos que recorre el investigador para lograr su conocimiento. Porque estas preferencias no son generadas sólo por el investigador, ni éste ni nadie adopta decisiones por sí mismo en el seno de una interacción. La presencia, la permisividad, el rechazo de los informantes son ingredientes tan centrales como los criterios teóricos del investigador.

El primer contacto con los informantes se revela como un mar de imprecisiones, sólo delimitado por algunos conceptos que, casi con certeza, revisten contenidos etnocéntricos. Desde esta necesaria e ineludible plataforma se comienza a producir conocimientos. Parte de estos primeros pasos es la selección de los informantes o, dicho en otras palabras, la delimitación de la muestra -sea evaluada o de oportunidad—. Para incorporar sus flexibles criterios al trabajo de campo, el investigador necesita ponderar a los pobladores y aprender a categorizarlos. La explicitación y la reflexión acerca de las circunstancias por las que atraviesa la investigación de campo y los sucesivos encuentros atañen principalmente a la etapa del trabajo en terreno, a los canales de acceso a cada informante y a la naturaleza del vínculo entablado. Por su parte, con sus actitudes hacia el antropólogo, los informantes brindan material empírico acerca de diversos aspectos, como conductas valorizadas y denostadas, competencias y alianzas, encubrimientos y develaciones, etc. Pero todo esto sólo constituye información significativa -es decir, datos-^ en la medida en que el investigador se ubique a sí mismo y a la relación con sus interlocutores dentro del campo de estudio y no sólo como un medio (generalmente neutral) de recolección. Esta puesta en campo de la relación incluye, también, reconocer las motivaciones que llevan a los informantes a conducirse de diversas maneras con el investigador. Un primer paso para este reconocimiento es caracterizar al informante según la relación que establece el investigador con él.

Según la etapa de la investigación

En una primera etapa de trabajo de campo, el investigador no sabe quién es quién en la población ni cuáles son las líneas internas de alianza o de conflicto. Para empezar a averiguarlo, apela a su sentido común, a lo que sabe por haber vivido experiencias similares, por lecturas, películas, etc. (y quizás, bastante poco de cuerpos teóricos sistematizados); procede entonces a presentarse una y otra vez explicando por qué está allí (cf. capítulo 7). Al comienzo, parece inevitable cierto tartamudeo cultural, que es lo que comúnmente llamamos "malentendidos", y que [134] provienen de desconocer los usos y sentidos de ese universo cultural. Las primeras presentaciones del investigador no son una excepción, como tampoco lo son las primeras reacciones de los informantes ante su extraño visitante; desconocen para qué está allí, qué desea y cuáles son sus verdaderas intenciones. Ambos, investigador e informantes, actúan de acuerdo con las expectativas mutuas, aun cuando los modelos para actuar procedan de situaciones diferentes que no son aplicables a ésta en particular. Pero a pesar de este aparente vacío que los separa, algunos se acercan al extraño que balbucea en términos poco comprensibles (o significativos) el porqué está allí y qué es lo que se propone. Comienza aquí la caracterización de los primeros informantes, a quienes Michael Agar (1980), entre otros, ha calificado como los "diplomáticos" y los "desviantes".

Hay quienes están dotados por la comunidad o el grupo para oficiar de servicio exterior y tratar con extraños. Generalmente pertenecen a las élites, tienen cierto manejo de las pautas burocráticas dominantes, del know hoto de los contactos en lugares clavé y de las gestiones para obtener recursos; disponen, además, de la capacidad de indagar las intenciones manifiestas y latentes de estos extraños; son los depositarios de la confianza grupal en la medida en que se les delega su seguridad y protección; son quienes saben qué puertas abrir y cuáles mantener cerradas para evitar que alguien resulte perjudicado. Ellos son quienes explican a los demás qué se propone el recién llegado cuando se les pregunta, como pasaba en mi caso: "Acá estuvo una chica así y así; ¿quién es?". No fueron pocas las dificultades que tuve en el trabajo de campo debido al celo y la

desconfianza que suscitaba mi presencia a las primeras personas contactadas, y cuando pedía una nueva derivación hacia otros informantes, se me replicaba: "¿cómo la voy a llevar de otra familia si yo no sé lo que hace? Y perdone, ¿no?, pero yo tengo miedo, no sé... hay que ver... porque usted sabe, uno no quiere traer problemas a la gente, y acá, quien más quien menos, algún problemita tiene...". Esto me decía un matrimonio a quien frecuentaba desde hacía cuatro meses, unas tres veces por semana. No podía saber qué debía hacer para que entendieran que no los perjudicaría y, aunque sus dudas fueran legítimas y totalmente justificadas, cuando salían a la luz me inmovilizaban y caía en la más absoluta perplejidad.

Desde el polo opuesto, hay quienes no gozan del respeto de los demás miembros; son algo así como los parias o marginales de su propia unidad social. Estos individuos tienen poco o nada que perder ante un extraño y, en cambio, mucho que ganar si el que llega resulta una fuente de poder, contactos y prestigio; entonces el desviante (como se lo suele llamar en la literatura técnica) puede [135] recibir algo de imagen y status derivados de esta relación con un exótico desconocido: el antropólogo. Una señora mayor, doña Vina,[1] que vivía con una ahijada de diez años en un rancho de Villa Tenderos, me dijo literalmente:

—Yo quiero conocerle a tu mamá.
—¿Por qué?, le pregunté.
——Yo me quiero sacar una foto con tu mamá para que los negros de acá vean qué amistades tengo yo: eminencias, gente de abolengo, porque eso es lo que sos vos, gente de abolengo, vos venís de la Capital y venís acá, al barro.

Concluir que un informante es desviante o diplomático es una ardua tarea que demanda la obtención de información y el análisis para establecer cuáles son las pautas valorizadas por la sociedad que el supuesto desviante infringiría. En Villa Tenderos, por ejemplo, un hombre solo, sin familia, desempleado o con changas breves y que requieran el uso de la fuerza (cargar bolsas, hacer mandados, etc.) y que desde la mañana ingiere bebidas alcohólicas ("le pega al trago") reúne la condición dual de protegido y despreciado. En algunos casos, es un "arrimado" a alguna familia que lo ayuda en el cuidado de la ropa, en la alimentación, etc.; en otros, es objeto de la burla de los vecinos y la agresión de barras de choque compuestas por jóvenes. Esta caracterización de desviantes y diplomáticos es ya una parte de la investigación, y no sólo una vinculación con individuos en su calidad de medios para obtener información. Por eso, quizá al comienzo, el investigador deba limitarse a sospechar que sus informantes pueden pertenecer a cierta categoría y recién luego comprobar si es efectivamente así y de qué modos se especifica esa categorización en dicha unidad social.

Estas precisiones no significan que siempre los primeros en acercarse sean desviantes o diplomáticos, pero conviene tener presente esta categorización ya que los primeros informantes no agotan el espectro posible de relaciones y, lo que es aún más importante, su significación en la muestra debe relativizarse hasta ampliar el universo. [136]

[1] Todos los nombres "de campo" han sido modificados para preservar, siguiendo la tradición antropológica, la identidad de los entrevistados y el secreto de su información. Con el mismo criterio, Villa Tenderos es el nombre ficticio de nuestra unidad de estudio.

Según la modalidad de acceso

Los primeros informantes con quienes me contactó Anselmo, un puntero político que pensaba retomar su actividad partidaria no bien se levantara la veda política impuesta por el Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983), eran dos familias de su mayor confianza; habían seguido su guía y sus consejos desde hacía por lo menos diez años en una activa militancia partidaria y vecinal. Para que no cupieran dudas, Anselmo me advirtió: "Yo voy a saber todo lo que usted converse con la gente, todo, todo", lo cual fue estrictamente cierto hasta que dejé de preocuparlo y "me abandonó". Los Cantero y los Quiroga componían su círculo más estrecho y, por consiguiente, compartían buena parte de sus puntos de vista sobre la villa y sus problemas. Pero yo no podía quedarme encerrada en ese sector, pues ¿qué ocurría con otras posiciones y alineamientos (muestra evaluada) ? Aunque el mero acto de derivarme a nuevos informantes me proporcionaba información acerca de las lealtades y redes de clientela política, y aunque las dos familias me permitieran elaborar datos sobre el mismo Anselmo, tenía que ampliar el espectro.

El investigador no abandona esta apertura de su red de informantes hasta que está muy avanzado el trabajo de campo, creando circuitos cada vez más abarcatívos que se extienden a partir de los ya entablados. El sistema llamado bola de nieve, del que acabamos de dar un ejemplo, consiste en que cada informante recomienda al investigador una o más personas de su círculo de conocidos; estos informantes derivados proceden, por lo general, de los núcleos de confianza de quien los deriva. Es claro que nadie lo pondrá en relación con aquellos que pertenecen a facciones opuestas, o bien con quien podría verse perjudicado por la presencia de ese extraño. Para quien hace las recomendaciones, es conveniente que los nuevos informantes ratifiquen su punto de vista. Recorrer críticamente el proceso de constitución de estas redes puede suministrar una muestra más numerosa, pero también valiosa información acerca de cuáles son las alianzas y conflictos en la población estudiada, los vínculos significativos, su naturaleza y extensión.

Por todo esto, la bola de nieve no crece en cualquier dirección ni azarosamente, sino a través de ciertos carriles que responden, más que a cuestiones coyunturales, a la trama social ya tejida cuando el investigador accede al campo. Por eso, conviene estar alerta y no permanecer en una sección o en una red, pues ello daría lugar a una imagen parcial del grupo en estudio y, seguramente, en la adscripción -no importa si real— del investigador a esa sección. Si se persiste exclusivamente en los canales conocidos, se pierde la posibilidad de acceder a una perspectiva más global de los distintos sectores que componen la población. Es necesario entonces "saltar el cerco": sin abandonar el [137] rumbo que señalan los contactos ya entablados, se puede intentar otros nuevos que pertenezcan a fracciones distantes u opuestas a las iniciales. Generalmente, estas redes inexploradas pueden ser fuente de perspectivas y de información con diferentes puntos de vista y pertenecientes a los opositores de los primeros contactos. Por eso es necesario advertir que prácticamente a cada fracción de informantes se contraponen o distinguen otras -ya se plantee como clivaje o diferenciación política, personal, religiosa, etc.-. Cuanto más amplio sea el acceso del investigador a todas las "campanas", más profundo y complejo será su conocimiento sobre ese mundo social.

Cuando empecé a trabajar en Villa Tranquila a través de Anselmo, me vinculé a un sector político cuyos miembros tiempo después controlarían la unidad básica (comité

peronista) local en tiempos de elecciones (en 1983). Ese sector se oponía al que dirigía la organización vecinal durante el último período de dictadura militar, uno de los pocos instrumentos de organización intermedia autorizados oficialmente hasta 1982. Yo sólo tenía acceso a la perspectiva del sector de Anselmo, que podía suministrarme información acerca de las actividades partidarias, pero no del modo en que subsistía la organización vecinal, cuál era su poder de convocatoria y si, realmente, el entonces presidente, Pedro, estaba solo y "no hacía nada", como decían sus detractores. El mero hecho de que se lo mencionara en asociación a un defecto o a una crítica hizo que me interesara más contactarlo. Evidentemente, Pedro significaba algo especial; si no, ¿cómo explicar la reiteración de su mala imagen? Inicialmente el conflicto se había planteado por un enfrentamiento entre la mujer de Pedro y su madre, doña Silvia. Mi contacto, a través de Anselmo, era sólo con doña Silvia a quien pedí un buen día que me presentara a su hijo, explicándole que quería saber de la sociedad de fomento. Ella me respondió: "Mire, usted me va a perdonar, pero no la voy a poder ayudar. Hay problemas, yo le conté a usted". Decidí entonces ir sin derivación ni contacto previo a casa de Pedro y pedir por él, cosa que nunca antes había hecho precisamente porque siempre había tratado de evitar el acceso a los desconocidos y "arrancar con ventaja" hacia un vínculo de confianza (principio de sentido común antropológico). Me atendió la esposa, el supuesto demonio intratable; el encuentro fue exitoso y me atendió como suele agasajarse a los desconocidos "respetables", aunque sin entender todavía mis verdaderos propósitos. Por mi parte, quería acceder a información de primera mano sobre la sociedad de fomento, su historia y gestiones recientes, sus perspectivas y dinámicas de acción; era posible que Pedro representara, en fin, la punta de un témpano, una corriente política o vecinal disidente. Que no era así pude averiguarlo después de saltar el cómodo cerco que me había ido tendiendo yo misma y Anselmo en la primera etapa de mi trabajo de campo. Además, cabe advertir que yo no era [138] literalmente una "desconocida". La casa suya estaba emplazada en la parte delantera del predio de su madre, dé manera que ellos me habían visto ir a lo de doña Silvia tantas veces que, incluso, debían pensar que era un honor que finalmente me dignara a visitarlos.

Según la continuidad de la relación

Pueden distinguirse "informantes ocasionales" e "informantes centrales". Aunque cualquiera puede proporcionarnos información valiosa en encuentros que difícilmente se repitan, las posibilidades de profundizar dicha información serán sustancialmente diferentes en uno y en otro caso. También, el desarrollo de un mínimo nivel de confianza que permita corroborar ciertos datos, extender la muestra a nuevos contactos y ratificar verbalizaciones obtenidas en otro contexto es cualitativamente diferente entre informantes de uno u otro tipo. Sin embargo, los informantes centrales presentan también algunas limitaciones; la más importante es establecer un vínculo de excesiva dependencia y construir una versión que replique el sentido común de este tipo de informantes.

Lo que aquí designamos como informante central puede asimilarse a la más conocida figura del "informante clave" que aparece como principal fuente de información acerca de una amplia gama de temas significativos de su propia cultura y unidad social. Este informante sería una puerta privilegiada y calificada hacia la cultura que estudia el investigador. Marc-Adélard Tremblay fue quien introdujo esta categoría como clave técnica para la obtención de información en investigaciones antropológicas. Habría, sin embargo, dos sentidos posibles. En sentido genérico, el informante clave es la fuente de

información sobre una variedad de temas, se lo entrevista intensivamente, en un prolongado período de tiempo, para obtener una descripción etnográfica relativamente completa de los patrones sociales y culturales de su grupo (Tremblay, 1982: 98). En sentido restringido, el informante clave es una fuente de información especializada en el marco de objetivos altamente focalizados (pág. 99).

Según estas definiciones, la acepción de informante clave está estrechamente relacionada con el trabajo intensivo con pocas personas, conocedoras globales y profundas de su cultura, capaces de proveer ciertas medidas de generalización. Dicho enfoque se aproxima a aquella postura con la que polemizábamos al comenzar el capítulo, según la cual cada individuo es un virtual portador de la totalidad de su cultura y de sus pautas sociales. En vez de retrotraernos a una perspectiva acrítica del valor de los informantes o de alguno de ellos, quizás convenga reconocer que son las características particulares de la relación mantenida [139] por el investigador con algunos individuos lo que torna centrales o claves a unos y ocasionales a otros. Recordemos, entonces, que es preciso tomar las verbalizaciones y prácticas de cualquiera de los miembros -centrales o no- como el resultado de una posición determinada en su unidad social y de variantes individuales y situacionales.

Sin embargo, algo hay de cierto en que algunos interlocutores tienen -al menos ante el investigador- una mayor capacidad de abstracción, cierta facilidad para relacionar hechos y suministrar explicaciones tentativas acerca de cuanto sucede a su alrededor; pero esto no se debe a que sean -como suele decirse- observadores naturales de su contexto social, sino probablemente a que sustentan formas de expresión y conceptualización más afines a las del investigador. En mi trabajo de campo en Villa Tenderos, algunos residentes mantenían conmigo una relación amable y me abrían sus puertas a sus preocupaciones y algunos aspectos de su vida privada; conversaba con ellos, los observaba, mientras ellos me observaban a mí, y podía producirse algún destello, alguna conexión significativa entre personas, hechos, cosas, que me ayudara a dar sentido a lo que estaba ocurriendo. Pero había otros que, con mayor o menor afabilidad, me transmitían un saber estructurado con ejemplificaciones; eran lo que yo llamaba "fuentes de hipótesis" que, digámoslo una vez más, no sustituían las explicaciones provenientes de mi marco conceptual, pero ayudaban a especificar el tema de investigación. Quizás esta propiedad responda, además de las condiciones personales e intelectuales, a una comprensión más cabal de lo que pretende el investigador con su estadía y sus charlas. Al informante le resulta entonces más sencillo entrar en la misma frecuencia que el investigador. Parte de este vínculo preferencial con ciertos individuos atañe a una característica propia de la interacción personal, el rapport (cf. capítulo 11), pues la mayor empatia con algunos hace que el investigador se sienta más cómodo y reciba mayor cooperación. Razones de tipo afectivo pueden promover una disposición más abierta y mayor sensibilidad a los objetivos de la investigación. Este canal viabiliza el desarrollo de un vínculo especial, como es el entablado con el informante clave -en sentido restringido-. El investigador puede aprovechar estos lazos, siempre y cuando no pierda el sentido crítico de sus fuentes, incluso de las más afables y cooperativas. De otro modo sufriría aquello de quedar atrapado dentro de un cerco de "gente macanuda" (véase Robben, 1995).

Según el grado ¿Le selección parparte del investigador

Una consecuencia de estas reflexiones se pone de manifiesto en la selección de muestras. En el capítulo 5 nos hemos referido a las muestras de oportunidad y evaluadas como dos modalidades de muestra [140] no probabilística. Tal como se ha sugerido en el análisis e identificación de tipos de informantes según modalidades de acceso y etapa de relación, la muestra implícita en estas páginas es la de oportunidad (bola de nieve, como acceso más generalizado). Sin embargo, esto no significa que el investigador vaya a trabajar sólo con aquellos que se le ofrecen directamente y descuide a los más renuentes. El investigador no es un sujeto pasivo a merced de las decisiones de los informantes, como tampoco lo son éstos frente a las interrogaciones del investigador. También en las formas de acceso y encuentro, el investigador y los informantes negocian definiciones de la situación y de los contenidos: el informante, propugnando "ámbitos inocuos" o "adecuados" para el encuentro con un extraño; el investigador, intentando avanzar a la mayor variabilidad posible de situaciones y de tipos sociales, según sus supuestos teóricos y de sentido común. El resultado es una ardua negociación que constituye el trabajo de campo mismo pero, más aún, el conocimiento generado en la producción de las distintas instancias de campo. La selección de informantes sigue los mismos lineamientos. Por eso el investigador no se limita a la muestra de oportunidad sino que, por una parte, aprovecha las ofertas de los individuos más abiertos y deseosos de colaboración, y por otra parte, se presta a ampliar la muestra y a introducir variantes y pluralidades, a la par que descubre las líneas de encuentro y las de divergencia entre los pobladores. En fin, el investigador se dirige en constante ida y vuelta, de la muestra de oportunidad a la evaluada, y viceversa. Si bien justificamos que se comience por la de oportunidad (en vez de hacerlo desde una muestra definida exteriormente por el encuestador, como al azar, estratificada o, incluso, evaluada), no proponemos detenernos ahí, sino hacer el pasaje hacia una muestra evaluada, produciendo una ampliación y sistematización de los vínculos empáticos, pero atendiendo además a otros factores que pueden no haber sido tenidos en cuenta. El investigador sabe que quienes se le ofrecen espontáneamente como informantes son sólo una parte de la unidad a estudiar, y sabe también que guardan determinadas características que pueden no ser compartidas por el resto. Pero está dispuesto a develar la existencia de otros sectores a medida que amplía la red de informantes.

3. Conceptualizaciones ulteriores: el informante como expresión de su mundo social

Nos detendremos ahora en la segunda serie de preguntas, que se refieren a "¿quién es mi informante?". Esta serie no implica, sin embargo, una secuencia cronológica con la categorización anterior, ni tampoco pertenencias segregadas entre sí. Como veremos, el hecho [141] de que un informante sea caracterizado como desviante, central o derivado puede decirnos bastante acerca del lugar que ese informante ocupa en su mundo social.

Según la ubicación estructural

El informante puede pertenecer a las franjas dominantes, intermedias o subalternas de su unidad social o de un sector de ella. Esta distinción puede ser crucial para el relevamiento de información y para su interpretación. Conforme a la posición teórica del investigador, el sentido de las verbalizaciones y las prácticas de quienes detentan el poder económico y político puede revestir un valor distinto al de las mismas verbalizaciones y prácticas en sectores subalternos o dominados.

Es frecuente, por ejemplo, que en algunas investigaciones tendientes a "descubrir" la "identidad cultural" se homologuen datos obtenidos de distintos sectores de la entidad que supuestamente portaría dicha identidad. Suele ocurrir que algunos investigadores consideran que la identidad nacional está constituida del mismo modo y con las mismas significaciones, tanto para sectores oligárquicos y terratenientes, como para militares nacionalistas o para los llamados "sectores populares".

Una visión alternativa reconocería, en cambio, sentidos diferentes de "lo nacional" para unos y otros, según su ubicación estructural, aún cuando los símbolos empleados -el amor a la bandera, el uso de la escarapela en fechas patrias, la sobrevaloración de la argentinidad, etc.- sean aparentemente los mismos. La concepción teórica de identidad resulta, pues, en asignar a las distintas pertenencias estructurales de los informantes uno u otro valor, explicativo.

Según la posición en los agrupamientos del sistema social

El informante puede encuadrarse por su sexo, edad, origen étnico o nacional, su ocupación, su fe religiosa, su nivel de instrucción formal, su posición en el núcleo doméstico o en la actividad política, gremial, etc. Asimismo, hay quienes han tenido acceso a un saber esotérico que requiere preparación especializada, ritos de iniciación o la adhesión exclusiva a logias. Por ejemplo, el miembro de una sociedad secreta o de una banda delictiva dará una información distinta de la que, sobre esa misma logia o banda, proveerán sus presuntas víctimas, testigos o represores. [142]

Según las temáticas dominadas por el informante

Otra distinción proviene de la posición del informante en determinados agrupamientos del sistema social. Hay quienes tienen un especial conocimiento sobre determinadas esferas o hechos, quizá porque han tenido alguna experiencia directa de ellos, quizá porque desempeñan un rol definido que reproduce y produce dicha información. Todos los miembros de una unidad sociocultural dominan ciertas temáticas por encima de otras: un portuario no es un docente; un dirigente gremial no es un integrante de la "base"; una madre no es un padre; pero un obrero portuario puede ser, a la vez, padre de un hijo en edad escolar y dirigente de su sindicato. Un individuo maneja información relativa a sus diversas y simultáneas pertenencias; quizá le resulte más sencillo o placentero comunicar sus experiencias gremiales que las domésticas (sobre todo si su esposa está presente) o tenga mayores demandas acerca de la educación de sus hijos que con respecto a la atención en su obra social (por ejemplo, si están por expulsar a uno de sus hijos de la escuela).

Sin embargo, no creemos en los especialistas absolutos, sino en participaciones parciales en cierto sector de una sociedad; por eso quizá sea aconsejable no confundir estas características del informante (posición social, ubicación estructural, dominio temático) con la pretensión de supuestas versiones únicas sobre el objeto en estudio. El investigador capta, quizás más velozmente de lo que alcanza a racionalizar, qué temáticas puede solicitar y trabajar con cada quien; esto es, en parte, una ventaja porque le permite contar con algunos entrevistados para relevar más fácilmente ciertos temas; pero es también una desventaja si se transforma en la muletilla o estereotipo de la relación, descuidando la exploración de otras temáticas que, probablemente, el mismo informante domine. También puede ser contraproducente dejar de lado cuestiones que le

conciernen, quizá no como especialista de la actividad, sino como parte del llano; por ejemplo, indagar sobre las actividades de un sindicato no se reduce a contactar delegados gremiales; para obtener información sobre la organización vecinal no sólo hay que recurrir a quienes componen su comisión directiva; la información de un vecino más o de un afiliado es tan valiosa y necesaria como la de las élites y dirigencias y complementa a la de los miembros de otras posiciones y roles.

En fin, el recorte de portuario, padre y miembro del equipo de fútbol corre por cuenta del investigador, aunque dicho recorte responde, en parte, a indicios provistos por el informante que enfatiza algunas actividades y roles y secundariza otros, y en parte, al objeto de investigación. Para evitar la cristalización y encasillamiento de los informantes en temas predeterminados, conviene hacer sondeos generales [143] y comentarios puntuales sobre otras cuestiones a lo largo de toda la relación y en cada encuentro, aun cuando, finalmente, se respete la voluntad del informante de detenerse en determinados temas.

Según el grado de formalidad de su posición social

Un informante puede suministrar buena información en virtud de su posición formal, por ejemplo, como director de un club social o como presidente de una organización vecinal; pero también un vecino que no desempeñe ninguna función en dichas organizaciones puede suministrar valiosa información si ocupa un punto central en la red de chismorreo local -posición informal- o si es la "eminencia gris" en la lista ganadora de un gremio.

Éstas son sólo algunas de las posibles categorizaciones, pero merecen ensayarse y contrastarse en el campo. El camino más efectivo del que dispone el investigador es la interacción directa, a través de la exploración temática y la prueba de congruencia entre la observación y preguntas del investigador con las respuestas que le brinda el informante. La profusión en algunos aspectos y la secundarización u olvido de otros no sólo significa aumentar el caudal de las notas de campo, sino ensayar explicaciones acerca de la selectividad. Aunque intervengan otros factores que analizaremos en las próximas secciones, también es cierto que, por ejemplo, un trabajador del puerto será más locuaz al referirse a la estiba de barcos que al trabajo fabril. Pero, como ya dijimos, es ésta una esfera de conocimientos que necesariamente queda mediatizada por la relación reflexiva entre investigador e informantes, y apela a uno o varios sistemas clasificatorios que se van redefiniendo a medida que el investigador amplíe sus conocimientos y avance en su trabajo de campo. Estos sistemas clasificatorios se asemejan a los indicadores de un proyecto de investigación y son, en verdad, guías fundadas teóricamente pero planteadas empíricamente acerca del mundo social estudiado. El investigador comienza a asignarles a sus informantes las categorías de su sistema clasificatorio, a partir de sus apariencias, de sus respuestas, de su modo de conducirse y de variadas referencias a la vida social.

Lo dicho en estas páginas sólo es el comienzo de una temática más vasta y de gran complejidad, que puede referirse como "alcances de la reflexividad en el trabajo de campo" y que seguiremos tratando en los próximos capítulos. Nos hemos detenido en estos aspectos de selección y categorización de los informantes dada la generalizada perplejidad que despierta la salida al campo para la mayor parte de los investigadores sociales jóvenes. La [144] problematización de las decisiones, al seleccionar a algunos

individuos para integrar el universo, implica vincular dos caras o fases del conocimiento. Una se refiere a las consideraciones sobre ti lugar de los informantes en su unidad social; se incluyen aquí las variables de base (sexo, edad, grado de instrucción formal, nacionalidad, ocupación, propiedades, etc.), pero también la posición en la organización sociopolítica, en la unidad doméstica, etc. Estas consideraciones son tenidas en cuenta por censistas, encuestadores, antropólogos, comunicólogos, y, supuestamente, por todas las ciencias" sociales. Otra se remite a considerar el lujar de los informantes y el investigador en la relación de campo. Incluye las vicisitudes de la investigación de campo, las etapas de la relación, las estrategias para ampliar la red de informantes (de parte del investigador) o para evitar ser interrogado sobre todos o algunos temas (por parte del informante). Para ciertos modelos epistemológicos, este ángulo suele quedar a un lado al suponérselo en extremo subjetivo y, en consecuencia, inconducente para producir un conocimiento objetivo.

Aunque las técnicas cualitativas hayan dado un mayor -espacio a estas consideraciones, la concepción empirista prevaleciente ha oscurecido tanto la activa y evidente participación selectiva del investigador desde su bagaje teórico-afectivo y de sentido común, como la decisión de los individuos de transformarse o no en informantes, desde su experiencia, sus tipificaciones sociales, sus expectativas y la situación concreta. Las impresiones, sentimientos, intuiciones y todo aquello que compone lo que llamamos subjetividad no son un obstáculo para el conocimiento objetivo, en la medida en que la subjetividad es social y, también, en que lo real está integrado/ producido por ella. Subjetividad no es lo opuesto a sistematicidad ni sinónimo de capricho o caos. Sin la subjetividad y el posicionamiento social y afectivo que ella supone, el conocimiento sería imposible.

Si bien no existe separación tajante entre los diversos tipos de informante -ya que un individuo puede detentar un conocimiento general en algunos aspectos y específico en otros, ocupar una posición formal en alguna dimensión, pero informal en otras-, conviene tener presentes las características que hacen de una práctica o una acción información cualitativamente diferente. Asimismo, saber quién puede ser un informante central en algunos momentos o etapas de la investigación y casual en otros obliga a ir delineando el mapa social y su sectorización. Averiguar el "quién es quién" es un proceso que el investigador vive en su propia experiencia de acercamientos y de rechazos (Hermitte, 2002). Sus instancias de relación son, ni más ni menos, hipótesis tentativas, que desde la reflexividad de campo motorizan la investigación permitiéndonos ensayar nuevas preguntas y nuevos contactos, [145] sin caer en la trampa de suponer que un informante nos resolverá el problema de conocimiento acerca de "una cultura" o que dirimirá el conflicto entre las pautas reales y las pautas ideales de su sociedad. En todo caso, cada sector proveerá su perspectiva, mientras que el investigador traza y recorre a la vez los caminos de este laberinto con múltiples salidas. [146]

7. Presentación y roles: cara y ceca del investigador

En el capítulo anterior hicimos referencia a la negociación acerca del rol de los informantes que se lleva a cabo entre los dos polos de la relación de campo. Vimos de qué modo el investigador recibe, simultáneamente, una serie de presentaciones que tratan de convencerlo de distintas cosas y que, por su parte, el investigador no adopta una actitud pasiva ante estas presentaciones, sino que las interpreta y contrasta permanentemente hasta construir una imagen de esa realidad social que dé cuenta de su objeto de conocimiento desde la perspectiva más amplia posible. Ahora le toca el turno al investigador; aunque con diferencias, a él también se le asignan roles y se cree en mayor o menor medida en la imagen que desea transmitir a sus informantes. En suma, en el campo también se negocia el sentido del investigador, de su labor inmediata y de su fin último.

En este capítulo, trataremos dos aspectos del trabajo de campo que suelen analizarse por separado: la presentación del investigador y la asignación de roles por parte de los informantes al investigador; el término "negociación" puede sintetizarse, entonces, como la configuración del rol del investigador. No pareciera posible referirse sólo a la parte del investigador y luego sólo a la de los informantes, pues una existe en función de la recíproca. Sin embargo, para ordenar la exposición, analizaremos primero la presentación del investigador y luego la asignación de roles, teniendo en cuenta que ambos -investigador a informante- se remiten mutua y constantemente entre sí. [147]

1. Vicisitudes de la presentación en campo

Abrir el juego: la primera presentación

Para ganar el acceso al campo, el investigador necesita ponerse en contacto con quienes serán sus informantes en esa unidad social. Acceder al campo significa, fundamentalmente, acceder a sus habitantes. Porque aun cuando adopte una posición objetivista extrema, siempre es necesario contar con la aceptación y la cooperación de los actores para llevar a cabo el trabajo de campo. Al investigador, de muchas maneras, se le requiere explicitar sus propósitos y, al mismo tiempo, él necesita precisarlos para convocar la cooperación de los pobladores. Esta explicitación adopta distintas modalidades, recorre diversos canales, dependiendo del tipo de inserción practicable en ese contexto y de los propósitos del investigador. La presentación es la apertura del juego, el primer paso para negociar su presencia en el lugar, sus objetivos tácitos y manifiestos, etc.

En la presentación del investigador intervienen la información voluntaria e involuntaria que él suministra de sí, las vías de acceso a ese grupo social, los objetivos que guían su investigación y sus conocimientos previos acerca de los sujetos de la investigación. Con respecto a los informantes, tienen especial relevancia la experiencia previa en el trato con otros sectores y actores sociales y los términos actuales de la relación con distintos sectores de la sociedad mayor (fundamentalmente, con aquellos con capacidad de decisión y coerción). Al hacer su primera aparición en público, el investigador comienza a dar y a recibir información; parte de ello es lo que Goffman (1970) ha llamado información voluntaria, donde pueden incluirse el discurso del antropólogo acerca de lo que se propone en el trabajo de campo pero también, y entre muchas otras cosas, sus verbalizaciones, su vestimenta, su actitud amigable y al menos aparentemente franca.

Lo voluntario es todo aquello que se advierte y se alcanza a controlar en el contacto directo con los interlocutores. Sin embargo, hay otros aspectos en los que no se pone demasiado interés o cuyo cuidado resulta más difícil; se trata de la información involuntaria que fluye de su presencia y su apariencia en signos imperceptibles, como los de terror, prejuicio, bienestar, etc. Por ejemplo, dicha información aparece si se presenta en un leprosario con una actitud aparentemente abierta, pero evita estrechar la mano de los internos y comer o beber junto a ellos en su vajilla habitual.[1] El investigador puede no advertir la relevancia de esta serie de atributos, debido a que sólo consigue efectivizar [148] un control sobre aquello que le parece más significativo. Pero esta significatividad es, al menos inicialmente, producto de una decisión egocéntrica y unilateral, y no resulta de una decisión recíproca con sus interlocutores y del curso de la relación (lo cual implicaría un mayor conocimiento sobre los informantes).

La presentación del investigador entraña tanto lo discursivo como lo gestual, actitudes como la vestimenta, el arreglo del cabello, dejarse el bigote o tener ojos claros; estos y otros aspectos son relevantes porque pueden transformarse inesperadamente en factores de distanciamiento o de aproximación; sin embargo, el investigador no dispone, en un comienzo, de medios para conocer la significación de cada uno de estos ingredientes. ¿Cuál es el origen del significado de los atributos que aporta —tanto inocente como premeditadamente— el investigador? En campo, esta significación proviene, en gran medida, de la experiencia del grupo, de sus pautas culturales, éticas y estéticas, de su historia de interacciones y de su conceptualización acerca de otros actores (entre los que pueden contarse los investigadores sociales). La activa colaboración de los antropólogos en la gestión colonial africana, por ejemplo, ha derivado en un profundo rechazo de los nativos y ex colonos a estos profesionales. Como experiencia más cercana, recordamos que en la Argentina, y por una simplificación similar pero de signo opuesto, entre 1975 y 1982 presentarse como sociólogo o como científico social podía equivaler al repentino mutismo del informante e incluso a una denuncia por subversión política.

Al acceder al campo, el investigador se interna en una trama de relaciones que, aunque le resulte desconocida, tiene una existencia objetiva y determinante de las actitudes y disposiciones hacia él. El investigador puede aparecer, sin quererlo, adscripto a subgrupos y facciones, como si tomara partido por unos u otros. Ya hemos visto cómo el ingreso por determinado agrupamiento político puede sesgar la información y la red de informantes (cf. capítulo 6). Algo similar me ocurrió, en términos ya no políticos sino vecinales, cuando una familia con quien tenía fluida relación me propuso ser madrina de su último hijo. Me dio terror, aunque también agrado, porque desconocía el upo de obligaciones que ello implicaba en ese contexto. Tiempo después se fue agregando otra preocupación mayor: los Díaz me habían incorporado a una especie de facción familiar; en un medio donde los conflictos entre vecinos y miembros de una familia son frecuentes y pueden alcanzar graves consecuencias, el honor de ser madrina de su único hijo varón me inspiró serías dudas y, quizás sin demasiada justificación y recurriendo a las ventajas de no ser corresidente, me alejé por un tiempo del campo; no quería aparecer como un recurso social evidente de los Díaz versus alguna de las unidades [149] domésticas con que estaban enemistados, ni como respaldo o convalidación hacia unos o hacia otros. Probablemente esta apelación a la neutralidad, llegado un punto álgido de las relaciones personales, sea discutible, vana e impracticable, lo cual no invalida que, como principio y con las limitaciones del caso, aspirara a relacionarme más o menos equitativamente con todos los sectores, por encima

[1] F. Jaume, Comunicación personal, 1980.

de sus antagonismos y alineamientos. Para eso creí necesario no "quedar pegada" a ninguna facción, y no se me ocurrió nada mejor que "borrarme". En este caso, la ventaja de la corresidencia hubiera sido que el investigador resolviera de algún modo y "desde adentro" el supuesto conflicto. En cambio, mi opción sólo postergó la resolución.

La instancia de la presentación es crucial en el trabajo de campo, no tanto porque sus resultados sean inmodificables, sino porque encauza la investigación por determinado rumbo, pudiendo retrasarla o acelerarla; además, y fundamentalmente, porque constituye la piedra angular de la relación social a partir de la cual el antropólogo emprende su labor: la relación informante-investigador, que es, como ya dijimos, la instancia misma de producción de conocimiento sobre la unidad, sociocultural. Ninguna relación entre investigador e informante es igual a otra y, sin embargo, todas tienen en común algunos aspectos propios de esa relación social. En sus comienzos, los informantes desconocen los propósitos del investigador y éste los que tienen sus informantes para actuar como lo hacen y pensar como piensan (esto vale tanto para el interior de su medio social, como para las situaciones en que se encuentran frente al investigador). El aprendizaje de la perspectiva del actor no se opera por revelación, a partir de la presencia directa, sino gracias a una progresiva negociación reciproca del sentido de prácticas y discursos. El primero en comparecer es el investigador-nos referimos al más común de los casos en que no se trata de tareas aplicadas, y en que su presencia no responde a una demanda directa de la población-. La presentación que es parte de esta negociación no se ubica sólo en los inicios de la investigación, pues, por una parte, el contacto con nuevos informantes se prolonga hasta los últimos días de campo, y por otra parte, porque los vínculos ya establecidos demandan a cada paso reformulaciones y nuevas explicaciones que se ajusten a los sucesos del contexto, a la etapa de la relación, al grado de confianza, etc.

La presentación del investigador conlleva un cúmulo de información que va desde la más evidente —sexo, edad, color de la piel, forma de hablar, vestimenta— hasta la más subrepticia y cuya significación social es necesario descubrir. En rigor de verdad, el investigador puede suponer, pero no conoce a ciencia cierta el significado social, de ninguno de sus atributos (por ejemplo, edad, atributos físicos como el color de la piel, de los ojos, la gordura o delgadez, etc.) en esos contextos y para esos actores concretos. Sin embargo, hay otros aspectos [150] que ni siquiera parecen dignos de tenerse en cuenta, pero que, conforme avanza la investigación, se hacen más notorios por las actitudes de los informantes. Para mí nunca fue demasiado importante el color (verde) de mis ojos; para algunos informantes, especialmente los de nacionalidad paraguaya, parecía ser casi una bendición y me llamaban "la chica de los ojos de Túpase" ("virgen" en guaraní). Era quizá un signo de distinción por el que reparaban especialmente en mí y, supongo, por el que me identificaban en los primeros tiempos del trabajo de campo. Los sistemas clasificatorios locales que el investigador irá conociendo gradualmente pueden dar por resultado la apertura de los informantes ante ciertos indicios o su cierre ante otros, en expectativas de conducta positivas y negativas, exclusivas e inclusivas.

El ejemplo clásico que suele darse sobre este punto concierne al sexo del investigador. Para llevar a cabo una investigación cuyas unidades de análisis sean predominantemente masculinas, habría que ponderar la incidencia del hecho de que la investigación sea llevada a cabo por un hombre o una mujer. Ante ciertos temas, se tiende a sugerir que el investigador presente las mismas características (o lo más similares posible) que sus informantes: ¿qué ocurrirá si una mujer realiza su trabajo de campo en el puerto o en un

bar de hombres?; ¿y si un hombre indaga en actividades predominantemente femeninas, como las que corresponden a la medicina tradicional? Pues bien, así como una mujer puede ser segregada de un círculo de pronunciada adhesión machista, también puede ocurrir que la misma alteridad sea una vía privilegiada para cierta información que habría sido inaccesible a un investigador (por ejemplo, secretos de la relación con las mujeres, competitividad con otros hombres, formas de seducción y declaración amorosa, etc.). El recitado criollo, las guitarreadas y cantadas camperas son actividades masculinas en el ámbito rural bonaerense. En un breve trabajo de campo para recoger "poesía popular" en la localidad de Suipacha, provincia de Buenos Aires, después del asado, las mujeres se retiraban a la cocina y los hombres se dedicaban a la payada y la milonga campera. en la fiesta del pueblo, fui la única mujer que permaneció en la canta-da, lo cual se ponía en evidencia cuando a algún recitador se le escapaba un término fuerte y, entonces, casi a coro, me pedían disculpas y seguían en lo suyo. A pesar de que me sentía sumamente molesta frente a esta falta de "naturalidad", que me ubicaba en un sitio diferente en vez de, al menos, hacerme creer que yo era uno más, al tiempo me di cuenta que estaba teniendo acceso a ciertas pautas de etiqueta intersexual y, por contraposición, a algunos aspectos identificatorios endogrupales de los cantores y recitadores como protagonistas de una actividad netamente masculina.

Dentro de la presentación, la vestimenta y el arreglo personal desempeñan un papel central. La ropa usada durante investigaciones [151] sobre sectores populares suele no ser la misma que la que se usaría para trabajar con elites o profesionales. Algo similar ocurre con el lenguaje y, sobre todo, con el léxico y los giros idiomáticos. Implícita y explícitamente se nos suele decir que para que una presentación -verbalizada y no verbalizada- sea exitosa, es conveniente acortar las distancias entre el investigador y los informantes, esto es, entre sus respectivos mundos sociales. Este criterio supone que, efectivamente, el investigador debe acercarse lo más posible a los roles y códigos de la población, equiparándose a ellos; nuevamente, se aspira a que el investigador se transforme en uno más o, como mínimo, en lo más "uno más" posible. Pero veamos qué sucedió en una oportunidad. Una colega accedió a un barrio de los llamados "carenciados" a través de su empleada doméstica. A la cuarta o quinta visita, su ya ex empleada comentaba a otra vecina, delante de la investigadora: "No, si ella tiene buena ropa, pero para venir acá no se la pone. No sé por qué vendrá así la señora". Nuestra colega se sintió touchée, descubierta en su estrategia para construir una imagen, cuando aún estaba vigente aquella otra en que la ex empleada -ahora informante— la había conocido. ¿Acaso las informantes se complacían en que la investigadora, de una ostensible clase media profesional, se vistiera con ropa (por demás) sencilla (y habría que ver si la supuesta vestimenta "de pobre" es asimilable a ropa gastada o estropeada o vieja, pasada de moda, etc.)? ¿Acaso no esperaban que asumiera totalmente su nivel social para mostrarse ellas públicamente con una "señora rica"? ¿En qué medida nuestra colega abrevió las distancias al aparentar ser como ellas? ¿Acaso no amplió la brecha?

Cuando el investigador aparece en el campo, incluso antes de explicitar verbalmente sus propósitos, se inicia la relación y se abre la negociación. Estos ejemplos nos obligan a recordar la utopía de transformarse en uno más. Si bien comprensible, es una aspiración vana de cierta epistemología al referirse a la práctica de campo. El investigador nunca lo consigue; primero, porque su historia y su socialización son diferentes; segundo, porque sus propósitos también difieren de los de sus informantes; tercero, porque sus condiciones generales de vida reciben otras determinaciones que las que operan sobre los pobladores.

Los aspectos no verbalizados de la presentación del investigador dicen tanto de sus intenciones y de su persona (incluso a veces más) como su discurso, acerca de qué se propone y por qué está allí. El punto relevante es: ¿cuándo una presentación y la construcción de la imagen es realmente efectiva para la relación de campo? Hasta hace poco tiempo atrás, el éxito de una presentación se concebía como la capacidad de desarrollar una mimesis con la comunidad. Esto fue logrado, sin embargo, en casos excepcionales en que el antropólogo [152] pasó a integrar, definitivamente y con independencia de su tarea de investigación, la sociedad estudiada. El acortamiento de las distancias pareciera recorrer otros caminos que los identificados tradicionalmente por la investigación empirista. En todo caso, podemos entender ese acortamiento como una parte del proceso de negociación del sentido de investigador y de investigación. Es en el curso de dicho proceso que el investigador se traslada desde sus propios sentidos a sentidos compartidos por sus informantes. Desde este replanteo es comprensible el empeño antropológico en "vestir las ropas" de sus sujetos, en integrar sus prácticas o términos del vocabulario local, etc. Pero el mero uso no garantiza que las distancias sean efectivamente acortadas (como tampoco les garantiza objetividad a los interpretativistas el que sólo sus informantes consideren adecuado el informe de investigación). El investigador no conoce las implicancias de vestir de uno u otro modo hasta que progresa en su trabajo de campo; y quizá nuestra colega habría hecho recordar a Evita u otra señora ilustre si hubiera hecho gala de su guardarropas. Unas y otras opciones habrían tenido distintas consecuencias, con sus respectivas ventajas y desventajas. Pero lo cierto es que el investigador debe vestirse de algún modo (sino, ¡el desastre sería total!) y las razones para hacerlo con una u otra falda, camisa o pantalón, por el momento tienen significación sólo para él, ya que desconoce el sentido de cada opción para sus informantes. En fin, que el investigador deba decidir para actuar inmediatamente es inapelable; las implicancias de cada opción, sin embargo, todavía no están a su alcance, por lo que no puede garantizar de antemano su sentido ni exitoso ni equivocado. La homogeneidad del investigador con los informantes, como la alteridad, pueden ser vías de acceso privilegiadas al mundo estudiado. Pero en todo este desarrollo es crucial que unas y otras opciones se pongan en relación con las cualidades y características concretas del investigador, que es una figura nueva y desconocida por los informantes. Cada trabajador de campo es el encargado de encarar una particularísima alquimia entre atributos físicos, rasgos de la personalidad, pautas culturales, reglas de etiqueta y roles conocidos por los informantes y el investigador.

Tras la credibilidad: la presentación verbalizada

Dentro del punto "presentación" interviene una serie informativa cuya articulación compone la figura social -tanto sea deseada como no deseada- del investigador. Un ejemplo de esto es la presentación que hace el investigador de su trabajo y sus propósitos. En la Argentina, la gente, informante potencial, desconoce el oficio de antropólogo; a su vez, estos profesionales intentan hacerse conocer y reconocer [153] en su labor específica. En un comienzo, subyace una serie de dudas y de malentendidos. En esta primera etapa, el investigador puede darse a entender asimilando su profesión a otras (periodista, escritor, historiador, sociólogo, etc.), pero eso no le basta ni al investigador ni al informante, pues no da cuenta de su especificidad ni del tipo de tareas que habrá de emprender ni, por lo tanto, de las técnicas que aplicará o la información que indagará. Esta incertidumbre y las falsas identificaciones pueden incidir negativamente en la colaboración y la calidad de información que se obtenga.

Aunque la presentación verbalizada guarda cierto parecido con las no verbalizadas, posee, además, un carácter peculiar: remite a cuestiones que no pueden ser atestiguables por el informante y de las cuales probablemente éstos no tengan experiencia: la naturaleza de la investigación, el destino de los resultados, etc. Según sus códigos éticos y la práctica tradicional de campo, los antropólogos han sugerido decir la verdad, es decir, sus verdaderas intenciones, a los informantes -aunque en numerosas oportunidades dichas intenciones se hayan ocultado o trastocado premeditadamente para revertir consecuencias nefastas para los grupos estudiados; pero éste no es el punto-. Sería conveniente revisar el tema de la verdad, examinando sus diferencias de sentido para el investigador y para los informantes. ¿Qué significa decir la verdad? Superando su abstracto contenido moral, decir la verdad puede significar muchas cosas según el contexto, la situación y los interlocutores. En términos prácticos de campo, creemos que el investigador no está tan interesado en ser veraz como en que se le crea que lo es. El punto tiene importantes consecuencias para la reflexividad del antropólogo. ¿Qué es la verdad? ¿Que se está encarando una investigación? ¿Que esta investigación no dañará a nadie? ¿Que el objetivo de la investigación es ampliar los alcances teóricos de un modelo explicativo? ¿O vivir de un sueldo de investigador? Henos aquí con una pluralidad de cuestiones (y de verdades): en las primeras preguntas, verdad equivale a afirmar -como quizá cree el investigador- que' la investigación es inocua y que no les traerá problemas:, a los informantes. Sin embargo, el fin último de la investigación escapa incluso al control del investigador. ¿Y si lo que él produce se emplea en un plan represivo o en el control de la natalidad? Por otra parte, en una investigación sobre sectores de las Fuerzas Armadas, ¿qué significa que la investigación sea inocua? ¿Inocua para quiénes? ¿Para los tradicionales planteos autoritarios del militarismo argentino? ¿O para la sociedad que los ha padecido? Pero éste no es el único problema: más arriba señalábamos que el investigador está guiado por un modelo interpretativo al que se subordinan sus modelos de acción. Con sus informantes sucede a la inversa: ellos están sumergidos en modelos expresivos o para la acción, que demandan y utilizan los modelos interpretativos [154] con dichos fines. Vemos, entonces, que las dos preguntas apelan a dos sentidos de utilidad diferentes: "ampliar los conocimientos teóricos" o "vivir de un sueldo". Determinar en qué medida este último es más “verdadero" que la utilidad explicativa o cualquier otra relacionada con el mejoramiento de las condiciones de vida de los informantes depende de muchos factores, quizá uno de los más importantes es la experiencia previa de los pobladores (por ejemplo, al escuchar la palabra "investigación", algunos suponen que se trata de una investigación policial; si se habla de "estudio" el sujeto puede sentirse observado —una mera rata de laboratorio-). Concluimos entonces que, en un principio, la verdad puede querer decir cosas distintas para el investigador y para los informantes. Para complicar más las cosas, digamos que lo que el investigador supone "una verdad cristalina y de buena fe" puede ser ininteligible y, por eso, mal interpretada por los informantes, provocando innecesarios problemas. No hay una sola respuesta a este punto, sino que es preciso promover la reflexión sobre las posibilidades que tiene el investigador de anticipar su sentido y si, de hacerlo, no está juzgando a priori los sentidos de los informantes. En las primeras etapas del trabajo de campo se desconoce qué presentación puede ser la más aceptable y positivamente significativa para los informantes, así como éstos desconocen las intenciones del antropólogo en términos de su propia experiencia. Nuevamente, se trata de una cuestión a negociar y para ello es necesario encarar el trabajo de campo. Analicemos en un ejemplo cómo funcionan estas cuestiones.

Con respecto al valor de la reflexividad en la instancia de la presentación, mostraremos el caso de un joven antropólogo que estaba llevando a cabo una investigación acerca de los vendedores por cuenta propia de puestos callejeros en la ciudad de Buenos Aires. Después de una charla general sobre el valor de las mercaderías en exposición, nuestro investigador optaba por presentarse de la manera siguiente: 'Yo estoy realizando una investigación sobre ustedes, los puesteros, cómo trabajan, cómo viven... es para la facultad, soy estudiante de antropología". En algunos casos, el informante quedaba un tanto perplejo y respondía con un ambiguo "hmm"; en otros, se animaba y replicaba con otra pregunta: "¿Ah, y qué podes hacer con eso?" o "¿Dónde se estudia eso?". De esta presentación, los informantes no reparaban ni en la investigación, ni en la antropología, sino en que el entrevistador era "estudiante". Las preguntas estaban orientadas a mantener algún puente de comunicación, pero ese puente sólo podía tenderse sobre lo que las partes tuvieran en común, es decir, lo que fuera significativo para ambas. En Buenos Aires, la cuestión universitaria no es algo muy distante, sobre todo después de la masificación del ingreso estudiantil, en 1984; aun aquellos que no hubieran pasado [155] por sus aulas pretenden que sus hijos sí lo hagan; esto los hace estar al tanto, en grado diverso, de cuanto sucede con el tema de la universidad y el profesional recién graduado. En efecto, los informantes estaban preocupados por la salida laboral y la remuneración, y sobre esto preguntaban. Pero ¿qué sucedía, entretanto, con el dato de que la charla se encuadraba en una investigación? ¿O con el aspecto profesional de la entrevista? ¿O con el rol que le adscribían los informantes y con la relación para obtener una información calificada y sistemática, que fuera más allá del simple comentario de un eventual comprador o transeúnte?

En este aspecto, la presentación que se ensayó en un comienzo resultó insuficiente, aunque esta insuficiencia no se reflejara en un quite liso y llano de colaboración, ni en el rechazo abierto; probablemente se haya traducido en el ocultamiento de información, en la desconfianza y en la configuración de un rol todavía ambiguo y/o en la asignación de otro rol (seguramente no deseado). En la Argentina, antropología no es un término que tenga un inmediato y sencillo referente; en el mejor de los casos, el saber corriente identifica al antropólogo con el arqueólogo o el paleontólogo. Para aclarar el término cuando la situación de campo lo demandara, el investigador ensayó en un borrador posibles explicaciones de qué era esto de la antropología. Una de las explicaciones que escribió, entonces, fue la siguiente: "Nosotros intentamos estudiar las características de las distintas comunidades que hay en el país (por ejemplo, las indígenas, los gitanos, los judíos), Tratarnos de ver y explicar cuáles son sus problemas y dificultades, la manera en que podemos hacer algo para modificar y ayudar a que sean resueltos". Para penetrar en el sentido de estas expresiones, ensayemos la lectura posible que de esta presentación podría hacer un hipotético informante: ¿a qué asociación lo estaba remitiendo el investigador al decirle antropología? "Nosotros, los antropólogos, estudiamos cómo son las comunidades que viven en la Argentina, especialmente aquellas que tienen modos de vida diferentes de la mayoría. Al preservar sus tradiciones surgen problemas de integración al resto. Por eso hace falta ver cómo viven, para integrarlos de una vez, o para que no perjudiquen a los demás, es decir, a la mayoría. Los antropólogos podemos ayudar en este aspecto."

Para llegar a esta lectura, nos hemos basado en algunos supuestos que compartimos con los informantes por pertenecer a la misma (macro) cultura y sociedad, y por habitar en la misma ciudad donde se realizó la investigación: a) los programas de TV nos hablan de comunidades refiriéndose a su origen étnico y extranjero, y confundiendo su

significado con el término "colectividad" (la armenia, la japonesa, la judía, etc.; la española, por ejemplo, hace su despliegue de trajes y danzas típicas para homenajear a un visitante ilustre o para [156] celebrar el 12 de octubre); b) los ejemplos citados por el investigador se refieren a minorías étnicas y religiosas fuertemente estigmatizadas y consideradas, según la ideología a la que adhiera el informante, como atrasadas, extranjeras, invasoras, no cristianas, peligrosas o pintorescas; c) estas comunidades tienen problemas porque no se adaptan a nuestra forma de vida, de manera que necesitan una ayuda organizada y planificada —seguramente desde el Estado-, pues, por sus características, no pueden adaptarse por sí mismas o bien no quieren hacerlo, ocasionando algunos perjuicios a lar integración nacional, territorial y/o espiritual. El extendido discurso antisemita, por ejemplo, se asienta sobre estas bases.

Lo primero que podría pensar el informante-vendedor es que nada de todo esto se relaciona con su caso; él, suponemos, podría definirse en el polo contrario, como un argentino más que trabaja y que, por lo tanto, no necesita de ningún plan asistencial sino, simplemente, que lo dejen trabajar, que no lo perturben con controles ni programas especiales; un puestero argentino no es, por lo tanto, ninguna amenaza pare nadie, simplemente hace su trabajo. No integra ninguna comunidad particular, sino las filas de la mayoría de los argentinos y, por eso, merece que no lo estorben con papeles ni permisos, ni controles ni asistentes sociales. ¿Qué puede aportarle, entonces, un simple vendedor a un antropólogo que estudia bichos inadaptados y exóticos? En este punto, el nexo corre el riesgo dé verse interrumpido. Pero queda todavía otro factor a considerar: los científicos -y no está demasiado claro para el común de la gente que el antropólogo lo sea, pero hagamos la concesión- estudian la química y la física, hacen cálculos, inventan medicamentos, también estudian en el sentido de observar el comportamiento animal y el movimiento de los cuerpos celestes, hacen estudios a los enfermos, les sacan muestras de sangre y hacen su diagnóstico; la tarea de científico, por otra parte, demanda muchos años de estudio en la facultad, leer libros, una gran concentración y noches en vela para rendir exámenes. Henos aquí con cuatro sentidos diferentes del término "estudio" en relación con el científico, con el profesión al. El estudiante es un profesional en ciernes y obviamente debe estudiar para graduarse. Pero ¿qué tiene que ver todo esto con un vendedor que todo cuanto ve del supuesto "estudio" es a un joven que pasa, cada tanto, a conversar, tomar unos mates y hacer algunas preguntas? Su sentido de estudio no se aplica a las condiciones que propone el antropólogo, a menos que éste se disponga a estudiarlo como si fuera una rata de laboratorio, un judío o los huesos de un dinosaurio prehistórico. 'Y yo [sigue pensando el hipotético puestero] no soy nada de eso, ¡ni lo quiero ser!" Hay incongruencias en lo que el puestero espera de la presentación del investigador aunque, por el momento, se vea forzado a la cordialidad. Así suelen atendernos los [157] informantes a los investigadores en las primeras etapas del trabajo de campo: cordialmente, pero preservando la distancia. Quizá el vendedor haya pensado cosas tales como "Y bueno... este tipo me cae bien, parece buena gente pero [siempre hay un "pero"] hay que ver con qué me sale, qué quiere realmente, porque lo que me dice que hace no tiene nada que ver conmigo, que soy una persona común". En lo que va de este ejemplo, hemos ensayado algunas consecuencias de decir la verdad; la presentación inicial era verdadera y, sin embargo, hay formas y formas de decir la verdad.

En una de sus presentaciones, el joven antropólogo explicaba aun informante llamado Zenón que estaba estudiando "cómo trabajan, cómo viven los puesteros, ver cómo surgió el fenómeno de la propagación de puestos". La respuesta del informante fue

radicalmente distinta de las anteriores; veamos un párrafo del registro de una entrevista:

> —Voy a sentarme un poquito... y decime, ¿vos ya fuiste a otros puestos?, consulta Zenón.
> —No, todavía no, [...] tengo pensado hacer varias entrevistas, no sé, tal vez treinta...
> —¿Pero qué es lo que vas a hacer vos? —insiste Zenón.
> —Bueno, quisiera saber cómo viven, cómo trabajan ustedes los puesteros... ver cómo surgió el fenómeno de la propagación de puestos por todos lados... si fue por falta de trabajo en la fábricas...
> —Bueno —-interrumpe— esto sé que surgió por una disposición municipal del '85 o el '86 —asegura Zenón como dándome un respiro a tantas imprecisiones…

La conversación siguió su rumbo tratando temas específicos sobre los puestos, cómo y cuándo surgieron, y de qué modo visualizaba su repentina irrupción. El investigador no sólo interrogó acerca de un tema conocido y descifrable para el informante -aunque todavía no quedara demasiado clara su ligazón con lo que hace un antropólogo-, sino que, además, lo invocaba como una autoridad en el tema, sin hacerlo sentir necesariamente como un personaje exótico de las selvas africanas. El investigador reubicó el foco de atención en un fenómeno del cual el puestero es el principal protagonista, parte privilegiada y voz autorizada. Es en virtud de esta nueva imagen devuelta por el investigador que el informante entiende que se requieran sus explicaciones y puntos de vista.

Aunque en esto tampoco hay "recetas garantizadas" es posible establecer algunos criterios generales para que una presentación sea medianamente exitosa, aún al comenzar la investigación, pues, en la presentación inicial, el investigador siempre carece del dominio de los sentidos significativos para el informante; su descubrimiento es uno de los objetivos principales del trabajo de campo. En esta primera etapa, [158] una presentación exitosa es aquella que permite trabajar, esto es, aproximarse al informante y que éste perciba algún intersticio de confianza -siquiera intuitiva- para abrir sus puertas y tener la posibilidad de profundizar la relación. Para facilitar esta apertura, conviene emplear términos que sean lo más familiares posibles al informante o que puedan ser traducidos a un terreno común y conocido.

La segunda sugerencia es emplear términos que, además de familiares, resulten pertinentes al tipo de interlocutor elegido y, además, al tipo de tarea que se propone realizar. Si hemos de trabajar con vendedores callejeros puede ser aconsejable descartar las presentaciones orientadas a grupos marginales o a minorías étnicas (a las que los antropólogos somos tan afectos, salvo que, por ejemplo el vendedor pertenezca y esté orgulloso de pertenecer a una de ellas). Lo difícil de esta presentación no es sólo que se formula en un primer encuentro, cuando aún se desconocen los códigos que mueven a favor y en contra ala "comunidad" elegida sino que, además, los informantes pertenecen a la misma sociedad del investigador, a su cultura y, eventualmente, a su sector social. Aquí es el .antropólogo quien debe plantearse cómo efectuar el pasaje de un estudio sobre culturas indígenas a una unidad social definida, en principio (pero no solamente), por su inserción laboral: el comercio minorista callejero.

Si las primeras presentaciones son necesariamente imperfectas y se formulan de manera incompleta, sin alcanzar a ser comprendidas en toda su dimensión, el nuevo problema es cómo superar esa incomprensión para, de algún modo, hacer posible el trabajo de campo. A medida que avanza la investigación, puede suceder que el informante reitere sus inquietudes sobre los propósitos que guían al investigador o que no vuelva sobre el tema. Sin embargo, no preguntar no significa tener claridad al respecto. Por eso es conveniente volver una y otra vez sobre la presentación, esclareciendo los motivos de su presencia en el lugar, de su tarea con los pobladores, de sus temas de interés que lo llevan a compartir las actividades con sus informantes. Partimos del supuesto de que sólo si nuestros interlocutores entienden de qué se trata nuestra tarea podrán colaborar con ella. Imaginemos, en cambio, que suponemos que no deben preguntar, que sus inquietudes sobre nuestra presencia son persecutorias y hasta fuera de lugar, pues ya nos hemos presentado una vez, en los comienzos, cuando ingresamos al campo. Ante la menor pregunta, inferimos que se trata de un mal informante, que no entiende nuestro lenguaje "claro" y "sin vueltas" o que simplemente no quiere colaborar; quizá nos golpeemos el pecho creyéndonos malos investigadores y peores trabajadores de campo, concluyendo que "no servimos para esto". Estas imágenes nada excepcionales, sobre todo entre quienes se inician, son erradas, porque suponen que nuestras palabras son unívocas. Esta [159] univocidad es un error flagrante de parte de un antropólogo, porque su profesión le ha enseñado una y mil veces que los sentidos se vinculan a la historia y los contextos de uso y que su tarea es, precisamente, descubrirlos en cada situación concreta. ¿Por qué tendría que ser de otro modo con respecto a los términos que emplea el investigador? Aunque quiera, el informante no podría interpretar directamente las palabras del investigador. Y esto se debe, por lo menos, a dos razones: por un lado, carece de la experiencia de haber tratado —visto-interactuado-padecido- a un antropólogo social (puede contar con la vivencia de una encuesta de mercado o un censo nacional, e identificar más fácilmente a un sociólogo de determinado estilo) ; y esto de que alguien se detenga en el puesto de venta sin planillas ni grabador sólo para conversar de temas que van desde el fútbol hasta las formas de distinguir a los agentes de control municipal parece un trabajo bastante sui generis, difícil de encuadrar según los marcos de referencia con los que cuenta el informante; por el otro, cada actor social tiene "algo que perder" y un número variable de "enemigos reales y potenciales" que pueden dañarlo; el desconocimiento de los verdaderos motivos que guían a este preguntón suele corporizarse generalmente en la sospecha y el terror. Que se piense lo peor no es una manifestación de pesimismo irreversible, sino el resultado del aprendizaje que da la experiencia, "la calle", y es bastante comprensible que quien se sienta amenazado trate de prevenir, antes que curar.

Por estas razones creemos que lo peor que puede sucederle a un antropólogo es que sus informantes jamás le pregunten por lo que se propone, y decimos "lo peor" porque quedarse con la duda puede significar que no ha sobrepasado las barreras de la desconfianza, lo cual incide seguramente en el tipo y calidad de la información obtenida; quedarse con la duda puede deberse a que el informante considera vergonzoso no saber qué es antropología y qué es lo que hace un antropólogo, lo cual resta espontaneidad y comodidad a la relación. Quizá esta situación no se traduzca en un rechazo abierto, pero sí en respuestas de compromiso que el investigador considera relevantes cuando -sin saberlo— no logra pasar del "zaguán".

Si en vez de sentir culpa o persecución ante las preguntas sobre qué hace y para qué lo hace, el investigador entiende que pueden ser aperturas al esclarecimiento, nuevas

posibilidades de ensayar explicaciones significativas, un potencial acercamiento y una manifestación de interés por parte del informante, más que rehuirles, el investigador debería sentirse halagado al poder reiterar su presentación; hasta sería aconsejable que no espere a que se lo pidan. La solicitud de aclaración es, además, una excelente oportunidad para destacar la importancia de la colaboración del informante porque "esto me sirve para [160] entender [tal y cual cosa], porque, como ya le dije, me interesa conocer [tal cosa]. Y usted me puede ayudar, porque de esto sabe". Si esto es tan verdadero como la investigación misma, ¿por qué no decirlo también?

De esta sección se concluye que la mejor presentación es la que puede hacerse al culminar el trabajo de campo, porque el investigador y los informantes han llegado a conocerse más profundamente, comparten algunos sentidos, entre ellos qué busca y qué hace el investigador. Pero esto no se logra por mera declaración sino, fundamentalmente, por la práctica concreta de campo. En la construcción de una buena presentación y en la posibilidad de descifrarla adecuadamente intervienen muchos factores: datos de la historia del grupo, sector o cultura; interlocutores tradicionales; razones y motivos para incorporar o rechazar a extranjeros, extraños, visitantes, etc. Buena parte del éxito de una presentación consiste en que el sentido interpretado por los receptores (los informantes) sea básicamente el que ha pretendido transmitir su emisor (el investigador); pero también reside en poder explicitar por qué esa presentación es exitosa o no lo es. De este modo, preferimos la idea de que la presentación se constituye en un arduo proceso, en vez de clasificarla en "correcta" y "errada". Lo correcto en el trabajo de campo es lo que lleva al investigador a abrir su mirada y sus sentidos, no lo que lo ciega y entroniza en antiguos presupuestos. Por eso, una presentación exitosa es aquella que resulta creíble e inteligible para los informantes. Y esta credibilidad sólo puede alcanzarse a medida que avanza el conocimiento de lo relevante y lo significativo para esa unidad social. Al comienzo, la incertidumbre puede ser desoladora si el investigador se empeña en que lo entiendan de primera instancia, si no comprende que sus características personales y sociales pueden tener una significación distinta para sus informantes. Y aunque en un principio parezca un rol que no es posible comunicar, es tarea del mismo investigador ir esclareciendo su sentido y ampliar la mirada de sus informantes, merced primero a la cortesía formal y luego a su mayor comprensión. Al esforzarse por dar a conocer sus propósitos y las características de su labor, al ensayar nuevas presentaciones reformulando sus contenidos en función de lo que espera que interpreten sus interlocutores, irá conociéndolos en una importante dimensión de su mundo social.

2. Asignación de roles al investigador o algunas pistas para identificar a un interlocutor

La presentación del investigador es el primer peldaño hacia un tema central del trabajo de campo antropológico: la negociación de [161] su rol. Para construirlo es necesario un largo aprendizaje, tanto de los informantes como del investigador. Éste esclarecerá sus fines, eliminará sospechas y superará encasillamientos. Aquéllos pueden lograr quizás una fuente de conocimientos sobre sí y del empleo de dichos conocimientos en la instrumentación de programas que puedan beneficiarlos; también el aprendizaje lleva a no operar clasificaciones falsas.

La asignación de roles al investigador es la parte que desempeñan los informantes en esta negociación. A través de una serie de ensayos, le adscriben distintos papeles, atributos y propósitos al investigador. Al igual que en la aceptación de su presentación,

tampoco la asignación de roles recorre un circuito caprichoso y arbitrario; sigue más bien la experiencia de la población, sus modelos interpretativos, de acción y su sentido común. Por eso, puede transformarse en una importante fuente de información si, en vez de concebirse como un obstáculo para alcanzar a los informantes "en estado puro" (estado inexistente pues los informantes, como el investigador, son siempre informantes en contexto), se piensa como una instancia de producción de conocimiento. Mientras el investigador desea conocer, por ejemplo, la posición estructural de los informantes, la razón de sus prácticas, etc., los informantes hacen otro tanto. El investigador traduce la información a categorías teóricas como "nivel de instrucción formal", "monto de ingresos", "inserción en el aparato productivo"; los informantes traducen el aspecto y la presentación verbalizada del investigador en aquellos personajes (roles) que les resulten familiares. Ante un desconocido, la primera reacción es adscribirlo a alguna de las categorías sociales conocidas y, dentro de ellas, a las categorías negativas, de modo de protegerse contra posibles trastornos. Por eso, los primeros roles que se le asignan al investigador son de signo negativo, pero hay que reconocer que, aunque le resulten molestos y puedan traerle inconvenientes a su desempeño en campo, son roles socialmente relevantes.

El nivel de exposición y desprotección de los residentes de villas miseria frente a la autoridad oficial requiere un celo constante para con aquellos cuyas actividades se conocen al detalle aunque se afirme ignorarlas. Cuando fui por primera vez a su casa, doña Vina me señaló: "Mire, señora o señorita, no sé qué serás vos; bueno, yo no ando por ahí. Yo estoy siempre en mi casa, no sé lo que hacen los vecinos; cada uno en lo suyo". Mi primer impulso fue creer que, efectivamente, no se daba con los demás pobladores e, incluso, que su relación debía ser bastante conflictiva. Pero cuando encontré que los demás informantes apelaban a la misma presentación, empecé a sospechar de mi interpretación; parecía más bien que doña Vina apuntaba, premeditadamente o no, a aparecer frente a un extraño de mayor status [162] social como libre del estigma "villero". En ese caso, la informante me comunicaba algo así como: "¡Yo no soy como ellos! ¡Soy diferente! No me doy con ellos ni tengo sus vicios. Yo sí que soy digna de su atención porque comparto sus valores, sus pautas de gente bien, de una eminencia como usted". Esta interpretación se fue revelando acertada conforme avanzaba el trabajo de campo, y surgía poderosamente el encubrimiento. En un medio conflictivo como Villa Tenderos, caracterizado como otras villas por su asentamiento en tierras fiscales y, en este caso particular, por un elevado índice de homicidios y de ganancias obtenidas a raíz de actividades ilegales —prostitución, juego clandestino, etc.—, "no saber" de los demás es una forma de encubrimiento -voluntario o involuntario-. En ese contexto, conseguir la derivación hacia nuevos informantes fue, al comienzo, lento e incluso frustrante. En dos meses había contactado sólo a cuatro familias, yendo a visitarlas tres y cuatro veces por semana. Pero era lógico: si nadie podía dar cuenta de mi trabajo y si, en definitiva, nadie me había visto anteriormente, no podían garantizar a sus vecinos, amigos y parientes que no los perjudicaría con mi presencia, mis infidencias o una eventual denuncia por evasión impositiva —en el caso de los comerciantes-, por indocumentación -en el caso de los extranjeros- o por sus delitos —en el caso de aquellos que los hubieran cometido-. Lo más seguro era no derivarme —al menos por el momento- y, en cambio, estudiarme hasta que "pisara el palito" y revelara mi 'Verdadera identidad". Así pasé de ser policía a asistente social, "evangelio" (protestante, testigo de Jehová, pentecostal), y conductora de niñas scout. Algo similar le ocurrió a Mónica Lacarrieu en su investigación sobre el barrio de La Boca. Siendo testigo del desalojo y posterior demolición de un conventillo, los

encargados de la operación le preguntaron: "¿Vos tenes algo que ver con el juzgado?" 'Yo les explico que soy antropóloga, entonces ellos me asignan un lugar similar a una asistente social" (cf. capítulo 13, punto 2).

Los informantes tratan no sólo de preservar la seguridad de terceros, sino la suya propia. Anselmo, puntero peronista que presentamos en el capítulo anterior, fue mi principal colaborador para acceder a Villa Tenderos y ponerme en contacto con los primeros informantes. Su reticencia se manifestaba en extensos interrogatorios, buscando mitigar sospechas y encontrar una razón "comprensible" para mi trabajo en la villa. "Parece mentira -me decía-, una chica de la Capital como usted, viene a la villa a caminar en el barro". Varias veces trató de desalentarme (al menos así interpretaba yo estas expresiones): "Mire que va a ver caras feas, ¡eh! La gente dice muchas malas palabras, ¿y las mujeres? ¡Uff, ésas son las peores!". Anselmo tenía dos temores fundados en su experiencia y su rol en el lugar: en nuestro primer encuentro, después que le hube explicado qué pretendía con mi trabajo, [163] me contestó: "Yo no le doy mi casa para que se quede con los muebles". Hablando "derecho viejo", Anselmo me aclaraba que no iba a dejarme acceder a su espacio de trabajo político de años para que yo, en un santiamén, me quedara con su clientela. En ese momento, yo cumplía el papel de un eventual enemigo político. Pero al rato me explicó: "Mire, yo todo lo que tengo lo hice con mi trabajo. Todo es bien habido, lo de mi mujer, mi familia, todo. Yo vivo de mi trabajo". Acto seguido,-pasó a enumerar cada uno de los lugares donde había trabajado extendiéndose en detalles —aparentemente irrelevantes- sobre una fábrica de la Capital donde hacía la limpieza. Tiempo después entendí que Anselmo trataba de proteger su imagen en tiempos en que los políticos -casi de cualquier filiación— solían ser investigados por actividades ilícitas por los organismos militares oficiales. Pero más aún, la minuciosidad con que se había referido a la basura de aquel establecimiento se orientaba a eliminar sospechas acerca de su robo (o venta) penada por la ley municipal. Pero descubrí, además, que Anselmo me había estado suministrando información acerca de los controles que operan sobre una de las actividades más corrientes en las villas miseria: el cirujeo o compraventa de basura, actividad legalmente monopolizada por las municipalidades locales.

Para seguir en relación con Anselmo y sus derivados, fue necesario hacerme cargo —no en el desempeño, sino en su conocimiento- de los roles que me estaba adscribiendo. Esta habilidad para descubrir al interlocutor puede ser más o menos sencilla según la información disponible, tanto sea del grupo como de sus relaciones con el sistema mayor. Tarde o temprano, resultará crucial para conocer la trama de expectativas que el investigador ha generado en los pobladores pero, también, para contextualizar la información obtenida y establecer sus alcances descriptivos y explicativos. La manifestación más inmediata de que la adscripción del rol es correcta o no lo es está integrada por las prácticas y verbalizaciones que sigue el investigador. Cuanto más advertido se encuentre de las expectativas que ha generado el rol asignado, mejor podrá contrarrestarlas o mantenerlas en función de la investigación. En fin, se trata de acceder a la reflexividad de los informantes sobre la figura del investigador.

Si éste pretende delinear su propio rol sin quedar encerrado en los personajes que el grupo en cuestión le atribuye, lo primero es identificar esos roles, reconocer sus sentidos y posibles implicancias en ese contexto particular y para los fines del investigador, y actuar para eliminar las sospechas consiguientes. Veamos qué nos cuenta Esther Hermitte de su experiencia en Centroamérica.

> Sobre el primero de los interrogantes [la identidad del antropólogo] lo usual al principio es adjudicarle uno de los roles familiares [164] a los habitantes de la comunidad, ya sean aceptados o considerados peligrosos para la seguridad. En Pinola, aldea bicultural del estado de Chiapas, en el sur de México, poblada por indios mayas y "ladinos" (mestizos portadores de la cultura nacional mexicana), donde realicé mi trabajo de campo, mi llegada suscitó dudas. En primer lugar, mi tipo físico era notoriamente distinto al fenotipo indígena o mestizo común en el área. Por añadidura, vivía sola y en barrio indio. Las primeras semanas significaron una sucesión de etapas felizmente superadas, en las que se me atribuyó ser 1) bruja, 2) hombre disfrazado de mujer, 3) misionera protestante, 4) agente forestal y 5) espía del gobierno federal. Algunas de esas sospechas fueron de fácil naturalización. Por ejemplo, fumar y aceptar una copa de aguardiente son el mejor antídoto a la idea de que el recién llegado es misionero protestante. Otras llevaron más tiempo, hasta que el convencimiento surgió espontáneamente entre los indígenas de que yo no iniciaba ninguna acción en detrimento de sus magras posesiones, como lo podría haber hecho un agente forestal. El más peligroso fue el de ser identificada como bruja en esa comunidad regida por el poder de embrujar, pero el tiempo y la creación de vínculos de parentesco ritual con varias familias canceló ese terror. Sobre el tema de estudio en Pinola, mi explicación de que quería aprender la lengua y conocer "el costumbre", según la expresión usada localmente, para algún día escribir un libro y enseñar en otro país, fueron satisfactorias: ambos objetivos se han cumplido. En una situación culturalmente distinta, un estudio que realizara en la Villa de Belén, en el oeste catamarqueño, me identificaron en un principio como compradora de tejidos de vicuña y también como folklorista. La explicación es sencilla ya qué esa comunidad, productora de ponchos y además rica en folclore, es frecuentemente visitada por comerciantes y estudiosos de esa disciplina. A pesar de aclarar mi interés por un tema, para algunos quedé definida como "la escritora". Claro está que yo diariamente pasaba a máquina mis notas de campo" (Hermitte, 1985:8).

La negociación sobre estas identificaciones gira en torno a la presentación del investigador y la adscripción simultánea -frecuentemente discordante— de roles por parte de los informantes. El intento de hacer prevalecer el rol y la definición (siquiera alguna) de científico social y/o de investigador es parte del proceso de conocimiento de ese grupo social y se prolonga hasta que el trabajo de campo haya concluido. Ello exige una vigilia constante con respecto a las alternativas y presiones que provienen de las expectativas de los informantes. Aunque en estos casos se suela pensar en roles negativos (policía, prostituta, etc.), conviene advertir que los roles asignados también pueden ser de signo positivo y que el investigador puede desear identificarse con ellos. Sin embargo, esto también presenta sus dificultades cuando, por ejemplo, el investigador se funde con roles cuyas implicancias [165] desconoce y que resultan más de las expectativas de los informantes que de las posibilidades reales del investigador de cumplir con .sus requerimientos; como cuando residentes en zonas inundables dan a entender que esperan que el investigador -mediando o no su investigación- los ayude a conseguir vivienda, colchones o ropa; lo mismo ocurre con la fusión de roles familiares para el informante y que funcionan como una expiación de culpas para el sector al que representa el investigador, como cuando el rol de antropólogo se topa con el de asistente social, dama de beneficencia o profesor de buenos modales. El investigador, dependiendo del contexto, puede sentirse compelido a asumir estos y otros roles —

militante, psicoanalista, consejero espiritual, Celestino o mecenas-; ninguna de estas opciones es negativa per se, pero siempre y cuando puedan ponderarse, en la medida de lo posible, sus consecuencias para el conocimiento y la investigación.

Hay varios motivos para transigir en el rol adscripto en vez de construir el propio. Uno es la comodidad de las redes de informantes. El investigador queda encerrado en un haz de relaciones que pertenece a un subgrupo o facción, tema al que ya nos hemos referido cuando propusimos saltar el cerco. Por eso, el investigador debe hacer un permanente reconocimiento crítico del territorio social que pisa, controlando su adscripción involuntaria a determinada alianza. Al finalizar una reunión, el presidente del consejo vecinal le reconocía a Lacarrieu: "Vos siempre estás en todas, mira que lograste estar con peronistas, radicales... yo quiero leer tus conclusiones, porque algo tendrás... su-pongo...". Quizá, éste haya sido uno de los mayores elogios y reconocimientos a su forma de trabajo, no porque la investigadora evite comprometerse con sus informantes, sino porque en ese contexto su compromiso es como investigadora independiente, cuya atención se orienta a reconocer las versiones de procedencia política y social más diversas. Esto requiere reconocer los obstáculos que una confusión de roles podría provocar. Cuando hablamos de obstáculos, nos remitimos a los..que interfieren con los objetivos de la investigación y que podrían consistir en el cierre de algunos sectores o pobladores que suministren información, el bloqueo de informantes y de nuevas redes, agresiones, incomodidad y desconfianza en la relación con el investigador.

Una de las razones principales para que el investigador confundiera su rol y, premeditadamente o no, desempeñara otro (o creyera hacerlo) es la dificultad de transmitir a la gente el sentido del conocimiento científico -al menos, tal como se lo viene concibiendo desde la práctica académica—. En estas páginas sólo quisiéramos señalar el problema para su discusión. Desde nuestro punto de vista, el investigador tiene una función específica que convendría no descuidar en pro de otras de mayor visibilidad y reconocimiento; esta cautela no va en desmedro de la función de un militante político, un agente de [166] beneficencia, etc., sino que aspira a establecer los medios más adecuados para comunicar (y así ir construyendo) sus objetivos particulares y distintivos. La configuración del rol de investigador es por demás compleja, especialmente si la tarea se lleva a cabo en medios sociales deficitarios o "carenciados". Para el investigador, esa realidad toma cuerpo recién cuando ingresa al campo y, según su sensibilidad y características personales, comienza a acosarlo, sintiéndose urgido a dar respuestas inmediatas y concretas a dichas carencias. La culpa que experimenta cuando inicia su trabajo de campo en torno a temas y situaciones altamente conflictivos puede ser, en parte, el resultado de asumir alguna responsabilidad por ello. Esta responsabilidad es sumamente loable, si lo moviliza hacia el conocimiento, como si sentirse responsable expresara su perplejidad y su sorpresa a partir de lo cual bien vale la pena "largarse" al campo y encarar una investigación; pero puede ser contraproducente si se traduce en inmovilismo y decepción. Culpa y cuestionamiento tienen un sentido favorable cuando alientan la indagación.

Una de las formas más recurrentes de paliar esas culpas es la devolución pensada, generalmente, en términos inmediatos y concretos, en forma de compensación material y económica al informante; el investigador se siente en la obligación de responder a las demandas de sus informantes, aun cuando éstas no guarden relación con los objetivos de su trabajo ni con sus posibilidades reales de materializarlas. Esto es lo que sucede con la promesa de encarar gestiones ante organismos oficiales o agentes privados, sin

tener plena seguridad de poder hacerlo. El otro ejemplo paradigmático es la retribución monetaria por una entrevista o por información. Nuevamente, y como no hay opciones intrínsecamente buenas o malas, conviene ponderar las bondades y limitaciones de esta pretendida compensación. En primer lugar, conviene tener en cuenta que el valor del dinero (como el de la verdad y la presentación) varía según la pertenencia cultural, el sector social, el contexto situacional, etc. Sin embargo, hay algunos criterios generales que nos advierten en su contra. Cuando interviene el dinero de manera sistemática, el vínculo entre investigador e informantes, lejos de igualarse, se torna más asimétrico aún, equiparable a la relación entre empleador y empleado; en el seno de esta relación, el informante se siente obligado a suministrar información, así la tenga que inventar en el momento. Ello afecta sin duda la calidad del material recogido, la comodidad y la disposición de ambas partes; pero, por sobre todas las cosas, desplaza al hecho del pago el proceso crítico y reflexivo del aprendizaje de otras perspectivas sociales y culturales, proceso que se lleva a cabo no sólo gracias a la obtención de información (como si se tratara de una colección de estampillas o mariposas), sino [167] también a lo largo de la dinámica misma del trabajo de campo. El antropólogo queda ubicado en el sitio del dador (o de patrón), reforzando su posición de poder, lo cual puede distanciarlo más aún de sus interlocutores y distorsionar profundamente su rol. Cuando decimos "distanciarse" nos referimos, precisamente, a que la información se brinda para un contexto diferente al de la investigación. El informante se vincula a él no en su carácter de investigador, sino de asistente social, empleador o dirigente político. Esto no impide que, en otras circunstancias y llegado el caso, el investigador haga un préstamo de dinero, colabore en una colecta, compre números de lotería y rifas (que nunca ganará), incluso que llegue a pagarle al informante el valor equivalente a las horas que pasaría trabajando en vez de conversar con él. En tal caso, puede ser aconsejable que estas compensaciones se concreten ya avanzado el trabajo de campo, es decir, cuando el informante ha individualizado más el rol y los propósitos del investigador. Por el principio elemental de reciprocidad -estudiado hasta el hartazgo por los antropólogos- el dinero y los regalos obligan a quien los recibe; si éste no tiene cómo devolverlos, pueden generarse situaciones irresolubles de desigualdad y hasta de humillación que conduzcan a evitar el contacto con el investigador y, por ende, a un distanciamiento definitivo. No obstante, algunos informantes solicitan efectivamente este tipo de compensación, pero seguramente lo hacen sobre la base de su experiencia como beneficiarios de instituciones caritativas y religiosas o gubernamentales, después de identificar al antropólogo con uno de estos agentes.

Convendría entonces ampliar el sentido de la devolución; sus formas son múltiples y abarcan desde la charla informal con algunos actores hasta la gestión de planes y la consultoría. En este capítulo, hemos intentado analizar el papel en que, según su propia experiencia y conocimientos, suele ubicarse el informante ante el investigador, asignándole a éste un rol congruente con su marco interpretativo. En sectores especialmente castigados por la desigual distribución del ingreso, la represión o el control oficial y las suspicacias ante un extraño -sea o no antropólogo- obstaculizan el desarrollo de un vínculo fluido con sus miembros; pero en los mismos intentos de conformar dicho vínculo, el investigador obtiene una información considerable que, aunque todavía no alcance a descifrar, podría ser tomada como las primeras puntas de un hilo a explorar en el campo. No existe una sola presentación ni una sola imagen del investigador; éstas varían según el contexto, los interlocutores, su actividad, su experiencia y los objetivos de la investigación; su elucidación es siempre una tarea de rastreo y de reflexividad, se trata de descubrir qué mundos sociales y qué marcos

interpretativos dan sentido a la relación de campo. Por [168] eso, quizá el verdadero desafío del investigador social consista en hacer valer su rol específico (de investigador) y, por consiguiente, comunicar la utilidad que puede tener su actividad para esa población. Pensamos que la solución no es renunciar a la intelectualidad, sino aprovechar al máximo sus aportes y hacerlos aprovechables para otros grupos sociales. Sólo en el interior de los flujos y reflujos de la relación entre población en general e intelectuales se irá redefmiendo esto de ser intelectual en un proyecto participativo de diversos sectores de nuestra sociedad. [169]

8. La observación participante: nueva identidad para una vieja técnica

El trabajo de campo antropológico, como contexto más amplio de obtención de información, suele caracterizarse por su falta de sistematicidad con referencia a los procedimientos técnicos de otras ciencias sociales. Sin embargo, esta presunta asistematicidad posee una lógica propia y fue adquiriendo su identidad como técnica de obtención de información: la participant observation que recibimos, traducción mediante, como "observación participante". En este capítulo examinaremos más de cerca su lógica e implicancias tratando de establecer, en medio de tanta heterodoxia, en qué consiste, qué tipo de información provee y qué lugar ocupa en su empleo la figura del investigador.

1. Fundamentos "clásicos"

La observación participante no dista mucho de lo que se ha dado en llamar "entrevista etnográfica" y de otras técnicas no directivas que emplea el antropólogo. Significa, de hecho, una serie casi infinita de actividades con variado grado de complejidad: integrar un equipo de fútbol, residir en el lugar con los informantes, tomar mate, "chusmear", preparar un almuerzo, hacer chistes, ser objeto de burlas, de confidencias, de declaraciones amorosas y de agresiones, asistir a una clase en la escuela o a la reunión de una organización partidaria, etc. El eje de la supuesta indefinición y ambigüedad de la observación participante es, más que un déficit, uno de sus recursos distintivos. Su flexibilidad revela la imposibilidad que tiene el investigador de definir de antemano y unilateralmente qué tipo de actividades es necesario observar y registrar, por un lado, y a través de qué tipo de [171] actividades se puede obtener cierta información, por el otro. Una, algunas o todas las actividades señaladas -por nombrar un puñado de ejemplos de la vida cotidiana- justifican denominar las tareas del investigador como "observación participante". Pero ¿qué es exactamente y en qué consiste?

Tradicionalmente su objetivo ha sido detectar los contextos y situaciones en los cuales se expresan y generan los universos culturales y sociales, en su compleja articulación y variabilidad. La aplicación de esta técnica o, mejor dicho, conceptualizar esta serie de actividades como una técnica para obtener información, se basa en el supuesto de que la presencia —esto es, la percepción y la experiencia directas-ante los hechos de la vida cotidiana de la población en estudio -con sus niveles de explicitación— garantiza, por una parte, la confiabilidad de los datos recogidos y, por la otra, el aprendizaje de los sentidos que subyacen tras las actividades de dicha población. La experiencia y la testificación se convierten, así, en "la" fuente de conocimiento del antropólogo.

Observar versus participar ?

La observación participante consiste en dos actividades principales: observar sistemática y controladamente todo aquello que acontece en torno del investigador, se tome parte o no de las actividades en cualquier grado que sea, y participar, tomando parte en actividades que realizan los miembros de la población en estudio o una parte de ella. Por un lado, hablamos de "participar" en el sentido de desempeñarse como lo hacen los habitantes locales, de aprender a realizar ciertas actividades y a comportarse como uno más, aunque esto suene un poco ideal. La participación pone el énfasis en el papel de la experiencia vivida y elaborada por el investigador acerca de las situaciones en las

que le ha tocado intervenir; desde este ángulo parece que estuviera adentro de la sociedad estudiada. En el polo contrario, la observación parece ubicarlo fuera dé la sociedad, pues su principal objetivo es obtener una descripción externa y un registro detallado de cuanto ve y escucha. Es como si estuviera tomando nota a medida que se desarrolla una película, sin desempeñar ningún papel en su argumento. Desde el ángulo de la observación, el investigador está alerta permanentemente pues, aunque participe, lo hace con el fin de observar y registrar los distintos momentos de la vida social.

Según los enfoques positivistas, al investigador se le presenta una disyuntiva entre observar y participar cuando pretende aplicar ambas técnicas simultáneamente: sucede que cuanto más participa menos [172] registra, y cuanto más registra menos participa (Tonkin 1984: 218); o, lo que es casi lo mismo, cuanto más participa menos observa y cuanto más observa menos participa.

Esta paradoja que contrapone ambas actividades confronta dos formas de acceso a la información, como si una, la observación, fuera externa, y la otra, la participación, fuera interna; como si no se pudieran llevar a cabo simultáneamente, como si no proveyeran distintos aspectos de un mismo conocimiento. Unos afirman que no es posible conocer científicamente "siendo parte de", esto es, desde adentro; otros sostienen que lo social no puede ser conocido manteniéndose al margen o desde afuera. Según" cada postura epistemológica, la tarea de la observación participante se concibe desde ángulos prácticamente opuestos.

Adelantándonos a algunos desarrollos posteriores, diremos que tanto una como otra actividad suministran al investigador una perspectiva diferente; pero esta diferencia no es tanta como para afirmar que mediante la participación se termina siendo uno más, o que por la observación se permanece afuera como un testigo neutral. Si bien ambas actividades tienen sus peculiaridades y proveen información diversa por canales alternativos, es preciso justipreciar los verdaderos alcances de estas diferencias. Ni el investigador puede ser uno más entre sus informantes, ni su presencia puede ser tan exterior como para no afectar en modo alguno el escenario y a sus protagonistas. Este punto es decisivo para reconocer la incidencia del investigador y su reflexividad en el trabajo de campo y en la elaboración de datos a partir de la información recogida. Estos señalamientos no excluyen cierta distinción en los estilos, canales de acceso, materiales e interpretaciones, cuando se recurre a la observación y a la participación, actividades que pueden resultar complementarias a la vez que contrapuestas en su práctica concreta. En esta sección indagaremos con mayor detenimiento de qué modo el positivismo y el interpretativismo conciben la contraposición entre observación y participación. En vez de seguirlas pensando como actividades separadas y antagónicas, en las secciones siguientes intentaremos fundamentar la unicidad y globalidad de la observación participante.

Participar para observar

Según los lineamientos del positivismo, el ideal cognitivo es la observación neutra, externa, desimplicada, lo cual garantizaría la objetividad científica en la aprehensión del objeto de conocimiento. Dicho objeto, ya dado en el referente empírico, debe ser recogido [173] por el investigador tal cual es. La herramienta por excelencia es, entonces, la observación y otras operaciones de la percepción; la observación directa tendería a evitar las distorsiones introducidas por los legos que carecen de precisión

científica y de preceptos metodológicos. Por eso, el trabajo de campo debe ser realizado, inexorablemente, por el investigador. La observación directa es similar a la que aplica el biólogo cuando observa especies en su medio natural, y ya vimos que los primeros trabajadores de campo de la antropología moderna eran, ciertamente, naturalistas. "El concepto de 'naturalismo' significa en términos etnográficos el compromiso de observar y describir fenómenos sociales de manera similar a como los naturalistas estudian la flora y la fauna y su distribución geográfica" (Hammersley 1984: 48). En este sentido, el antropólogo prefiere observar a sus informantes en sus contextos naturales; el campo sería su laboratorio.

La técnica preferida del investigador positivista es la observación (Holy, 1984); la participación introduce obstáculos en la objetividad, pone en peligro la desimplicación del investigador debido al riesgoso acercamiento personal a los informantes; el riesgo consiste en que esta relación se vea permeada de sentimientos y afectos, sesgando la versión de lo observado y distorsionando su pretendida objetividad. La participación se justifica sólo si los sujetos se la demandan al investigador ("Los azande no me habrían permitido vivir como uno de ellos; los nuer no me habrían permitido que viviera de forma diferente. Entre los azande me vi obligado a vivir fuera de la comunidad; entre los nuer me vi obligado a ser un miembro de ella. Los azande me trataron como a un superior; los nuer como a un igual", reflexionaba E. E. Evans Pritchard (1977: 27) haciendo una crucial distinción entre las formas de demandar participación por cada cultura concreta). También la participación se justifica si garantiza el acceso a determinados campos de la vida social.

En resumen, desde el positivismo, el investigador debe observar y adoptar, consecuentemente, el rol de observador. Si fuera imprescindible, puede comportarse como observador-participante, asumiendo la observación como la técnica prioritaria y la participación como un "mal necesario". En las investigaciones antropológicas tradicionales, la participación llevada a su máxima expresión, la corresidencia, era inevitable debido a las distancias que separaban a las unidades de estudio de la residencia habitual del investigador. Pero no sólo por esto, sino también porque, empirismo mediante, sólo a través de la observación directa y la testificación se podía dar fe de distintos aspectos de la vida social desde una óptica no etnocéntrica. [174]

Observar para participar

Desde el interpretativismo, los fenómenos socioculturales no pueden ser estudiados como la conducta animal o los movimientos de la física; cada acto, cada gesto, por más físicos que se revelen, son esencialmente sociales y culturales en la medida en que tienen sentido para otros miembros de la misma unidad social. El único medio para acceder a esos significados que los sujetos negocian e intercambian, emiten y reciben, es la vivencia, la posibilidad de experimentar en carne propia esos sentidos, como lo hacen todos los individuos en su socialización. Y si, como dijimos en capítulos anteriores, un juego se aprende jugando, entonces una cultura y sus significados se aprenden viviéndolos. De ahí que la participación sea condición sine qua non del conocimiento de un sistema cultural. Las herramientas son, pues, la experiencia directa, los órganos sensoriales y la afectividad que, lejos de empañar, esclarecen la dinámica cultural. Para ello, el investigador debe proceder a la inmersión subjetiva; dar cuenta de esa cultura no es explicarla, sino comprenderla. El investigador comprende desde adentro a los sujetos que estudia. Por eso la denominación de la técnica debería, en

realidad, invertirse: "participación con observación" o "participación observante"; el antropólogo asumiría el rol de participante-observador o participante pleno, más que de observador (Holy, 1984; Tonkin, 1984).

Involucramiento versus separación

La confrontación entre las dos actividades a las que alude la técnica de observación participante según ambos paradigmas conduce a una segunda oposición: el involucramiento versus la separación del investigador con respecto a los sujetos que estudia. Al enfatizar la participación se afirma que el investigador debe ligarse (desde adentro) con los sujetos, involucrándose, en la mayor medida posible, en sus actividades y modos de vida. Pero, señala el polo contrario, si el investigador se sumerge en otras lógicas para aprender a pensar, actuar y, por supuesto, hablar o comunicarse como sus informantes, será inevitable su fusión con ellos perdiendo la distancia mínima de la objetividad y la dimensión necesaria para no caer en la mera réplica de sus versiones y poder explicar lo que observa y registra, añadiendo sus valiosas consideraciones teóricas. ¿Cuan aconsejable es fundirse con los sujetos si se pretende discutir la teoría académica desde la teoría nativa de esa cultura y sociedad? [175]

2. La reflexividad en la observación con participación

Según estas dos posturas, la observación -como actividad externa del investigador respecto de sus informantes- se contrapone a la participación -como desempeño interno desde la cultura estudiada-. Según estos planteos, ambas serían mutuamente excluyentes. Sin embargo, la disputa no cuestiona las bases epistemológicas que permanecen inalterablemente empiristas, como lo pone de manifiesto la forma de plantear la demanda de presencia directa en el campo. Al revisar estos clásicos supuestos con que se ha concebido el empleo de la técnica de la observación participante, volvemos a situar la discusión en los siguientes términos: ¿es posible conocer la objetividad social de manera inmediata, es decir, sin la mediación de la teoría (por la mera percepción sensorial o afectiva)?; ¿qué papel, negativo o positivo, desempeña la subjetividad del investigador en el conocimiento social?

Ya hemos precisado que el conocimiento está siempre enmarcado por la teoría -ya se presente como un cuerpo sistematizado o fragmentado en el sentido común-. En este sentido, si no acordáramos en que el investigador aspira a conocer, de la manera más cabal posible, una "realidad social objetiva", esto es, externa e independiente de su voluntad, el rechazo de la concepción empirista -que piensa la observación participante como equiparable a la presencia directa y, por ende, como garantía del conocimiento verdadero— nos llevaría a rechazar la técnica propiamente dicha. La presencia directa es, indudablemente, una valiosa ayuda para el conocimiento social, pero no porque garantice un acceso neutro y una réplica exacta de lo real, sino porque evita algunas mediaciones de terceros y ofrece lo real en su complejidad al observador crítico y bien advertido de su marco explicativo y su reflexividad. Resulta inevitable que el investigador se contacte con el referente empírico a través de los órganos de la percepción y de los sentimientos, pero éstos se amoldarán a su aparato cognitivo -cargado de nociones de sentido común y teorías-, ya que éste será el que, en última instancia, dará sentido a lo que los afectos, la vista y el oído le informan. Además, la subjetividad es parte de la conciencia del investigador y desempeña un papel activo en el conocimiento. Pero esta subjetividad no es una caja negra indiferenciada; a la hora de

suministrar explicaciones e integrarse al trabajo de campo científico, los afectos y sentimientos que la componen se organizan siguiendo estructuras explicativas relativamente conformadas y cuyo carácter social les ha valido el nombre de teorías. Esta forma de existencia de la subjetividad es interpelada tanto en la observación como en la participación. De subyacer en ambas actividades un mismo modelo teórico, un objeto afín -explícito o no-, el material recogido [176] y sus conclusiones serán básicamente similares aunque, quizá, con mayores o menores dosis de pintoresquismo. La actividad específica del investigador es sólo aparente y superficial si éste no puede indagar reflexivamente de qué manera coproduce el conocimiento a través de sus nociones y sus actitudes y desarrollar la reflexión crítica acerca de sus supuestos, su sentido común, su lugar en el campo y las condiciones históricas y socioculturales bajo las que lleva a cabo su labor.

Siguiendo estos lineamientos, la técnica de observación participante no es sólo una herramienta de obtención de información sino, además, de producción de datos y, por lo tanto, de análisis; en virtud de un proceso reflexivo -entre los sujetos estudiados y el sujeto cognoscente, la observación participante es en sí un proceso de conocimiento de lo real y, al mismo tiempo, del investigador. Ello tiene las siguientes consecuencias:

- la selección, planificación y aplicación de la técnica es parte del proceso de conocimiento de los sujetos;
- el conocimiento que el investigador construye sobre sus informantes no está desprendido, sino intrínsecamente ligado al conocimiento que produce de sí mismo y al que los informantes producen de él.

De la observación a la observación con participación

Partiendo de los replanteos acerca de la presencia directa y los límites del conocimiento inmediato, es posible precisar los alcances de la observación y la participación como dos vías específicas y complementarias de acceso a lo real. Su diferencia radica en el tipo de relación cognitiva que el investigador entabla con los sujetos/informantes y el nivel de involucramiento resultante. Las condiciones de la interacción plantean, en cada caso, distintos requerimientos y recursos. Es cierto que la observación no es del todo neutral, pues incide en los sujetos observados, y es cierto también que la participación nunca es total, excepto cuando el investigador adopta, como campo, un referente de su propia cotidianidad; pero aun en este caso el hecho de que el investigador se conduzca como tal en su medio introduce diferencias en la forma de participar. Parece indudable, sin embargo, que, en tanto negociada, la presencia del investigador como mero observador exige Un grado menor de aceptación -o bien una aceptación más exterior y menos comprometida- por parte de los informantes que lo que exigiría la participación. Y esto si concebimos la observación como la mera captación por la [177] vista y el oído de cuanto ocurre en su presencia, y la participación como tomar parte de una o varias actividades de las corrientemente desempeñadas por los sujetos a los que se investiga. Analicemos un ejemplo para su mejor visualización.

El investigador observa desde la mesa de un bar a algunas mujeres, a las que suele calificarse como "las bolivianas", haciendo su llegada al mercado; registra la hora de arribo, edades aproximadas y el cargamento de cada una; las ve disponer lo que supone son sus mercaderías sobre un lienzo, a un lado de la vereda, y sentarse de frente a la vereda y a los transeúntes. Luego, el investigador se aproxima y las observa negociar

con algunos individuos. Más tarde se acerca a ellas e indaga el precio de varios productos; las vendedoras responden puntualmente y el investigador compra un kilo de limones. Día tras día, el hecho se repite. El investigador es para las bolivianas un comprador más, que añade a las preguntas de rigor (por los precios) otras que no conciernen directamente a la transacción; surgen comentarios sobre los niños, el lugar de origen y el valor de cambio del peso argentino y el boliviano; las mujeres entablan con él breves conversaciones que podrían responder a la intención de preservarlo como cliente. Este rol de "cliente conversador" ha sido el canal de acceso que el investigador encontró para establecer un diálogo inicial. Pero en cuanto deja de hacer su compra diaria y se limita a conversar, las mujeres comienzan a preguntarse por qué tantas averiguaciones. El investigador debe ahora explicitar sus motivos si no quiere encontrarse con una negativa rotunda ante' nuevas aproximaciones. Aunque no lo sepa, sucede que estas mujeres han ingresado a la Argentina con visa de turista, lo que les impide trabajar; sospechan entonces que el presunto investigador es, en realidad, un inspector en busca de inmigrantes ilegales.

Si comparamos la observación del investigador desde el bar con la posterior participación en la transacción comercial, vemos que en el primer caso el investigador no incide en la conducta de las mujeres observadas. Sin embargo, éste no suele ser el caso; es más frecuente que la observación se lleve a cabo con el investigador dentro del radio visual de las vendedoras; en este caso -aunque se limite a mirarlas-, estará integrando con ellas un campo de relaciones directas, cara a cara, suscitándoles alguna reacción -sospecha, incomodidad, etc.-. Esta reacción es la que vemos aparecer en la segunda instancia de relación, cuando el investigador participa como "comprador conversador". En este momento, lo que hace se traduce en expectativas y propósitos de las vendedoras ("¿Será éste un inspector de Comercio o de Migraciones? ¿No nos convendría dejar de venir a este mercado por un tiempo?"). Estos supuestos y expectativas revierten en el investigador, quien percibe la renuencia y se siente obligado a explicar la [178] razón de su presencia y sus preguntas; decide, entonces, hacer su presentación como investigador antropólogo, o como estudiante universitario, como estudioso de costumbres populares, etc. (tal como vimos en la sección referida a la presentación, capítulo 7). La respuesta a su (presentación da continuidad a la ilación de interpretaciones de la conducta de A-comportamiento en consecuencia hacia A-, interpretación sobre comportamiento de B-comportamiento en consecuencia I lacia B-, etc.

¿Qué implicancias tiene ser observador y ser participante en una relación!1 En este ejemplo, el investigador se ve obligado a adoptar una decisión sobre su actitud sólo desdé el momento en que entra en el campo de acción de sus informantes; hasta entonces puede registrar su comportamiento y su aspecto externo, pero debe limitarse a ello; no puede hacer preguntas, ni acercarse, ni indagar sobre hechos de la vida de las vendedoras, ni sobre sus nociones y representaciones, etc. La presencia directa exige no tanto la observación desimplicada, sino una observación con distintos niveles de participación, donde las acciones que emprenden los informantes tienen su correlato en las del investigador y viceversa. Este involucramiento es, sin duda, una cuestión de grados, pero nos advierte sobre dos cuestiones: primero, que la observación para obtener información significativa requiere algún grado siquiera mínimo de participación, esto es, de incidencia en la conducta de los informantes y, por consiguiente, en la del investigador; segundo, que la reciprocidad de la relación entre investigador e informantes desempeña un importante papel en el suministro de información, siempre y cuando el

investigador considere que los términos de la interacción con sus informantes son sociales y culturales, y que no los conozca de antemano, sino que los vaya develando a medida que avance la investigación.

Participación: las dos caras de la reflexividad

Los antropólogos no se han limitado a hacer preguntas sobre la mitología o a ver a los nativos emprender una expedición de caza o pesca, sino que han optado por ejercer cierto protagonismo en las actividades de sus informantes. Este protagonismo admite dos líneas posibles: o bien comportarse según las propias pautas culturales del investigador, o bien comportarse imitando las pautas de los informantes.

Al comenzar su trabajo de campo, el investigador hace lo que sabe; y lo que sabe son sus propias pautas de conducta y de reacción, según sus nociones familiares. Aunque seguramente esto le valga errores de procedimiento e infracciones a la etiqueta local, es el único mapa que [179] por el momento puede orientarlo hasta hacerse de nuevas pautas, las de sus informantes. Desde entonces va incorporando otras formas de conducta y con ello de conceptualización acordes con el mundo social en que se encuentra.

Cuando se hace referencia a la "participación" como técnica de campo antropológica, se alude más bien al hecho de comportarse según las pautas de los informantes. Veamos las reflexiones del fundador del trabajo antropológico de campo, Malinowski:

> Poco después de haberme instalado en Omarakana empecé a tomar parte, de alguna manera, en la vida del poblado, a esperar con impaciencia los acontecimientos importantes o las festividades, a tomarme interés personal por los chismes y por el desenvolvimiento de los pequeños incidentes pueblerinos; cada mañana al despertar, el día se me presentaba más o menos como para un indígena [...] Las peleas, las bromas, las escenas familiares, los sucesos en general triviales y a veces dramáticos, pero siempre significativos, formaban parte de la atmósfera de mi vida diaria tanto como de la suya [...]. Más avanzado el día, cualquier cosa que sucediese me cogía cerca y no había ninguna posibilidad de que nada escapara a mi atención (Malinowski, 1986:25).

El autor destaca aquí la íntima relación entre la observación y la participación, dado que el hecho de estar allí lo involucraba en actividades y en el ritmo de vida, tornando significativo el orden sociocultural nativo. Malinowski se fue integrando gradualmente al ejercicio pleno de la participación: aquel por el cual se comparte y se practica la reciprocidad de sentidos del mundo social. Pero esto no habría sido posible si el mismo investigador no hubiera valorado cada hecho cotidiano como un aspecto digno de análisis y registro. Esta transformación de los -hechos en datos puede hacerse, como veremos en otro ejemplo, por el contraste reflexivo de lo familiar y lo exótico. Lo que nos parece crucial es pensar en las dos acepciones de la participación, o sea, no como etapas sucesivas ni como formas excluyentes: el pasaje de una participación en términos familiares a otra participación en términos desconocidos significa, de por sí, que el investigador está avanzando y profundizando su conocimiento sobre esa sociedad. Además de impracticable y vanamente angustiante, en un primer momento del trabajo de campo, la participación correcta (es decir, hacer "buena letra" y cumplir con las normas y valores locales) no es ni la única ni la más deseable en este aprendizaje; la

transgresión (o lo que entendemos por un error) es, tanto para el investigador como para el informante, un medio imprescindible para problematizar distintos ángulos de la conducta social y evaluar su significación en la cotidianidad de los informantes. En este pasaje de la participación en términos [180] del investigador a la participación en términos del informante existima serie de requerimientos y de situaciones que pueden o no favorecerlo, y en las que puede verse más o menos desprotegido y amenazado.

En el uso de la técnica de observación participante, la participación requiere desempeñar ciertos roles locales. Este desempeño tiene un par de consecuencias cuya tensión estructura el trabajo de ampo antropológico. En primer lugar, implica un esfuerzo del investigador por integrarse a una lógica que no le es propia. Ello puede resultar, desde la perspectiva de los informantes, en una doble lectura. Por una parte, es el intento de hacer suyos los sentidos prevalecientes en esa unidad; de este modo, sus prácticas y nociones se vuelven más inteligibles y se facilita la comunicación. Estando en Pinola, la aldea maya mexicana, Esther Hermitte cuenta que:

> [...] a los pocos días de llegar a Pinola, en zona tropical, fui víctima de picaduras de mosquitos en las piernas. Ello provocó una gran inflamación en la zona afectada -desde las rodillas hasta los tobillos-. Caminando por la aldea, me encontré con una pinolteca que después de saludarme me preguntó qué me pasaba y, sin darme tiempo a que le contestara, ofreció un diagnóstico. Según el concepto de enfermedad en Finóla, hay ciertas erupciones que se atribuyen a una incapacidad de la sangre para absorber la vergüenza sufrida en una situación pública. Esa enfermedad se conoce como "disipela" (keshlal en lengua nativa). La mujer me explicó que mi presencia en una fiesta la noche anterior era seguramente causa de que yo me hubiera avergonzado y me aconsejó que me sometiera a una curación, la que se lleva a cabo cuando el curador se llena la boca de aguardiente y sopla con fuerza arrojando una fina lluvia del líquido en las partes afectadas y en otras consideradas vitales, tales como la cabeza, la nuca, las muñecas y el pecho. Yo acaté el consejo y después de varias "sopladas" me retiré del lugar. Pero eso se supo y permitió en adelante un diálogo con los informantes de tono distinto a los que habían precedido a mi curación. El haber permitido que me curaran de una enfermedad que es muy común en la aldea creó un vínculo afectivo y se convirtió en tema de prolongadas conversaciones (Hermitte, 2002:272-273).

Una segunda lectura de esta cita nos muestra que el esfuerzo de la investigadora por integrarse a una lógica diferente deriva en una consideración especial y un respeto hacia ella. Este punto asume una importancia crucial cuando el investigador y los informantes ocupan posiciones desiguales en una estructura social asimétrica, como ha ocurrido tradicionalmente entre los antropólogos procedentes de las metrópolis y sus informantes habitantes de las colonias. Pero vuelve a aparecer en las investigaciones con sectores subalternos de la misma [181] sociedad del investigador. Desde Malinowski no son pocas las ocasiones en que el antropólogo narra una experiencia que se transforma en un punto de inflexión en su relación con los informantes. No se trata de exaltar las situaciones de riesgo físico y personal, ni de emprender simulaciones para acceder a la confianza, sino de reparar durante el ingreso del investigador -generalmente a través de situaciones casuales y rutinarias— en la lógica de los sujetos, en sus formas de resolver problemas y hacer frente a la cotidianidad. Lo relevante de la "disipela" de Hermitte no fue su sufrimiento por la inflamación, sino que aceptara interpretarla en el marco del

sistema local de creencias sobre la enfermedad y en el seno de sus relaciones sociales. Aunque Hermitte no hubiera previsto que iba a ser picada por mosquitos, que se le inflamarían las piernas y que encontraría a una pinolteca locuaz que le ofrecería un diagnóstico, mantenía una actitud abierta y dispuesta a permitir que sus informantes categorizaran y explicaran qué le sucedía y a aceptar de ellos una solución. Esta incorporación a la lógica nativa entraña, necesariamente, el conocimiento de prácticas -curativas, vecinales, etc.-y sentidos -vergüenza, "disipela", enfermedad—.

La segunda consecuencia del desempeño de roles locales es que la participación puede cerrar puertas, en vez de abrirlas. Desde la práctica de la observación participante concebimos la participación como un puesto de observación desde donde es posible divisar prácticas y sentidos, por ejemplo, en un campo de actividades, en un haz de relaciones sociales, en el funcionamiento institucional, etc. Pero cuando el antropólogo pretende acceder a la cultura y a la sociedad globales, aspira, siquiera idealmente, a no quedar encerrado en ninguna sección o delimitación que le impida mirar desde otros puestos, es decir, desde otros roles de la unidad estudiada.

Para que la participación sea posible es necesario efectuar un tránsito gradual, crítico y reflexivo desde la participación en términos del investigador, a la participación en términos de los actores; pero una no existe sin la otra. El investigador necesita hacer consciente la lógica de sus reacciones, conductas y decisiones en la primera etapa de campo para comprender, en su propio marco teórico y de sentido común, cuál es el valor y las modificaciones que introducen las pautas de los informantes. Veamos un ejemplo de estos puntos. Una tarde de trabajo de campo acompañé a Graciela y su marido, Pedro, a la casa de una mujer mayor, Chiquita, para quien Graciela trabajaba por las mañanas haciendo la limpieza y algunos mandados. La breve visita tenía por objetivo buscar un armario que Chiquita iba a regalarles. Mientras Pedro lo desarmaba en piezas transportables, Graciela y yo manteníamos una conversación casual con la dueña de casa. Recuerdo este pasaje: [182]

Ch.: —El otro día vino a dormir mi nietita, la menor, pero ya cuando nos acostamos empezó que me quiero ir a lo de mamá, que quiero ir a lo de mamá; primero se quería quedar, y después que me quiero ir. Entonces yo le dije: bueno, está bien, ándate, vos ándate, pero te vas sola, ¿eh? Te vas por ahí, por el medio de la villa, donde están todos esos negros borrachos, vas a ver lo que pasa...
G.: —Hmmmm...
Yo, con cara funesta, terminantemente prohibida en el manual del buen y equidistante trabajador de campo.
Apenas salimos de la casa, le pregunté a Graciela por qué no había replicado y me contestó: 'Y bueno, hay que entenderlos, son gente mayor, gente de antes".

¿Qué datos construí sobre esta experiencia? Mi primer interrogante era por qué Graciela no había defendido a sus vecinos y a sí misma, por qué no había respondido, como suele hacerse en las villas, que la gente habla mal del villero pero no de quienes cometen inmoralidades iguales o mayores en sectores económicos más pudientes ("del villero se dice que está 'en pedo', del rico que está 'alegre' "; "el pobre se mama con vino, el rico con whisky", etc.). No habría podido sorprenderme ante semejante aceptación por parte de Graciela de no haber sido porque conmovió mi sentido más íntimo del respeto por el prójimo, y porque a todas luces identificaba la actitud de Chiquita con una absoluta falta de ética y una alevosa manifestación de prejuicios. Si para mí era tan claro, debía serlo

más aún para Graciela y, por qué no, para Chiquita. Desde esta distancia entre mi conceptualización de la situación y la que manifestaban Chiquita y Graciela, en su práctica, bajo la apariencia de una tácita complicidad pasé a indagar el sentido, no tanto de la actitud de Chiquita como de la de Graciela; pero esta indagación pudo plantearse y encararse a partir de y en relación con una reflexión sobre mi punto de vista, mis intereses y preocupaciones, humanitarios en general, no sólo de la investigación.

Ahora bien, mi gesto mostró una participación en términos que pueden ser adecuados en sectores medios profesionales progresistas y, más aún, universitarios, a los que yo pertenezco, pero no entraba dentro de la participación en términos de los vecinos de un barrio colindante a la villa, habitado por una vieja población de obreros calificados y pequeños comerciantes, amas de casa y jubilados. Tampoco parecían integrar la batería de reacciones posibles de los pobladores de la villa. La pregunta era entonces en qué consistía el sentido de "villero" y la conducta hacia este actor en ese escenario concreto e, implícitamente, dónde residía la diferencia con mi propio sector social. Esto se puso en evidencia cuando una semana más tarde Graciela me transmitió los comentarios negativos de Chiquita sobre mi mueca: "¿Ya ella qué le importa? Si no es de ahí... [de la villa]". Desde su perspectiva no le faltaba razón, pero tampoco estaba errada Graciela con su actitud: tiempo después entendí qué cosas tenía en juego [183] con Chiquita -un armario, un empleo y otros beneficios secundarios-como para enfrentársele por una cuestión de principios. A partir de aquí, comencé a observar las reacciones de otros habitantes de Villa Tenderos ante estas actitudes prejuiciosas y descubrí que una misma persona podía obrar de distinto modo según la situación. Los contextos que revelaban una marcada e insuperable asimetría forzaban a los estigmatizados a guardar silencio y, de ser posible, a ocultar su identidad; si la situación no remitía a esta desigualdad, la reacción podía ser abiertamente contestataria.

Estas observaciones me dieron algunos indicios acerca de cuál era el manejo que, concretamente, se hacía de los prejuicios de clase en las relaciones sociales, y me ayudaron a no caer en explicaciones exteriores o simplistas como, por ejemplo, que los miembros de las clases subalternas replican -como si hubieran sufrido un lavado de cerebro- la llamada "ideología dominante". En todo caso, parecía más apropiada una explicación de tipo transaccional, en una articulación subordinada de los residentes de una villa miseria respecto de otros actores sociales (Guber, 1994). Según estas explicaciones era comprensible, aunque estuviera fuera de lugar, mi gesto antipático hacia Chiquita, al punto que podía haber lesionado los términos de negociación en que se habían ubicado Graciela y su marido. Por otra parte, cuando tiempo después decidí hacer entrevistas con no villeros acerca de su concepción de los residentes de Villa Tenderos, hubiera querido encontrarme con Chiquita, pero mi evidente y espontánea toma de partido lo hizo imposible de modo que, también en este caso, quedé encerrada en el puesto de observación "villero" y perdí el acceso a una perspectiva más global que incluyera la posición contraria.

En resumen, la observación participante ha sido replanteada en su lógica interna, en tanto técnica de obtención de información y metodología de producción y elaboración de datos; en una y otra el investigador desempeña un papel central que se orienta a registrar -por cualquier vía- material del referente empírico. Si la participación es entendida como una instancia necesaria de aproximación a los sujetos, que entraña la reciprocidad de comunicación y de sentidos, no tiene por qué ubicarse en las antípodas de la observación, la cual puede ser entendida, a su vez, como la disposición general del

investigador hacia lo real: su conocimiento. Hablaremos, pues, de la observación participante concibiendo a dicho conocimiento no como una captación inmediata de lo real, sino como una elaboración reflexiva teórico-empírica que emprende el investigador en el seno de relaciones con sus informantes. [184]

La participación revisited[1]

Según venimos afirmando, la participación es el ingrediente característico del trabajo de campo antropológico. Veamos a continuación en qué consiste. Dentro de sus múltiples posibilidades, el acto de participar abarca un amplio espectro que va desde un simple estar allí como un testigo mudo de los hechos hasta el hecho de realizar una o varias actividades de distinta envergadura y con distintos grados de involucramiento personal, político y social. En sus distintas modalidades la participación implica grados de desempeño de roles locales. Según su peculiar articulación, diversos autores (Junker, 1960, entre ellos) han formulado un continuo que va desde la pura observación hasta la participación plena. Podemos retomar esta tipificación si tenemos presente que hasta la observación pura, lejos de ser neutral, reviste alguna incidencia en los actores observados.

En algunos casos resulta imposible estudiar a un grupo social sin ser parte de sus miembros, ya sea por susceptibilidades, prevenciones, actividades secretas, tradición, conocimientos esotéricos, etc. Al no poder explicitar sus propósitos, el investigador debe optar por lo que parece el único camino posible, lo cual requiere mimetizarse con el ambiente.

El antropólogo adopta entonces el rol de participante pleno (Golde 1970), sin dar a conocer sus motivos últimos, superando algunos inconvenientes que presentaría su acceso y priorizando, además, un modo de conocimiento fundado en la inmersión. Si bien este rol tiene la ventaja de obtener material inaccesible por otras vías, ser participante pleno resulta inviable cuando el o los roles válidos para esa cultura o grupo social son incompatibles, por ejemplo, con ciertos atributos del investigador. Pongamos como ejemplo que una mujer desea estudiar un ámbito predominantemente masculino; o un joven aun grupo de ancianos; o cuando el blanco y rubio investigador pretende fundirse en una población predominantemente morena. El mimetismo aquí no es posible. Otro inconveniente de la participación plena reside en que desempeñar íntegramente un rol nativo puede significar el cierre hacia aquellos otros roles estructural o coyunturalmente opuestos y diferenciados del que se ha adoptado. Tal es el caso de un investigador que pasa a desempeñarse como empleado o [185] como obrero en un establecimiento fabril, quedando automáticamente fuera del alcance de los niveles administrativos y superiores de la jerarquía empresaria. A lo sumo puede acceder al tipo de trato, de relación que los estratos superiores dispensan a los trabajadores y analizarlo desde la posición de estos últimos.

[1] En la tradición antropológica, una localidad o poblado son estudiados por un solo investigador. Son escasos los estudios de la misma comunidad por otro investigador. Una de las primeras experiencias al respecto fue en la localidad mexicana de Tepoztlán, trabajada inicialmente por Robert Redfield y luego por Osear Lewis. Para designar su reestudio, Lewis se refería a "Tepoztlán revisited".

Los roles de participante observador y de observador participante[2] constituyen una combinatoria sutil de observación y participación. El participante observador es aquel que se desempeña en uno o varios roles locales, habiendo explicitado el objetivo de su investigación. El observador participante hace centro en su carácter de observador externo, tomando parte de actividades ocasionales o imposibles de eludir.
El contexto puede habilitar al investigador a adoptar roles que lo ubiquen como observador puro, por ejemplo, en el registro de clases en una escuela, tomando notas a un lado y diferenciado de los alumnos por la edad. Sin embargo, su presencia afecta el comportamiento de los observados y de cuanto sucede en la escena; en este sentido, el observador puro es más un tipo ideal que una conducta practicable en el contexto, como ya lo hemos señalado.

Estos cuatro tipos ideales de articulación entre observación y participación son posibilidades hipotéticas que, en los hechos, el investigador asume conjunta o sucesivamente a lo largo de su presencia en el campo.

Recordemos que la observación no "interfiere" menos en el campo que la participación.
Cada modalidad no difiere de las otras por los grados de distancia entre el investigador y el referente empírico en virtud de su participación, sino por una relación particular y cambiante entre el rol de investigador y otros roles culturalmente posibles. Entonces, la verdadera opción por uno u otro tipo concierne a la relación entre el espectro de roles cristalizados en la estructura local y el rol de, investigador. El participante pleno es aquel que oculta su rol de antropólogo y desempeña íntegramente alguno de los disponibles en su unidad de estudio. En este caso su involucramiento en el puesto asumido es casi total, ya que de abandonarlo no podría explicar su presencia en un lugar alternativo. Cuando los informantes descubren que no se trataba de uno más se decodifica inmediata y necesariamente como engaño y traición, con las lógicas [186] y frecuentemente inmediatas consecuencias para el investigador. Sin embargo, cuando no hay opción, se debe correr el riesgo. Y de ser descubierto, el investigador debe proceder a reformular su rol o a abandonar el campo.

El observador puro, en cambio, es aquel que se niega explícitamente a adoptar otro rol que el propio de (en tanto que) investigador; este desempeño es llevado al extremo de evitar todo pronunciamiento e incidencia activa en el contexto de observación; su presencia es pasiva, lo cual no significa neutra ni no incidente. Recordando el caso de Evans Pritchard, concluimos que las distintas opciones no resultan solamente de una decisión del investigador, sino de su relación con los informantes. Los azande lo reconocieron siempre como un superior británico (en forma de investigador pero también de comandante militar); los nuer, en cambio, nunca dejaron de considerarlo un representante metropolitano, enemigo y transitoriamente a su merced.

La participación provee conocimientos sobre una unidad sociocultural a través del desempeño de roles y la consiguiente interacción con sus miembros. ¿Cómo se producen dichos conocimientos si, como decíamos más arriba, no es la presencia directa la que lo garantiza? El comportamiento hacia los demás implica la decodificación de sus propósitos. Los motivos de una acción y las razones para actuar de determinada manera

[2] Es en este sentido que puede hablarse de "participante". La expresión "observación participante" reseñada como técnica, aunque sintetiza los ingredientes de la observación con participación, presenta confusiones entre el rol y la técnica y no permite jugar con los matices entre los términos que componen la expresión. ¿Podríamos hablar de "participación observante"?

suelen remitirse a un saber raramente explicitado: el conocimiento mutuo (Giddens, 1987). Considerado de sentido común, integra las prácticas cotidianas y hace inteligible la conducta social. Este conocimiento se integra en modelos expresivos o prácticos, que son modelos para actuar. Difieren de otros modelos, los interpretativos o modelos de lo que sucede (Schutz, 1974). Generalmente, los actores están inmersos en la lógica de modelos para actuar y, en tanto tales, no pueden ser teorizados ni abstraídos y, a veces, tampoco verbalizados. Pero el investigador indaga en esos modelos tratando de organizar un modelo, esta vez interpretativo. En una primera aproximación y sin pretender agotar la explicación de los hechos observados, el investigador puede acceder a los modelos de acción sumergiéndose en su lógica, esto es, actuando según sus reglas. Si bien es cierto que estas reglas y los condicionamientos de la acción son para el investigador diferentes de los de los informantes (pensemos en un trabajo de campo con sectores pauperizados cuyo rigor de vida no sólo no es compartido históricamente por el investigador, sino que éste puede regresar a su sector social cuando lo desee), hay modos de aproximárseles que pueden ensayarse, así como contextos más propicios para estos ensayos; la corresidencia ha sido y es la instancia más relevante, pero pueden serlo también el desempeño de distintos roles, la evaluación [187] de sucesivas presentaciones del investigador y la empatía con el informante. La participación es, pues, no sólo una herramienta de obtención de información, sino el proceso mismo de conocimiento de la perspectiva del actor, pues éste es el que abre las puertas y ofrece las coyunturas culturalmente válidas para los niveles de inserción y aprendizaje del investigador. [188]

9. La corresidencia: un ensayo de ciencia y ficción

En tiempos en que los antropólogos emprendían sus investigaciones en sociedades exóticas de ultramar o en las colonias, la corresidencia no estaba en discusión: largas distancias separaban a Manchester del Sudán, y a Nueva York de Samoa; el transporte era costoso y los servicios regulares, esporádicos. Sin embargo, siempre estaba la posibilidad de no residir en la comunidad. Malinowski hace referencia al punto cuando explica por qué decidió instalarse en la aldea trobriandesa y abandonar la residencia con los europeos:

> [...] la forma en que mis informantes blancos hablaban sobre los indígenas y emitían sus puntos de vista era, naturalmente, la de mentes inexpertas y no habituadas a formular sus pensamientos con algún grado de coherencia y precisión. Y en su mayoría, como es de suponer, estaban llenos de prejuicios y opiniones tendenciosas, inevitables en el hombre práctico medio ya sea administrador, misionero o comerciante, opiniones que repugnan a quien busca la objetividad y se es fuerza por tener una visión científica de las cosas. [...] Lo fundamental es apartarse de la compañía de los otros blancos y permanecer con los indígenas en un contacto tan estrecho como se pueda, lo cual sólo es realmente posible si se acampa en sus mismos poblados. Es muy agradable tener una base en casa de algún blanco, para guardar las provisiones y saber que se tiene un refugio en caso de enfermedad o empacho de vida indígena. Pero debe estar lo suficientemente alejada como para que no se convierta en el medio permanente en que se vive y del que sólo se sale a determinadas horas para "hacer poblado" (Malinowski, 1986: 23-24).

Dentro del contexto teórico positivista, la corresidencia servía como un medio para eliminar intermediarios en el proceso de conocimiento de otras culturas; este proceso estaba garantizado por la inmersión en [189] la vida indígena y la presencia directa (un "contacto tan estrecho como se pueda"). Así planteado, el sentido de la corresidencia podía desdoblarse en dos ejes: uno meramente espacial, la proximidad de la unidad de estudio, frecuentemente distante del medio habitual del investigador; otro, social, por el cual se podía ser testigo de la vida de los informantes en su ambiente natural. Sin embargo, ya Malinowski advertía otros beneficios de este recurso, concernientes a una concepción del trabajo de campo como proceso de aprendizaje recíproco entre investigador e informantes. La corresidencia apareció desde un primer momento no sólo como un instrumento, sino también como parte fundamental de la producción antropológica de conocimientos.

> Dado que el indígena no es un compañero moral para el hombre blanco, después de haber estado trabajando con él durante varias horas [...] es natural que apetezca la compañía de alguien como nosotros. Pero si uno está solo en el poblado, sin posibilidad de satisfacer este deseo, se marcha a dar un paseo solitario durante una hora... y a la vuelta busca espontáneamente la sociedad de los indígenas, esta vez como contraste con la soledad... A través de este trato natural se aprende a conocer el ambiente y a familiarizarse con sus costumbres y creencias mucho mejor que si se estuviera atendido por un informador pagado y, a menudo, sin interés (pág. 24).

Es notable cómo este antropólogo, que se identificaba con las premisas del positivismo de la época, apelaba al mismo tiempo a recursos cognitivos interpretativistas, poniendo de manifiesto aquella tensión epistemológica propia de todos los buenos investigadores y a la que nos referimos en la primera parte. En este pasaje, Malinowski sugería que lograba "familiarizarse" con las "costumbres y creencias" de los nativos. La corresidencia aparecía entonces como una experiencia que permitía ir trazando una zona franca con ellos. Ésta es toda la diferencia que hay entre zambullirse esporádicamente en el medio de los indígenas y estar en auténtico contacto con ellos. ¿Qué significa esto? Desarrollar la propia experiencia con los sujetos de estudio. El pasaje de la participación en términos propios a la participación en términos locales (que es a lo que Malinowski se refería con "familiarizarse") es, pues, lo que garantiza de algún modo esta creciente naturalidad. ¿Cómo se opera este pasaje en la corresidencia?

1. La residencia de la corresidencia

La corresidencia suele implicar una estadía prolongada en la unidad de estudio. De ahí que la asociación entre estar ahí y vivir entre los nativos haya sido una constante a lo largo de las investigaciones antropológicas. Esta correlación se ha visto replanteada, de hecho, con [190] la relocalización de las investigaciones antropológicas, tema que trataremos más adelante. Lo primero que hacía antes el investigador (tía buscar un lugar de residencia; generalmente utilizaba como trampolín la vivienda de otro nativo, de funcionarios o de elites locales, para luego instalarse en un recinto propio. Éste debía cumplir con las características de la vivienda local y, según las enseñanzas malinowskianas, estar ubicado siguiendo un patrón de urbanización similar. Sin embargo, el punto no era sencillo, pues involucraba tonar decisiones sobre la ubicación en la aldea, las características de los tainos, la jerarquía de la zona. Por ejemplo, Hermitte señalaba que ti hecho de haberse instalado en él área indígena de Pinola había provocado la suspicacia de los habitantes ladinos. Como la distribución y organización social del espacio son parte de la sociedad misma, arabas reflejan conflictos, sectorizaciones y asimetrías. Cuando al principio se opta por habitar en casa de determinada familia, el investigador desconoce su fama, su lugar en las relaciones locales, etc. El problema de quedar adscripto a una facción interna por la elección del sitio de residencia se rige por criterios similares a los del acceso al campo y a los informantes. Los lugares llevan la impronta de las diferencias de clase y de status y suelen referir directa o indirectamente a la estructura social.

En mi caso particular, dado que mi residencia se prolongaría demasiado, dejé prevalecer el criterio local de las obligaciones sociales de parentesco. Ya conocía el campo y era madrina de un niño, Pedrito. Me pareció que lo natural, según estas pautas, era pedir a mis compadres que me alojaran un tiempo. Creí que habérselo solicitado a otros los hubiera ofendido profundamente. Me justifiqué a mí misma la elección con los siguientes argumentos: se trataba de una familia "constituida", una unidad nuclear de padre, madre y cinco hijos menores de edad, las tres mayores eran mujeres. La vivienda estaba superpoblada, lo cual me daría la posibilidad de atestiguar el hacinamiento en una de las llamadas "familias numerosas". Por otra parte, no parecía ser gente que tuviera graves conflictos con otros vecinos, de manera que mi permanencia no resultaría en el cierre hacia otros informantes. A pesar de que la familia había pasado momentos de gran necesidad económica, estaban remodelando la vivienda porque el marido tenía un trabajo fijo; la madre estaba en la casa la mayor parte del día. Estas consideraciones tenían sus implicancias para mi trabajo de campo. Por un lado, no los pondría en

aprietos con mi presencia pues, a pesar de ser humildes, tendrían para darme de comer y no evidenciar en primera instancia sus carencias (cuando les pedí que me alojaran, me dijeron: "En otro momento no; antes, ¿te acordas cuando estábamos tan mal? ([Entonces] no, pero ahora sí"). Al ser una familia "constituida" y no tener hijos varones adolescentes o mayores [191] solteros, liberaba a la familia y a mí misma de acusaciones de tipo sexual tan corrientes en las relaciones vecinales del lugar. Que el marido permaneciera fuera de casa aseguraba que no sería yo, en primera instancia, la acusada de esta particular "brujería" de ser una robamaridos. Así como la opción por determinado canal de acceso deja de lado otros (al menos por el momento), así también la decisión de residir en un sitio priva o secundariza la posibilidad de conocer la visión desde otra ubicación.

2. Participación y cotidianidad

Una vez instalado, el antropólogo empieza a construir una rutina propia que no necesariamente replica algún rol local: establecer nuevas relaciones, seguir a los informantes en sus tareas, entablar conversaciones casuales o concertadas, acompañarlos al hospital, a la escuela o a visitar parientes y tomar notas son algunas de las actividades que se pueden desarrollar desde el rol de investigador. Pero, por otro lado, éste se incorpora a la rutina de sus informantes —a la que llamaremos cotidianidad-, al conjunto de actividades y de relaciones que tienen lugar en su vida diaria. La corresidencia en el trabajo de campo antropológico tiene la particularidad de que ambas rutinas se van condicionando mutuamente aunque, desde nuestra óptica, la del investigador se va estructurando cada vez más a partir de la de sus informantes; su reconocimiento va delineando las actividades del investigador -"cada vez más el día se me presentaba como a un nativo", decía Malinowski (pág. 24)-. De manera similar a lo que sucede con la participación, la corresidencia significa el pasaje de la cotidianidad en términos del investigador a otra en términos de los informantes. Desde este nuevo lugar, la corresidencia sirve para acceder a la lógica de la vida cotidiana en el mundo social estudiado. Esto significa dos cosas: primero, que el investigador habrá de acceder a la vida social en su conjunto y a su peculiar articulación; segundo, que dicha cotidianidad concierne no sólo a los acontecimientos ordinarios sino a los extraordinarios. Éstos también presentan su rutina y se insertan de modo pautado en los acontecimientos ordinarios.

Esto es, precisamente, lo que ocurre cuando al principio de su trabajo de campo el antropólogo" no sabe qué hacer. La clásica enunciación de Malinowski al comenzar Los argonautas del Pacífico occidental alude claramente a este punto: "Imagínese que de repente está en tierra, rodeado de todos sus pertrechos, solo en una playa tropical cercana de un poblado indígena, mientras ve alejarse hasta desaparecer la lancha que le ha llevado" (pág. 23). La primera incertidumbre radica, precisamente, en una repentina confrontación entre la participación en términos del investigador y en términos [192] de los actores y, por el momento, el investigador encuentra sus propios términos inoperantes y fuera de lugar. El pasaje de una a otra participación no puede darse sino a lo largo de un proceso en el cual el investigador va reconociendo que los pocos puentes iniciales pueden ensancharse hasta lograr una comprensión mayor de la lógica délos sujetos. En ese proceso, el investigador no sólo descubre nuevas formas de parentesco y organización social, sino también las vías para descubrirlas.

La diferencia entre la corresidencia y las visitas puntuales al campo de un investigador interesado en un tema focalizado y predeterminado para cuyo relevamiento aplicará un cuestionario, es que, en este último caso, no puede ni necesita efectuar este pasaje, ni ampliar la mirada, ni sorprenderse; ya sabe cómo procederá y qué tipo de datos irá a buscar; irá al campo, aplicará el cuestionario y se despedirá hasta la próxima. El antropólogo, en cambio, reside con sus informantes-excentricidades aparte- porque lo necesita. Aunque aplique cuestionarios y llene planillas, aunque tome notas y grabe conversaciones, incorpora estas actividades a la organización de la vida cotidiana prole los informantes. Sus horarios son los de ellos y sus ritmos se van asimilando cada vez más. De la urgencia inicial por concluir con su trabajo, el investigador, lo quiera o no, deberá incorporar también un sentido del tiempo que ha ido construyendo en el seno de la unidad social estudiada. En la medida en que pueda seguir de cerca esta cotidianidad, ella se verá reflejada no sólo en el contenido de sus notas sino, lo que más nos interesa aquí, en la dinámica misma de su trabajo y sus técnicas de campo. De esta reflexividad entre ambas rutinas es de donde el investigador extrae una dimensión de la vida social a la que difícilmente se accede, de no mediar la convivencia con los informantes.

La cotidianidad es el resultado de una articulación específica entre las actividades y las nociones, entre lo formal e informal, lo no documentado y lo intersticial, las contradicciones entre lo que se hace y lo que se dice que se hace; es una composición que deja traslucir ritmos, pausas y sonoridades, simultánea y sucesivamente. Y así como es necesaria toda la orquesta para ejecutar una partitura, también es necesario el contexto en proceso para reconocer el sentido de cada hecho de la vida social; vivir en ese contexto familiariza al investigador en la interpretación de sus claves, sus silencios y sus momentos de tensión. Hacer inteligibles las prácticas y los discursos en el contexto significa, siguiendo la metáfora, reconocer los aportes y las peculiaridades de cada instrumento (de cada rol, cada sector) y las posibilidades de cada músico (de cada actor) al intervenir en la composición colectiva (la vida social); sobre una partitura matriz cada músico introduce variaciones, pero éstas no son infinitas sino que concuerdan, [193] en más o en menos, con la melodía general de la obra; a pesar de las variaciones, el tema es identificable; el investigador se maneja entre el descubrimiento del tema central y la detección de sus mínimas expresiones y variantes.

En esta articulada y plural complejidad que llamamos campo, el investigador aprende a reconocer la especificidad de cada nota y el aporte insustituible de cada instrumento, aun cuando haya escuchado los mismos instrumentos en otras composiciones. En mi trabajo de campo pude hallar un renovado sentido de actividades cotidianas y extendidas que creía familiares: beber, construir una vivienda, trabajar, estar borracho, ser vecino, etc. Veamos un ejemplo. Es usual que individuos de clase media urbana se horroricen cuando saben de la existencia de madres adolescentes. Durante mi breve estadía en Villa Tenderos conviví con las hermanas de Pedrito, que tenían 12 y 14 años. Sin darme cuenta, en mis reflexiones sobre la dinámica familiar les había ido asignando un valor ambivalente: ciertamente eran niñas (iban a la escuela primaria, participaban de juegos infantiles con otros niños, etc.), pero por el desarrollo físico de una de ellas y, sobre todo, por las tareas y actitudes que se les demandaban, parecían ya ingresar en la adultez. Cuando me sorprendí en estas elucubraciones, comencé a mirar a mi alrededor y a analizar el contexto más general en que se encontraban; por ejemplo, una vecina de 21 años tenía ya cinco hijos, y otra de 35 tenía un nieto. Así llegué a preguntarme cuánto tiempo más vivirían esas jovencitas en la casa paterna; no podía concebirlas funcionalmente como niñas y, cuando la de 14 se puso a noviar, para mí era un hecho

que "se casaría" pronto. La extrañeza ante los comentarios sobre madres adolescentes tiene parte de su origen en el contexto en el cual ese comentario se produce, como dicen los etnometodólogos. Lo mismo sucede con las entrevistas temporalmente acotadas en el lugar. El curso procesual de la vida social se interrumpe y recorta con la aparición y desaparición del investigador de ese mundo social (esta interrupción se produce en la mente del investigador). Un discurso o una práctica no sólo se descontextualiza cuando se elimina su articulación con otros aspectos, prácticas y discursos en el momento en que se registran (como si recortáramos a un individuo de su fotografía, sustrayendo los demás personajes y el paisaje de fondo); también se descontextualizan cuando el momento de la entrevista y el material consiguiente se desgajan del curso de los acontecimientos. Esto no significa que sea necesario ver y registrar todo lo que sucede en todas partes con todos los habitantes y en todo momento; más bien parece conveniente tener en cuenta que la elaboración de datos opera, en buena medida, en función de los recortes del investigador, y estos recortes, si bien en última instancia están fundados [194] teóricamente, responden además a la dinámica del trabajo de campo, que por eso debe ser conceptualizada y controlada críticamente.

Si de todos modos el investigador no puede convivir con todos sus informantes al mismo tiempo y siempre es testigo presencial aunque parcial de diversos sucesos, ¿cuál es, entonces, la ventaja de una estadía prolongada en el ámbito donde se desarrolla la vida habitual de los informantes? Estar allí cerca de cuanto sucede, sean eventos corrientes, sean extraordinarios, permite controlar los modelos de acción de los actores a través de la experiencia propia y vivencial. En este aprendizaje, compartir los acontecimientos de la vida diaria significa acceder a los supuestos subyacentes del conocimiento mutuo; compartir, por ejemplo, instancias laborales, de socialización y de relación con lo sobrenatural lleva a advertir la serie de detalles que no se explicitan en las verbalizaciones, pero que dan sentido a la vida social para sus protagonistas. La madre de Silvia, la joven de 14 años, afirmaba que su hija debía seguir estudiando. Sin embargo, ya era el segundo año que cursaba quinto grado de un ciclo primario compuesto por siete. Por edad, correspondía su egreso de ese nivel. Los datos que yo elaboraba sobre la base de la observación de su cotidianidad no guardaban relación con las expectativas maternas que, por su parte, no eran engañosas sino que revelaban pautas valorativas propias de los sectores medios. Pero la lógica de la conducta de Silvia guardaba sí una profunda relación con una serie de implícitos de su sector social, que podían verse expresados por doquier: la mujer debe tener hijos y su papel fundamental es criarlos y educarlos. Complementariamente, aunque el investigador se ponga en contacto con un puñado de individuos y de casos singulares, la información que recibe forma parte de un todo social mayor, de modo que aunque cambie de informante la contextualización de la información se asegura porque cada informante le aportará referencias acerca de los demás a quienes ya ha entrevistado. A, B y C son vecinos y, por lo tanto, parte del mundo social de D; y lo que D probablemente no dice, quizá sea suministrado por A y C.

El investigador describe actividades y prácticas eligiendo, como el cineasta, un ángulo de visión o descripción. Aunque esta elección se opera en virtud del objeto de la investigación, ello no obsta para que el ángulo se vaya reformulando conforme avanza el trabajo de campo y el investigador se vaya incorporando a la cotidianidad. Los informantes tienen sus propios ángulos de conocimiento y acción —modelos interpretativos y expresivos- que se manifiestan en temas de conversación preferidos, preocupaciones y términos reiterados, los que a su vez constituyen la forma específica

en que experimentan su cultura y su sociedad. Uno de estos ángulos de visión de los habitantes de Villa [195] Tenderos lo descubrí en mis primeros días de corresidencia, cuando empecé a percibir, la importancia de lo que llamé "interimplicación vecinal" (que guarda cierto parentesco con lo que suele llamarse "hacinamiento", por un lado, y reciprocidad o "redes de ayuda mutua", por el otro). A través de comentarios minúsculos, de conflictos a veces abiertos, a veces imperceptibles, de pequeñas acciones, gestos y miradas, obtenía algún indicio sobre la relación estrecha (aunque no siempre deseada) entre los residentes. Veamos un ejemplo de la integración de estas cuestiones cotidianas, en un pasaje de mis notas de campo y en la elaboración de datos, a partir del ángulo de la interimplicación vecinal.

> Son las seis y media del martes 8 de diciembre; comparto la cama con Silvia y Pedrito. En la otra cama se oye llorar, todavía calmo, aYoni, el bebé de ocho meses, por su leche. La madre llama a Silvia, la mayor, para que se levante a prepararla. Silvia dice "¡Ya va!" pero sigue acostada, mientras Yoni llora, ahora un poco más fuerte. La madre grita y Silvia discute desde la cama pero sigue sin levantarse. Por mi parte, comienzo a impacientarme, pero mi disciplina de antropóloga hace que "me quede en el molde". Yoni brama y Silvia finalmente se levanta; va a la cocina y descubre que no hay gas en la garrafa y no puede calentarle la leche. La madre le grita que vaya al almacén. Pienso que por qué no va ella y por qué grita desde una pieza a la otra, y por qué no previo la noche anterior estos inconvenientes, y por qué sigue llorando Yoni, pero "me quedo en el molde". En el desorden matinal, Silvia tampoco encuentra la libreta de fiado; la busca medio dormida y Yoni ha elevado más aún el volumen del llanto. La madre le dice que igualmente vaya. Silvia lo hace y encuentra todavía cerrado el almacén, así que decide regresar. Desde el rancho de enfrente, Icha ha escuchado el movimiento de la casay sale ala ventana cuando pasa Silvia, quien le comenta lo sucedido. Icha. le ofrece su cocina y a los cinco minutos Yoni sorbe con fruición su mamadera.

Ahora bien, de semejante despertar yo podía haber "puesto la cámara" en varios ángulos: apuntar a la desidia y apatía dé una madre villera que no sabe prever sus necesidades y la de sus hijos, característica que explicaría -como suele hacerse desde el sentido común de los no villeros- las deficitarias condiciones de vida del sector. Otro ángulo era analizar la división sexual de tareas en el hogar: aunque Pedrito estaba por demás despierto y jugueteaba en la cama, en ningún momento fue requerido para colaborar con su hermana, ni siquiera para buscar la libreta. Otro ángulo era el de la socialización de los niños en las actividades y obligaciones de los mayores desde temprana edad. Sin embargo, en lo primero que reparé fue que, según las confidencias que me hiciera la madre de Yoni y la misma Icha en visitas [196] anteriores, ambas estaban distanciadas y no se hablaban; una y otra me habían recalcado innumerables problemas y defectos de la otra. Pero esa mañana, Icha sacaba de un apuro a la madre de Yoni. ¿Qué estaba pasando? Por lo pronto, era testigo de una de las típicas ocasiones, tan habituales en los registros de los antropólogos, en que se produce un desfasaje entre lo que la gente hace y lo que la gente dice que hace. Según otra perspectiva podía haber interpretado que ambas me habían mentido; pero según la mía concluí que debía aún indagar en el sentido de las palabras y los hechos de "dar una mano" al reciño, como perteneciendo a un dominio diferente de la vida social (Holy y Stuchlik, 1983; cf. capítulos 4 y 11). Esta indagación puede terminar en un ensayo que destaque la solidaridad social de los sectores populares o que, por el contrario, los envilezca

describiendo sus endémicas peleas. Aunque esta discusión sea secundaria en estas páginas, es sobre este tipo de datos que se cimienta el conocimiento social y se extraen pruebas a ilustraciones para contrastar teorías.

Así, la estadía prolongada permite no sólo ser testigo sino también visualizar cómo se articulan diversas actividades en un contexto, cómo se reiteran pautas en distintos momentos y frecuencias. La redundancia de la vida social (Tonkin, 1984), esto es, la repetición de ciertos hechos, es un recurso por el cual el investigador puede descubrir temas y comportamientos que, por lo reiterados, comienzan a ser manifestaciones dominantes del significado de una actividad, de las relaciones sociales, de un término o una práctica; aunque estas manifestaciones se parezcan a prácticas, términos o actividades de la sociedad o sector social del investigador, cuando son analizadas en su contexto original adquieren otra significación. Pero no basta estar allí para encontrar redundancias. El investigador atraviesa un largo proceso que va desde un momento en que todo parece un sinsentido abigarrado de hechos más o menos iguales integrados en el caos o (lo que parece su contrario pero no lo es) una serie de nociones y actividades "normales" y comunes que no tienen nada de raro, y no sabe por dónde empezar a hacer preguntas porque "todo es (en realidad parece) familiar". Con el tiempo se comienzan a detectar hechos, nociones y palabras que se repiten pero a los que no se les encuentra el menor sentido ni articulación. Ciertamente no es sólo por estar allí que se descubrirá su lógica, pero si no se está, seguro que no la descubrirá. Estar allí es, pues, condición necesaria pero no suficiente para desentrañar distintas racionalidades. El enfoque teórico hace la otra parte.

La corresidencia abre la posibilidad no sólo del ejercicio de actividades ligadas a la observación sino, también, de la participación. Puesto en el seno de un grupo y un modo de vida, el investigador se ve obligado a desempeñarse según sus reglas mínimas: debe ser participante en algún sentido. Conforme vaya aprendiendo esas pautas, [197] quizá amplíe el espectro de su participación interviniendo en otras actividades, ámbitos de organización y toma de decisión, todo lo cual .exige compartir sentidos básicos y comprender la organización social de que se trata. Sin embargo, un extraño nunca se convierte en un nativo: puede ser un extraño conocido, ligado afectivamente a sus informantes. Henos aquí con un punto central.

3. Ciencia y ficción

Si echamos una nueva mirada a las citas de Malinowski descubriremos el sentido ambivalente de la corresidencia. El investigador se instala en el lugar y su objetivo es participar en términos de los actores que observa y con quienes convive, actuando como si fuera uno más. En esta progresiva simulación, penetra en la ficción de ser uno de ellos, aun cuando nunca dejará de ser él mismo, con su historia, sus determinaciones y sus objetivos específicos para estar allí. Una condición fundante de la corresidencia para que la ficción sea eficaz es la creación de una situación de dependencia del investigador con respecto a los informantes. Su aparición casi solitaria en un medio que le resulta desconocido para vivir como lo hacen los lugareños, aun cuando no sepa cómo hacerlo (y bien que se encarga inicialmente de demostrar su incapacidad), ubica al investigador en una posición de relativa inferioridad que vale incluso cuando es el representante de una sociedad o sector social dominante y más poderoso que la sociedad o sector estudiados. Si la visita laxa y reiterada suscita una actitud amigable, la corresidencia pone de manifiesto una "puesta a merced" casi total por parte del investigador; un

mayor compromiso nace como parte de esta ficción, en la medida en que somete al investigador a la voluntad de protección, buen trato, apatía o rechazo de los informantes. En su período de corresidente, el investigador es pautado por las normas y valores locales y, en términos de Malinowski, su única compañía son los sujetos que estudia.

La fuerza del "nadas o te ahogas" reside, precisamente, en que pone al investigador en una disyuntiva fatal: la soledad, el encierro y el abandono del campo o la cultura, sus costumbres, la perspectiva del actor. Si nada como sea, estilo perro o crol, el investigador saldrá a flote. En este sentido, la disyuntiva que se le presenta es real y objetiva. Pero por otro lado, la corresidencia es una vuelta de tuerca más a la incipiente ficción que plantea la participación. El investigador nunca será uno más; no se ha socializado en las pautas, carencias y abundancias de aquel sector y llegará un momento en que dará por concluida su labor. Su exploración en cuerpo y alma, mitad real, mitad ilusión, bien vale la experiencia y sobre todo los resultados, si es [198] que el investigador tiene presente que sus condiciones de participación y corresidencia son, en parte, artificiales y que las posibilidades, de revivir la cultura desde adentro tienen la limitación de su obligada e ineludible "extranjería". La reflexividad en campo puede evitarle caer en la trampa de suponer que cuanto aprende, bajo la compulsión de la construcción de su posición de dependiente, proviene de la hermandad inmediata que suscita la presencia directa y la convivencia. Aunque estas vías sean fundamentales para obtener un conocimiento empírico vasto y profundo de esa sociedad, no bastan para configurar un conocimiento sistemático y teóricamente controlado. E] director del centro periférico de salud de Villa Tenderos tenía 35 años de asistir diariamente durante ocho horas a la villa. Conocía al detalle la vida de la mayoría de las familias y había visto crecer a una generación; colaboró durante los incendios, las inundaciones, y más de una vez había asistido de urgencia a un herido en riñas y trifulcas. Sin embargo, explicaba el fenómeno villero con las palabras siguientes: "villero es alguien que gasta en taxi pudiendo caminar", aludiendo a la imprevisión, la desidia, la incapacidad de fijar prioridades, etc. Complementariamente, individuos que nunca habían ido a una villa miseria ni pensaban hacerlo tenían la misma opinión. El médico cifraba su autoridad en su esforzada y meritoria labor de asistir día a día a esos vecinos, al punto de alegar, reiteradamente: "¡A mí no me va a decir! Yo hace 35 años, ni dos ni tres, ¡35! que vengo a esta villa, ¡Si la conoceré!...". Los antropólogos suelen considerarse baqueanos indiscutibles de aquellos medios sociales donde han realizado su trabajo de campo. Su conocimiento obtenido de primera mano y el esfuerzo demandado pueden ser considerables hasta transformar a ese investigador en una autoridad en la materia. Sin embargo, tener un conocimiento extenso sobre esa población no es lo mismo que tener la última palabra (y, si no, recordemos los casos de reestudios de Tepoztlán, Samoa y las tierras Zuñi).

Desde este ángulo, la corresidencia es un recurso cognitivo por el. cual el investigador se implica con la población que estudia. Su mayor implicación y su compromiso con el campo no nacen solamente de los riesgos a que se expone en su condición dependiente de los informantes en un medio extraño y a menudo rico en amenazas y misterios; nacen fundamentalmente del hecho de que la participación y la corresidencia son instancias privilegiadas en las cuales el investigador es cuestionado en sus propios modelos explicativos y prácticos, los que, de este modo, se revelan como posibles alternativas, pero no como absolutos. El contraste con otros modos de vida y otros modelos para la acción y la interpretación de lo social es una fuente de experiencia intransferible del conocimiento de otros grupos humanos. De allí, entonces, la necesidad de su

presencia/comparecencia en [199] campo, de los datos de primera mano y de la interacción directa con los sujetos que estudia. A partir de esta reflexividad entre lo familiar (sus propios modelos) y lo exótico (los modelos de los nativos), el investigador puede indagar ambas lógicas en su propia legitimidad.

4. Viejas costumbres en nuevos contextos

La corresidencia es uno de los puntos más polémicos en el estado actual de la antropología social; esta disciplina ha ido desplazando sus ámbitos de investigación desde las sociedades predominantemente rurales y pueblerinas, aldeanas y tribales, a sociedades pluriétnicas y clasistas de medios urbanos y rurales, ligados a las metrópolis y a los centros de poder político y económico. La antropología ha comenzado a internarse en instituciones y organizaciones, barrios y esquinas, empresas y fábricas, escuelas y hospitales. ¿Cómo se plantea en estos nuevos contextos la observación participante y, más particularmente, la corresidencia? ¿Hasta qué punto tiene sentido y/o es conveniente o practicable que el antropólogo vaya a vivir por un tiempo a un hospital o a otra parte de la ciudad, si su unidad de estudio dista sólo diez cuadras de su hogar? ¿Qué hacer si los informantes están diseminados a lo largo y a lo ancho de la ciudad y no se circunscriben dentro de un territorio definido como "barrio" o "edificio"?

Si por corresidencia entendemos pernoctar, despertar, comer y trabajar en el mismo ámbito que los entrevistados, el punto puede responderse por dos vías no necesariamente excluyentes: por un lado, si el investigador encara un trabajo de campo en su habitat, puede decirse que, de hecho, reside en el campo. La cuestión es que buena parte de sus prácticas habituales deberán empezar a mirarse con otros ojos, como si verse a sí mismo cuando observa a un informante fuera una actividad más de su trabajo de campo; por otro lado, si se estudia a un grupo social distinto del grupo del investigador, residir en la misma ciudad no garantiza la visualización de las condiciones concretas en que se desarrolla ese grupo ni del lugar particular que ocupa el sector en su sociedad. En este segundo caso, la corresidencia estaría atravesando, efectivamente, una seria crisis. Ahora bien, corresidir puede limitarse al mero hecho de compartir el mayor tiempo posible, la mayor variedad de instancias de cierta cotidianidad, en cuyo caso aún es posible el rescate de este recurso y, sobre todo, de su sentido central. La corresidencia puede reencarnarse en otras modalidades cuya función sea similar: prolongadas estadías en los horarios más dispares y variando los días de semana y del mes. Estar presente, por ejemplo, en un barrio humilde cuando se cobra la quincena puede suministrar una información [200] particular. En Villa Tenderos los días de cobro alteran -como es de esperar- el flujo de los gastos familiares, el tránsito de vendedores ambulantes, pero también incrementa los asaltos y las exigencias, a veces violentas, de devolución de préstamos. En la primera etapa de mi trabajo de campo, cuando el empleo no era un azar ni una lotería en la Argentina, la razzia policial detenía a algunos pobladores a su regreso del trabajo en "averiguación de antecedentes"; la detención se prolongaba hasta que el detenido pagaba una fianza que solía extraer de su quincena recién cobrada, pues el procedimiento coincidía, como por arte de magia, con los días 5 y 20 de cada mes. Asimismo, el día de semana y la hora de visita pueden dar un variado panorama. Cuando mis informantes de Villa Tenderos trataban de advertirme de los peligros de transitar sola por el vecindario, me explicaban que la noche era particularmente crítica porque era el momento en que las "barritas de pibes" se reunían para "falopearse" (drogarse). El riesgo se acrecentaba hacia los fines de semana y decrecía los domingos, cuando los vecinos consideraban que tanto "faloperos" como borrachos estaban

neutralizados por los efectos de la ingesta: "Andan por ahí, tirados, en el pasillo, en la calle".

En los estudios antropológicos clásicos, el investigador debía recabar información acerca del ciclo vital y anual completo de una sociedad; sus informantes se hallaban nucleados en un espacio geográficamente acotado que recibía cierta denominación y que además formaba parte de una organización social y política mayor. Pero henos aquí que en las llamadas "sociedades complejas", el investigador encara su tarea con unidades de análisis que no remiten directamente al miembro "tipo" de una sociedad o un grupo étnico, sino a individuos que se ubican en distintos lugares y que adscriben a identidades diversas y simultáneas en el marco de la sociedad (probablemente esto haya ocurrido y ocurra con todas las sociedades, pero para los antropólogos fue más evidente en las sociedades complejas). Un estudio sobre judíos en la Argentina no significa que toda la sociedad o cultura sean también judíos y un informante puede pertenecer a la llamada "minoría judía", a los sectores medios, a los cuadros profesionales académicos y a un partido político. En este sentido, la corresidencia necesita replantearse en función de asegurar la presencia del investigador en aquellas instancias que sean relevantes para el conocimiento de la categoría social, según su objeto de conocimiento. Por ejemplo, si se quiere conocer el funcionamiento de la administración pública, sería conveniente instalarse el mayor tiempo posible en sus oficinas, compartir con su personal diversas circunstancias que tengan lugar dentro y fuera del ámbito de trabajo. Es probable que se detecten prácticas extralaborales en la oficina y fuera de ella, por ejemplo, la hora del té, el almuerzo, el [201] chismorreo, el café después de la salida, etc. Pero la asistencia dominical a misa puede no ser relevante en este trabajo (esto habría que indagarlo, sin embargo, en el trabajo de campo).

La corresidencia se ha resignificado y el investigador puede aún sacar partido de este clásico instrumento antropológico si preserva, en la mira, sus tradicionales objetivos: observar y participar en la cotidianidad de un grupo social. [202]

10. La entrevista antropológica: Introducción a la no directividad

Cierta información puede obtenerse sólo parcialmente a través de la observación: los sistemas de representaciones, nociones, ideas, creencias, valores, normas, criterios de adscripción y clasificación, entre otros. Si bien advertimos que no es conveniente caer en simplificaciones, la entrevista es una de las técnicas más apropiadas para acceder al universo de significaciones de los actores. Asimismo, la referencia a acciones, pasadas o presentes, de sí o de terceros, que no hayan sido atestiguadas por el investigador puede alcanzarse a través de la entrevista. Entendida como relación social a través de la cual se obtienen enunciados y verbalizaciones, es además una instancia de observación; al material discursivo debe agregarse la información acerca del contexto del entrevistado, sus características físicas y su conducta.

Sin embargo, existen muchas variantes de esta técnica, cada una con su respectivo marco, fines y modalidades. Pueden identificarse las entrevistas dirigidas que se aplican a través de un cuestionario preestablecido; las semiestructuradas, focalizadas en una temática; las entrevistas clínicas, orientadas a la interpretación sociopsicológica. Las entrevistas se emplean tanto en la investigación científica como en encuestas de opinión y de sondeo político. En este y el próximo capítulo nos ocuparemos de lo que algunos autores llaman "entrevista antropológica o etnográfica" (ethnographic interview, según Agar, 1980 y Spradley, 1979), también conocida como "entrevista informal" (Kemp y Ellen, 1984) o "no directiva" (Thiollent, 1982; Kandel, 1982 y otros autores provenientes de la sociología).[1] Esta especie [203] se añade al bagaje técnico metodológico del que se ha valido la antropología para conocer otras sociedades y culturas, bajo la premisa de que ese conocimiento no caiga en perspectivas etno y sociocéntricas.

1. No hay preguntas sin respuestas (implícitas)

La necesidad de sistematizar la entrevista empleada en el trabajo de campo antropológico surgió de su progresiva diferenciación de otras variantes de esa misma técnica. La tardía justificación de su cientificidad por parte de los antropólogos fue realizada cuando comenzaba a decaer el reinado positivista de las técnicas cuantitativas, buscándose entonces otras vías que aseguraran un conocimiento más profundo y "objetivo" de lo real. Tal fue la razón para que en los años treinta irrumpieran los estudios naturalistas en barriadas, pueblos y ciudades; el investigador abandonó el gabinete y se dirigió al contexto donde se desenvolvían habitualmente los actores; allí los observó y entrevistó; tomarlos en su propio medio parecía garantizar una información confiable y veraz. A pesar de que esta perspectiva, clásica en las etnografías, llevara consigo la impronta de un acusado empirismo, su rescate es posible desde una mirada epistemológica alternativa, dado su gran aporte al conocimiento de otras culturas y de la cultura y sociedad del investigador. Revisaremos este potencial, contrastando la entrevista antropológica con la entrevista estructurada.

[1] Para bibliografía referida a la entrevista en encuestas y cuestionarios más clásicamente empleada en ciencias sociales, sugerimos consultar Boudón y Lazarsfeld (1973), Pardinas (1969), Schatzman y Strauss (1973), Selltiz (1980), Zelditch (1982), entre otros.

Según la metodología tradicional en ciencias sociales, el entrevistador debe suministrar un cuestionario idéntico a todos los entrevistados, con las mismas preguntas cerradas, (a responder por sí-no-no sé), abiertas (a responder en palabras del informante) y de elección múltiple (más conocida como múltiple choice, en las cuales se presenta un número determinado de respuestas optativas). Las preguntas deben ser formuladas en la misma secuencia, registrando puntualmente las respuestas (Thiollent, 1982: 79). Se supone que así todos los respondentes se encuentran sometidos a las mismas condiciones de interrogación y, por lo tanto, sus afirmaciones tienen el mismo valor.

Veamos un cuestionario suministrado a agentes oficiales y vecinos de una villa miseria para penetrar en su imagen acerca de los residentes de villas y los prejuicios sociales hacia ese sector socio-residencial. El análisis de este cuestionario nos permitirá hacer algunas puntualizaciones sobre las características de esta herramienta. Nuestra tesis es que su mayor limitación proviene de que los supuestos del investigador se proyectan en el discurso, cerrando el acceso al universo de sentidos que componen la perspectiva del actor; puede ser, entonces, una herramienta de conocimiento sociocéntrico. [204]

Cuestionario

1. ¿Hay prejuicios contra los villeros?
2. ¿Quiénes los sustentan?
3. ¿Usted los comparte? Sí-No. ¿Por qué?
4. ¿Cómo sabe estas cosas de los villeros? (¿Directa o indirectamente?)
5. ¿Fue alguna vez a una villa? ¿Por qué? ¿Para qué?
6. ¿Tuvo algún inconveniente? ¿De qué tipo?
7. ¿Cómo fue la relación con los pobladores?
8. ¿Cómo viven?
9. ¿Qué problemas tienen?
10. ¿Son un problema las villas? ¿Por qué?
11. ¿Cómo se podrá/deberá resolver?
12. ¿Conoce algunos intentos? ¿Por parte de quiénes? ¿Han sido exitosos o fracasaron? ¿Por qué?

Estas preguntas pueden agruparse en bloques temáticos:

- la percepción/reconocimiento de los prejuicios contra los villeros (1-3);
- el carácter directo o indirecto del conocimiento que sustenta el no villero acerca del villero (4-7);
- la villa como problema; soluciones (8-12).

La primera serie trata de establecer el grado de conciencia de los informantes con respecto a las ideas prejuiciosas. La segunda trata de establecer si el informante conoce de primera mano o si las impresiones le han sido transmitidas por terceros. Es frecuente -tanto en la teoría social como en el sentido común— que los prejuicios se conciban como juicios a priori sin conocimiento suficiente y que se identifique a este "conocimiento" con el "de primera mano" (como vemos, en el sentido común también operan premisas empiristas). La tercera serie se refiere a la villa miseria como "problema" que requiere soluciones. La confección del cuestionario responde a una concepción teórica del prejuicio, según la cual el informante puede reconocer-se sujeto de prejuicio y reconocer al villero como su objeto; también supone que el prejuicio se

asienta sobre un conocimiento indirecto (y por eso insuficiente), que puede llegar a ser inmune a la confrontación empírica; en este marco las villas y sus habitantes son "un problema" y son caracterizados desde dicho ángulo; pero aún hay algo más. El uso del término "villero" predispone negativamente al informante, ya que en el sentido común y el habla corriente suele emplearse como insulto, tanto en las inmediaciones como en zonas más alejadas. Al confeccionar [205] el cuestionario, el investigador desconoce que 'vivir en una villa" y "ser un villero" son cosas diferentes para quienes no residen en estos asentamientos; la primera expresión no tiene necesariamente las connotaciones negativas de la segunda. Por eso, averiguar "si ser villero es malo" (o un problema) es casi lo mismo que preguntar "de qué color era el caballo blanco de San Martín".

¿A qué se deben estas limitaciones? ¿A una falta del investigador? ¿A su inexperiencia? Probablemente, pero quizá su explicación más relevante deba buscarse en las bases epistemológicas según las cuales se concibe la relación cognitiva entre dos sujetos, a través de las preguntas y respuestas, en el contexto de la entrevista.

Según la concepción positivista nos hemos acostumbrado a creer que para saber algo basta con preguntar. La respuesta a una pregunta colmaría la ansiedad de conocimiento. Pero esto es sólo parcialmente cierto, ya que supone que las preguntas formuladas por el investigador pertenecen al mismo universo de sentido que las respuestas del informante. El investigador se pone en contacto con una población cuyo universo desconoce e incorpora las respuestas directamente a su propio marco. Veamos un ejemplo. Encontrándose Hermitte en Pinola se emprendió un censo sociocultural en el marco del Proyecto Chicago-Chiapas (1960) del cual ella participaba. La siguiente situación se produjo cuando Hermitte hizo una pregunta referida al parentesco:

—Nazario, ¿cuántos hermanos tenes?
—Ninguno.

Hermitte, por conocimientos previos, sabía que Nazario tenía cinco hermanos que habían conversado con ella en varias oportunidades. Le preguntó un poco sorprendida:

—¿Pero Antonio y Pedro qué son?
——Mis hermanitos -le contestó Nazario.

No era una broma: el malentendido, provenía de una distinción propia de la lengua tzeltal, en que se designa banquil al hermano mayor que ego y kitzin al hermano menor. Un censista no adiestrado en estas sutilezas -que en el caso citado fue posible advertir porque la censista tenía ya un largo trabajo de campo- habría pasado por alto buena parte de la unidad doméstica.

En el proceso de conocimiento, las preguntas y respuestas no son dos bloques separados sino partes de una misma reflexión y una misma lógica, que es la de: quien interroga; el investigador. Y no se debe a que el informante responda lo que el investigador [206] quiere oír (o no diga "la verdad"), sino a que cuanto diga será incorporado por el investigador a su propio contexto interpretativo, a su propia lógica. Al plantear sus preguntas, el investigador establece el marco interpretativo de las respuestas, es decir, el contexto donde lo verbalizado por los informantes tendrá sentido para la investigación y el universo cognitivo del investigador. Este contexto se expresa a través de la selección temática y los términos de las preguntas además de, obviamente, el análisis de datos. El

sentido de “villero” puede o no ser el mismo para todos los respondentes y quizá ocurra que algunos ni siquiera emplean el término. Pero todo cuanto digan será decodificado por el investigador como respuesta a lo que él solicitó, como una categoría con lugar y valor preestablecidos. Tal desfasaje, generalmente encubierto y desconocido, se hace manifiesto cuando el investigador pertenece a un universo cultural diferente del de sus informantes. Entonces, la aparentemente unívoca pregunta "¿cuántos hermanos tenes?" expresa una distinción de parentesco propia de la sociedad del investigador, más que una primera averiguación totalmente neutral y objetiva acerca de quiénes componen la unidad doméstica del informante. Efectivamente, una pregunta alternativa podía haber sido: ¿quiénes componen la familia?, ¿con quiénes vive?, etc.

Comprender los términos de una cultura o de un grupo social, la perspectiva del actor, consiste en reconocer que el de los informantes es un universo distinto del mundo del investigador. Y esto no vale sólo para los grupos étnicos sino para todos los agrupamientos humanos, si es que les reconocemos una lógica propia para organizar su universo, en función de una específica ubicación social. Por eso es conveniente que el investigador empiece por reconocer su propio marco interpretativo acerca de lo que estudiará y lo diferencie, en la medida de lo posible, del marco de los sujetos de estudio; este reconocimiento puede hacerse revelando las respuestas que subyacen en un cuestionario hipotético. Por ejemplo, cuando se le pregunta a un oficinista y a un ama de casa: "¿de qué trabaja?", el investigador puede ostentar una noción de trabajo predeterminada, a la que casi seguramente intentará ajustar las respuestas, sin mediaciones. ¿Qué supuestos encubre esta pregunta? Que el informante desempeña una actividad consistente en una labor remunerada por las horas invertidas; sin embargo, este concepto es sólo uno de los tantos posibles. Quizá el informante comparta la misma noción pero bajo otras denominaciones y en forma de otras prácticas. Por ejemplo, ¿se considera "trabajo" la colaboración infantil en el hogar en el medio rural, las labores del ama de casa y el trabajo doméstico no remunerado, el robo sistematizado, la [207] autoconstrucción de la vivienda propia los fines de semana o la mendicidad?

Este reconocimiento es vital para acceder a un universo diferente y peculiar de significaciones porque, de lo contrario, el investigador puede suponer que está obteniendo respuestas a su pregunta y a su universo; en realidad, esas respuestas le están siendo planteadas desde otro universo, pero el investigador las interpreta como respuestas dentro de su propio marco. Dicho de otro modo: aunque aparentemente manejen el mismo idioma, hablan de cosas diferentes pero no lo saben. El riesgo es proyectar conceptos y sentidos del investigador en las palabras del informante, corroborando lo que se proponían encontrar; no se pueden descubrir (ni sorprender) nuevas relaciones y sentidos; las investigaciones de este tipo acaban siendo meras tautologías. Que un sujeto cognoscente deba partir de su universo no significa que deba mantenerse necesariamente en él por el resto de la investigación. Ésta es la diferencia entre una investigación que busca descubrir y otra que pretende ratificar; entre un enfoque que aspira a integrar la perspectiva del actor desde los actores, y otra que proyecta en ellos los supuestos y la lógica del investigador. En síntesis, ésta es la diferencia entre una investigación sociocéntrica y otra que no lo es.

A diferencia de la observación participante, la entrevista como interacción témporo-espacialmente situada, en la cual un sujeto -el investigador- obtiene información de otro -el informante- ha sido un recurso técnico relevante en otras ciencias sociales y ha debido respetar los requerimientos de cientificidad exigidos por la corriente

epistemológica dominante. Así, cada técnica lleva consigo una especie de "marca de fábrica", la impronta de la epistemología que la vio nacer. La observación participante surgió amparada por una "vuelta al naturalismo" en las ciencias sociales. La entrevista fue prohijada por el positivismo, de lo cual acabamos de analizar uno de sus rasgos más salientes: la relación cognitiva entre preguntas y respuestas. Pero hay, además, otros supuestos subyacentes en la aplicación de esta técnica. La entrevista en ciencias sociales se presenta como una relación diádica canalizada por la discursividad. Ya se trate de hechos, actitudes, opiniones o recuerdos, el investigador obtiene materiales y da sus consignas al informante a través de la palabra. Estas características se fundan en una concepción de lo social basada en ciertos supuestos:

- para conocer una unidad sociocultural se puede recurrir a la interrogación de sus miembros;
- cada miembro es una síntesis global portadora de los hechos y normas dominantes de esa unidad social; [208]
- las posibilidades de expresión discursiva son básicamente las mismas para todos los miembros de una sociedad (o de la unidad sociocultural);
- la respuesta a una pregunta expresa, directamente, los hechos y las normas dominantes;
- esa respuesta es sustentada individualmente por cada persona y revela su propia opinión;
- cada individuo puede proveer esa respuesta cuando le es solicitada.

Estos supuestos pueden agruparse en dos órdenes, uno sociológico y otro epistemológico, a su vez relacionados entre sí. Se ha dicho, sociológicamente, que la entrevista en general, pero particularmente la estandarizada para todos los informantes a través de una relación dialógica, supone que cada individuo puede expresar patrones sociales y opiniones acerca de su sociedad. Ello implicaría que los respondentes son capaces de conformar una opinión acerca de los temas que interesan al investigador. Pero estos temas pueden no ser igualmente significativos ni tampoco haberse planteado para la discursividad en todos los sectores sociales (Menéndez, 1984). Señalamos en otra parte la distinción que introduce Bourdieu entre el conocimiento teórico y el conocimiento práctico. Por ocupar un lugar y tener una significación diferente en un intelectual, un comerciante y un obrero no calificado y semianalfabeto, la verbalización es un vehículo desigual según el grupo social de que se trate (Bourdieu, 1982). La mayoría de los temas abordados por las entrevistas en investigación social son cuestiones que los informantes quizá manejen cotidianamente, no reflexiva sino prácticamente, en el decurso de su vida, en sus contextos específicos.

La entrevista significa una alteración de los términos habituales de interacción social para la mayoría de los actores sociales (más aún, en los sectores y grupos étnicos estudiados por los antropólogos). La interacción aparece inclinada a la mayor discursividad del informante sobre la base de impulsos provistos por el investigador. Sumado a que, por lo general, la gente no pide ser entrevistada para una investigación social (y mucho menos antropológica), se le solicita que se expida sobre cuestiones de las cuales puede no tener una opinión formada (Ríessman, en Menéndez T984). Sin embargo, el investigador no concluye esto de las a veces magras respuestas obtenidas, sino de un tono general de apatía, oposición o ignorancia por parte del informante. La extrapolación de temáticas y marcos interpretativos es más acusada en las encuestas pero, como vimos, no desaparece en las entrevistas con preguntas abiertas, ni en las no

directivas. Y esto sucede porque, entre otras cosas, la entrevista, implica, sociológica y epistemológicamente, [209] una relación diferencial y asimétrica. Sociológicamente, el investigador representa a un sector de status superior -económico, cultural, etc. — al del entrevistado. Pero esa superioridad puede emerger incluso si el dominio no proviene del origen social del entrevistador y el entrevistado; surge en la forma de la interacción: uno pregunta, el otro responde. Por eso, epistemológicamente, el investigador impone el marco del encuentro y de la relación, las temáticas a tratar y el destino de la información. Lilian Kandel (1982) encuadra este condicionamiento como resultado de la división social del trabajo intelectual, como la monopolización del saber y de la capacidad de preguntar por el investigador. El solo hecho de un encuentro a solas con alguien que se presenta como investigador o científico, la puntualización de temas, todo esto implica ya cierta orientación y condicionamiento de las respuestas. No pretendemos aquí resolver tamaña cuestión, sino puntualizar algunos aspectos del problema y proponer algunas formas de trabajo para advertir y controlar lo más posible sus consecuencias.[2] Para ello, trazaremos el marco general y los propósitos de la entrevista no directiva desde un enfoque no empirista.

2. Límites y supuestos de la no directividad

Para evitar el etnocentrismo, la antropología apeló tradicionalmente a la presencia directa del investigador en el campo. Para estudiar la compleja articulación de las culturas cuyas pautas eran desconocidas para el mundo del investigador, éste debía, primero, acceder a una mínima comprensión de la lógica del universo de los sujetos. Con respecto a la entrevista, la tarea se dificultaba aún más por el desconocimiento de la lengua. Así es como primero el investigador debía aprenderla y, en ese mismo proceso, iba internándose en la lógica de la cultura y la vida social. En estos contextos, la no directividad como vía para acceder a la diversidad era una medida obligatoria. [210] En las sociedades complejas y más aún en la del investigador, esas "naturales diferencias" parecieron diluirse.

A medida que se fue acercando a su propio medio, a su sector social, a las instituciones que frecuentaba desde su más temprana socialización empleando un lenguaje que le resulta conocido "desde siempre" la distancia etnográfica se acortó peligrosamente. Para reconocerla, el investigador necesitó ubicarse en una posición de desconocimiento, sospecha y duda acerca de sus certezas, que constituían ni más ni menos que el fundamento de sus formas de actuar y concebir el mundo, los parámetros de "lo normal". La no directividad se ha resignificado en sociedades más familiares al investigador. La diferencia cultural no es, al menos aparentemente, tan ostensible.

Combinada con el enfoque empirista, la no directividad se funda en el supuesto del "hombre invisible", como si no focalizar en un tema y no proponer consignas garantizara que el informante pudiera expresar cuestiones relevantes y significativas o, incluso, como si el investigador pudiera internarse en la mentalidad misma del entrevis-

[2] El excelente libro Learning how to Ask de Charles Briggs (1986) presenta exactamente esta perspectiva y también sugiere algunas vías para hacer que dos competencias metacomunicativas puedan por fin encontrarse. Su postura es que los hablantes provienen de distintas competencias; no todos tienen la competencia de conducirse en una entrevista con fines de investigación, aunque pueden ser competentes en otras interacciones cómo la docencia, la conversación, la seducción amorosa, la entrevista de trabajo, la entrevista policial o judicial, etc. El investigador debe aprehender esas otras competencias y no creer que las respuestas que obtiene a sus preguntas están en verdad en correspondencia con su competencia comunicativa e interpretativa (véase también Guber, 2001).

tado. ¿Es ésta la solución para contrarrestar los inconvenientes de las encuestas estandarizadas y los cuestionarios que imponen problemáticas a los informantes? ¿Está acaso menos presente el investigador aplicando entrevistas no dirigidas que dirigidas? Ambas preguntas ameritan una respuesta a la vez afirmativa y negativa.

La no directividad puede ayudar a corregir la imposición del marco del investigador si, como venimos sugiriendo en capítulos anteriores, esa no directividad se entiende como el resultado de una relación socialmente determinada en la cual cuentan la reflexividad de los actores y la del investigador. Esto requiere incorporar al campo de estudio al investigador y las condiciones en que se produce la entrevista. La reflexividad en el trabajo de campo, y particularmente en la entrevista, puede contribuir a diferenciar los respectivos contextos, a detectar permanentemente la presencia de los marcos interpretativos del investigador y de los informantes en la relación, a elucidar cómo cada uno interpreta la relación y sus verbalizaciones; quizás así sea posible establecer un nexo progresivo entre ambos universos, pero no como resultado de observaciones aisladas, sino del proceso global de aprendizaje en campo. Parte de este aprendizaje comienza a dar sus frutos, como sugieren Black y Metzger, cuando el investigador puede identificar qué respuestas subyacen en sus propios interrogantes y, recíprocamente, cuando puede descubrir a qué preguntas responde implícitamente el informante (en Spradley, 1979: 86). El problema planteado es cómo descubrir e incorporar temáticas del universo del informante a la entrevista que no hayan sido previstas por el investigador. ¿Cómo incorporar las categorías [211] de los actores en la formulación de preguntas, si todavía el investigador desconoce esas categorías (como sucedía con el ejemplo del término "villero")? Si admitimos que los "universos culturales", es decir, el modo en que un grupo de personas aprendió a ver, oír, hablar, pensar y actuar en su mundo social (Spradley, 1980: 3), son "por definición metodológica" desconocidos de antemano por el investigador, aun cuando aparezcan en forma de términos y modos familiares, el acceso a ese mundo social debería tener en cuenta, por un lado, el proceso de conocimiento del investigador, y por el otro, la construcción de recursos técnicos que contemplen tanto la reflexividad del investigador como la de los informantes.

La no directividad se basa en el supuesto de que "aquello que pertenece al orden afectivo es más profundo, más significativo y más determinante de los comportamientos que el comportamiento intelectualizado" (Guy Michelat, en Thiollent, 1982: 85, la traducción es nuestra). No es extraño hallar entrevistas no directivas en los divanes de los psicoanalistas o en las sesiones de los psicólogos rogerianos; el éxito de esta intervención mediatizada y relativizada del terapeuta reside en dejar fluir la propia actividad inconsciente del analizado (Thiollent, 1982); La aplicación de este supuesto, válido con matices, a la entrevista antropológica, resulta en la obtención de conceptos experienciales -experíence near concepts, según Agar, (1980: 90) o categorías sociales, según Rockwell, 1980)- que permitan dar cuenta del modo en que los informantes conciben, viven y llenan de contenido un término o una situación; en esto reside precisamente la significatividad y confiabilidad de la información. Pero para alcanzar esos conceptos significativos, el antropólogo se basa en los testimonios vividos que obtiene de labios de sus informantes a través de sus líneas de asociación (Palmer, en Burguess, 1982:107; Guy Michelat, en Thiollent, 1982: 85). El investigador aprende a reubicar el control propio de las entrevistas estructuradas en las cuales formula las preguntas y pide al entrevistado que se subordine a su concepción de entrevista, a su dinámica, a su cuestionario y a sus categorías. En las no dirigidas, en cambio, solicita al

informante que lo introduzca en su universo cultural, que le dé indicios para descubrir los pasajes que le permitan comprender su lógica y en esto se incluye un nuevo ritmo de encuentro, nuevas prioridades temáticas y expresiones categoriales (este planteó es asimilable a la transición que se opera desde participar en términos del investigador a participar en términos de los informantes). Para esto, la entrevista antropológica se vale de tres procedimientos: la atención flotante del investigador, la asociación libre del informante y la categorización diferida del investigador.

Al iniciar su contacto el investigador lleva consigo algunos interrogantes que provienen de sus intereses más generales y, por consiguiente, [212] de su investigación y trabajo de campo. Pero a diferencia de otros contextos investigativos, sus temas y cuestionarios más o menos explicitados son sólo nexos provisorios, guías entre paréntesis que pueden llegar a ser dejadas de lado en el curso del trabajo de campo. La premisa del trabajo de campo antropológico es que, si bien conocemos desde nuestro bagaje conceptual y de sentido común en relación con el objeto de investigación, vamos en busca de temas y conceptos que la población vierte por asociación libre; esto no significa replicar la no directividad de los psicoanalistas, sino que los informantes introducen sus prioridades en forma de temas de conversación y prácticas atestiguadas por el investigador, en modos de recibir preguntas y de preguntar, donde revelan los nudos problemáticos de su realidad social tal como la perciben desde su universo cultural. Para captar este material, el investigador permanece en atención flotante (Guy Michelat y Jacques Maitre, en Thiollent, 1982), un modo de escuchar que consiste en no privilegiar de antemano ningún punto del discurso (pág. 91). Este procedimiento se diferencia del empleado en las encuestas y cuestionarios porque la libre asociación permite introducir temas y conceptos desde la perspectiva del informante más que desde la lógica del investigador. Al promover la libre asociación, ello deriva en cierta asimetría parlante en la entrevista antropológica, con verbalizaciones más prolongadas del informante, y mínimas o variables intervenciones e inducciones por parte del investigador.

Esta tarea nada sencilla sugiere una metáfora: la de un guía por área desconocidas; la metáfora vale porque el investigador aprende a acompañar al informante por los caminos de su lógica, lo cual requiere gran cautela y advertir, sobre todo, las intrusiones incontroladas. Esto implica, además, confiar en que los rumbos elegidos por el baqueano llevarán al investigador a buen destino, aunque poco de lo que vea y suponga quede por el momento demasiado claro. Esos trozos de información, verbalizaciones y prácticas, es decir, las piedras, lianas, árboles y orillas que van atravesando a medida que se internan por la selva, pueden parecer absurdos e inconducentes, pero son el. camino que se le propone recorrer. Sin perder sentido crítico y capacidad de asombro, se trata de confiar en que sé llegará a alguna parte, es decir, que todo aquello tiene alguna lógica y que esa lógica es la perspectiva del actor. En el proceso de recepción de información, esta confianza se pone de manifiesto en el acto de categorizar. Si concebimos el trabajo de campo como un camino por lo incierto e inesperado, las piedras y lianas podrían asimilarse a los conceptos que, en tanto sentidos y relaciones sociales, transmiten los informantes y que el investigador no sabe a ciencia cierta cómo decodificar. Dicho más académicamente, "el centramiento de la investigación en el entrevistado supone que el investigador acepta los marcos [213] de referencia de su interlocutor para explorar juntos los aspectos del problema en discusión y del universo cultural en cuestión" (Thiollent, 1982: 93, la traducción es nuestra).

Llevando ya varios meses de trabajo de campo, Hermitte promediaba su investigación sobre la movilidad social en la comunidad bicultural de Pinóla; un día su trabajo tomó un giro inesperado que la obligó a reformular profundamente el tema de investigación. Al indagar con un "natural" sobre la imagen que la población indígena tenía del gobierno ladino, surgió el siguiente diálogo (Hermitte, 1961):

H.: —¿Ycómo es el gobierno de los naturales [los indígenas]'?
I.: —Ah, ése es distinto porque los viejitos vuelan y si haces algo malo lo chingan.
H.: —¿Cómo? —preguntó sorprendida la investigadora.
I.: —Sí, los viejitos vuelan alto y lo chingan.

Al recibir el material discursivo y actuado, en forma aparentemente desordenada e ininteligible como este pasaje, se suele caer en la tentación de componerlo según, los preconceptos del investigador y ejercer entonces un control categorial de lo dicho por el entrevistado. Esta categorización a priori, y por lo tanto forzada, se opone a la categorización diferida, según Maitre (en Thiollent, 1982:95), una lectura de lo real mediatizada por el informante donde se relativizan los conceptos y categorías del investigador. Una "mentalidad inexperta", como diría Malinowski, habría seguido de largo, suponiendo que se trataba de una metáfora para, por ejemplo, indicar la sanción moral (y nada más que moral) de los ancestros. Hermitte reparó inmediatamente en esta formulación, en principio incomprensible, y comenzó a penetrarla hasta encontrar el sistema indígena de creencias fundado en el anual y la brujería como ejes de las nociones y prácticas referidas a la salud y la enfermedad. La investigadora se instaló en la mentalidad indígena, pero no desde una posición de interés general o no teórico, sino reparando en aquel argumento que le resultó incomprensible (GTTCE, 2001). Y si algo puede ser incomprensible es porque se lo refiere a otro marco. Por eso descubrir nuevas preguntas es una muestra más de la capacidad de relativizar el propio universo.

La categorización diferida se concreta, en primer lugar, en la formulación de preguntas abiertas que se van encadenando sobre el discurso del informante hasta configurar un sustrato básico, el marco interpretativo del .actor. Esté tipo de diálogo demanda un papel activo del entrevistador, por un lado, al reconocer que sus propias pautas de categorización son algunas de las posibles pero no las únicas, y, por el otro, al identificar los intersticios del discurso del informante [214] en donde "hacer pie" para penetrar en su interior, para reconocer/ instruir la lógica del actor. En segundo lugar, la categorización diferida se lleva a cabo en el registro de información que aparentemente no tiene razón de ser, que no reviste mayor sentido desde el marco interpretativo del investigador. Volviendo a uno de los ejemplos que Irnos en el capítulo anterior, la expresión "yo no me doy con la gente de acá", expresada por doña Vina en Villa Tenderos, sólo adquirió significación algunos meses más tarde. En el momento y por un disciplinamiento o conducta de antropóloga militante", me limité a registrar su réplica en mi primera presentación, pero sólo atiné a decodificarla literalmente. En este proceso simultáneo de reconocimiento-del-otro y autoconocimiento, el camino es bidireccional -del investigador al informante y de éste al investigador- pero en un sentido distinto al del cuestionario habitual. En este último, el investigador transmite preguntas y recibe las respuestas de sus informantes. En la entrevista antropológica, el investigador formula preguntas pero lo que obtiene por respuesta se transforma en sus nuevas preguntas. Categorías y conceptos, prioridades e intereses del investigador se mantienen pero se relativizan. Como ya señalamos, al comenzar la investigación es inevitable cierta dosis mínima de sociocentrismo cuya superación no tiene que ver con adoptar la

alternativa empirista, sino con relativizar la propia mentalidad, contrastarla con el campo y desplazarse hacia un reconocimiento de la perspectiva del actor como independiente de la del investigador (por más que sea él quien trata de construirla también, a partir de sus conceptos y categoría).

Para que este proceso sea factible es necesario tiempo, no en su sentido formal, sino en el de la espera paciente y confiada en que, por el momento, sólo se alcanzan a comprender algunas partes, pero que seguramente, más adelante, se podrán integrar los fragmentos aparentemente dispersos. No se trata de una espera pasiva sino activa, en la cual el investigador va relacionando, hipotetiza, confirma y refuta explicaciones. Esta característica, propia de todo el trabajo de campo antropológico, se torna algo problemática en el diálogo de la entrevista donde, supuestamente, el informante espera que se le pregunte en función de los intereses del investigador. La imagen de este camino podría expresarse en dos fases simultáneas, en parte relacionadas y en parte autónomas; una de deconstrucción/relativización del universo del investigador; otra de construcción de la perspectiva del actor. El investigador se desempeña activamente entre ambas y lo que obtiene en una lo remite a la otra; desde sus categorías aborda las de los informantes pero desde éstas redimensiona las propias. Para ello es necesario que el investigador se diferencie del informante, cosa que en principio [215] no sabe cómo hacer porque presupone el lugar de las diferencias y desconoce la forma de sus expresiones. Si el trabajo de campo antropológico tiene por leitmotiv esta diferenciación, en la entrevista la dificultad se duplica porque se supone que el investigador debe preguntar; pero sabemos que al hacerlo utiliza y expresa categorías propias de su marco interpretativo; la dinámica de la conversación demanda respuestas y definiciones tan inmediatas que no tiene tiempo para visualizar su reflexividad y ejercer su relativización. Sin embargo, es en medio de las exigencias que impone la interacción y el intercambio donde surgen las posibilidades de nuevos nexos y la manifestación de la diversidad entre ambas perspectivas.

Este proceso no evita avances y retrocesos, turbulencias y "calma chicha". Al rechazar el empirismo, algunos investigadores sugieren que es la teoría la que pauta, punto por punto, cada paso y cada avance y que, gracias a ella, es posible encarar ese proceso de diferenciación y de conocimiento. Si bien esto es cierto en términos generales, en última instancia, cuando el investigador va al encuentro de un informante concreto y entabla una conversación difícilmente pueda hacer uso, ante cada verbalización, de las herramientas teóricas que, tiempo después, serán la base de su interpretación. En realidad, la teoría está, pero no es lo único que estructura el intercambio; intervienen también las intuiciones, los afectos, los hábitos de pensamiento del sentido común. Y aunque alguien crea que todas las reflexiones y actos del investigador dan cuenta de un solo y coherente sustrato teórico, lo cual nos parece un poco exagerado, a la hora de hacer frente al "ping pong" de la entrevista, aquel sustrato no se hace consciente, al menos de modo permanente, ante cada pregunta y cada verbalización. Existe, pues, más razón entonces para que la categorización sea diferida. En rigor, este criterio expresa el carácter provisorio de todas las herramientas cognitivas del investigador. Pero como sólo es posible conocer a partir de esta provisoriedad, es conveniente que el investigador registre sus puntos de vista, sus impresiones y explicite sus supuestos, aun cuando todavía no pueda dar cuenta total de sus implicancias.

El camino de diferenciación y reconocimiento mutuo consiste en acceder a las formas de categorización propias y del informante con respecto a la situación de encuentro, a los temas planteados, a las verbalizaciones, a las personas presentes, a otros actores sociales, a actitudes y a gestos y al ámbito de la entrevista. Quizá convenga que durante el trabajo de campo y, más tarde, en el registro, el investigador se pregunte: [216]

¿Por qué pregunto esto?
¿Qué supongo que me va a contestar?
¿Por qué he detectado a este informante?
¿Por qué me responde?
¿A quién le está respondiendo, en verdad, mi informante?
¿Dónde estoy con mi informante? ¿Por qué? ¿Qué significado su puede tener el lugar para él?[3]

Los temas sobre los cuales el investigador pretende obtener información, a través de un cuestionario, surgen de su objeto de conocimiento. Estos temas, presentados ya en un nivel como para ser respondidos desde el sentido común por los informantes, expresan supuestos teóricos. Sin embargo, las conexiones explicativas del investigador no agotan la singularidad del nivel concreto, de manera que es necesario establecer las mediaciones por las cuales el problema teórico se manifiesta en el nivel de los sujetos: en qué esferas de la vida social, con qué códigos y a través de qué categorías y conexiones explicativas. El cuestionario, la encuesta y el censo limitan estas aperturas si no relativizan la expresión empírica de los temas elegidos, la terminología empleada, y si no flexibilizan la conexión y el orden entre preguntas -esto es, si el encuestador no está dispuesto a permitir que el informante introduzca sus temas, sus conexiones y sus términos significativos-. El investigador va al campo para reconocer universos de significación diferentes del propio. En el nivel de las entrevistas dirigidas y no dirigidas este proceso demanda la flexibilidad propia de las técnicas antropológicas de trabajo de campo.
En la entrevista antropológica esta flexibilidad se manifiesta en el diseño de una serie de estrategias para descubrir las preguntas (que es lo mismo que decir descubrir el sentido de las respuestas), el rastreo de diversas situaciones contextúales (en virtud de lo cual las respuestas adquieren sentido) y la búsqueda progresiva de marcos de referencia, temas y relaciones del informante que deriven en la construcción de la perspectiva del actor. [217]

[3] Véase en Guber (1994) una lectura sociolingüística de una entrevista, examinando estos puntos.

11. La entrevista antropológica: Preguntas para abrir los sentidos

Comenzamos el capítulo anterior analizando los supuestos subyacentes en un cuestionario; dijimos también que, aunque se tratara de preguntas abiertas, la encuesta dejaba traslucir las prioridades temáticas y los términos relevantes de quien la había diseñado. Sin embargo, ésta no es la única forma de emplear cuestionarios o entrevistas estructuradas; en efecto, éstos pueden suceder a un relevamiento abierto de los modos en que se expresan las problemáticas del investigador y los términos que trasuntan sentidos propios del mundo social de los informantes. Esto no significa adoptar un enfoque ateórico, sino evitar caer en el teoricismo estéril y en ciertas modalidades del sociocentrismo. Para internarnos en las posibilidades de la entrevista antropológica, hemos distinguido dos instancias: la dinámica general de la investigación, en la que la entrevista se va reformulando conforme a los objetivos parciales de cada etapa y la dinámica particular de cada encuentro, en la que la entrevista tiene sus momentos ascendentes y descendentes, donde se expresan, primero, las vicisitudes propias del trabajo de campo y, segundo, las características personales de los sujetos implicados.

1. Dinámica general: la entrevista en la investigación

Por dinámica general entendemos el proceso gradual por el cual el investigador va incorporando información en sucesivas etapas de su trabajo de campo. Dentro de este proceso pueden identificarse dos grandes momentos, uno de apertura y otro de focalización y profundización [219]

Descubrir las preguntas: primera apertura

En el trabajo de campo antropológico la entrevista se desarrolla como parte indisociable del conjunto de actividades que tienen lugar en la observación participante. Una entrevista puede consistir en un saludo de paso, con una breve indicación acerca de algo que acaba de suceder; en un encuentro informal para tomar mate y hablar "de bueyes perdidos", o en un encuentro concertado para conversar sobre tal o cual tema. No hay un orden preestablecido dentro de estas modalidades. Al comenzar el trabajo de campo, las dos primeras suelen ser más frecuentes si el contacto con los informantes se opera en el campo mismo, especialmente durante la corresidencia. La entrevista formal puede ser adecuada si se ha contactado a un informante a través de un tercero, explicándole que quisiéramos conversar con él sobre algún tema en particular. Si efectivamente no es requisito inexcusable el aislamiento del informante ni el suministro del cuestionario en forma y secuencia idénticas de uno a otro respondente, y si además se pretende reconocer al informante en su propio contexto, entonces no habría razón para desechar ninguna de estas tres variantes de entrevista (por más que la concepción clásica sólo incluya la tercera).

En la primera etapa del trabajo de campo, la entrevista antropológica sirve para descubrir las preguntas, esto es, para construir los marcos de referencia de los actores a partir de la verbalización asociada libremente. Desde estos marcos se extraerán, en un segundo momento y tras una categorización diferida, las preguntas y temas significativos para la focalización y profundización. Esto quiere decir que si el investigador necesita partir de una temática determinada (controlada categorialmente), quizá convenga tomarla como provisoria abriéndola progresivamente a otros temas de

interés propuestos por el informante. Cuando, a pesar de haber temas predeterminados en la conversación de campo, aparecen otras cuestiones introducidas por el informante, el investigador evitará interpretarlas como elusiones, desvíos y, sobre todo, pérdidas de tiempo. Si bien las inquietudes y preocupaciones del informante, sean o no circunstanciales, pueden llegar al investigador como deseos de apartarse del tema central (y aunque esto puede efectivamente ser así), es más probable que el investigador no alcance a comprender qué significa esa supuesta digresión; como extranjero que es desconoce qué le está comunicando el informante; en vez de un desvío bien puede estar asistiendo a la expresión del mismo problema que le interesa indagar pero en otros términos, los del actor.

En una oportunidad, Roberto, un estudiante de antropología, ensayó esta propuesta intentando llevarla hasta sus últimas consecuencias. No muy convencido del planteo y sin esperar demasiados resultados, entrevistó a una vecina de unos departamentos cercanos al barrio de [220] La Boca. Le interesaba tratar con ella los prejuicios contra algunos residentes sobre los cuales pende una negativa imagen por ser uruguayos, habitar en conventillos, ser "negros" e inmigrantes provincianos, además de las consabidas inmoralidades. En la primera entrevista se comenzó tratando temas aparentemente irrelevantes: la actividad laboral, la familia y el barrio, hasta que la entrevistada pasó a referirse a su práctica de aerobismo por las calles de la Boca; Roberto, sin demasiadas expectativas, le preguntó por dónde solía correr y ella le fue detallando sus circuitos habituales; en ese circuito dejó fuera un área bien definida que es, precisamente, la zona más pobre y con mayor concentración de conventillos. Roberto, que estaba sumergido en una atención flotante y sin libreta de notas ni grabador, le preguntó: "¿Y por esta y esta calle no corres?". "¡Nooo!!!", le respondió ella, "si ahí están los negros"..., etc., etc., etc. Una vía indirecta, supuestamente no pertinente, había dado exactamente con el tema que preocupaba al entrevistador, ni más ni menos que a partir de una práctica deportiva. Esto no sucedió por casualidad sino gracias a la atención flotante del entrevistador. En las entrevistas siguientes probó aplicar técnicas más directivas. Tanto cuando empleó un cuestionario como cuando agregó el grabador, se encontró con una entrevistada (la misma persona) rígidamente desprejuiciada, amante del género humano, incluso de los "hermanos pobres" de La Boca; se presentaba como poco menos que una abanderada de la igualdad y los humildes. Después de esa experiencia, quedó claro que la vía de acceso y la presentación del entrevistador podían ser definitorias para alcanzar ciertos contenidos, tal como eran vividos en la cotidianidad y no para "exposición". La no directividad de Roberto lo ayudó a reconocer el lugar del prejuicio y otras categorizaciones negativas en el curso de la vida diaria y concreta de la informante, no en un nivel abstracto de premisas morales generales. Roberto llegó a visualizar cómo se especificaba el prejuicio contra determinados sectores sociales en un actor concreto: residente de clase media en un barrio colindante con un área popular.

El arte de no ir al grano

En esta primera etapa del trabajo de campo, se trata de comenzar a efectivizar el proceso de especificación al que nos referimos en la construcción del objeto de conocimiento. Esta especificación no consiste tanto en encontrar respuestas inmediatas a preguntas derivadas de la teoría sino, fundamentalmente, en descubrir los modos de organización sociocultural por los que se experimentan y conciben cuestiones vinculadas, más o menos directamente, a su centro de interés.

La existencia de los llamados "prejuicios" es aceptada y conocida por distintos sectores de la sociedad. Cuando encaramos el estudio [221] sobre prejuicios contra residentes de villas miseria vimos que este concepto integraba diferentes cuerpos teóricos para los cuales el prejuicio puede aparecer como: desviación de ciertas personalidades, expresión ideológica que trasunta patrones hegemónicos reproductores de la división en clases; tipificación necesaria a la construcción social de la realidad, entre otros.

Para iniciar nuestras entrevistas a informantes no residentes en villas miseria, ideamos una guía de preguntas que nos permitiera acceder a la concepción de agentes oficiales -asistentes sociales, planificadores urbanos, concejales, maestros, médicos de hospital y centros periféricos de salud-, vecinos de barrios colindantes, políticos y personal eclesiástico, acerca de ese sector sociorresidencial y sus actuales condiciones de vida. La guía general -acompañada por una guía específica concerniente al campo de actividad de cada ocupación- era un punteo que reproducía algunos temas del cuestionario expuesto en el capítulo anterior y agregaba otros. Para confeccionar estas guías, nos basamos en cierto conocimiento previo del lugar y de las expresiones en el lenguaje corriente de quienes serían entrevistados. A diferencia del cuestionario, la guía era una serie de puntos, de los cuales podría tratarse uno, varios o todos, en uno o más encuentros, en cualquier orden y bajo cualquier asociación además de, obviamente, incluir temas no previstos. Los temas de la guía giraban en torno a los ítems reseñados al agrupar las preguntas del cuestionario, a saber: conceptualización de la villa miseria, conceptualización de su población, diferenciación de la población de villas y otros sectores sociales; visualización de la cuestión villera como "problema", identificación de sus causas y soluciones, y conceptualización del "prejuicio" y la "discriminación". En la guía específica para educadores, médicos, políticos, etc., se atendería a estos temas aplicados a cada campo concreto -sanitario, religioso, político, etc.-.

Al comenzar la entrevista, preferimos dar una serie de rodeos para que las categorías de "villero", "villa miseria", "discriminación", "prejuicio", entre otras, surgieran de los entrevistados y no de las preguntas que se les formulaba. El "problema villero" debía ser introducido por ellos. La entrevista se iniciaba con esta pregunta: "¿Y?... ¿cómo anda el barrio?" (o el servicio o el partido político o el Partido -municipal- o la escuela, etc.), a lo cual algunos me respondían con generalidades, pero otros se orientaban a "los problemas". A los profesionales y agentes del Estado les preguntaba: "¿Cuáles son los mayores problemas que hay en el Partido?" y "¿Dónde, en qué zonas hay más problemas?" (sabiendo que la villa está acotada e identificada geográficamente), a lo cual contestaban casi invariablemente "Y, los chorlitos de la villa" o "El hambre de las villas" o "Las villas". [222]

Algunos me decían: "Las drogas, la miseria, el hambre", entonces yo preguntaba: "¿Por qué pasa esto?", a lo que sucedía una explicación ' acerca de las causas por las que algunos indolentes residían entre cuatro chapas de cartón en un terreno inundable: "No se preocupan por salir", etc. Yo trataba de ofrecer varias alternativas para que la categoría "villero" tuviera cabida y se asociara con algunas dimensiones que yo podía esperar-por haberlas escuchado previamente-, pero que se irían resignificando. Algunas de estas categorías fueron: problema, delincuencia, hambre, miseria, villa. Ésta es una de las diferencias capitales con respecto a otros recursos técnicos, por los cuales el investigador inicia sus preguntas introduciendo el tema y las categorías, corriendo el riesgo de cerrar la emergencia de nuevos sentidos. Por ejemplo, si hubiera preguntado, como en el cuestionario: "¿Hay prejuicio contra los villeros?" o "¿Cómo son los

villeros?", habría incurrido en dos predefiniciones de sentido, extrapolándolas al marco del entrevistado. El primer problema estaba, como vimos, en que la categoría "villero" no es equiparable a "residente de una villa"; por consiguiente, en la formulación de la pregunta se estaba prefigurando la respuesta.

El segundo problema residía en el término "prejuicio". Como veremos en el ejemplo trabajado en el esquema para la construcción del objeto (cf. capítulo 14, punto 1), una cosa es el "prejuicio" como categoría teórica del investigador y otra la categoría del sentido común, según la cual "prejuicios" tienen los demás, uno tiene juicios. Los prejuicios están formulados previamente y sin suficiente conocimiento; es lógico suponer que nadie va a hacer y a defender una afirmación si la caracteriza como de escaso fundamento. Preguntar si "hay prejuicios contra los villeros", sin embargo, podía dar algunas pistas para relevar cómo conceptualiza el informante la disposición general hacia estos pobladores, excluyéndose a sí mismo de dicha disposición. La confusión entre términos teóricos y empíricos es frecuente en las ciencias sociales y surge de la similitud terminológica del lenguaje académico y el uso corriente (por ejemplo, lo político, la cultura, la sociedad, asumir, somatizar, inconsciente, discriminación, trabajo, marginal, entre otros). No es necesario que el informante admita que tiene prejuicios para que el investigador, ya tranquilo, afirme que sus informantes efectivamente los tienen y sustentan. En nuestra investigación no intercalamos jamás ese término, salvo cuando era introducido por el informante. Sin embargo, y aunque no lo llamáramos así, no cabía la menor duda de que los informantes abrigaban un .consolidado estereotipo de "villero" que les permitía explicar los hechos más diversos y de signos más opuestos. Nuestra conclusión era, pues, independiente de que los informantes reconocieran sus prejuicios; como se ha dicho, no se trata de demandar a los legos que se comporten como "sociólogos sin título" (Bourdieu, Passeron y Chamboderon, 1975). [223] Los contenidos de las entrevistas no resuelven el análisis teórico ni sustituyen las conclusiones de la investigación, conclusiones que resultan de una constante retroalimentación entre análisis teórico y análisis empírico. Volviendo a la construcción del objeto, no fuimos al campo a preguntarles a los informantes si tenían o no prejuicios, sino que abrimos el canal para que expresaran sus concepciones; nosotros procedimos a analizar los datos y fuimos quienes decidimos, según ciertas definiciones, si se trataba o no de prejuicios. Fuimos al campo para visualizar cómo se especificaban los prejuicios y prácticas discriminatorias en determinados actores sociales. Este punto es central para evitar la extrapolación del plano teórico al plano empírico en las preguntas de campo. El caso de aquel investigador que una vez preguntó a sus informantes: "¿Cuál es la estructura de parentesco de acá?" es más frecuente de lo que parece.

Preguntas autorrespondidas (o el paradigma de "yo la compro, yo la vendo")

Más allá de la relación necesaria entre preguntas y respuestas que analizamos en el capítulo anterior, hay ciertas preguntas que, aun cuando parecen abiertas, llevan implícita su respuesta; esta prefiguración puede obedecer a varias razones:

- El contexto de la entrevista: en el marco institucional es bastante improbable que, al menos en un primer encuentro, los pacientes de un servicio de salud, por ejemplo, se explayen acerca de las desventajas de la atención médica. Algo similar puede ocurrir con terceros, con testigos presenciales de la entrevista, comprometidos en la respuesta que solicita el investigador (aun sin saberlo). Por ejemplo, en presencia de otros

puesteros de un mercado, el investigador interroga sobre el tipo de relación que el informante mantiene con los demás dueños de puestos, o bien si allí hay facciones. La respuesta puede ser 'Tengo una relación buena", lo cual no agrega demasiado al conocimiento del investigador (¿qué es una "buena relación"?), o "Acá somos todos una gran familia", lo cual puede estar ocultando agudos conflictos entre facciones o miembros que no se pondrán a la luz ni en una primera entrevista ni delante de testigos con quienes, quizá, haya problemas.

- La carga ética y moral de los términos de la pregunta: por ejemplo, "¿Usted tiene prejuicios?" requiere una respuesta inmediata y negativa, más allá de que el respóndeme efectivamente los tenga.
- El sentido social negativo a que conducen las respuestas: como ejemplificábamos en el capítulo 5, un censista difícilmente acceda [224] a conocer la verdadera ocupación de un ladrón, una prostituta o un levantador de quiniela ilegal.
- La asignación de roles al investigador y la experiencia con este tipo de entrevista, es decir, la competencia metacomunicativa según Charles Briggs: como cuando a sectores de bajos ingresos se les pregunta por sus condiciones de vida, cuyas carencias seguramente son exageradas a la hora de justificar la necesidad de provisión oficial de ciertos bienes como alimentos, muebles, vestimenta, etc.
- El peso valoratívo implícito en la pregunta: cuando el investigador da al informante escaso margen para disentir, si es que, por ejemplo, el investigador aparece demasiado convencido de lo que afirma en la pregunta; por ejemplo, preguntar a un residente de conventillo "¿Y usted por qué vive acá? ¿No encontró nada mejor?".

Después de este breve repaso de algunos modelos de preguntas cargadas, convendría detenernos en las vías para concretar, ahora sí, el cometido de la primera etapa del trabajo de campo: la apertura.

Preguntas para descubrir preguntas

El descubrimiento de las preguntas significativas según el universo cultural de los informantes es, ya, una parte de la investigación y puede hacerse a través de diversos procedimientos: escuchar diálogos entre los mismos pobladores, intentando comprender de qué hablan y a qué pregunta implícita están respondiendo; solicitarle a alguien que formule una pregunta interesante acerca de tal o cual temática (por ejemplo, cómo formularía una pregunta sobre la vida en el barrio), o bien, determinar cuál sería una pregunta posible para cierta respuesta (qué pregunta se aplicaría a una respuesta que dijera: "Acá el barrio es muy tranquilo, somos una gran familia") (Spradley, 1979: 84).

Sin embargo, estos procedimientos presentan algunos inconvenientes, pues los informantes quizá no comprendan aún qué se propone el investigador y respondan con lo que suponen que desea oír. Spradley recomienda, entonces, usar preguntas descriptivas por las que se solicita al informante que hable de cierto tema, cuestión, ámbito, pasaje de su vida, experiencia, conflicto, etc. "¿Puede usted contarme cómo es el barrio?" "¿Puede contarme sus primeros años en el barrio?" Estas preguntas sirven para ir construyendo contextos discursivos (settings) o, según lo habíamos llamado más arriba, marcos interpretativos de referencia en términos del informante; a partir de estos marcos, el investigador podrá avanzar hacia la formulación de preguntas culturalmente relevantes y, al mismo tiempo, lo familiarizarán con modos de pensar y asociar términos y frases referidos a hechos, [225] a nociones y a valoraciones. Por eso es clave que, en esta primera etapa, el investigador aliente al informante a extender sus respuestas, a ser

más profuso en sus descripciones, explicitando incluso aquello que considere trivial o secundario; para el investigador nada -al menos, nada a priori- lo es.

Esto puede lograrse por dos vías: 1) introduciendo la menor cantidad posible de interrupciones y dejando que fluya el discurso del informante por la libre asociación, y 2) abriendo el discurso a través de distintos tipos de preguntas abiertas.

1. El silencio es diferente del mutismo. Estar en silencio puede significar dar vía libre para que el informante se explaye; en cambio, el mutismo en la situación de entrevista antropológica puede generar más bien ansiedad, malestar y hasta la finalización del encuentro y de la relación. El mutismo es un silencio forzado; el silencio calmo, propio del interés de quien escucha a otro, autoriza algunas intervenciones y corrige la imagen de ser prescindente, que denota una actitud evaluativa, distante o apática. Si las interrupciones son, de algún modo, necesarias y a veces obligatorias para hacer fluido el encuentro, parece aconsejable que sean lo más controladas posible, preguntándose el investigador qué pretende con ellas y cuáles podrían ser sus derivaciones. Esto siempre se subordina a la dinámica de la entrevista y a la personalidad de las partes, pudiendo adoptar un carácter ágil o convertirse en un intento forzado para extraer, al menos, unos cuantos monosílabos.

Alo largo de una entrevista, el investigador puede adoptar diversas tácticas o comportamientos para promover la locuacidad del informante, con variables grados de directividad. Dohrenwend y Richardson distinguen grados de "restricción" (restrictiveness) o directividad sobre las respuestas (Whyte, 1982:112):

- un simple movimiento con la cabeza, asintiendo, negando o expresando interés y aprobación ("Y así, el barrio se puso tranquilo", explica el informante. "Ahá" o "Mire usted", responde el investigador);
- repetir los últimos términos con que se ha expresado el informante ("¿Así que se puso tranquilo?");
- emplear estas últimas frases para construir una pregunta en los mismos términos ("¿Y por qué se volvió tranquilo?", o "¿Cuándo se puso tranquilo?", o "¿Quiénes ayudaron a que se pusiera tranquilo?");
- formular una pregunta en términos del investigador sobre los últimos enunciados del informante ("Y ahora que está tranquilo, [226] ¿cuál es la diferencia en el barrio, comparando con otros tiempos?");
- sobre la base de alguna idea expresada por el informante en su exposición, pedir su ampliación ("Usted me decía que antes la gente era más pacífica, ¿por qué? ¿Qué solía hacer? ¿Qué cosas pasaban entonces para que la gente fuera así?");
- introducir un nuevo tema de conversación.

Conviene que las interrupciones del investigador en el discurso del informante sean cuidadas y, dentro de lo posible, no accidentales para evitar los efectos involuntarios de la directividad e interrumpir la libre asociación de ideas (Kemp y Ellen, 1984). Pero también es necesario intercalar preguntas aclaratorias o de "respiro" en el curso de la entrevista; de lo contrario se corre el riesgo, por una parte, de no saber ya quién es quién en el relato, ni entender qué pasó, o por otra parte, puede suceder que el informante se moleste o se agote al sentirse unilateral y ostensiblemente interrogado.

2. Las preguntas de apertura del discurso del informante son de varios tipos. Spradley (1979: 86) distingue las preguntas grandtour, que interrogan acerca de grandes ámbitos, situaciones, períodos ("¿Puede usted contarme cómo es el barrio?; ¿el hospital?; ¿el Ministerio?", etc.). Se identifican, aquí, cuatro subtipos de preguntas *grandtour*.

- las típicas, que interrogan acerca de lo frecuente, lo recurrente, lo típico ("¿Cómo se vive en este barrio?"; "¿Cómo es la escuela?"; "¿Cómo se trata a la gente de las villas?");
- las específicas, referidas al día más reciente del informante o a un sitio más conocido por él, etc. ("¿Cómo fue la semana pasada en el barrio?"; "¿Qué hiciste hoy en la escuela?"; "¿Cómo fue la última vez que tuviste problemas por ser de la villa?");
- las guiadas, que se efectúan simultáneamente a una visita por el lugar, cuando el informante añade explicaciones conforme avanza la visita. Cantilo, un vecino de Villa Tenderos, me iba mostrando el camino que solía hacer a pie hasta el Mercado de Abasto, me hablaba de la gente que saludaba y, cuando llegamos, me acompañó por el interior, contándome qué hacía mientras hurgaba en los tachos de basura: mandaba aja hija menor a "manguear" a los puesteros y negociaba con otros la descarga de algunos camiones para el día siguiente; de este modo, tuve una idea aproximada del contexto de dónde Cantilo extraía parte de su alimentación, conformaba ciertas redes sociales y de reciprocidad. En una recorrida por los pasillos de la [227] villa, Mateo, presidente de la sociedad de fomento, me iba señalando las mejoras urbanísticas logradas en distintos períodos de gestión vecinal y oficial, comentaba qué se había conseguido y de qué organismos, dónde vivía tal y cual, mostraba escenarios de habituales enfrentamientos y acontecimientos casi legendarios;
- las relacionadas con una tarea o propósito, que son paralelas a la realización de alguna actividad. Por ejemplo, cuando el informante hace un gráfico o diseña un mapa del sitio de interés. Mientras don Ernesto levantaba el frente de su casa, que con el tiempo se había ido inclinando sobre el pasillo, me explicaba las bondades de distintos materiales y los conflictos que había suscitado el estado actual de su frente, complicado por los cables de la luz y las antenas de televisión de los vecinos. Tanto se entusiasmó en su relato que empezó a mostrarme, en un papel, cómo debía armarse una buena estructura del rancho para que "estas cosas no pasen".

Las preguntas *mini-tour* son semejantes a las *grand-tour*, pero se refieren a unidades más pequeñas de tiempo, espacio y experiencia. Por ejemplo, indagar sobre un servicio hospitalario, un nivel o grado escolar, el área de un barrio (la vía, la avenida, la calle tal o cual), el último año de trabajo o la última huelga, etc. Las preguntas minitour reproducen, en menor escala, los subtipos de las grand-tour (típicas, específicas, guiadas, relativas a una tarea). Tanto en uno como en otro grupo de preguntas pueden intercalarse otras de ejemplificación, en las que se solicita al informante que dé cuenta de un caso concreto vivido o atestiguado por él que considere pertinente al punto que se está desarrollando. Me decía Silvita que "acá el problema es que al villero lo tratan como a basura". Entonces le pregunté: "¿Por qué? ¿A vos o a alguien que vos conozcas le pasó algo alguna vez?" "¡Puff! ¡Claro!!! Sin ir más lejos yo, el otro día, venía en el colectivo y me bajé, y unos pibes dicen bien fuerte, para que se escuche, ¿no?, dicen: 'lástima que sea villera'. Yo no sabía dónde meterme".

Toda pregunta puede plantearse en términos sociales ("¿Qué hace la gente en la Cuaresma?"; "¿De qué trabaja la gente de este barrio?") o personales ("¿Qué hace usted en la Cuaresma?"; "¿De qué trabaja usted?" o "¿En qué trabajan en su familia?").

A lo largo de la descripción, el informante suministra información acerca de quiénes están allí, cuántos son, qué ocurre, cuáles son las actividades preponderantes, qué situaciones son frecuentes, cuánto tiempo están o han estado viviendo/residiendo/trabajando allí; cómo es el lugar, su extensión, los bienes materiales en su interior, sus subdivisiones. A cada frase podría seguir, seguramente, alguna pregunta [228] acerca de qué, cómo, quién, dónde, cuándo, por qué y para qué (Spradley, 1979; Agar, 1980). Refiriéndose, un poco ofuscada, a la población vecina, una señora de aproximadamente cincuenta años de edad y veinte de residir en el lugar, me decía: "Acá hay que hacer como hicieron en Retiro, o como hicieron la semana pasada en Berazategui, en Quilmes, que fueron con las topadoras; la gente no se quería ir, pero igual les tiraron la casa abajo, porque después dicen 'pobre gente', ¡má qué pobre gente! Hay que ver lo que hacen. Para mí debieran echarlos a todos, sacarlos para que dejen de criar zánganos todo el día".

Se puede, entre otras, formular las siguientes preguntas:

- ¿Qué es lo que hace esa gente?
- ¿Cuándo fue que hicieron eso en Retiro?
- ¿Quién los sacó?
- ¿Cómo los sacó?
- ¿Qué hizo la gente?
- ¿Por qué los sacaron?
- ¿Adonde fue la gente?

En el curso de la conversación, el investigador puede recurrir a interrogantes estratégicamente directivos. Las preguntas anzuelo (bait, según Agar, 1980: 93) suelen dar pie al pronunciamiento del informante. Por ejemplo, en una entrevista sobre erradicación de villas: "Me comentaron que iban a mudar la villa...". Las preguntas de abogado del diablo (sugeridas por Schatzman y Strauss, 1973) son aquellas en las cuales el investigador ayuda a la locuacidad del informante, suministrando un punto de vista premeditadamente erróneo o contrario, para que el informante haga las correcciones y precisiones que considere pertinentes. Volviendo al testimonio de la vecina citado más arriba, el investigador podría haber replicado: "Pero ¿cómo los van a echar? Si no tienen adonde ir".

Las preguntas hipotéticas son aquellas en las que se trata de ubicar al informante frente a un interlocutor o situación imaginarios. Por ejemplo, "¿Cómo se imagina que será la vida en departamentos?". Este tipo de pregunta es adecuado para introducir variantes a la situación de entrevistas que circunscriben necesariamente lo que el informante verbaliza a lo pautado por su entrevistador (Spradley, 1979): la presentación de situaciones hipotéticas puede permitir imaginar otras respuestas y puntos de enunciación qué atañen a la valoración de la situación real (¿cómo debería ser una institución de investigación?, ¿un profesor?, ¿una esposa?, ¿un trabajador?). En una investigación sobre servicio hospitalario, A. Domínguez Mon preguntaba: [229]

—¿Está conforme con el servicio?
—Sí es excelente, muy bueno...
—Supongamos que usted pudiera cambiar algunas cosas que no le gustan del servicio, ¿cómo piensa que debería ser la forma de atención?
—Y... no esperar tanto...estoy desde las 7 y son las 11. Perdí el día de trabajo... Pero me

las aguanto porque sé que acá me curan y ya está.

Si la investigadora se hubiera limitado a la primera respuesta, habría obtenido una información parcial y superficial acerca de la imagen del informante sobre el servicio.

En síntesis, durante la primera etapa, el investigador se propone armar un marco de términos y referencias significativo para encarar sus futuras entrevistas; aprende a distinguir lo relevante de lo secundario, lo que pertenece al informante de cuanto proviene de sus inferencias y preconceptos; contribuye, así, a modificar y relativizar su propia perspectiva sobre el universo cultural de los entrevistados. Por eso, volviendo a las características de la entrevista antropológica, el control sobre lo que dice y hace el informante se modifica al acceder a información significativa que hasta entonces quizás se habría considerado irrelevante. Como señala Agar (1980: 90), en la entrevista etnográfica todo es negociable. Los informantes reformulan, niegan o aceptan -aun implícitamente- los términos y el orden de las preguntas y los temas, sus supuestos y las jerarquizaciones conceptuales y explicativas del investigador. Y aunque la próxima etapa siga básicamente los mismos criterios, en los momentos iniciales, la entrevista antropológica es sumamente adecuada para abrir la mirada y los sentidos del entrevistador y profundizar el proceso de diferenciación entre lo que procede del informante y lo que procede de las inferencias del investigador. Ambas -abrir y profundizar- son tareas, más que paralelas, estrictamente complementarias en la medida en que permiten vislumbrar a otro a través del reconocimiento de sí mismo. La reflexividad tiene lugar también en la entrevista antropológica como un recorrido especular de conocimiento y autoconocimiento.

Focalizar y profundizar: segunda apertura

La obtención de un material "denso" (como sugiere Geertz, 1973), profuso en descripciones, valoraciones, reseñas y explicaciones nativas, corre a la par de su análisis en campo. Pero este análisis puede tener lugar, además, como una etapa determinada entre dos fases de campo o cuando se considera que el campo ha sido concluido. Tanto durante como después de la estadía en terreno surgen temas, categorías y principios recurrentes, configurando un marco interpretativo [230] del actor. Este proceso es parte de la especificación del objeto de conocimiento, desde un plano teórico a otro de existencia concreta. Si en la primera etapa se trata de abrir la mirada, en la etapa siguiente se intenta seguir abriéndola pero con determinada dirección, mayor circunscripción y habiendo operado una selección de los sitios, términos y situaciones privilegiadas por los que se expresa dicha especificación. En esta segunda etapa, el investigador puede dedicarse a ampliar, profundizar y sistematizar el material obtenido, estableciendo los alcances de las categorías significativas identificadas en la primera etapa. Para ello se vale de nuevas formas de entrevista que le permitan descubrir las dimensiones de una categoría o noción.

En las investigaciones en sociedades "exóticas", el descubrimiento o la identificación de categorías es quizá más sencillo que en la propia sociedad del investigador, porque los términos le resultan poco familiares y es más sensible a sus manifestaciones. Pero en el medio habitual, estos conceptos se ocultan en expresiones que el investigador cree conocer, porque las utiliza o las ha escuchado reiteradamente, aunque en realidad las desconozca en su significación. En nuestra investigación, eso sucedió con la categorización de "villero" como inmoral y no como "residente de una villa", de

"caminar" como sinónimo de realizar un arduo trabajo político o vecinal; de "los sillones" versus "el barro", contraponiendo el bienestar de los políticos en las oficinas y en el medio habitual de los ricos, al trabajo barrial con los pobres. En su investigación sobre identidad homosexual masculina, Victoria Barreda encontró que la categoría de autoadscripción que emplean los homosexuales es "gay"; "homosexual" connota cierta categoría degradante, aplicada generalmente desde fuera del grupo. Ahora bien, el investigador no repara en todas sino en algunas categorías, que son aquellas que juzga pertinentes para su objeto de conocimiento y que son empleadas por los informantes para dar sentido a su mundo social. En nuestro caso y en el de Barreda, el tema a investigar giraba en torno a "identidad villera" e "identidad homosexual masculina", respectivamente. En ambas investigaciones eran relevantes las formas de denominación y autodesignación.

Para explorar el sentido de un número restringido de conceptos o categorías, quizá sea conveniente reformular la perspectiva de la interrogación. Pensemos en un término cualquiera. ¿Cómo descubrir sus alcances y posibilidades? ¿Cómo visualizar su relación con otras categorías sociales? Una vez individualizado, el investigador suele caer en la tentación de preguntarle al informante su definición. Esto es lo que me pasó cuando entrevistaba a una funcionaría política e indagaba acerca de los residentes en la villa; me comentaba entonces que lo más evidente de estos sectores era su promiscuidad. Pregunté: "¿Qué es 'promiscuidad' para usted?". La entrevistada, bastante [231] sorprendida, me respondió: "¿Cómo 'qué es promiscuidad'? ¡Que andan en la promiscuidad, que son, así, promiscuos!". Yo no veía cómo salir del atolladero para ampliar el sentido del término en relación, concretamente, con los "villeros". El inconveniente de mi abordaje fue múltiple; en primer lugar, al preguntar por la definición, la informante pudo suponer que no había sido clara con el término o que se había expresado mal; incluso podía entender que no había adoptado una actitud "suficientemente académica" y que estuviera a la altura del entrevistador; o bien, como en este caso, que la entrevistadora era una mezcla de ingenua e imbécil, ya que éstas son cosas "de sentido común". Pero el agregado "para usted" puso el acento en una relativización que el sentido común no admite. El pensamiento corriente no es crítico sino práctico y se presenta como inmediato, adherido a lo real. Por lo tanto, preguntar qué es promiscuidad "para usted" es introducir una relativización no pertinente, salvo que se quiera comunicar al informante algo así como: "¿qué peregrina-equivocada-falsa-ideológica-vulgar idea tiene usted acerca de la promiscuidad?". No es extraño que el informante se moleste o se sienta en falta, lo cual en vez de ayudar a ahondar en la explicación, redundará en el intento de autocorrección y/o autodefensa; ninguno de los dos es el propósito de la entrevista. El investigador ganará en acceso si opta por indagar no la definición, sino el uso de la categoría (la definición quizá deba construirla por su cuenta). Viendo que si seguía en mis trece sería expulsada raudamente de la entrevista con un "Bueh, tengo muchas cosas que hacer, ¡me va a disculpar!", le pregunté ala informante: "¿Por qué me dice que los villeros viven en la promiscuidad?" "Y, porque los ves", me respondió más calma, 'Vas a la casa y los ves". "¿Y qué ve?" "Y, un hijo se llama López, otro Martínez, otro Pérez. Ahí ves bien clarito la promiscuidad. Todos hijos de distinto padre." No sólo le pedí a la informante que mencione categorías, sino también que ensaye su aplicación; si yo las hubiera ensayado quizá la informante habría operado las correcciones pertinentes para su correcto empleo.

Para esta etapa, Spradley (1979) sugiere formular preguntas estructurales y contrastivas. Las preguntas estructurales son aquellas que interrogan por otros elementos de la misma

o de otras categorías, que puedan a su vez ser englobadas en categorías mayores. Por ejemplo, cuando hube detectado que el "villero" es uno de los posibles habitantes de las villas pregunté: "¿Quiénes otros viven en la villa?". Me respondieron: "gente rescatable", "gente decente", "lúmpenes", "chorros", etc. Las preguntas contrastivas son aquellas en las que se intenta establecer la distinción entre categorías. Siguiendo con el último ejemplo, se podía preguntar: "¿Qué diferencia hay entre el villero y la gente rescatable?". El punto clave, aquí, estriba en que la comparación [232] entre estos términos provenía del empleo categorial de los informantes. De una pregunta contrastiva no sólo se extraen datos acerca de los elementos distinguidos, sino también de su comparatividad, una relación lógica desde la perspectiva del actor (Agar, 1980; Spradley, 1979). Los "no villeros" conciben al villero como lo opuesto a la gente rescatable; en cambio, a ninguno de mis informantes se le ocurrió comparar "villeros" y "paraguayos" (los paraguayos son un tipo de villero y, para ciertos informantes, buena parte de la degeneración moral de estos sectores residenciales procede de la influencia de estos inmigrantes limítrofes).

Las relaciones semánticas entre elementos del discurso apuntan a señalar, en la estructura del léxico y la sintaxis, cómo se articulan distintos conceptos (different lexically labeled). Spradley (1979, 1980) identifica como articulaciones la relación de inclusión ("el villero es un tipo de pobre"), de ubicación ("la vía es una parte de la villa"), de causa ('Trini fue a la salita porque no sabía qué tenía la criatura"), de razón ("el ambiente es una razón para irse de la villa"), de localización de la acción ("la vía es un lugar donde hay mucha joda"), de función ("un pasillo con más de una entrada sirve para que se rajen los chorlitos"), de secuencia ("para hacer el pasillo, primero se organizaron, después mangaron a los demás, después fueron a la Municipalidad y después trajeron los materiales, y ya se pusieron a laburar") y de atributos ("acá la villa es jodida, se inunda").

Una vez identificadas, conviene ensayar el conocimiento y el uso de categorías con informantes que no las hayan expresado aún o que lo hayan hecho con otros sentidos. Aquí es donde, probablemente, se encuentre gran apoyo en las encuestas y cuestionarios, pues estas técnicas permitirían extender el uso de ciertas categorías a un universo mayor y homogeneizar la información proporcionada de manera heterogénea por los entrevistados.

El trabajo con relaciones entre términos y categorías permite detectar y establecer el sentido del uso de conceptos nativos, descubriendo sutiles distinciones que pueden ser indicativas de cuestiones de mayores alcances. Después de la investigación en la cual "villero" aparece como una categoría con irremisible carga negativa para "los de afuera", y con variable connotación para los mismos residentes (o "los de acá"), empezamos a pensar que si un partido político aspira a convertirse en la 'Vanguardia" de estos habitantes y los interpela como "villeros", seguramente tendrá menos éxito que si los interpela como 'Vecinos de Villa Tenderos", siendo que en ese contexto la categoría "villero" es rechazada por su carga estigmatizadora y vergonzante. Pero para llegar a esta distinción fue necesario advertir claramente que una cosa son las categorías del investigador (o categorías analíticas) y otra, las de los informantes (o folk o nativas o emic). Es precisamente esta [233] distinción la que no reconocía el cuestionario que analizamos en el capítulo anterior.

Otro sentido de la profundización

Además de la referencia a los sentidos, profundizar puede consistir en avanzar hacia temas que, por considerarse tabú, conflicüvos, comprometedores o vergonzantes, no se han tratado en los primeros encuentros o en la primera etapa de entrevistas. Estas facetas, generalmente ocultadas y encubiertas, pueden darse a conocer en el curso de la relación de campo, cuando el informante sabe "algo más" acerca de los propósitos del investigador y, sobre todo, de su conducta en terreno: por ejemplo, no transgredir ciertas reglas éticas, como el secreto de información. Puede confiar siquiera mínimamente en que sus actividades o reflexiones no habrán de trascender y en que la información brindada al investigador no dañará su imagen ni su vínculo con los demás miembros de la unidad social. Para esto resulta imprescindible asegurar la discreción, garantizando de palabra y de hecho que el material obtenido no trascenderá de unos a otros, al menos sin consentimiento previo.

Sin embargo, guardar secretos no es tarea fácil, sobre todo cuando se refieren a hechos conflictivos (enfrentamientos vecinales, entre facciones, etc.) de los cuales hay más de una versión y cuyas instancias son conocidas sólo por algunas personas. En estos casos, el problema es cómo no poner de manifiesto la fuente de información y, al mismo tiempo, contrastar visiones contendientes. Lo quiera o no, el investigador se transforma en el portador de ambas y, como todo el mundo lo sabe, también en el blanco de reclamos de legitimación para sustentar cada uno su razón. Quizá una forma de evitar suspicacias y de no herir susceptibilidades sea ampliar la problemática, a través de preguntas lo suficientemente generales como para incluir aspectos relativos a las versiones enfrentadas y que, de otro modo, conducirían fácilmente a identificar su fuente (Whyte, 1982:116). Como apuntamos en un capítulo anterior, la intención mía al saltar el cerco fue averiguar algunas cosas acerca de la dinámica de la sociedad vecinal. Pero otro propósito era indagar cómo se operaba y qué significaba el conflicto entre dos familias enfrentadas políticamente pero ligadas por parentesco, vecindad y contigüidad territorial. Mientras conversaba con la nuera de doña Silvia, se me ocurrió preguntarle: "¿Y cómo andas con la familia de tu marido?", a lo que siguió una serie de palabrotas y quejas en tono iracundo. Para averiguar qué ocurría con el espacio de las viviendas aledañas, problema endémico en éste y otros asentamientos, respondí a su enojo con un comentario genérico: "Qué raro que se lleven mal y sobre todo estando tan cerca, ¿no?... y como estando así, casi pegados, la [234] gente acá se ayuda..." (pregunta de abogado del diablo, pues la contigüidad vecinal suele visualizarse por los informantes como fuente de conflicto más que de ayuda). A lo que replicó igualmente furiosa: "Bueno, eso es otra cosa, ¿ves? Porque mi suegra quiere ampliar, pero no tiene derecho, porque esto es de todos, no es sólo de ella. Ella dice que tiene todos los papeles, pero ¿qué papeles va a tener si esto es del ferrocarril? Está tan de prestado como nosotros. ¿Entonces?". Siendo que las diferencias políticas no eran tan pronunciadas, todo hacía suponer que dichas diferencias, si no habían surgido, se habían profundizado por cuestiones de parentesco y por intereses contrapuestos de vecindad.

Los temas tabú no son universales sino específicos de cada sociedad, cada cultura y de cada sector o grupo social. Suelen depender del sistema normativo-valorativo dominante, de las posibilidades de esos grupos de hacer efectivo dicho sistema y de la variabilidad de "ajustes secundarios", como diría Goffman (1971), a pautas de funcionamiento sociales, institucionales, etc. Por consiguiente, es probable que el investigador descubra en sus primeras indagaciones algunos de estos temas y que reciba

de parte de sus informantes ciertos indicios de que no pueden ser tratados (absolutamente, o en ese momento de la relación, o delante de determinadas personas, o en otras circunstancias); estos indicadores son en sí mismos materiales que pueden convertirse en datos a profundizar en una etapa ulterior. Es claro que no existe una conducta lineal con respecto a estas cuestiones. Su manejo es el resultado, más bien, de una constante negociación del investigador, antes que del transcurso temporal, independiente de los sujetos de la relación. El tiempo y el trabajo de campo ayudan, pero son el investigador y los informantes quienes deciden, en última instancia, si ya es hora de abrir algunas "cajas fuertes". Que el tiempo es condición necesaria pero no suficiente lo demuestra el hecho de que sólo con algunos informantes se pueden tratar ciertas temáticas, mientras que con otros la relación se mantiene en un nivel general hasta decir "adiós".

En síntesis, en el período de profundización y focalización, los principios de la no directividad siguen vigentes porque la apertura de sentidos no concluye sino con la investigación misma; la búsqueda prosigue reproduciéndose al interior de los nuevos límites fijados tras la primera etapa. Por ejemplo, si hubiéramos llegado a los conceptos de "villero" y de "gente de villa" en una etapa posterior, podría ocurrir que nos propusiéramos indagar su asociación a otras categorías y la aparición de nuevas subcategorías de "villero" y "gente de villa" (algo así como volver a empezar). Sin embargo, también es cierto que puede advertirse una mayor directividad de parte del investigador al intentar homogeneizar la información de su muestra total. Como ya dijimos, en esta segunda etapa se puede recurrir a preguntas estructurales [235] y cuestionarios para cubrir aspectos desigualmente relevados, para contrastar los alcances interpretativos del investigador y verificar si las categorías detectadas por él son pertinentes y significativas para todos, alguno o ninguno de los informantes.

2. Dinámica particular: la entrevista en el encuentro

Con la expresión "dinámica particular" nos referimos a la evolución de la relación entre el investigador y el informante, en una unidad de entrevista. La entrevista es un proceso donde se pone en juego una relación social que, como vimos, es concebida de diversas maneras por sus protagonistas. Esta conceptualización incide, sin duda, en los resultados y términos generales en los que se lleva a cabo el encuentro. La dinámica particular sintetiza las diversas determinaciones y condicionamientos que operan no sólo en situaciones de entrevista, sino genéricamente en las de la interacción social y, como subespecie, en el encuentro entre investigador e informantes. Tantas son sus posibles variantes que sería inconducente tratar de esquematizarlas. ¿Por qué? Por aquella breve máxima según la cual en la entrevista antropológica todo es negociable. ¿Pero qué es ese todo? En la dinámica particular de la entrevista, pueden negociarse el contexto, los temas, los términos de la conversación (unilateral, dialógica, informativa, intimista, etc.), el lugar y la duración.

El contexto de entrevista

En su incidencia directa o indirecta en el desarrollo, la dinámica y los contenidos de la entrevista, el contexto desempeña un papel crucial. ¿Pero qué es el contexto? En las ciencias sociales y particularmente en el análisis del discurso, el contexto ha suscitado ya variada literatura (que en la antropología remite, nuevamente, a Malinowski). Por nuestra parte, usaremos el concepto en relación con las preocupaciones de este libro. A

tal fin, distinguimos entre un contexto ampliado y otro restringido.

El contexto ampliado refiere al conjunto de relaciones que engloban tanto al investigador como al informante y que puede ser visto en su dimensión política, económica, cultural, etc. (por ejemplo, investigador e informantes están involucrados en una relación colonial si uno y otro pertenecen a la metrópoli y a la colonia, respectivamente; o en una relación de clase si se encuentran en la misma sociedad pero pertenecen a distintas clases sociales, etc.). Este plano general afecta directamente la relación, incluso a través de acontecimientos [236] más puntuales (por ejemplo, el trabajo de campo durante período eleccionario, régimen militar, conflictos raciales, Carnaval, aguda crisis, inundaciones, etc.). Cuenta Claudia Giróla que un informante de Villa Cildáñez, en Buenos Aires, le explicaba: "Durante el Proceso, cuando venía algún asistente social o alguien a hacernos preguntas para arreglar algo en la villa, seguro que al día siguiente lo barrían. Por eso acá no habla nadie". El contexto ampliado puede promover tanto la autocensura como la locuacidad de los entrevistados y el tratamiento de ciertos temas "de actualidad", dando un sentido diferente a cuanto se diga y haga en dicha situación.

El contexto restringido refiere á la situación social del encuentro, esto es, a la articulación concreta entre lugar-personas-actividades-tiempo. Las instancias de este nivel del contexto varían en relación más directa con el desarrollo del trabajo de campo en determinada unidad social. El medio clásico de la entrevista, tal como la suelen aplicar algunos científicos sociales y otros profesionales (como trabajadores sociales, médicos y psicólogos), es el encuentro "uno a uno", en un sitio apartado, dotado de cierta privacidad, frecuentemente en la oficina del entrevistador, sin interrupciones que puedan provenir del ámbito del entrevistado (por ejemplo, actividades, llamados de vecinos, travesuras de los hijos) y que, en el caso dé existir, no suelen tomarse en cuenta sistemáticamente como información significativa y relevante.

La entrevista antropológica sufre una relocalización del ámbito del investigador al del informante, pues tiene como supuesto que sólo a partir de sus situaciones cotidianas y reales es posible descubrir el sentido de sus prácticas y verbalizaciones. Un término, un discurso o una acción no son lo que son per se, sino en relación con la situación en que se enuncian o aplican y con su contexto discursivo y material. Como "extranjero", el investigador no conoce de antemano su articulación significativa con el contexto, ni los matices en los cambios de significación. Los residentes de villas miseria han sido habituados a relacionarse con agentes oficiales en términos represivos o asistencialistas. Acostumbrados averíos desplazarse por el vecindario y a que se los interrogue acerca de sus carencias y necesidades, los residentes suelen concebir al investigador como un agente del Estado y responderle en consecuencia, destacando problemas y dificultades del asentamiento. En ese caso, el investigador puede concluir que todo el mundo social del informante es así de carenciado, deplorable y misérrimo, propendiendo a una imagen sesgada de esa población. En cambio, si interpretara que ese conjunto de respuestas obedece al implícito hábito de un actor al que se le ha venido comunicando: "usted es un carenciado, el Estado ayuda a los carenciados, cuéntenos en qué podemos hacerlo", entonces el investigador advertiría que accede [237] sólo a las nociones que el informante pone en acto (en forma de respuesta) con referencia a una situación de tales características (en este caso, de asistencia pública). La situación de entrevista es categorizada como entrevista de agente oficial a pobre asistido; el rol de aquél es preguntar y dar; el de éste, pedir y demostrar su carencia. Hay, sin embargo, otros

aspectos que el informante no considera pertinentes para esa situación, como exponer sus temores ante el panorama delictivo-o destacar aspectos positivos de la villa. Tanto para la decodificación que hace el informante de lo que se le solicita (respuestas) como para la que lleva a cabo el investigador, tener en cuenta la relación entre la interacción y el contexto de encuentro es fundante para la interpretación.

En el análisis del contexto restringido puede ser relevante ser "local o visitante" y que la entrevista se lleve a cabo en un medio familiar al informante o al investigador (oficina, vivienda, etc.). Esta distinción presenta, sin embargo, algunos matices. En el fútbol y otros deportes suele equipararse ser local al mayor conocimiento de la cancha de juego y, por lo tanto, a la mayor comodidad. Pero un informante que se siente controlado por su familia y que recibe al investigador en su casa, ¿es "local" o "visitante"? Un informante que prefiere encontrar al investigador en un bar, como sitio neutro para ambos, ¿es "local" o "visitante"? Veamos cómo funciona la distinción en un ejemplo. Sergio Visacovsky debía entrevistar ingresantes a la carrera de Psicología de la Universidad y encontró serias dificultades para realizar el encuentro en los hogares paternos de sus informantes. ¿Por qué? ¿Por timidez? ¿Sospechas de la familia? ¿Falta de intimidad o privacidad?; ¿Vergüenza por algún miembro discapacitado en la familia? ¿Deseos del adolescente de mantener un mundo propio, independiente del control paterno? ¿Desconfianza del investigador? ¿Compromisos políticos que le impedirían presentar su vivienda y a su familia por razones de seguridad? Estas y otras inferencias son ya un adelanto de la producción de datos acerca de, por ejemplo, el grupo de edad al que representan los informantes, y no sólo -o no tanto- un obstáculo para concretar el acceso a la familia del informante. No se trata tanto del caso particular de tal o cual sino, más bien, del de un sector definido por su posición social y por su dependencia en virtud de lazos de parentesco. Por consiguiente, si ser "local" o "visitante" es asimilado a realizar el encuentro en el medio habitual, también puede ocurrir que el informante no quiera ser del todo "local", debido a ciertas restricciones que integran su cotidianidad, y que, por el contrario, se sienta muy cómodo en otro sitio. Es pertinente entonces indagar en las formas en que el entrevistado categoriza el sitio de entrevista, sea cual fuere, y reflexionar acerca del modo en que incide en el vínculo y la [238] información. Quizá, como medida práctica, sea aconsejable dejar que en una primera instancia sea el informante quien decida adonde encontrarse e ir explorando, gradualmente, una posible relocalización. Él sabrá por qué eligió ese ámbito, quedando por cuenta del investigador averiguar la razón.

El contexto restringido incluye también a las personas presentes en el encuentro y que operan como testigos de la entrevista. Recordando el significado de las categorías sociales, puede ser distinto escuchar "acá la gente no sabe vivir, son unos negros de m..." de boca de una familia que vive en el límite de la villa, pero en casa propia, o de boca de una familia que vive dentro de una villa y, más aún, de otra familia que está a punto de recibir un departamento. Asimismo, es distinto que esto se enuncie ante la sola presencia del investigador, a hacerlo delante de otros vecinos, también residentes de la villa, o de vecinos de barrios colindantes. El objetivo puede ser aspirar a establecer cierta complicidad con el investigador como representante de una clase superior y diferenciarse del resto, poner de manifiesto un proceso de ascenso social, etc. Pero todo esto no puede saberse de antemano.

Los ritmos del encuentro

Poco puede decirse a priori acerca de los momentos que tienen lugar a lo largo de la entrevista, más allá de identificar un inicio, un desarrollo y un cierre de cada encuentro. Sin embargo, podemos revisar algunos criterios generales para tener en cuenta.

Como parte de las actividades desarrolladas en campo y de la observación participante, la entrevista antropológica puede dar comienzo en cualquier lugar, sin concertación previa, con cualquier persona y tener una duración variable. Puede consistir en un breve intercambio de palabras en la calle o a la entrada de un edificio, transformarse en una charla de café o en una seria y meticulosa conversación sobre algún tema de interés del investigador -que es como solemos concebir a la entrevista-. Todas estas posibilidades son difíciles de prever, sobre todo cuando se adopta para el trabajo de campo técnicas flexibles y no directivas. A partir de su experiencia, Ariel Gravano (1987) explica:

> en un trabajo de prospección de un barrio, donde se intentó obtener una imagen lo más global posible de la vida barrial, el investigador opta por entrevistas ocasionales, de "calle". La gente, es obvio, no sale de su casa preparada para que la paren y le planteen una entrevista. Esto es piarte de las condiciones propias del potencial informante. Pero también el investigador se encuentra condicionado por esa situación. Las alternativas podrían ser desde no recibir el más mínimo apunte de [239] parte del vecino, como terminar haciendo una entrevista de hora y media, sin ningún problema. Pero esto el entrevistador no lo sabe.

Aunque compartimos el criterio más generalizado según el cual una entrevista requiere un lapso mínimo para que las partes intercambien impresiones de su presentación -voluntaria e involuntaria-y se vayan conociendo, no quisiéramos perder de vista las instancias informales —aun dentro de la entrevista formal-, como los encuentros fugaces y los comentarios fuera de la situación que concebimos como típica. Ello obedece a que, al estar integrada a otras actividades de campo, cualquier ocasión y cualquier informante pueden, en principio, ofrecer material relevante; asimismo, cualquier comentario puede revestir una significación que, aunque inadvertida en el momento, se descubra relevante tiempo después, al releer las notas o al internarse en el universo de los actores. El propósito de esta reflexión es señalar que, si les reconocemos a estos encuentros casuales una importancia potencial similar a la de una entrevista programada, se les podrá sacar provecho; el campo en su totalidad puede ser significativo; todo es cuestión de acceder a esa significatividad sin predeterminar sociocéntricamente qué vale y qué no. El trabajo de campo en el medio habitual del investigador ha tendido a descuidar estas pequeñas instancias de relación y producción de datos, ya que el investigador no suele ser testigo inmediato de la vida social de sus informantes y su información proviene casi exclusivamente de la situación formalizada de entrevista. Quizás éste -y todo lo que ello implica- sea uno de los desafíos a la "relocalización del trabajo de campo antropológico" en las llamadas "sociedades complejas". Por otra parte, estos encuentros fugaces son germen potencial de relaciones más profundas. A diferencia de la entrevista formal, que nace de un acuerdo previo, la entrevista antropológica se ha generado tradicionalmente en el marco de la convivencia y la vida cotidiana. De ahí que el valor de cada encuentro sea variable, no sólo por la cantidad y calidad del material a obtener sino, además, por el ángulo desde el cual el investigador concibe la entrevista, otras técnicas y el mismo trabajo de campo.

Pero detengámonos en las entrevistas de mediana y larga duración. Al comienzo puede ser aconsejable no enfocar temáticas demasiado acotadas, hasta que la relación esté más avanzada y el informante conozca más acabadamente los objetivos que persigue el investigador. En las primeras entrevistas quizá sea conveniente abordar temas generales, poco comprometidos y no irritativos; al comenzar el encuentro puede ser oportuno referirse a los llamados "temas triviales", los que cambian según el sector social y cultural ("¡Qué día!, ¿eh?"; "¿Cuántos años tiene la criatura?"). Cada encuentro, sin embargo, es una caja de sorpresas y puede revelar cuestiones que se suponían confidencialísimas [240] y que probablemente no se vuelvan a repetir (como le sucedió a Roberto en La Boca).

Con respecto a la duración de la entrevista, una de las premisas es no cansar al informante ni abusar de su tiempo y disposición, ya sea porque el material recogido en circunstancias de abuso suele suministrarse por compromiso y para "sacarse de encima al investigador", ya sea porque este clima cierra las puertas de encuentros ulteriores y del vínculo con el informante. Se puede, entonces, intercalar preguntas de distinto tipo —descriptivas, experienciales, ejemplificadoras, etc.-. Cuando el informante percibe que es interrogado sin tregua, en una relación verbal asimétrica, intercalar alguna experiencia o comentario acerca de alguna vivencia del investigador puede hacer simétricos los términos verbales de la relación. Quizá de este modo se contribuya a crear un espacio para que el informante exprese sus dudas, formule sus preguntas. Estas consideraciones dependen, sin embargo, de una distinción fundamental: el tiempo del investigador no es el tiempo de los informantes; éstos no son máquinas de vomitar material según los plazos que debe cumplir el investigador. Y aunque no sea posible desconocer estas determinaciones -un plazo de entrega, un informe, una clase-, quizá convenga ponderarlas en función de lo que se desea obtener, de lo que se pierde y, fundamentalmente, de quiénes serán los destinatarios finales de la investigación.

Los tiempos se negocian y construyen recíprocamente, en la reflexividad de la relación de campo. Las esperas, las urgencias, las pausas y los retrasos son también significados que el investigador debe aprender "en carne propia". Tradicionalmente, los antropólogos se han manejado sin horarios. La corresidencia libera al investigador de otras actividades y obligaciones; está full time con sus informantes. Sin embargo, el tiempo no es sólo una demanda exterior sino, fundamentalmente, un ritmo interno. De manera que, haya o no plazos para presentar el informe final o el sociodiagnóstico (o antropo-diagnóstico), la impaciencia puede forzar al investigador a que éste, a su vez, fuerce a sus informantes. No diremos que el investigador deba abstenerse de sentir ansiedad o que "pierda el tiempo", sino que, como tantos otros contrastes en el campo, quizá convenga exagerar y sentir cómo se oponen los ritmos propios y los del campo para finalmente extenderlos y poder incorporarlos.

El cierre o desenlace del encuentro presenta también sus peculiaridades. Pueden sucederse intrusiones ajenas a la voluntad de ambos, que den por terminada la entrevista o cambien profundamente su tono. Por lo que atañe al investigador, no es conveniente concluir el encuentro de manera abrupta, en momentos de gran emotividad y expresividad del informante o durante el tratamiento de puntos con-flictivos y/o tabú. Estas y otras recomendaciones pertenecen a la esfera [241] del trato interpersonal y seguramente habrán de ser manejados de modo adecuado por cada investigador según sus propias características. Corno verdad de perogrullo puede ser adecuado concluir la entrevista dejando abierta la posibilidad de futuros encuentros.

3. De controles y mentiras

Es casi un lugar común encontrar en la literatura acerca de la entrevista y las técnicas en general una serie de consideraciones sobre la confiabilidad de los informantes y la veracidad de la información. Este problema es visualizado particularmente en las entrevistas no dirigidas, las encuestas y los cuestionarios. Y no es por casualidad que no aparezca como problema al analizar los alcances y las limitaciones de otras técnicas como la observación o la observación participante. ¿Por qué sucede esto? Acostumbrados a un marco positivista, los científicos sociales hemos buscado la norma social en las prácticas; una radiografía de la sociedad es armónica y acabada cuando los valores y los patrones verbalizados condicen uno a uno con los sistemas de prácticas de los actores. De modo tal que los casos que no se ajusten a este dictado deben ser tratados "como lo que son": casos desviantes. Es entonces el momento de analizarlos como problemas. En cambio, los que demuestran cierta congruencia no se ponen en cuestión. La observación participante no tendría este inconveniente al garantizar la verdad desde la presencia directa del investigador. Por el contrario, las verbalizaciones son, como vimos en el capítulo 2, una fuente siempre latente de distorsión y subjetividad que introducen los actores, la cortina de humo de la verdad.

Esta posición puede cuestionarse con distintos argumentos. El primero es la ilusión empirista a la que ya nos hemos referido: la presencia directa del investigador no garantiza una mirada mejor, ni una decodificación mayor del universo de los actores. En segundo lugar, está postura supone una relación de correspondencia entre dos dominios que en rigor operan con lincamientos propios. El dominio de las prácticas es diferente del de las nociones y representaciones (Holy y Stuchlik, 1983). Desde otra denominación, el campo de lo ideológico tiene su especificidad no redüctible ni predeterminada por otras instancias de lo social (Díaz, Guber, Sorter y Visacovsky, 1986). Al suponer que son lo mismo, es legítimo exigir una congruencia absoluta entre lo que la gente dice y lo que la gente hace. Tal es el caso del padre o la madre que dice que a los hijos hay que comprenderlos y explicarles y que el castigo corporal es innecesario y contraproducente. Sin embargo, a la primera travesura y ante la mirada perpleja de un observador externo, la madre toma el cinturón y le descarga un [242] latigazo al eventual infractor. ¿Qué es verdad y qué es falso: que no hay que pegarle o que le pega? Ambos, sólo que lo realmente verdadero es —por el momento y limitándonos al ejemplo- que el informan-j te sustenta el valor "no hay que pegarle a los niños" y practica (al í menos en ese entonces) el castigo corporal. La vida social está llena de estas aparentes contradicciones que aparecen como tales a la hora de conceptualizarlas. Si se advierte que ambos dominios son diferentes, y por lo tanto operan según lógicas distintas, y que la relación entre uno y otro es parte del cometido que se propone el trabajo de campo, tanto la correspondencia como la divergencia serán objeto de indagación, es decir, serán problemáticas. Aunque no nos extenderemos más en este punto, quisiéramos señalar que en el tema que nos ocupa, ello concierne directamente a la conceptualización del trabajo empírico, de las técnicas no directivas y, sobre todo, de la necesaria pero problemática relación entre observación del investigador y verbalizaciones de los informantes y la complementación entre la observación participante y la entrevista antropológica.

Esta discusión es fundamental por sus derivaciones teóricas, por su incidencia en el análisis de datos y en los criterios de validez de la información. En todo caso sugerimos que, más que preguntarnos si lo que se nos ha dicho es cierto o no lo es, conviene

averiguar qué significa y cuáles son las implicancias posibles de lo que se dice (e inferir lo que se calla). Esto no pretende invalidar la búsqueda de criterios de verificación y de ajuste de los discursos a los hechos. Pero cabe aquí distinguir dos cuestiones. La primera es que, como vimos, hay preguntas fácticas y preguntas de opinión o valoración. La segunda es que las verbalizaciones trasuntan siempre valoraciones, aun cuando se refieran a datos fáctícos, de manera que es conveniente distinguir ambas dimensiones para establecer qué se quiere verificar. Parece claro, entonces, que lo que se verifica es la dimensión fáctica, pero la opinión (hecho valorativo) es verdadera por su sola emergencia, su mera aparición. En todo caso, habría que preguntarse si el informante sustenta realmente esta opinión o, de no sustentarla, por qué la brinda. Por eso, en el ejemplo citado más arriba, la madre efectivamente sustenta la valoración de que no se debe castigar corporalmente a los hijos. Pero si seguimos consecuentes con la distinción entre dominios nocional y de las acciones, dicha sustentación no garantiza, ni excluye, ni predetermina que la práctica contradiga la verbalización.[1] [243]

Cuando de esto se trata, es conveniente proceder a una especie de crítica de fuentes, al modo de los historiadores. Los sucesos contemporáneos se pueden cotejar con otros testigos; esto vale también para hechos del pasado. Una de las críticas recomendables es la de plausibilidad, esto es, si el hecho en cuestión era factible en tales y cuales circunstancias, apoyándose el investigador en lo que conoce de su área en estudio. La crítica del informante es semejante a la crítica de las fuentes históricas, cuando se evalúa quién la ha escrito, con qué fin y en qué contexto (Nácuzzi, 2002) -ya nos hemos referido a este punto en el capítulo 6-. La Habilidad de un individuo, sus deseos de agradar al investigador y su tendencia a la magnificación se agregan a los criterios de ponderación. Por otra parte, pueden ser fuentes de distorsión el no haber sido testigo directo de los hechos, sino apoyarse en comentarios de terceros (esto es, ser un "informante de segunda mano"), así como la selectividad que toda observación y registro implican, en función de los intereses, preocupaciones y posición en el evento (Whyte, 1982: 116). El control cruzado de la información entre individuos con diverso grado de involucramiento en los sucesos es el modo más usual para verificar datos fácticos. Sin embargo, como vimos, la divergencia entre versiones no implica necesariamente distinto grado de veracidad. Consideramos que hay información que posiblemente no se alcance jamás; pero, en ese caso, es tan importante tratar de acceder a ella como darse cuenta de que no se ha accedido y buscar una explicación de esto. Por otra parte, nunca se sabe de antemano si se habrá o no dé acceder; es cuestión de probar. Por eso preferimos no distinguir las verbalizaciones de los informantes entre verdaderas y falsas, sino entre verbalizaciones que se corresponden con los hechos fácticos y verbalizaciones que no. Como la concordancia entre ambos no está dada previamente, su indagación en campo es más bien una condición de la investigación que un rastreo de informantes mentirosos.

Por último, quisiéramos señalar un punto nodal de la investigación social que ha estado presente a lo largo de este trabajo, y al que ya nos hemos referido. Se trata de lo que Bourdieu, Passeron y Chamboredon (1975) llaman "la ilusión de transparencia", esto es, suponer que la respuesta de los informantes deriva, casi inmediatamente, en elaboración del investigador en términos teóricos. El investigador solicita a los informantes que verbalicen la explicación de un hecho social, cuando éstos sólo están en condiciones de

[1] Para el análisis de un caso de identidad falsa y su comparación reflexiva con la identidad “verdadera” de la investigadora, véase Guber (1988). Para análisis metodológicos y etnográficos, véanse Metcalf (2002) y Nachman (1986).

aportar materiales parciales y a un nivel empírico. Se suele dar el caso de los trabajos donde se les pregunta a los entrevistados: "¿por qué emigró?", y éstos responden: "para progresar en la vida", tras lo cual, el investigador concluye que la migración obedece a la intención de movilidad social. La ilusión de transparencia requiere lógicamente que el entrevistado "diga la verdad", [244] pero no "la verdad" desde su perspectiva sino la verdad científica. Esta confusión no es poco frecuente en las ciencias sociales, confusión que se agrava, como ya señalamos al analizar los términos del cuestionario, por el uso de los mismos términos empleados en el lenguaje corriente y en el académico.

Aunque el punto demandaría un tratamiento más detallado, es conveniente reparar en las implicancias epistemológicas y teóricas de las explicaciones "por propósitos y motivos", como "la explicación" última de las ciencias sociales. Por nuestra parte, hemos apuntado que la respuesta del migrante puede contribuir a construir la perspectiva del actor y a analizar la especificación de un proceso social en un mundo preinterpretado por los sujetos, pero no es, en sí misma, la explicación que debe elaborar el investigador.

4. ¿Una buena o mala entrevista?

La evaluación de la entrevista reconoce distintas instancias: algunas más inmediatas y que se refieren a los futuros movimientos en campo; otras, a largo plazo, que se relacionan con el propósito del trabajo de campo en esa investigación y con el objeto de conocimiento específico. Los criterios obviamente son variables, aunque podríamos considerar algunos lineamientos generales. Estos lineamientos no corresponden sólo a la dinámica particular, sino también a la dinámica general de la entrevista en la investigación. Los objetivos se plasman en la obtención de una profusa información que será de "buena calidad" si resulta de verbalizaciones de los informantes y exhibe su propia lógica de asociación y exposición, con breves pero diferenciadas intervenciones del investigador. En este punto, es decisiva la elaboración del registro. La entrevista pudo haber sido excelente, pero si en las notas sólo figuran las inferencias y conclusiones del investigador, éste no tendrá la posibilidad de consultarlas para ratificar sus supuestos iniciales o la especificación con que los actores han construido su propia lógica de la vida social.

Sin embargo, para que esto sea posible es imprescindible cuidar la verdadera fuente de información: la relación personal con los informantes (obsérvese que no decimos "cuidar al informante" porque el investigador es, también, parte dé esa fuente); sólo en el seno de una relación continuada y vivida en buenos términos es posible profundizar y sistematizar información, abrir el campo a una amplia red de informantes y abrir los propios sentidos; pero además, si el informante no se siente cómodo en la relación, aun cuando el trabajo de campo se encuentre avanzado, quizá esto esté revelando alguna incomprensión del investigador acerca de un punto importante de [245] dicha relación, lo cual seguramente estará incidiendo en la calidad de la información obtenida y en los datos producidos.

Si en la entrevista antropológica todo es negociable, no por ello la pertinaz reticencia del investigador a definir de antemano una serie de pautas de trabajo significa caos ni desorganización; que todo sea negociable significa que las instancias se van definiendo conforme avanza la relación y el conocimiento recíproco en campo entre el investigador

y los informantes. Es en este camino que se construye, por un lado, el conocimiento y, por el otro, la herramienta para alcanzar ese conocimiento. La entrevista es, pues, una herramienta de recolección de información, pero como otras técnicas antropológicas y como el trabajo de campo, también una instancia de producción de datos.

5. El rapport. ¿una utopía necesaria?

Una obsesión recorre el trabajo de campo: ganar acceso a los informantes. La literatura antropológica ha tipificado los momentos que atraviesa el trabajo de campo, los avalares y vicisitudes del vínculo más importante del investigador en esta etapa: el mantenido con los actores, sus informantes. El comienzo ha sido catalogado como la etapa más compleja y difícil; desde entonces, el investigador se desvive por alcanzar el desideratum de la relación: lograr el rapport, algo así como una relación armónica, cordial y empática. Sin embargo, a pesar de las múltiples definiciones de este leitmotiv antropológico, parece casi imposible establecer un sentido uniforme del término.

En un intento por sistematizar el camino más directo para alcanzar este "oasis", Spradley (1979) propone cuatro estadios. La aprensión es una sensación de incertidumbre y vacío, una interrogación motivada en la desconfianza mutua y las suspicacias. Tiene lugar en los primeros encuentros, cuando todavía el informante no sabe qué se espera de él ni cómo suministrar información ni cuáles son los datos relevantes y cuáles no lo son. Pero, por su parte, el' investigador tampoco sabe cómo interpretar todavía las respuestas ni los sentidos que subyacen tras los términos enunciados por el informante. En el segundo momento, la exploración, ambas partes buscan indicios que les permitan develar sus incógnitas recíprocas, desde cotejar las respuestas dadas por varios informantes hasta cotejar lo que el investigador dice que hará con lo que realmente hace. El tercer momento es la activa cooperación, cuando ambos han alcanzado un mayor conocimiento recíproco y, al compartir una mínima definición del encuentro, actúan en función de ella. Un último momento atañe a la participación del informante en el rol que le asigna el investigador. Por ejemplo, cuando aquél pasa a oficiar de etnógrafo de sus coterráneos [246] y compañeros, lo que significa que ha comprendido qué es lo relevante para recordar y comunicar al antropólogo.

El rapport sería, pues, un estado ideal de relación entre el investigador y los informantes, basado en un contexto de relación favorable, fundado en la confianza y la cooperación mutua que viabiliza un flujo, también ideal, de información (esto es, un material genuino, veraz, detallado, de primera mano).

El rapport ha servido de utopía movilizadora, especialmente en aquellos momentos en que el investigador se percibe en un punto muerto y crítico de su comunicación con los informantes. La razón de esta utopía podría residir en la tensión y las ansiedades del trabajo de campo, pues el investigador se propone descubrir las contradicciones y los contrastes con sus propios modelos y desde aquí dar con la lógica de modelos alternativos. Sin embargo, este espejismo puede tornarse en un eje desmovilizador que consuma la actitud crítica del investigador. Veamos por qué. Ni en su forma ni en sus contenidos el rapport es un estado universal, si bien puede aceptarse que hay contextos más y menos favorables para establecer un vínculo. Interviene, en primer lugar, la ecuación personal del antropólogo y de los actores que, si bien modeladas por la cultura, asumen una serie de variantes que inciden en el vínculo entre ambos polos de la relación investigativa. Esta relación, además, se inscribe en un proceso social y es significada

por él, de manera que el rapport asume características particulares según los patrones socioculturales que rigen los tipos de relaciones en cada sociedad, en cada sector social y para cada situación.

Al perseguir un estado pleno e ideal en sus relaciones, el investigador puede caer en algunas trampas; la más común es conformarse con lo que ha alcanzado y abandonar el proceso crítico de evaluación de la información y de las razones que guían al informante a decir lo que dice y a hacer lo que hace cuando está en su presencia. Creer que se lo ha conquistado puede conducirlo a desplazar un vínculo de índole social y cultural a una cuestión de encantos personales, cerrando la posibilidad de analizar y comprender una relación coproducida social-mente. Es decir, el rapport subsume bajo la ecuación personal -que obviamente existe y es relevante- aspectos que se relacionan directamente con el proceso de aprendizaje que el investigador está llevando a cabo sobre el mundo social de los actores. Además, puede conducir a psicologizar e individualizar todo. Ante un estado que el investigador imagina como la relación ideal, el vínculo se cristaliza y no hay lugar ya para el proceso de contrastes y reflexividad en el trabajo de campo. Es cierto que las transacciones no son idénticas al comenzar que al promediar el trabajo, pero se suceden, con distintas modalidades, a lo largo de toda la investigación. Creer que se ha arribado, [247] por fin, al rapport puede apoltronar al investigador y circunscribirlo al círculo de relaciones ya conocidas, cuyos términos se consideran satisfactorios, desechando nuevos vínculos o, incluso, los que hayan resultado más conflictivos.[2]

Ariel Gravano expone claramente la problemática que estamos planteando bajo la denominación de "confianza".

> En términos de sentido común, podríamos hablar de ganar la confianza del informante; que éste se sienta lo suficientemente distendido como para ser capaz de liberar con mayor amplitud sus puntos de vista, opiniones, ideas, sentimientos, etc. Con un poco más de rigor, empero, debemos partir de la premisa de que nunca se ganará la suficiente confianza de nadie como para que éste sea totalmente sincero con nadie. Las mismas condiciones de todo proceso de comunicación imponen una insoslayable tensión entre lo que se dice o se hace y lo que se piensa o se siente. Pretender neutralizar o anular este dispositivo condicionante es de todas maneras estéril, ya que se llega a la encrucijada de o tener que "creer" todo lo que el informante expresa con gestos, actitudes, palabras, o "sospechar" de todo lo que nos manifiesta.
> La alternativa metodológica consiste precisamente en operar sobre y gracias a esta tensión condicionante. Porque, seamos honestos, si esta tensión no existiera, si el ser humano fuera capaz de decir y manifestar todo, esto es, de ser totalmente objetivo, poca tarea nos quedaría a nosotros como investigadores sociales. Bastaría con colocarnos de perfil, con la oreja de pantalla y retransmitir lo que meramente escucháramos. La manera de hacer posible una apertura lo más amplia y explícita de los significados concretos del informante en un primer contacto, entonces, dependerá en una gran medida de nuestro interés puesto en el más allá de su postura o verbalización iniciales (el saludo, por ejemplo) y, sobre todo, del resultado del semblanteo que él haga de nosotros. Como el condicionamiento y la tensión son mutuas, un camino eficaz

[2] Para el análisis de un caso en que, tras dos años de rapport, la investigadora fue expulsada del campo por un sector de la población con que ella venía trabajando, véase Guber (1995).

> puede consistir en explicitar en el registro nuestros propios sentimientos, sospechas, preconceptos, temores, dudas, certezas, acerca de lo que va transcurriendo en la relación" (Gravano, 1987, notas de campo).

Ya hemos señalado que son precisamente los momentos de desencuentro, de crisis comunicativa y de contradicción los que suscitan el cuestionamiento cuando se trabaja con las herramientas tradicionales del investigador, lo que le obliga a revisar sus propios modelos para [248] interpretar qué ocurre (Willis, 1984). Al calificar una relación como gozando del rapport necesario, todo ocurre como si, una vez conseguido, aquellos problemas desaparecieran. Desde nuestra perspectiva, esta desaparición transforma al investigador en un recolector de obviedades, no en un productor de conocimientos.

Si bien puede ser útil distinguir los estadios que atraviesa la relación con cada informante y con el campo en general, la trampa del rapport es creer que existe un happy end lleno de certezas y adoptar actitudes concesivas ante la información y los datos obtenidos. Pero si se lo concibe como una instancia de la relación entre investigador e informantes, en la cual ambos han construido un sentido compartido de la investigación y en que el investigador va realizando el pasaje de un modelo formulado en sus términos a otro modelo en términos del informante, entonces la figura del rapport adquiere la imagen del proceso de conocimiento sobre la población estudiada y su logro es el logro de la investigación misma. Desde esta óptica, entablar el rapport significa que aquella dimensión descriptivo-explicativa del mundo social de los informantes y la perspectiva teórica adoptada se plasman y traducen en la relación misma entre el investigador y los sujetos de estudio. [249]

12. El registro de campo: primer análisis de datos

La concepción tradicional del trabajo de campo ha seguido los parámetros del naturalismo: captación inmediata de "lo real", "recolección de datos" y posterior análisis en gabinete. Esta concepción ha incidido en varios aspectos de la operación por excelencia de obtención de información: el registro de datos. Según esta corriente, el registro es un medio por el cual se duplica el campo en las notas (registro escrito), en imágenes (fotografía y cine) y en sonidos (registro magnetofónico). Así, el investigador "recolecta lo real tal cual es", esto es, "recoge datos". La revisión del sentido del trabajo de campo y de la relación entre investigador e informantes, mediatizada por las técnicas de obtención de información y la situación de campo, ha llevado a resignificar las formas de registro sin por eso desechar los aportes que la labor antropológica ha realizado a lo largo de su historia. Un aspecto desde el cual se reformula el lugar del registro de campo es la incidencia del investigador en el recorte de lo relevado. El proceso investigativo que ha propuesto tradicionalmente una mirada abierta a la totalidad social y sin sesgos etnocéntricos, plantea ahora el ideal de ampliar progresivamente la mirada y la capacidad de registrar, captar y detectar información significativa para ser integrada a las notas, conforme avanza el trabajo de campo en una relación reflexiva de conocimiento paralelo y recíproco entre investigador e informantes. Esto es: se ve lo que se puede ver. Tratemos, entonces, de ver cada vez más y mejor. El registro es la manifestación concreta de este proceso y de cómo el investigador concibe el campo y cuanto sucede en él. Con el registro, el investigador no se lleva el campo a casa; se trata más bien de una imagen especular del proceso de conocimiento que incluye las condiciones en que dicho conocimiento tiene lugar. Al situarse en un contexto determinado, la relación entre investigador e informantes [251] se concreta y complejiza incorporando las variantes de dicha relación. En ese proceso, el registro es una especie de cristalización de la relación, vista desde el ángulo de quien hace las anotaciones o fija el teleobjetivo de la cámara.

Sin embargo, como hemos dicho reiteradamente, este ángulo no es equiparable a lo registrado sino que implica un recorte de lo que el investigador supone relevante y significativo (siempre desde el grado de apertura que le permite su mirada en ese momento de su trabajo). Por eso, el registro es una valiosa ayuda no sólo para preservar información, sino también para visualizar el proceso por el cual el investigador va abriendo su mirada, aprehendiendo el campo y aprehendiéndose a sí mismo. De ahí que resulta imprescindible que el investigador registre todos aquellos aspectos que pueden echar luz acerca de por qué se registran algunas cuestiones y relegan otras, por qué se repara en determinados aspectos y se secundarizan otros, por qué se los integra de este y no de otro modo. Lo que el investigador tiene en su registro es la materialización de su propia perspectiva de conocimiento sobre una realidad determinada y no esa realidad en sí. Sin embargo, esto no significa que la realidad no exista o sea irrelevante, porque el investigador está permanentemente intentando dar cuenta más y mejor de ella. Para que ese registro se torne cada vez más complejo y revele mayores aspectos de la perspectiva del actor y sus vetas inesperadas,[1] es necesario explicitar a cada paso la intervención de quien registra, pues, como también señalamos, el investigador sólo puede ampliar su mirada si reconoce los contrastes con el mundo social de sus informantes, interrogándose por el significado, en su propio marco conceptual y en función de su

[1] Para el análisis e cómo Esther Hermitte consiguió hacer un lugar en sus notas de campo para captar lo inesperado, véase GTTCE (2001).

objeto de conocimiento, del material obtenido y transformado en dato.

1. Formas de registro

Tradicionalmente se ha optado por una u otra forma de registro, según su grado de fidelidad con respecto al referente empírico. Sin desechar este criterio, pero teniendo en claro la incidencia del investigador en dicho proceso, podemos añadir que las formas de registro son también factores que inciden en la dinámica de lo real, y que deben ser analizadas en función de esa incidencia. Esto significa que el recurso al que apele el investigador no es más o menos favorable porque [252] altere o no el campo o la conducta de los informantes, sino porque cada forma de registro, así como cada investigador y cada personalidad, inciden de algún modo y es este modo el que debe reconocerse y explicitarse. Aun cuando el investigador no lleve consigo ningún implemento técnico (grabador, filmadora, etc.), su sola presencia, su atención y su comportamiento inciden en el medio observado. Lo deseable no es que esta incidencia no exista, porque existe, sino que sea reconocida, caracterizada e incorporada como condición de la investigación y el conocimiento social.

El investigador puede realizar el registro durante la entrevista o posteriormente. En el primer caso, por medio de un grabador, lo que le asegura una fidelidad casi total (casi, porque pueden aparecer problemas técnicos de nitidez en la grabación o en la dicción) de lo verbalizado, o en una libreta de notas (en versión taquigráfica, tomando algunas expresiones textuales o breves indicadores de los ternas tratados que se completarán a posteriori). En el segundo caso, sin haber tomado notas en absoluto, se apela a la memoria y a la reconstrucción una vez realizados la observación y el encuentro (el registro fílmico en antropología ha sido muy elaborado en las últimas dos décadas, de manera que obviaremos aquí su tratamiento). Cada uno de estos sistemas presenta sus ventajas y desventajas, que es conveniente explicitar para controlar sus efectos.

Con respecto al informante, la grabación combina un efecto de total fidelidad con otro contraproducente de inhibición, reticencia o temor; con respecto al investigador, implica una mayor comodidad, al punto que es frecuente desentenderse de lo que se está hablando. El investigador no recuerda a ciencia cierta qué se trató en el encuentro; también suele suceder que el informante "se largue a hablar" cuando se apaga el grabador. La extrema dependencia de este recurso técnico puede implicar que el investigador no se anime a registrar los "datos fuera de libreto" y, finalmente, los pierda. Por otra parte, la grabación exige una desgrabación, que suele ser lenta y costosa, lo que ayuda a que estas tareas se posterguen para una vez finalizado el trabajo de campo; esto presenta el inconveniente de que, por la índole del proceso de conocimiento antropológico en campo, ya no se trata de un trabajo reflexivo sino, de hecho, de una captación empirista de información. Al no proceder a la simultánea elaboración/construcción de la perspectiva del actor, el trabajo de campo se transforma en la aplicación cada vez más cristalizada de cuestionarios y de miradas guiados por la costumbre y no por un examen crítico. Por eso, la transcripción de notas es una de las herramientas, por excelencia, de la elaboración reflexiva de lo sucedido en campo y de la producción de datos. No basta con tenerlos almacenados en un bibliorato o en la base de [253] una computadora. Es necesario trabajarlos, estudiarlos, relacionarlos e interpretarlos.

Cabe acotar que el supuesto según el cual la grabación asegura "llevarse el campo a casa" es cierto sólo en la medida en que se registran sonidos físicos verbalizados por el informante; pero ello no garantiza la reconstrucción exacta de la situación en la cual se producen dichas verbalizaciones; tampoco se retienen gestos, expresiones faciales y corporales, la identidad de las personas reunidas, movimientos y reacomodamientos, eventos antecedentes y consecuentes de la entrevista y la actitud del investigador, que puede ser decisiva para la del informante. Pero su limitación no es solo técnica sino epistemológica. Si bien es cierto que un buen y fiel registro permite volver a los datos con confiabilidad y revivir las condiciones de la información del campo cualquiera sea el lapso transcurrido desde su obtención, es conveniente no homologar veracidad de la información y veracidad de las conclusiones. El registro grabado no evita el recorte y la construcción de datos, pues éstos, en tanto pasen a integrar el sistema explicativo, son siempre una construcción del investigador. Lo mismo ocurre con la perspectiva del actor, aunque ésta puede estar más o menos cargada de perspectivas etnocéntricas. En el camino para descentrar el conocimiento de la unidad social, es imprescindible contar con un nutrido cuerpo de materiales. Sin embargo, la forma de registro se encuadra en el contexto de una relación social. Y suele ocurrir que el informante tenga una imagen estereotipada de la investigación social, que requiera de ciertas prácticas para legitimarse, como la presencia del grabador y los papeles.

Si el investigador es veloz para tomar notas simultáneamente a la entrevista, la función del grabador puede ser sustituida por versiones más o menos completas de lo verbalizado. Por ejemplo, los registros de lo que ocurre en una clase suelen realizarse por este medio, valiéndose de una serie de criterios de notación que permiten, a diferencia del grabador, incorporar la conducta de los alumnos y la disposición del maestro, y lo que se escribe en las pizarras (véanse Rockwell, 1986; Bulmer, 1982; Woods, 1987). Para registros en el campo educativo, Rockwell sugiere utilizar:

"   " para notación textual;
/   / para textual aproximada;
(   ) para aclaraciones contextúales como climas, gestos, etc.;
(…) lo que no se alcanza a registrar;
… el que habla y no termina;
<u>subrayado</u> lo que se escribe en el pizarrón o se dicta.

Sin embargo, este medio reitera algunas dificultades del registro magnetofónico y les suma otras nuevas. Una de ellas es poner al investigador ante el dilema de atender y mirar al informante o tomar notas; en el curso de la entrevista, el registro escrito puede incomodar al informante, quien puede optar por empezar a dictarle al investigador j en vez de expresarse más espontáneamente. Por otra parte, el contacto visual es fundamental para establecer una relación de confianza, proximidad y soltura, marco conveniente para desarrollar buenas entrevistas. Quizá sea aconsejable postergar el registro o tomar nota indicando los temas tratados y algunas expresiones que parezcan "interesantes" en función de los objetivos del investigador, sus hipótesis o, incluso, sus intuiciones. La obsesión por "anotar todo" también puede dar por resultado que el investigador no formule preguntas en momentos en que la conversación decae y, se pueden llegar a producir, entonces, silencios desconcertantes para ambos. El registro escrito simultáneo puede estorbar al informante en la medida en que le recuerda permanentemente que está siendo registrado; su inhibición es entonces una versión corregida y aumentada de la producida por el grabador, porque con éste funcionando,

dispuesto en forma no demasiado evidente, las partes pueden olvidar su presencia a medida que se desarrolla el encuentro. El contacto visual con el investigador compensa la atención hacia la forma de registro, lo cual no ocurre con el registro escrito simultáneo. Si el informante concibe el trabajo serio como aquel que involucra formas de registro visibles y éstas no son empleadas, puede ofenderse suponiendo que el investigador olvidará partes relevantes de su discurso o que le está tomando el pelo o que distorsionará todo cuanto le diga. Es usual que el informante pregunte, después de dos horas o más de entrevista informal: "¿Y? ¿Cuándo me va a hacer la entrevista?", o bien, que le "tome examen" al investigador para cerciorarse de que, aún sin grabador y notas, se retiene lo comunicado por el informante. En estos casos, puede ser aconsejable grabar o tomar nota y, para el propio registro, continuar la entrevista como una charla informal, una vez apagado el grabador o cerrada la libreta. Aquí es cuando suelen surgir los temas de modo menos planificado o sobreactuado por el informante.

Reconstruir a posteriori de la "sesión de campo" puede ser conveniente por varias razones: en contextos conflictivos que impliquen persecución, suspicacia, enfrentamiento, el informante puede retraerse al ver comprometida su palabra en manos de un extraño y desconocer su destino, mal uso o publicidad ante grupos antagónicos. La inhibición y la vergüenza pueden tener lugar cuando se tratan temas personales o tabú para el informante, por ejemplo, sobre sexo, conflictos familiares, reflexiones acerca de cuestiones morales, etc. Los aspectos no verbalizables del encuentro y su contexto o los eventos que [255] lo preceden y suceden también pueden registrarse de este modo, así también si el informante se explaya "fuera de libreto" sobre algún tema . una vez que el investigador apaga el grabador o abandona la anotación. En todos estos casos, lo más conveniente es hacer un primer listado indicativo de los temas, en un sitio apartado o ya fuera del campo, y luego, con más tiempo, comenzar la transcripción detallada de la situación de encuentro. Aunque al principio esto parezca impracticable, conforme avance la práctica de la memoria, la asociación y la atención en el campo, el investigador podrá retener cada vez mayor cantidad de información. Y ello no sólo por la experiencia, sino también porque irá comprendiendo cada vez más lo que ve y le resultará más significativo, siéndole más sencillo relacionarlo con su problema de investigación y con sus interrogantes.

Por otra parte, el transcurso de la vida cotidiana y sus múltiples facetas no pueden ser encerrados en una cinta magnetofónica ni en una filmación. Es cierto que el registro a posteriori es menos fiel que la grabación y el registro simultáneo a la entrevista. La mente del investigador procede por recortes, condensación y síntesis; evitar estas y otras distorsiones es parte del aprendizaje de esta técnica de registro; pero también las preguntas que el investigador lleva consigo y sus ; guías temáticas elaboradas en gabinete pueden darle indicios o recordarle lo que se ha tratado. Lo relevante será, sin duda, el resultado de un análisis progresivo del material obtenido, de modo que las categorías que aparezcan oscurecidas por la mala memoria puedan reaparecer con la redundancia de la vida social. Si bien cada situación es única e irrepetible y el material generado en ella es irrecuperable, la naturaleza plural y reiterada del trabajo de campo antropológico puede ser de valiosa ayuda si se sabe mirar y descubrir sus regularidades. Nunca la reiteración de señales, signos y situaciones es exacta, pero, al ser hechos sociales, la lógica de los actores presenta una combinatoria finita de posibilidades. Para ello es necesario estar presente en las más diversas situaciones de campo. De ahí la extensión de las estadías y la inmersión en la vida cotidiana, en virtud de lo cual el investigador va reconstruyendo sus notas a través de las asociaciones que le suscitan los

hechos empíricos que observa e intenta registrar a partir de sus objetivos y conexiones explicativas (Whyte, 1982: 236; Kemp y Ellen, 1984: 229). Pero queda aún un último argumento a favor del registro a posteriori. Especialmente en las primeras experiencias de trabajo de campo, esta modalidad obliga al investigador a realizar uní profunda introspección -y con ello, un arduo y fructífero proceso de autoconocimiento- para recordar. Ello supone, paralelamente, un aprendizaje de la elaboración de datos al tiempo que se procede a si registro, de manera que el análisis de datos es, en buena medida, paralelo (de hecho y no de palabra) al trabajo de campo mismo. [256]

Las formas de registro dependen de varios factores que atañen a la investigación, al marco teórico y metodológico del investigador, y a la situación de entrevista y observación. La viabilidad y practicidad de diversos medios de registro dependen de cuestiones tales como la temática a tratar, su conflictividad y grado de compromiso para los informantes, la personalidad de los presentes, la etapa de la investigación y el método de análisis de datos (un análisis semiótico o de discurso requiere registros textuales). No tener en cuenta estas rendiciones y requerimientos suele conducir, en una extraña combinación con la avidez de "llevar el campo a casa", a recurrir a cualquier medio -lícito o no- para obtener y registrar información. Efectivamente, numerosos científicos sociales apelan al "grabador pirata", que -adelantos técnicos mediante- pueden ocultar entre sus ropas o en un bolso y poner a funcionar cuando lo deseen. Este procedimiento, además de éticamente censurable -al no contar con la aprobación del informante, que es un ser humano con voluntad y raciocinio- puede tener graves consecuencias, sobre todo si la relación con el informante no es anónima y pretende continuarse. Como este recurso es fácilmente asimilable a un acto de mala fe y espionaje, y se justifica más bien en casos de denuncia y de participante pleno' (Wallraff, 198.5; Linhart, 1996), su descubrimiento puede revertir en una sanción negativa al investigador y éste puede verse imposibilitado de recuperar su imagen, asociada ya a la de un auténtico mentiroso; entonces deberá abandonar el campo. Pero por otra parte, consideramos que los beneficios de este recurso no son de tal magnitud como para poner en peligro lo más importante con que cuenta el investigador: su relación con los informantes que son, de distintas formas, sus colaboradores. Al fin y al cabo, las vías para registrar información son parte de la reflexividad del investigador y del informante en una relación social, y, por lo tanto, son parte del proceso de conocimiento.

2. ¿Qué se registra?

Si bien a grandes rasgos los registros obedecen a los lineamientos del objeto de investigación y del marco conceptual, ello no implica una correspondencia directa, pudiendo a veces excederlos o resultarles insuficientes. Así, los datos pueden aparecer como directamente implicados en el objeto de conocimiento o como "cabos sueltos" todavía inasibles en el proceso de investigación. Lograr reunir estos cabos en una cierta unidad descriptivo-explicativa es uno de los cometidos, no el punto de partida, a menos que el investigador proceda a forzar el ingreso de dicho material en el marco teórico del que dispone. En el trabajo de campo, el investigador suele [257] apelar a dos usos del registro que no son excluyentes. Uno es registrar sólo aquello que se vincula a lo que el investigador preveía encontrar, con sus interrogantes y con su objeto de conocimiento. Esta forma, si bien controlada, suele ser superada por el flujo de información a que se ve enfrentado el investigador y puede circunscribir el material a sus presupuestos, confirmando hipótesis, pero sin conducir hacia otras vetas y sin aportar conocimiento

significativo. Otro uso es registrar todo lo que le parezca, todo lo que recuerde, y establecer luego las relaciones y no relaciones (es decir, aquello que reconoce como significativo y aquello cuya relevancia todavía no vislumbra) con su objeto de investigación. La primera variante puede dar mayor tranquilidad al investigador pero también sesga, desde el vamos, su acceso a lo empírico: no propicia la actitud de apertura de la mirada de la que ya hemos hablado. Aunque nunca se alcance, quizá sea conveniente seguir cultivando aquella vieja y productiva utopía de registrarlo todo, pero siempre y cuando se tenga claro que la amplitud de ese todo no excederá, en mucho, las referencias impuestas por el marco cognitivo del investigador. En todo caso la apertura de la mirada será paralela a la apertura del conocimiento y de las conexiones explicativas.

Teniendo presente estas premisas proponemos registrar todo (lo posible). Siguiendo las recomendaciones de capítulos anteriores, ese todo incluye los datos observables y los audibles, esto es, los que proceden de la observación y de las verbalizaciones. Ambos tipos de datos surgen en situaciones donde convergen un ámbito, una serie de actividades y un grupo de personas (dentro de las que se cuenta el investigador o el equipo de investigación) en una secuencia de tiempo. Por último, y para que los datos puedan aportar nuevo material al conocimiento sobre la unidad social en cuestión, convendría recordar que el investigador aprende gradualmente a diferenciarse más y más de los informantes, a distinguir sus inferencias de los observables y sus valoraciones de aquellas que no le pertenecen. Esto entraña, por un lado, efectuar una nítida diferenciación entre lo que el investigador observa y escucha, aquello que creyó ver y escuchar, y lo que piensa sobre lo que vio y escuchó. Por otro lado, implica desarrollar una mayor agudeza en la captación de información significativa que pueda transformar en datos, ya se trate de sentidos, relaciones, información cuantitativa, etc.

Lo que observa, lo que oye

El investigador, aun cuando se encuentra en una entrevista, no sólo recibe información de labios de sus informantes. Observa gestos, [258] escudriña entornos, ve actividades y movimientos de personas. Por eso su registro contiene, en todo momento, datos acústicos y observacionales. Es útil, aquí, diferenciar entre los datos observacionales (no mediatizados por el informante, sino obtenidos directamente por el investigador) y los verbalizados (que pueden consistir en referencias de los informantes sobre alguna actividad o suceso no atestiguado por el investigador). Al registrar observaciones, es frecuente caer en adjetivaciones que abrevian aparentemente la labor descriptiva del investigador. A la larga, este procedimiento inutiliza el registro, debido a su ambigüedad y a sus marcos de referencia inciertos. No es posible su reutilización ni por terceros y, probablemente, tampoco por el investigador quien, es de creer, habrá tomado suficiente distancia con los parámetros que le fueron útiles cuando hizo el registro.

Adjetivaciones como "estaba todo sucio", "la sala de espera era grande", "el director estaba de mal humor", "la maestra trataba mal a los alumnos", "el hombre estaba fuera de sí", etc., serían inutilizables, salvo si se explícita:

- a quién pertenecen (al investigador o a algún informante);
- qué significan ("sucio", "grande", etc., teniendo en cuenta los términos de comparación);
- en qué elementos concretos (observables y verbalizables) se expresan

("maltrato" visualizado en qué actitudes; en qué se manifiesta "estar fuera de sí" por parte de aquel hombre, etc.).

Por otra parte, los datos procedentes de información verbalizada no son sólo aquellos que se encuadran en la entrevista y que responden a las preguntas del investigador. A lo largo de estas páginas, hemos intentado reafirmar la noción de que el trabajo de campo es todo cuanto ocurre en el campo (y aún fuera de él) con los informantes -reales y potenciales— y con el investigador. De manera que cualquier hecho o enunciado, por ínfimo que parezca, puede aportar datos, echar nueva luz o suscitar otras preguntas. De modo que el contenido del registro debería estar referido a lo que sucedía desde antes de comenzar la entrevista. A los parámetros del registro podríamos llamarlos PATE (Personas - Actividades - Tiempo - Espacio).

Cualquier acontecimiento, incluidas las situaciones de entrevista, está enmarcado en coordenadas de tiempo y espacio, dentro de las cuales algunos actores llevan a cabo ciertas actividades. En un registro completo no puede faltar ninguno de estos ingredientes, como tampoco su peculiar relación, ya provenga de lo manifiesto, ya de las inferencias del investigador. Se contará, además, con información requerida que resulte pertinente al tema. [259]

Personas presentes: desde el comienzo hasta el final de la observación/entrevista, pueden hallarse en grados diversos de relación con el investigador. Así, no solamente caben en el registro los entrevistados, sino también los testigos o presentes esporádicos del encuentro y que, como ya vimos, pueden remodelar el contexto y, por consiguiente, afectar la disposición del informante sobre los temas a tratar, además de aportar información acerca de los vínculos del informante con otras personas en su medio laboral (si el encuentro se realiza en su trabajo), doméstico (si se lleva a cabo en su hogar) o vecinal (si se realiza en su barrio). Registrar "personas" significa tener en cuenta:

- sexo/género;
- edades (aproximadas), nacionalidad, grupo étnico ocupación;
- vínculos entre sí y formas de trato interpersonal;
- flujos sociales (en sitios públicos, reparando en la mayor afluencia en determinados horarios);
- vestimenta y ornamentación;
- actitudes generales y,
- actividades desarrolladas en el lugar.

Actividades: incluyen el número de personas que las llevan a cabo, la división de tareas, cadenas de mando y poder, ritmo de la actividad, su tipo y duración, carácter habitual o no de la presencia de esas personas en el lugar, etc.

Tiempo: atañe, por un lado, al espacio temporal abarcado por la observación, el encuentro y la entrevista y, por el otro, a la secuencia de hechos y vicisitudes de la interacción entre el investigador y los presentes. En todo registro conviene incluir qué lapso temporal abarca, la hora de arribo del investigador y del informante.

Espacio: se incluye aquí información sobre las dimensiones del ámbito de observación/entrevista, su mobiliario, sus condiciones, objetos, decoración, como también el ámbito mayor en el que dicho lugar se encuentra.

Cuanto más acabadas sean las descripciones, más información se habrá recabado y de mayor utilidad serán las notas. Pero habíamos observado que el investigador y el informante son, también, personas presentes en la situación de encuentro. Conviene, pues, registrar los datos del encuentro:

- forma de concertación (casual, planificada);
- canales de acceso al informante; [260]
- número de encuentros previos;
- condiciones generales de la apertura condiciones generales del encuentro: interrupciones y desarrollo;
- condiciones del cierre y finalización: causas exógenas o endógenas, modo abrupto o gradual, etc.

El informante: es de suma importancia recabar su sexo, edad, nacionalidad, grupo étnico, religioso, nivel de instrucción formal, nombre o seudónimo, unidad doméstica y lugar en la unidad doméstica, ocupaciones -principal, secundaria-, antigüedad en la/s ocupación/es, lugar de residencia actual, etc. Caben también anotaciones acerca de la disposición del informante durante el encuentro, su forma de presentarse, su vestimenta, información indicativa que pudiera provenir de sus gestos o expresiones, recurrencias, redundancias y renuencias, nuevas temáticas aportadas por él, etc.

El investigador: es necesario consignar su presentación al informante y a otros presentes, su disposición previa al encuentro y en su transcurso, expectativas del encuentro, temas que se propone relevar, primeras impresiones, preguntas, comentarios, movimientos, silencios, dudas, inferencias y supuestos, interrupciones, preguntas aclaratorias, asociaciones con material de registros previos, etc.

Epílogo

Un registro no es una recopilación de información que quedará relegada hasta finalizar el trabajo de campo, sino un material que cimienta la siguiente visita al campo (esto si seguimos siendo consecuentes con la reflexividad del investigador en el terreno y con un conocimiento no empirista de lo real) y resignifica todo lo actuado hasta el momento. De ese modo, el registro es una herramienta que puede hacer reformular el contenido y los canales de los futuros encuentros. Para que adquiera este carácter dinámico es aconsejable que, al cabo de su realización, se anoten las expectativas de trabajo futuro, que pueden incluir:

- resumen de los puntos que se presentan como más destacables de la jornada;
- nuevos informantes contactados;
- posibilidades de futuros informantes y canales de acceso a ellos;
- temas desechados o que no se pudieron explorar;
- temas a explorar con el informante; [261]
- temas generales a explorar;
- dudas y contradicciones suscitadas por el nuevo material obtenido en la jornada;
- limitaciones del encuentro y limitaciones del investigador.

Este resumen puede ser de rápida visualización antes de emprender la nueva visita al campo o a determinado informante y además presenta-un somero análisis de las líneas tratadas con cada uno y a lo largo de la investigación global.

El registro es la imagen del proceso de conocimiento de otros y de sí mismo que va experimentando el investigador; su progresiva agudeza y percepción se manifiestan en la información vertida en datos cada vez más numerosos, sorprendentes y relacionados. El registro no es un depósito de información, sino uno de los aspectos del eterno diálogo que el investigador lleva a cabo consigo para conocer a sus informantes y al mismo tiempo conocerse a sí mismo. Por consiguiente, el registro no es una fotocopia de la realidad, sino una buena radiografía del proceso cognitivo. Ello no obsta para que haya registros más y menos precisos sobre la vida social, ya que lo real existe independientemente de que el investigador esté allí para registrarlo. Lo importante es que, al ser consecuentes con el principio de que el conocimiento es un proceso construido por un sujeto con su bagaje, el conocimiento de lo real no sea independiente del conocimiento de sí mismo. Un buen registro es, a la vez, una ventana hacia afuera y otra hacia adentro. [262]

13. Casos de registro

A fin de introducir al lector en una herramienta clave del antropólogo, las notas de campo,[1] presentamos a continuación tres breves registros de los investigadores Raúl Díaz, Mónica Lacarrieu y Ariel Gravano, donde se ve el manejo de distintas problemáticas en campo.

1. De la presentación del investigador en campo. Notas de Raúl Díaz[2]

Habiendo gestionado la autorización correspondiente para poder presentarme ante los supervisores de los distritos escolares, estaba ya en condiciones de "acceder" al campo. En otras oportunidades, la ocasionalidad de las visitas no implicaba un permiso especial; pero ahora se trataba de una inserción por todo el ciclo escolar. Elegí hablar primero con las autoridades de la escuela, antes que con las del distrito, las de más arriba. Le comenté a la Directora mis objetivos y logré interesarla; cuando me preguntó por qué había elegido esa escuela, respondí que me quedaba cómodo para viajar todos los días y que era de nivel "medio", tal como yo necesitaba.

No exhibí en ningún momento la autorización de la Secretaría de Educación. Luego que me relatara instancias de la pesada tarea de la Dirección, me solicitó que me pusiera de acuerdo con el supervisor [263] del distrito y que, de otorgarme el permiso, volviera para iniciar las actividades. Lo pensó mejor y me comentó que quizá sería conveniente que dejara pasar los primeros días de clase, que son muy movidos. ¿Contesté que "nada de lo que sucede en la escuela me es indiferente y necesito conocerlo todo; yo no evalúo las actividades, necesito conocerlas, necesito hacer mi experiencia y mi trabajo en cualquier circunstancia".

Ya en el distrito, sucedió más o menos lo mismo con el supervisor, pero cuando me pidió que volviera más adelante le comenté que ya había hablado con una escuela y que estaban interesados en el proyecto. De tal manera, y prometiendo comentarle cada tanto la marcha del trabajo, remitió una cadena (notificación telefónica) con la autorización.

Ya en la escuela, fui presentándome a los maestros, personal de limpieza, auxiliares, algunos alumnos, Secretaria, etc. Traté de evitar que me presentara al Director para que mi inserción fuera siempre horizontal, nunca vertical.

Los docentes mostraron no sólo interés sino también un espíritu de receptividad, proveniente de una necesidad de contención y del hecho de pensar que mi actividad les permitiría manifestar sus necesidades. Me ubicaban como alguien que iba a darles las respuestas para mejorar su práctica.

La Dirección, a pesar del cordial recibimiento, no sabía bien qué hacer conmigo y sobre todo qué lugar darme para que yo trabajara, ya que yo insistía en permanecer todo el horario escolar y además sin un cronograma fijo de actividades. Así, desecharon la propia oficina de Dirección o Secretaría, porque ésa es la "cocina"; por el mismo motivo y porque ahí se "dicen muchas cosas", la sala de maestros. Del descarte quedó un lugar

[1] Las notas de campo han sido objeto de reflexión muy recurrente desde mediados de los ochenta. Desde distintas perspectivas, puede consultarse la compilación de Roger Sanjek (1990), y para instrucciones técnicas véase Emerson, Fetz y Shaw (1995).
[2] Extraídas de Díaz (1986-1989). Véase también del autor Díaz (2001).

que yo había previsto inicialmente pero que no sugerí: la biblioteca.

Desde el momento en que decidí colgar mi campera en el ropero que los maestros usan, quedé instalado también entre los docentes.

Organizando mis papeles en la biblioteca, comenzaron a acercarse antes de que yo intentara hacerlo y me contaban lo que creían me podía interesar. Aparecieron entonces los primeros problemas de involucramiento-distanciamiento. Cuando me presentaban a otros que aún no me conocían, dejaban traslucir cierto orgullo por tener a un antropólogo trabajando en esa escuela. "¿Ya la tarde por qué no vas a venir?"

De entrada me planteé romper posibles zonas sagradas o cerradas: .planillas, actas, evaluaciones. Esto lo conseguí en parte interesándome también en el trabajo de la secretaría y siguiendo esas actividades, lo que me permitió conectarme con el mundo de la normatividad y lo escrito, datos estadísticos y consignas, cadenas y sanciones, notificaciones [264] y registros, salarios y obra social. De esta manera, en muy poco tiempo comencé a manejarme en el mismo lenguaje y pude mantener conversaciones al principio "extrañas". De nuevo, nada me era indiferente. Se dieron las conversaciones en general, a través de las cuales me fui integrando cada vez más. Al poco tiempo, no sólo podía acceder a cualquier mueble o papel, sino que hasta me consultaban dónde podían estar algunos elementos. Un jalón decisivo para la integración fue la posesión de una de las llaves de la biblioteca. Marcó al mismo tiempo cierta posesión del espacio escolar y la aceptación de la internación de un externo. También me mostré dispuesto a colaborar en alguna cosa administrativa, como sacar fotocopias o pasar notas a máquina, debido al desborde de las tareas que debía realizar la Secretaría en los primeros días de clase. Accedí a la Cooperadora y comencé a conocer a algunos alumnos. La presentación del antropólogo con los niños es todo un tema que abordo por separado. Toda esta inserción no fue lineal. Fue favorecida sin lugar a dudas por mi seguridad para desenvolver mis actividades, asentada en la conciencia de estar para "investigar", lo que me quitaba culpas o las idas y vueltas que ocasiona el tener que pedir permiso a cada instante. Esta seguridad mediaba entre cierta espontaneidad de mi parte y actitudes construidas a tal efecto. .

Yo quería saber lo que estaba pasando con mi inserción. No era, en principio, un integrante de la comunidad escolar. Las categorías que guían mi actividad en la escuela, mi investigación, no eran las mismas que ellos viven cotidianamente. De entrada, la preocupación por la "disciplina", que los obsesionaba, se transformaba para mí en mi propia relación con la disciplina y la autoridad.

Mi presencia generaba espacios para la conversación entre ellos, como si lo nuevo permitiera descargar lo viejo acumulado. Me daban la ocasión (me interrogaban) para exponer mis puntos de vista, no tanto como antropólogo sino como un ciudadano que opina. Así, las fuertes expectativas que se habían hecho sobre mí se fueron limando hasta que les fui pareciendo "un tipo como todos", con sus propias opiniones generales sobre las cosas. Paradójicamente, esto mismo me pasó a mí con ellos y, sorpresivamente, conmigo mismo. Desde ese momento comencé a sentirme uno más y las culpas o ambigüedades fueron dispersándose por la presencia de un nosotros que nos conformaba a todos. Esto no quiere decir que en contextos determinados no se me preguntara, como antropólogo, qué pensaba de algunas situaciones. Pero se había generado una circularidad que me ubicaba en el punto de uno más, que es antropólogo.

Me di cuenta de que todo este proceso residía fundamentalmente en que mi propia identidad estaba comprometida en esta primera experiencia larga de trabajo de campo. La consideración de los otros, [265] que en otras ocasiones me producía la conciencia de la diferencia, en este caso resultaba en una visión más trabajada de mí mismo. Por ello, cuando aparecieron mis tomas de partido por los chicos, por los docentes, por los auxiliares, por los padres, por la directora o la secretaria, las fui trabajando desde el contexto de lo que le pasaba a mi identidad primero, para pensar luego en términos de problemas susceptibles de ser investigados.

2. De la observación con participación. Notas de Ménica Lacarrieu[3]

El conventillo ubicado en La Boca tenía cédula de desalojo para el 8 de octubre de 1986. Habiéndome enterado de lo que ocurriría, a través de varias vecinas del inquilinato con las cuales había hecho un seguimiento del proceso previo, concurrí ese día al lugar y a la hora que se había comunicado.

Eran las 12 del mediodía y, ya en la esquina de la calle donde se ubicaba el inquilinato, pude observar los primeros síntomas de que el desalojo sería un hecho; tres tipos de traje ubicados en mitad de la cuadra, a pocos metros de la vivienda a desalojar, conversaban entre sí. Uno comentaba a los otros: "Esto no se puede, uno pide gracia hasta la tarde, el otro hasta el viernes...". Al pasar por al lado de ellos me observaron displicentemente.

Inmediatamente ingresé a la vivienda, encontrándome con la desesperación. Salía el marido de una vecina y me dijo: "Nos dieron hasta las 12:30; no sé adonde vamos a ir...". Ella, negando la situación o quizás canalizando su bronca, lavaba ropa en la pileta del patio, como si tuviera todo el tiempo del mundo. "Están ahí los tipos, ¿los viste? Ya vinieron... nos dieron tiempo hasta las 12 y media, no conseguimos nada, nosotros queremos pedirles hasta el viernes, pero dijeron que van a mandar la policía si no nos vamos... Y... me iré de mi hermana... No, Mary está ahí... y Dora fue a hablarle a la madre, a ver si la encuentra, si la puede recibir...". Mientras tanto, baja otra vecina del piso de arriba, llevando cosas y muebles, y dirigiéndose a la vecina que lavaba: "Vos Lina, ¿qué vas a hacer? ¿Te vas a quedar? ¿Te vas a quedar hasta que venga la'policía? , porque si vos te quedas yo te hago compañía...". Adelina dice: "Mira, no sé qué voy a hacer, porque mi marido no quiere que me haga problema, ya estoy temblando; voy a parir acá...". La otra le contesta: "Sí, claro, mejor quédate tranquila...". [266]

Aparece en escena una chica joven, cuñada de Mary, y un tanto despreocupada asevera: "Va a venir [el diario] Crónica...". Adelina, más preocupada: "A las 12 y media vienen, ya dijeron...". En el otro extremo del patio, donde una pieza ya se encontraba desocupada pues sus moradores habían conseguido adonde ir con anterioridad a la fecha, se encontraban Mary y su marido. Mary me dijo: "Aquí andamos, sacando para hacernos una pieza donde vamos...". El marido estaba sacando maderas y chapas de la pieza ubicada enfrente a la de ellos. "Estamos desempacando de la pieza... ésta era la de mi compadre... al final vamos de mi cuñada, acá nomás, nos presta una pieza, pero con los que somos, no alcanza, igual va a ser provisorio por tres o cuatro meses hasta que consiga algo, y estamos sacando madera y chapa para hacernos una piecita abajo de donde vamos, para poner aunque sea las cosas que llevamos... no, si dijeron que sacáramos lo que quisiéramos, si total a ellos no les interesa, si van a demoler, les

[3] Extraídas de Lacarrieu (1986).

interesa el terreno... sí, es por acá... vinieron ayer los chicos del comité y nos dejaron recibos de alquiler para mostrarles y que nos den hasta el viernes, pero... claro, falsos, como que alquilamos... yo le voy a pedir hasta la tarde, porque mi marido trabaja y ¿cómo voy a llevar todo esto? Yo, la verdad, no entiendo; este gobierno también lo desalojan y después cuando querés alquilar con chicos no quieren: acá quedamos los que tenemos chicos nomás, los que no tienen ya consiguieron lugar, y quedamos cuatro familias, la de allá no sé, se fue esta mañana, dejó cerrado con candado, yo no sé adonde fue, si ya sabía que era hoy [habla de la pieza del fondo]". Mientras tanto se observa el patio más inundado que nunca.

Baja otra vez la vecina del piso de arriba y me pregunta a los gritos: "¿Usted es del juzgado? ¿Usted sabe? A mí me cobraron esa pieza 250 millones y ahora mire...". "Mary, explíquele que no tiene nada que ver [me dice]... si ya falta poco, vienen a las 12 y media... bueno, yo me voy a ocupar de mi comida...". También Adelina fue a su pieza a empacar las cosas. En un segundo, el patio quedó desierto.

Raquel sale con su bolsito: "Yo me voy a llevar mis cosas antes de que vengan...". Sale a la puerta de calle, yo voy con ella. Llegan vecinas de la vuelta, entran hasta el pasillito, y luego salen, se quedan con Raquel y conmigo, hablando del desalojo: "¡Pobre gente! [a Raquel]... ¿Y consiguieron ya todos?" Raquel: "Yo me voy a la casa de mi vieja, yo no tengo problema, voy a dejar las cosas ahí, y después me voy de una amiga que el marido está embarcado... y si no, igual no tengo problema, yo soy sola, tengo mi mamá, mi abuela; están peor los otros, y quedaron cuatro familias y justamente los que tienen chicos... y esta mañana vino [el diario] Clarín y como no vio nada se fueron, iba a venir Crónica... Pero ya sabían, esperaron hasta último momento también [por los que quedaron], pero también con el sueldo que ganan... cien palos gana el marido de la Lina, ¿qué hace con cien palos con lo [267] caro que están los alquileres?... Para mí que esto lo compró la 29 [la comisaría]... no les interesa nada, solamente el terreno, sí, para mí lo compró la 29 para agrandarse... claro, porque esto será una pocilga, donde hay ratas, bichos, de todo, pero a la gente que vivía acá le servía, por lo menos vivía acá".

Las vecinas observan el transcurso de los hechos. Mientras el marido de Lina se trajo a un muchacho con un camioncito muy pequeño y lo empieza a cargar con sus cosas, que saca por la ventana de su pieza, salvo el televisor, que lo sacó por la puerta. Al mismo tiempo, dos de los tres tipos seguían ahí en la mitad de cuadra, esperando que se hiciera la hora. La vecina de arriba entra en la casa: "¿Qué se cree? Yo le voy a matar, que me cobró 250 millones, le tiré la puerta para que sepa cuando venga, yo voy a agarrarlo...". Raquel: "Bueno, yo me voy a llevar mi bolsito a lo de mi mamá, ya vengo..."

Quedan las vecinas de la vuelta y dicen: "Pobre gente, ¿cómo pasan estas cosas?... ¿Dónde van a conseguir?; si no hay...". Me preguntan: "¿Y vos sos del juzgado?". Les contesto que no, que conozco a varias familias de la casa. Ellas me dicen: "Mira, ahí siguen los tres tipos, ¡qué desastre! Hay muchos desalojos...". Vuelve Raquel, y sale de la casa un muchacho con maderas y chapas al hombro. Raquel comenta: "Estos van a hacer un villerío en la casa de mi mamá...". Mientras, el marido de Adelina sigue cargando cosas. Sale Adelina: "¿No la vieron a Dora?". Raquel: "No, se fue a llamar a la madre..." Adelina: "No, porque me dijo que le lleve la cama...".

Viene Dora con el hijo en brazos. Una vecina le pregunta: "¿Y? ¿Conseguiste ya?".

"No, no tengo dónde ir...", contesta Dora.

Raquel pregunta: "¿Y la mamá?". Dora: "No la encontré. ¿Me podes tener al nene que voy a ver si encuentro al chico de enfrente? Aunque sea para que me lleve las cosas, no quiero dejar las cosas acá...".

Raquel le tiene al nene. Las vecinas nos dicen: "Bueno, nos vamos...". Raquel: 'Yo lo digo [mirándome y mirando a los tipos], si tuviera chicos... ¡qué hijos de puta!, lo que les interesa es el terreno, tirar abajo, si tuviera chicos como ella, me quedaba acá... Y lo conozco a ese chico [el del camioncito], es el verdulero, pero no quiero decirle que me lleve el ropero, y bueno, que quede acá... ¿Y cómo se puede hacer ahora para llamar a los medios?... Anoche nos reunimos; hicimos una olla popular en el conventillo, los hice reír, nos reunimos para comer todos los que quedamos. Una le dice hija de puta a la otra, pero anoche todos estaban tristes... la pasamos bien, pero ya sabíamos que teníamos que irnos, también estos hijos de puta podrían haber dado más tiempo, haber avisado antes, pero también hace dos años que esto estaba en desalojo, lo que pasa que éstos también se dejan estar [por las otras familias]". Entramos, llega Carmen, quien vivía ahí hasta hace unos días y consiguió adonde ir. Viene con una hija a buscar cosas que había dejado (unos muebles). [268]

Llegan los muchachos de la demolición, con los elementos en mano. Me preguntan: "¿Vos tenes algo que ver con el juzgado?" Les explico que estoy haciendo un trabajo y les pregunto si hay muchos desalojos en La Boca. "Sí, hay, nosotros venimos a hacer nuestro trabajo, venimos a cumplir, pero por eso yo no quiero hacer esto, prefiero otro tipo de cosa, porque ver a la gente pobre que se quede sin casa... Mi origen fue una pensión, pero como yo digo: cuando uno trabaja y tiene voluntad y hace sacrificios puede salir, yo me compré un terrenito en la provincia, y me fui haciendo mi casita...". Se alejan para ir viendo qué pueden demoler. Carmen les pide que la ayuden a bajar por la escalera un ropero y luego otro mueble.

Entran el dueño y el oficial de justicia, a las 12:35. Carmen los saluda muy amablemente y se pone a charlar con ellos. Les cuenta dónde vive. Llega Mónica, quien también vivía ahí y ahora vive en otro conventillo. Vuelve Dora: "No sé qué voy a hacer con las cosas; no conseguí, no quiero dejarlas acá...". Los de la demolición le preguntan a Mary si pueden empezar. Ella señala para el lado de su pieza: "Ahí no, todavía están mis cosas, y en esa pieza la gente no está, todo esto está vacío". Sale Juanita de su pieza con cosas que se lleva. Raquel: "¡Ah!, ¿entonces tenía donde ir, Juanita?" Le responde: "Claro que tenía, pero yo no me quiero ir, yo tenía de antes, pero no hubiera sido justo si los demás se quedaban, que yo que pagué hasta el final me fuera...". Sale. Uno de los tipos me pregunta si soy de la casa; al contestarle que no, se queda conforme. Se instalan los cuatro tipos en el medio del patio, mientras el oficial de justicia es el que va inspeccionando y dando órdenes. Le pregunta a Mary qué es lo que está desocupado para ir tirando. Se dirige a la pieza con candado, saca una llave para intentar abrir, no puede y le pide una herramienta al muchacho de la demolición, comienza a abrirla. Raquel mira asombrada: "¡Huy!, le van a abrir y le van a tirar las cosas afuera...". Todos observan la situación y comentan sorprendidos.

Mónica le hace bromas a Liria: "Bueno, yo ya tengo acá mis cosas [en una bolsa]. Es un plato ésta; siempre el mate encima, va a estar abajo del puente pero tomando mate...". Adelina gritaba a los chicos o hacía chistes: "Ojo, que me pongo a parir acá en el medio

del patio" [mirando a los tipos y agrediéndolos]. A Mary le mandan a buscar un camión de mudanza. Empieza a pasar las cosas por la ventana. Los de la demolición empiezan a tirar los baños. Adelina: "¿No sería mejor con un fosforito? Yo tengo kerosén... Tengo unas ganas de incendiar este conventillo...". Las nenas de Adelina querían llevarse a los gati-tos. Adelina: "No, que los gatitos encuentran refugio, en cambio nosotros no...".
Los tipos comentaban: "Al final fue menos complicado de lo que pensábamos". Carmen saludó al dueño y a los chicos y le agradeció [269] por los servicios prestados. Todos observaban y hacían comentarios, mientras los de la demolición tiraban.

3. De la producción de datos. Notas de Ariel Gravano[4]

Ese día estaba entreteniéndome dentro de mi recorrida habitual por .el barrio. Jugaba a entrecerrar los ojos con el propósito de distinguir elementos que hasta ese momento me habían resultado familiares por su obviedad pero difícilmente carecieran de una explicación, salvo -claro está— que yo no me interesara en proporcionarla o hipotetizarla. Estaba, en suma, tratando de poner en relieve mis propias obviedades, cuando me detuve ante una figura reflejada en un cristal: anteojos oscuros, gorra gris, campera con cuello levantado, bufanda tapando la garganta, barba, pelo un poco largo, una figura muy obvia para mí: era antropólogo, se llamaba Gravano y hacía exactamente lo que yo, desde ese lado de la realidad: "¿Qué vas a hacer ahora, Gravano, antropólogo?", me pregunté. "¿Adonde vas con esa pinta de pescador estrenando equipo?", me pregunté. Y por un momento cuestioné el significado que tendría mi imagen para mis potenciales informantes. ¿Cuál sería el sentido que ellos atribuirían a mi indumentaria, a mi postura, a mi forma de ponerme en escena, al encararlos? ¿Sería para ellos también un pescador estrenando equipo? Había una sola forma de probarlo: testearlo con la realidad en ese momento, tratando de hacer un registro del primer contacto y de la puesta en marcha de mis propios prejuicios y preconceptos sobre esa misma relación. Mientras decidía esto, automáticamente fui sacando de foco mi propia imagen y dejando que, desde el fondo del cristal, surgieran cada vez con mayor nitidez las figuras que se movían dentro del local: dos mujeres y un hombre; y las figuras que no se movían: tres grandes mesas, un mostrador y una docena de sillas. Las mujeres tomaban mate detrás del mostrador; una revisaba un fichero de metal, aparentaba 35 años de edad y de vez en cuando movía los labios. La otra aparentaba 50 y también movía los labios, pero cuando la otra dejaba de hacerlo. Era obvio que estaban conversando sobre algo (¿sobre mí?). El hombre, vestido de guardapolvo azul, inclinaba sus canas sobre el diario que leía. El lugar estaba limpio, prolijo, silencioso. De pronto, el lugar comenzó a interrogarme: ¿qué mira, pescador? ¿Va a entrar o se va a quedar ahí parado, como [270] hambriento en ventana de restorán? Ahí fue que volví a poner en foco mi propia imagen. ¿Qué sería yo para ellos?... Antes de empezar a imaginar personajes posibles, opté por despejar mi cara, me saqué la gorra, la bufanda quedó desatada, el cuello de la campera se abrió y a pesar de mi miopía bajé los anteojos hasta la punta de la nariz; ahora por lo menos me verían la cara. Mi temor era no parecer muy "normal" a ojos adultos y burócratas. Me detuve -sin dejar de mirarlos- a leer un cartelito que anunciaba: "Biblioteca Municipal" y ofertas de libros para estudiantes secundarios, universitarios, horarios, funcionamiento del Plan de Alfabetización, etc. Me fui deslizando hasta la entrada, tratando de qué se fijaran en mí. Automáticamente estipulé un objetivo: lograr algunos trazos de la imagen que estos actores tendrían del barrio y de su propia actividad dentro de él, tal como venía haciendo en otras instituciones. Entré despacio, saludé con calma y firmeza, en plan buen tipo, y con una

[4] Extraídas de Gravano (1988).

de esas tautologías que se dicen para no parecer prepotente pero con las que se corre el riesgo de parecer un tanto "faltito":

—Buen día, ¿para la biblioteca atienden aquí?
—Sí señor —contestó la mujer de 50 años, con amabilidad de mostrador público y algo que me pareció condescendencia, que era tal cual lo que yo quería lograr.
—Mi apellido es Gravano, trabajo enja universidad, estoy haciendo un estudio en el barrio, seguramente ustedes me podrán informar.
Esta frase cayó bien, a juzgar por el cambio de posición de la mujer, que se inclinó un poco sobre el mostrador y me sonrió, aunque en seguida puso cara de "depende qué información", así que le aclaré el tema:
—¿Acá tienen también material para universitarios? —la pregunta fue un golpe bajo hacia lo que yo prejuzgaba que sería un orgullo de toda bibliotecaria de barrio.
—Sí, señor, tenemos libros para el secundario y para la universidad.
En ese momento entró una chica de unos 14 años con un libro forrado en la mano, lo puso sobre el mostrador y la otra mujer lo tomó; la chica estaba vestida con un suéter bastante usado y pantalones vaqueros gastados, de lo que deduje que vivía muy cerca, pues hacía mucho frío.
—¿Los lectores son chicos de por aquí? —pregunté.
—Sí, toda gente de acá, del barrio, todos chicos del barrio, la biblioteca está abierta de 10 a 16:45, hay sala parlante también, selha-cen préstamos a domicilio....
—Chicos del barrio —agregué, tratando de encarnar la línea... de última, yo era un pescador.
—Sí, acá les damos el material que nos piden... [271]

A esa altura, si era por datos, yo podría haber preguntado por la cantidad de chicos que concurrían, de qué colegios, qué estudiaban; pero en realidad los datos que buscaba eran de otro tipo; el problema era cómo podría lograr que surgiera su propia visión de esos chicos del barrio y su visión de lo que yo suponía que era el conjunto de chicos que no concurría a la biblioteca; la pregunta más directa y frontal habría sido: "¿Qué piensa usted de los chicos del barrio que no vienen a la biblioteca?"; pero eso era como poner un cartelito en el anzuelo, que dijera: "Quiero que pique un dorado de 85 cm, ya asado"; así que opté por no preguntar en forma directa, pero sí tratando de inquirir sobre su opinión de los "chicos del barrio" en relación con su propio trabajo o servicio dentro del barrio, lo que suponía, a su vez, indagar sobre su propia imagen del barrio; sólo deslicé: "¡Qué interesante!, me llama la atención una biblioteca para los chicos del barrio...". Me jugué con una opinión en vez de una pregunta; es que no podía seguir dando la imagen de recipiente total; aunque mi otro yo me tironeaba para el lado de la antropología... En fin, la mujer suspiró y dijo seria:

—Para los chicos que estudian —recalcó—, los vaguitos no vienen, ésos no...
—Claro, entiendo —dije. (Mi otro yo antropológico me gritó: "¡No, Gravano! ¡No tenes que entender nada! ¡Tenes que hacerle abrir el sentido que tienen para ella los vaguitos!". Lo aparté de mi oreja justificándome: si no le muestro que algo entiendo, me va a tomar por un opa, ya vas a ver cómo le hago abrir el sentido, tengo la caña y el anzuelo listos, ya vas a ver)—. ¿Son muchos los que estudian? ("Dijo 'vaguitos', Gravano, 'va-gui-tos', tenes que seguir por ahí", me gritó de nuevo; lo volví a apartar).
—Sí, son muchos —contestó ella.
—Yesos... (enganché la lombriz) los vaguitos... (la eché al agua), ¿son muchos? (¿habrá pique?). Cerró los ojos asintiendo, bajó la voz y miró hacia la puerta.

—Sí, hay muchos... desgraciadamente.... (¡Picó!)
—Usté dice vaguitos... ¿por qué? (ahora empecé a recoger).
—Y... no hacen nada, andan por ahí... (pausa interminable, parece que se escapa, agito el agua).
—¿De qué edades son? —intento" de nuevo sin mucha lucidez.
—Y... de 13, 14 años, hay más grandes también (me comió la carnada y me dejó de seña).
—¿Y sólo andan por ahí? Le pregunto porque a mí también me sorprende no ver en el barrio ningún bar, ningún lugar... (Puse otra lombriz).
—Sí, antes había, pero ahora no... Será porque hay problemas, hay... (La pausa me impulsó a que me acercara a ella casi hasta rozarnos [272] las narices; para esto apelé a la cara de padre de familia preocupado que llevo siempre a mano; ¡resultó!, salió todo de golpe-. Porque, ¿sabe una cosa? Lo que pasa es que éste es un barrio obrero. En un barrio obrero no hay mucha plata, la verdá... no tienen... piden: ¿me da cincuenta centavos? Ypor ai se juntan entre veinte, piden y se fuman un solo cigarrillo de marihuana... Lo que pasa es que de este barrio se habla porque es un barrio obrero, o-bre-ro... Si en Caballito o en Belgrano o en Flores se drogan, porque ahí hay cocaína, de todo... nadie dice nada, porque es lo normal. Yahí sí hay gente de plata, porque la cocaína cuesta mucha plata. Pero como aquí es gente pobre, se habla y se habla de aquí, por eso, por eso se habla.

Buen pique, ¡y con equipo viejo! La entrevista siguió durante hora y media. [273]

14. A modo de ejercitación

Acercamos al lector una serie de propuestas de ejercitación que, sin el menor ánimo de convertirse en recetas, puedan aventurarlo en los primeros tramos de la producción y la conceptualización antropológicas.

1. Un esquema práctico para construir el objeto de conocimiento

En el segundo capítulo nos referíamos a la relación necesaria entre lo universal y lo singular, ubicando los aportes tradicionales de la antropología en la búsqueda de expresiones de la singularidad. El proceso de la construcción del objeto de conocimiento abarca dos momentos de la investigación científica: la abstracción de los datos de campo y la concreción de dicha abstracción en contextos específicos. Nuevamente, para no caer en generalizaciones omniexplicativas ni en descripciones acotadas del contexto empírico inmediato, es necesario poner en relación las formulaciones teóricas generales con los contextos particulares del campo y, especialmente, de la perspectiva del actor en estudio. En esta relación puede aparecer con mayor claridad el papel de la teoría y el del referente empírico, ambos parte inexcusable de la investigación. En el caso de la labor antropológica, sugerimos que su articulación es particular y que su explicitación resulta fundamental para visualizar los aportes que pueden hacerse desde esta disciplina al conocimiento científico de la realidad social.

Una investigación puede partir de la formulación de un problema eminentemente teórico o empírico. Asimismo, los propósitos últimos del investigador pueden fundamentar o ampliar los alcances de una teoría, por ejemplo, en el estudio de nuevos campos no encarados por [275] ella, o también aplicar ciertas medidas políticas no ensayadas con anterioridad. La sugerencia de los siguientes pasos para la construcción del objeto de conocimiento toma como punto de partida el nivel más elemental de reflexión para la investigación: los datos empíricos, a nivel del sentido común; sin embargo, el modelo puede ser adoptado en su totalidad o parcialmente, según el caso. Exponemos a continuación, y en forma de pasos secuenciales esquematizados, los diversos momentos por los que transcurre la formulación primera de un objeto de investigación.

I. Elección del tema

La primera etapa consiste en la elección de un tema que suele plantearse de manera vasta y general. El investigador se detiene frente a algún hecho que le llama la atención y, de algún modo, esta atención queda circunscripta empíricamente a un ámbito espacial, un sector de actividad, un grupo social, un término de interacción, etc. Vamos a imaginar que un investigador ha elegido trabajar en el mercado de un barrio, en una ciudad como Buenos Aires. Se trata de una "feria" donde se expenden al menudeo artículos de consumo doméstico (comestibles, artículos de limpieza, productos envasados, etc.). Este mercado se extiende en un predio cubierto, de una manzana de extensión y está regido por la legislación municipal. Tras su visita, el investigador detecta en los márgenes exteriores del predio, hileras de mujeres con amplias faldas y largas trenzas, que exhiben sus productos sobre lienzos esparcidos en la vereda: limones, ajos, pimientos, especias, ramos de albahaca, verduras y frutas de estación. Surge un primer esbozo del tema, con un título provisorio pero indicativo: "Las

bolivianas del mercado".

II. La problematización

Así planteado, el tema no requeriría necesariamente una investigación; si, por ejemplo, se pretendiera hacer un documental, se contrataría a un cineasta o a un periodista; si se pretendiera hacer un retrato costumbrista, se necesitaría a un literato o a un folclorista. Para que el tema requiera una investigación debe presentar un problema o interrogante que pueda ser resuelto sólo o fundamentalmente por su intermedio. En resumen, es necesario problematizar el tema.

a) En algunas de sus visitas, el investigador ha oído epítetos denigrantes hacia estas mujeres: se las trata de "sucias, negras, indias, ignorantes". [276] En ese contexto, los epítetos provienen fundamentalmente de los comerciantes del interior del mercado, aunque el investigador los ha escuchado también de boca de otros actores no ligados á la actividad comercial, como niños y vecinos del barrio. Le preocupa el trato denigrante hacia estas vendedoras, al que califica de "prejuicioso"; éste es un concepto de uso corriente pero también remite a ciertos esquemas teóricos. El investigador lo incorpora y vuelve a enunciar su tema: el prejuicio contra las bolivianas en el mercado. Pero aún no ha transformado su tema en un problema. Para hacerlo debe plantearse un interrogante a partir de su formulación, pues en ella subyacen supuestos teóricos y conexiones explicativas que, por ahora, no han sido explicitados. Estas conexiones no son exteriores e impuestas al sujeto de conocimiento, sino que aparecen en sus primeras reflexiones, incluso durante la faz exploratoria. Indaguemos esta relación implícita, empleando cada término del tema como una categoría a la que es preciso interrogar y desmenuzar analíticamente, para explicitar el sentido con que pretende utilizarla el investigador y, así, sacar a la luz la explicación subyacente:

EL PREJUICIO (1) CONTRA LAS BOLIVIANAS (2) EN EL MERCADO (3).

1. Tomemos el primer término: prejuicio. '¿Qué nos llama la atención de él? ¿Qué quisiéramos saber? Ensayemos algunas respuestas. Queremos conocer:

i sus causas (psicológicas, económicas, políticas, sociales, culturales, etc.);
ii su forma (ideológica, racial, étnica, de clase, etc.);
iii su dinámica: los agentes que lo sustentan (comerciantes, clientela, agentes municipales, etc.); sus contradicciones internas (cuando se afirma que son indolentes pero, acto seguido, se dice que "trabajan como animales"); vías de transmisión y recepción (a través de medios periodísticos, generacionales, escolares, etc., o si se expresan en el ámbito público o privado, por canales formales o informales, etc.);
iv su operatividad (ser la expresión de la competencia entre comerciantes del mismo ramo de venta; reproducir los lineamientos de la ideología dominante; preservar la solidaridad étnica, etc.).

Cada una de estas opciones puede ser priorizada en la formulación del problema a través de los interrogantes "por qué", "cómo" o "para qué": ¿por qué existe o se reproduce el prejuicio?, ¿cómo opera?, ¿para qué sirve?, ¿a quiénes le sirve?

2. Pasemos al segundo término: las bolivianas. Si el investigador le [277] asigna un referente étnico (i), deberá indagar de qué se compone y cómo se delimita esta etnia con

respecto a otras, en el contexto elegido (el mercado, Buenos Aires). También el investigador podría tomar a "las bolivianas" con referencia a la nacionalidad (ii), en cuyo caso se abocará al análisis, por ejemplo, de los aspectos migratorios y a su diferenciación de otros contingentes de migrantes internos y externos, y en este último caso, limítrofes y no limítrofes (migración ultramarina). Cabría, también, la pregunta de si "las bolivianas" pueden encuadrarse según su pertenencia a un grupo de edad(iii), sexo(iv), ramos de venta (v), rol en el mercado (vi), antigüedad en el puesto (vii), participación poli tica (viii), situación jurídica(ix), etc. Pero queda, aún, otra precisión: cuál es, para el investigador, el sujeto que define-y clasifica a estas actoras como "bolivianas": ¿la sociedad?; ¿la burguesía?; ¿los comerciantes con puesto fijo en la parte cubierta del mercado?; ¿los comerciantes del ramo de la verdura y la fruta, que serían, eventualmente, sus competidores?; ¿los comerciantes y la clientela de algunos mercados y no de otros? Esto y mucho más subyace tras el término de sentido común "las bolivianas" a la hora de decidir cuál es el problema. Por el momento, se ha "abierto" prejuicio y bolivianas. Veamos algunos problemas que surgen de examinar esta apertura:

- ¿cómo opera el prejuicio (1 iii) contra mujeres de nacionalidad boliviana (2 ii; 2, v)?
- ¿cómo se concibe (l.ii) a estas vendedoras inmigrantes (2 vii; 2, ii)?
- ¿por qué existen prejuicios (l.i) contra los bolivianos (2.ii)?

Estos tres problemas se presentan en forma de interrogante. Los dos primeros podrían aparecer como más descriptivos que el último, que supuestamente demandaría una respuesta explicativa. Sin embargo, queremos subrayar que las tres preguntas entrañan, ya, una conexión explicativa y, en el intento de darles respuesta, el recurso a determinada temática y dimensión conceptual. Por ejemplo, en la primera, el prejuicio étnico o de nacionalidad es tan importante como el de género; el investigador supone que existe un prejuicio de género y nacionalidad que justifica la pregunta "¿cómo opera?". En la segunda pregunta de índole descriptiva se supone que ese grupo tiene una concepción de sí mismo y que dicha concepción tiene alguna relación con la caracterización que el investigador le atribuye: una actividad y un origen nacional. Por consiguiente, es muy probable que su investigación se ocupe del lugar de un grupo nacional inmigrante en un complejo de actividades, confrontado a otros grupos nacionales -migrantes o no- en el mismo complejo, con actividades similares o diversas. En el tercer caso, el investigador parte del supuesto de que existen prejuicios contra una entidad llamada "bolivianas". Para que [278] su pregunta sea más clara, debería aclarar si se refiere a bolivianas por nacionalidad o a algún grupo étnico, en cuyo caso deberá reformularla, por ejemplo, de la siguiente manera: ¿por qué existen prejuicios contra individuos de nacionalidad boliviana?, ¿por qué existen prejuicios contra el grupo étnico aymara?, etc. Cabría aquí también preguntarse por el concepto de prejuicio, pero por ahora podríamos, hipotetizar que al investigador le interesa saber cómo se generan determinadas formas ideológicas adversas a este grupo, como un caso particular de prejuicio contra sectores más abarcativos (por ejemplo: sectores populares, grupos de origen indígena, inmigrantes, etc.).

3. Pero para ser fieles a la formulación inicial, es necesario introducir el tercer elemento: el mercado. ¿Qué entiende por ello el investigador?

i una instancia económica (comercial, distributiva, etc.);
ii un ámbito de interacción social (de establecimiento de redes sociales, socialización,

circulación de información, etc.);
iii la expresión microsocial de un sistema o estructura mayor;
iv un espacio de la economía informal donde numerosos grupos sociales, que no gozan de una situación legal y/o formalizada de empleo, encuentran su fuente de supervivencia; v un medio para alcanzar otros fines, no solamente económicos (sociales, para ligarse por parentesco ritual -compadrazgo- a nativos; religiosos, para explotar las redes comerciales con el fin de importar productos rituales para las festividades del lugar de origen; etc.);
vi un ámbito de connotaciones económicas en el cual un grupo étnico alcanza determinada ubicación en la estructura general de comercialización, ocupando un eslabón definido étnicamente en la distribución;
vii una esfera económica alternativa y marginal al mercado, que expresaría la esfera formal y hegemónica (¿las bolivianas serían la cara ilegal del mercado? De ser así, ¿serían la expresión de una desviación social o el resultado de una peculiar articulación con el sistema formal y legal que las requiere y, por consiguiente, las reproduce?).

Estas y otras variantes pueden estar ligadas a la idea que tiene el investigador de encarar su investigación en el mercado. Lo que aparecía, a primera vista, como un mero ámbito espacial, se va transformando en una fuente de cuestiones diversas e inesperadas. Pero así presentada, la problematización adolece de un serio defecto, bastante común en el objeto antropológico: su deshistorización. En efecto, ¿nos estamos refiriendo al prejuicio contra bolivianas del mercado [279] en tiempos de inmigración masiva de países limítrofes hacia los grandes centros urbanos (como los años cuarenta y cincuenta) ? ¿O al prejuicio que cree detectar el investigador cuando va a la feria, a fines de los sesenta? ¿O a las expresiones anti-"bolita" en las cercanías de Villa Soldati y otros vecindarios, en tiempos de la masiva erradicación de villas miseria de la ciudad de Buenos Aires, durante los primeros años de la dictadura militar iniciada en 1976? Cada una de estas posibilidades presenta distintos contextos económicos y socio-políticos que, indudablemente, afectarán la comprensión de lo que se quiere explicar. Referirnos a "prejuicio contra las bolivianas del mercado" supone que dicho prejuicio existe atemporalmente; implícitamente, el investigador estaría sosteniendo teorías tales como que "el prejuicio es inherente al ser humano"; que "la diversidad cultural genera naturalmente prejuicios y animosidad", quizá por desconocimiento o ignorancia, quizá porque los hombres y mujeres son animales competitivos per se. En cambio, si se explicitan las condiciones políticas y sociales de dicho prejuicio, no sólo es posible explicar los prejuicios como formas ideológicas implicadas en procesos sociales, sino detectar distintos sentidos y consecuencias de dichos prejuicios conforme a la coyuntura de su aparición. Las implicancias políticas de una explicación historizada suelen diferir de las de otra "esencialista" o ahistórica en que aquélla admite modificaciones en el sistema social que atenúen o incluso erradiquen los prejuicios contra sectores subalternos o miembros de otras naciones y grupos étnicos. Por su parte, las explicaciones esencialistas sólo pueden apelar a una sanción moral de lo que, siendo parte de la esencia humana, sería inmodificable: la competitividad del *homo economicus,* o la natural disposición a la discriminación y, de ahí, la necesidad de mantener a grupos sociales (culturales o nacionales) diferentes separados en distintos ámbitos sociales, económicos y hasta políticos, como sucede en Sudáfrica.

b) Resta ahora preguntarse cómo se relacionan estos tres términos. Hasta ahora nos hemos manejado con datos observacionales (ver a las bolivianas en la parte exterior del mercado; escuchar a los puesteros hablar mal de ellas en su ausencia; degradarlas

directamente, ante la sonrisa de otros comerciantes y la clientela, etc.). Digamos, por el momento, que si el investigador eligiera comparar dos ferias donde se encuentran estas vendedoras, siendo que en una las expresiones denigrantes son notorias y en la otra no, esto podría llevarlo por algunos caminos ulteriores, por ejemplo: en ambos mercados existen prejuicios contra las bolivianas, sólo que en uno permanecen tácitos. ¿Por qué ocurre esto? ¿Estará relacionado, quizá, con el modo de existencia y la dinámica del prejuicio, que no necesariamente debe explicitarse [280] para existir? Entonces, el investigador debería preguntarse en qué consiste y cómo se reproduce el prejuicio como forma ideológica en, por llamarlo de alguna manera, "estado latente". O bien: si en uno el prejuicio es moneda corriente, y no en el otro, ¿a qué puede deberse? ¿Serán razones internas del mercado y de la compraventa de estos artículos? ¿O tendrá que ver, más bien, con una creciente presencia de individuos de origen boliviano en el barrio aledaño a uno de ellos? En este último caso, ¿no habría que indagar también en la vecindad que rodea al mercado? Ahora bien, cabe una nueva pregunta: ¿es el mercado el escenario imprescindible de esta investigación? Más aún, ¿qué políticas de relocalización de" mercados municipales y de renovación urbana han tenido y están teniendo lugar en estos años como para haber elevado los decibeles del prejuicio antiinmigratorio? ¿Cómo se integran dichas manifestaciones con el consenso prestado a las políticas públicas encaradas por administraciones recientes y por el gobierno municipal y nacional del momento de la investigación?

La problematización es un proceso por el cual el investigador va reconociendo la pertinencia y necesariedad de los términos que emplea. Podrá sustituir, entonces, "bolivianas" por "mujeres de nacionalidad boliviana" o "mujeres pertenecientes a un grupo migrante aymara de La Paz" o "mujeres vendedoras callejeras de verduras y especias" o 'Vendedoras periféricas de las ferias sin permiso municipal". "Bolivianas" puede querer decir todo esto (y más); la opción depende del propósito de la investigación. También podrá sustituir "mercado" por "instancia económica de distribución" o "punto de encuentro vecinal para el abastecimiento", etc. Planteemos la necesidad de los términos de otra manera:

• ¿Por qué **prejuicio** y no **segregación** hacia las bolivianas?
¿discriminación?
¿racismo?
• ¿Por qué **prejuicio** hacia las **bolivianas** y no **inmigrantes?**
¿paraguayos?
¿judíos?
¿gente del campo?
¿sectores populares?
• ¿Por qué **prejuicio** hacia bolivianas en el **mercado** y no, por ejemplo, en la **escuela?**
¿el empleo?
¿la situación jurídica? [281]
• ¿Por qué el **prejuicio** en el **mercado** y no en la **comercialización?**
¿relaciones de poder?
¿redes de solidaridad?
¿relaciones de parentesco y amistad?

Estas preguntas pueden ser muy útiles para que el investigador explicite los criterios de la elección de sus conceptos y problemas. La elección de cada término no es inocente; la concepción del investigador se expresa a través de cada palabra y cada conexión

sintáctica; por eso debe intentar hacer explícitas sus intenciones, reconociendo retrospectivamente qué supuestos abrigaba en su sentido teórico y común antes de formular el tema. En los hechos, la relación fundante del objeto de investigación subyace en las primeras formulaciones del tema, aunque el investigador no llegue todavía a advertirla.

c) En el próximo paso, disponiendo ya de los términos centrales que componen el problema, es necesario dar una dirección, un sentido a la relación entablada. Esto es, 'jugarse" y poner las cartas sobre la mesa, asignándoles un valor explicativo y determinado a algunos elementos más que a otros. Esto no significa, obviamente, que dicha relación tenga que mantenerse a rajatabla hasta el final de la investigación; significa, sí, que esta explicitación permitirá ordenar las ideas y plantear lo más claro posible desde dónde el investigador habrá de observar y registrar.

Recordemos el planteo inicial: "prejuicio contra las bolivianas en el mercado". Unificando los dos primeros términos, podría establecerse una relación esquematizada entre prejuicio étnico y mercado.

El investigador puede preguntar, entonces, qué relación se establece entre ambos o, mejor dicho, qué relación supone que existe entre ellos. Volvamos a ensayar algunas respuestas:

- el mercado es un ámbito particular donde se reproducen y transmiten los prejuicios étnicos. El problema será, aquí, establecer cuál es la particularidad del mercado -definido, por ejemplo, como eslabón en la cadena de distribución y comercialización- en la transmisión de formas ideológicas -como los prejuicios étnicos-;
- el prejuicio étnico, visualizado como parte de un sistema ideológico de existencia macrosocial, incide en las prácticas de comercialización en un mercado minorista.

El problema sería establecer en qué aspectos incide el ingrediente ideológico del prejuicio étnico. En ambos casos, los problemas toman [282] la relación (prejuicio étnico-mercado) pero la plantean en sentido inverso: en el primero, el mercado (entendido como parte de la esfera económica) incidiría en el prejuicio (que pertenecería a la esfera ideológica), mientras que en el segundo sucedería lo contrario, incidiendo el prejuicio en las pautas económicas de la comercialización.

Planteado como problema, el tema inicial (prejuicio contra las bolivianas en el mercado) adquiere, alternativamente, la forma de interrogante (¿cómo inciden los prejuicios en las pautas de comercialización?) o de hipótesis (los prejuicios étnicos desempeñan un papel determinado -a investigar- en el proceso de comercialización).

En este proceso, el investigador no sólo ha explicitado progresivamente qué entendía por cada término, sino también la relación entre ellos, internándose en el terreno de la elaboración teórica. Estas conexiones que presentábamos son eminentemente teóricas, en la medida en que formulan explicaciones tentativas acerca de lo real, que no provienen del referente empírico sino de la concepción del investigador (lo cual no elimina su conocimiento de sentido común, permeado de teorías fragmentarias y heterogéneas). En este mismo proceso, cada concepto ha ido pasando del lenguaje inocente del uso corriente (las bolivianas) al de ciertas categorías teóricas (la boliviana como miembro de una etnia). Esta elaboración se completa en el próximo paso.

III. La sistematización

Se trata de integrar los conceptos empleados y elaborados hasta el momento por el investigador en sistemas mayores de relaciones explicativas. Aunque no nos detendremos demasiado en este punto, podemos hacer aquí algunas consideraciones generales.

Al explicitar los supuestos y optar por la relación que le parece más significativa (ya sea por lo relevante, por lo poco explorada, etc.), se ha dado el primer paso para encuadrar teóricamente el tema en cuestión. Esto ocurre cuando los conceptos aparecen todavía dentro del sentido común o cuando se expresan de manera más elaborada y se refieren a un cuerpo teórico organizado que se sustentaba, aun sin saberlo, de manera fragmentaria y poco sistematizada. En este punto se plantea la necesidad de integrar el proceso de reflexión individual (aparentemente) a desarrollos ensayados por científicos de diversas disciplinas. Puede indagarse, entonces, en aquellos autores que han tratado esta problemática o similares. Por ejemplo, el investigador quizá encuentre trabajos que no se ocupan estrictamente de lo que él entiende por prejuicios, pero sí de conceptos que son colindantes, como [283] "racismo", "ideología", "sentido común", "relaciones interétnicas". Tampoco se trata de descubrir al autor que definió el mercado tal como él lo hiciera sino, por ejemplo, de detectar el lugar que posee la distribución y la comercialización, en las relaciones sociales de producción. Los nombres pueden variar y, sin embargo, echar luz a sus intereses específicos.

Supongamos que se ha subsumido al prejuicio en el área de la ideología, y al mercado en la de la economía, en la instancia de la comercialización; podría preguntarse cómo conciben diferentes teorías la relación entre lo ideológico y lo económico, cuál tendría primacía en la explicación de lo social, etc. Una pregunta como "¿qué aspectos o hechos de la organización socioeconómica llamada 'mercado' favorecen y requieren de la existencia de una forma ideológica como es el prejuicio étnico?" lleva implícita una teoría según la cual cierta estructura económica necesita y reproduce determinado sistema ideológico. La investigación sobre "prejuicio contra las bolivianas en el mercado" parece situarse en esta problemática teórica mayor, de la que se han ocupado ya otros autores.

Se ha llegado a formular un objeto de investigación al nivel general de las ciencias sociales: al esbozar el problema, el investigador se ha internado en la lógica dé sus supuestos, a la vez que ha procedido a analizar otros marcos que pueden arrojar nueva luz a la propuesta. Esta búsqueda de desarrollos teóricos, ya sistematizados en vertientes afines o no a la suya, puede adelantar tiempo en la investigación y revelar avances realizados en distintos sentidos, pudiéndose prever las limitaciones y posibilidades alcanzadas hasta el momento. Desde aquí, el investigador puede tomar como punto de partida teórico para su trabajo los escollos de determinada corriente, intentando superarlos y/o replantearlos.

Por ejemplo, en una investigación sobre prejuicio contra residentes de villas miseria (Guber, 1991, 1998), encontré que el paradigma marxista suministraba explicaciones demasiado generales al afirmar que los prejuicios reproducen la división entre clases, y sus portadores la ideología dominante. Ante esta generalidad, me cabían algunos interrogantes: en la Argentina existen numerosas concepciones prejuiciosas; sus destinatarios pertenecen a distintos sectores sociales -como judíos y villeros-. ¿El

prejuicio desempeña en ambos el mismo papel? Si los prejuicios conllevan la ideología dominante en la lucha entre clases diferentes por su lugar en la producción, ¿cómo explicar el prejuicio contra residentes de villas, cuya definición responde a una posición en el consumo urbano? Si los prejuicios expresan la ideología dominante, ¿cómo es posible que adherentes a partidos políticos de izquierda sustenten posturas similares a las de conservadores y liberales? ¿Cuál es el lugar de la clase media en la sustentación [284] de esta ideología dominante? ¿Cómo la internalizan sus miembros y qué utilidad les brinda? Acaso los usos de expresiones negativas tienen el mismo sentido para los residentes en villas miseria (Guber, 1991) y para judíos de clase alta (Guber, 1985).

Con la etapa de sistematización culmina un proceso de abstracción de hechos empíricos y singulares en formulaciones generales que permitirían analizar no sólo la relación del prejuicio hacia "las bolivianas" en un mercado, sino también la naturaleza de los prejuicios en diversas instancias de lo social, como en la esfera de la actividad económica. Este proceso de abstracción implica la búsqueda de lo universal en las singularidades, esto es, "qué tienen en común diferentes tipos de prejuicios, qué expresiones afínes presenta la ideología en el momento de la comercialización. Por consiguiente, la etapa de sistematización del objeto de investigación se enuncia en un plano tan general que permite incluir investigaciones con objetos empíricos diversos. De ahí que estudios aparentemente diferentes presenten problemáticas centrales comunes, lo cual no sólo facilita la búsqueda de lineamientos teóricos ante la complejidad de hechos reales, sino que permite incorporar las conclusiones de los diversos estudios al desarrollo teórico más general. El mismo problema central del prejuicio como forma ideológica condicionante del sistema de distribución y comercialización podría ser encarado en una investigación sobre los judíos en relación con la compraventa en ciertos ramos—peletería, textil, financiero- o en la relación conflictiva entre vendedores de puestos callejeros y de negocios edificados.

IV. La especificación

Estamos aquí en la mitad del camino; como vimos, no basta con explicar un hecho singular subsumiéndolo bajo abstracciones. Es necesario también explicar su singularidad. Es este nivel de explicación el que incorpora aspectos distintivos del enfoque antropológico, evitándonos caer en explicaciones etno y sociocéntricas. Este proceso, que hemos denominado especificación, consiste en establecer cómo se concretiza un problema teórico general en un contexto singular. La relevancia de este movimiento de articulación entre teoría-empiria, entre lo universal y lo singular, reside en que de dichos "encuentros" pueden resultar problematizaciones, reformulaciones, cuestionamientos a los postulados teóricos con que, instrumentalmente, se maneja el investigador. Pero este momento no se limita a hacer explícitos los aspectos metodológicos tales como dónde, con quién/es y cómo se hará la investigación, sino que es además el momento primordial en que el investigador relativiza sus presupuestos al abrirse a la [285] interrogación con los actores. Es decir, no se trata solamente de efectuar un relevamiento de hechos "exteriores" -sexo, edad, ocupación, ingresos, etc.— sino, fundamentalmente, de vislumbrar el modo como los actores le dan sentido a lo que le interesa al investigador, pero en sus propios términos. Esta relativización no implica olvidar el marco teórico sino especificar, llenar de sentido y establecer nuevos alcances a la batería de conceptos teóricos en uso. Estos conceptos y sus relaciones, como ya hemos dicho, son lineamientos enunciados previamente al trabajo de campo y a la investigación, por lo que suelen ostentar necesariamente ciertas dosis de etnocentrismo.

Pero en esta etapa, el investigador puede llegar a cuestionar el carácter absoluto de sus definiciones, para dar entrada a la de los informantes.

Spradley (1979: 30) sugiere algunas preguntas que el investigador puede formularse, y que lo pueden ayudar:

- ¿qué saben los informantes sobre el tema y el problema de investigación?;
- ¿a través de qué conceptos y prácticas los expresan y cómo clasifican su experiencia al respecto?;
- ¿cómo definen esos conceptos en las prácticas verbalizadas y no verbalizadas?, ¿qué teorías usan para explicar dicha experiencia?

En su explicitación de supuestos, el investigador ha formulado la hipótesis de que el prejuicio hacia bolivianas es un prejuicio étnico y que este prejuicio étnico afecta el proceso de comercialización -en el eslabón minorista de la cadena de distribución de ciertos productos. Ahora bien, ¿en qué consiste ese prejuicio para los actores? ¿Qué entienden y cómo lo experimentan los sujetos y objetos del llamado "prejuicio"? ¿Qué significa "boliviana" en el contexto de la comercialización y del mercado? ¿Acaso lo mismo que en otros medios y situaciones? ¿A qué prácticas y momentos concretos se articula? ¿A la fijación de precios competitivos en un mismo ramo comercial? ¿Al trata con la clientela? ¿A determinadas épocas del año o del mes? ¿A la presencia de inspectores municipales? ¿Al auge de xenofobias más generalizadas, adhesiones nacionalistas o racistas por parte de determinados grupos sociales? ¿Qué significa, pues, "bolivianas" en el contexto de un mercado minorista? ¿Cómo conciben y cómo son concebidas "las bolivianas" en la interacción cotidiana? ¿Cuáles son los actores relevantes en este trato diferencial? Estas preguntas no excluyen el modelo inicial donde, por ejemplo, lo ideológico afecta a una instancia de las relaciones económicas, sino que se orientan a establecer el modo como lo ideológico se especifica en actores y contextos concretos. Para dar respuesta a este punto, es necesario emprender un trabajo de campo cuyos datos permitan realizar una [286] profusa descripción de actores, situaciones y contextos, para indagar "por dónde pasa" el prejuicio étnico; y si, en verdad, se trata de un prejuicio, comprobar si este prejuicio es efectivamente étnico.

Esta descripción es muy distinta de la que se hubiera planteado sin haber atravesado previamente las etapas de problematización sistematización, porque en ese tránsito el investigador ha advertido los intereses que estaban ordenando, en un principio, la información a recoger, distinguiendo entre datos significativos y datos irrelevantes para él. Si sólo se hubiera planteado una formulación teórica, trasladada directamente al campo, ello habría redundado en una investigación sociocéntrica, en la medida en que el investigador habría obviado el proceso de reflexión y cuestionamiento de sus propios supuestos acerca de dónde buscar el prejuicio. En cambio, el camino que sugerimos consiste en alertarlo acerca de que aquellos ámbitos y personajes que, desde un comienzo, el investigador considera relevantes pueden no serlo; y que lo que desde su sentido común y análisis teórico detecta como manifestación de prejuicio puede ser incluso secundario en el contexto concreto de indagación. La especificación debe reconocer cómo los actores configuran el contexto significativo de sus prácticas y nociones.

> Al construir el contexto concreto de conceptos abstractos (como el autoritarismo), se integra el significado que tienen determinados elementos del contexto o de la interacción (un regaño, una puerta cerrada, un silencio, etc.) para los sujetos observados. Este significado se expresa en las actuaciones de los sujetos frente a esos elementos y no siempre coincide con aquello que presupone, desde su sentido común, el investigador. Las relaciones autoritarias, en este ejemplo, se manifiestan a través de muy distintas formas según el contexto; si no se integran las 'categorías sociales" que las definen en el contexto particular que se estudia, se corre el riesgo de perderlas de vista, o de suponerlas donde no existen (Rockwell, 1980: 42).

Es lícito entonces aspirar a sorprenderse en el campo; el investigador sabe que no sabe qué significa —en términos de los actores- "autoritarismo" o "prejuicio". Y es por esto que se dispone a obtener la mayor información posible que aluda, directa o indirectamente, al tema en cuestión. La especificación no aporta la explicación del nivel teórico, como se ha pretendido en numerosas investigaciones antropológicas; pero aporta sí la materia sobre la cual se estructurará la teorización, hacia una explicación que incluya a los actores en sus contextos específicos. Ubicamos a la perspectiva del actor como el aporte particular del enfoque antropológico, como portavoz de la diversidad, como una alerta contra la preasignación de sentidos al mundo de los actores, proveniente del mundo del investigador, es decir, una alerta contra el sociocentrismo. [287]

Los pasos sugeridos para la construcción del objeto de investigación no implican una sucesión necesaria, ni la diferenciación de etapas discretas, tajantemente divididas. La reflexión teórica está presente a lo largo de todo el proceso, así como la atención sobre los datos empíricos. Ambos se superponen e intercambian, pero lo importante es tener claridad acerca de las tareas que, simultánea o sucesivamente, desarrolla el investigador cuando aspira a plantear un problema de- investigación de manera coherente y justificada. En el camino que acabamos de proponer, lo teórico no antecede ni se excluye del campo o del relevamiento empírico. El proceso de especificación y la incorporación de la perspectiva del actor, si bien se ubican en el plano empírico, no pueden hacerse ignorando el cúmulo de supuestos y premisas teóricas que le dan sentido y que orientan su descripción.

Hagamos una síntesis del proceso global:

I. ELECCIÓN DEL TEMA.

1 . Prospección y retrospección de un tema vasto y general. Apropiación y explicitación de la información obtenida por diversas vías como experiencias personales, investigaciones realizadas por sí mismo o por terceros, discusiones, obras literarias, etc.. La selección de un tema puede, así, formularse en términos vivenciales y de sentido común.

II. PROBLEMATIZACIÓN
Proceso de desnaturalización de lo real.

Formulación de un título tentativo y/o redacción o resumen libre sobre el tema. Subyace en este material una relación problemática cuyos términos se precisan y explicitan.

2. Los términos de la relación enunciada se definen, siquiera provisoriamente, según el propio sentido común o los conocimientos teóricos.

3. Se intenta establecer un sentido o direccionalidad en dicha relación.

III. SISTEMATIZACIÓN

4. Construcción del marco teórico inicial de la investigación a través de la coherencia y explicitación de las conexiones explicativas de la problemática enunciada.

Revisión de las corrientes teóricas que han abordado uno o ambos polos de la relación; la relación; sentido asignado a esa relación.

Análisis de cómo esas corrientes caracterizan y resuelven el problema planteado y de cómo definen cada uno de los conceptos explicitados en el enunciado de la investigación. Paralelamente, se distinguen los usos de cada término, según objetivos profesionales, teóricos o del sentido común. [288]

IV. ESPECIFICACIÓN

5. Elección de un contexto empírico para contrastar y resignificar la relación teórica.

6. Relativización de la relación teórica en términos de su especificación desde la perspectiva del actor de los implicados. Formulación del problema en forma de pregunta, a ser respondida por los actores.

Este camino se desarrolla pues, en dos planos y lo graneamos así:

Este diagrama refleja el proceso de construcción del objeto de conocimiento, no el recorrido total de la investigación, del que la construcción del objeto es sólo su parte inicial.

PLANO TEÓRICO

Problematización teórica
y elaboración conceptual (4)

Explicitacitación
de supuestos de relación (3)

Identificación
de una relación (2)

Elección de un
contexto empírico (5)

Elección de un tema (1)

Especifícación
en un campo concreto (6)

PLANO EMPÍRICO

2. Ejercicios para "mantener la cintura"

Capítulo 1

1. Tema de discusión: recuerde o imagine un trabajo de campo suyo o de otros, y ensaye qué incidencia en el curso y los resultados de la investigación podía haber tenido la aplicación de:

- distintos enfoques (positivista, interpretativista, otros) respecto del trabajo de campo;
- distintos estilos de trabajo de campo.

2. En una etnografía, establezca desde qué perspectiva epistemológica se han abordado los materiales empíricos. [289]

3. De acuerdo con los datos con que usted cuenta hasta el momento, ¿qué correspondencia podría establecer entre las perspectivas y las técnicas de recolección de datos por usted conocidas? ¿En qué se fundamentaría dicha correspondencia?

4. De acuerdo con los datos con que usted cuenta hasta ahora, ¿en qué perspectiva ubicaría usted a la observación participante?

5. ¿En qué sentido puede decirse que el campo sirve a los interpretativistas como contexto de comprobación del conocimiento científico? Imagine instancias pertinentes. ¿Qué alcances y qué limitaciones podría postular?

Capitulo 2

1. En un ensayo de ciencias sociales -de cualquier disciplina-, establecer el lugar de lo universal y de lo singular, y determinar cuál es su respectivo papel en la explicación propuesta.

2. Sobre la base de tres ejemplos temáticos elegidos de su propia realidad social, ensaye para cada uno qué sería lo universal en la singularidad y lo singular en la universalidad.

3. En una etnografía clásica caracterice los razonamientos explicativos e interpretativos, y ensaye razonamientos alternativos.

4. Describa brevemente un hecho social que pertenezca o no a su medio habitual. Ensaye luego una explicación de corte positivista, interpretativista y no dualista, alternativamente. Examine qué aspectos distinguen entre sí a estas explicaciones y qué relación guardan con el hecho descrito.

5. En una etnografía y en un ensayo antropológico detecte "motivos", "propósitos" e "intenciones" denlos actores, y establezca en ambos casos qué es lo que permiten explicar. ¿Añadiría algo para construir una explicación más concreta? ¿Qué y por qué?

6. ¿Cómo sería y qué implicaría una etnografía que conciba unilateralmente las relaciones entre la objetividad y la subjetividad sociales? Ilustre la respuesta con ejemplos de otros antropólogos y ensaye con un tema elegido por usted.

Capítulo 3

1. En un texto o verbalización, identifique conceptos y formulaciones etnocéntricas y sociocéntricas. Por ejemplo, en artículos periodísticos, entrevistas televisivas, manuales escolares de historia, geografía, lengua, comentarios callejeros, etc. Suministre un comentario alternativo que no implique ninguna de estas figuras del conocimiento. [290]

2. En un contexto que le resulte familiar, imagine en qué consistiría una descripción "holística".

3. De una fuente similar, identifique qué sería lo no documentado e informal, y qué lo formal.

4. ¿Qué sería allí la perspectiva del actor? ¿Habría una o varias? ¿Qué criterios ha seguido usted para identificarla? ¿Para qué le serviría reconocerla?

5. En una obra, artículo o monografía etnográfica, detecte los aspectos en que se expresan las características del enfoque antropológico.

6. En una obra semejante establecer párrafos, inferencias y explicaciones "de los actores" y los proporcionados por el investigador. Tomar un par de ejemplos y señalar en qué aspectos difieren y cómo se los ha integrado (o no).

7. A través de un documental -cinematográfico o televisivo-, identifique las perspectivas desde las cuales ha sido confeccionado: ¿desde qué actor de los que toman parte?, ¿desde la perspectiva de un actor o un observador externo? Explique qué criterios ha seguido usted para arribar a esa caracterización.

8. Proponga, en sus términos o en los de otros autores, un tema de investigación que sea de su interés; en qué consistiría y cómo imagina usted la intervención de su propio sentido común.

9. En la obra de un reconocido sociólogo o antropólogo, examine la aparición de hipótesis, estableciendo el primer momento de su planteo en la obra, su nivel de generalidad, los términos que incluye y las estrategias adoptadas para su corroboración.

10. En una conocida obra antropológica -en lo posible, una etnografía clásica- establezca su objeto teórico y su especificación. ¿Cómo se justifican los contextos elegidos para su dilucidación?

11. Recuerde un clásico enunciado teórico. Piense en qué contextos podría especificarse para encarar investigaciones.

12. Sobre un tema de su interés, redacte una página sobre lo que se le ocurra al respecto -grupo, lugar, experiencia personal, impresiones, etc.-. Luego reléala. ¿Qué relación aparece planteada como una primera aproximación a la construcción de un objeto de conocimiento?

13. Ensaye construir aproximaciones a posibles objetos de investigación, por ejemplo, con los siguientes temas:

- familia y migración;
- resistencia a innovación tecnológica en pequeños productores pimentoneros;
- lealtad de promoción en las Fuerzas Armadas;
- peregrinaciones a un santuario por parte de jóvenes fieles; [291]
- indiferencia de la población hacia los llamados "derechos humanos";
- competencia laboral y profesional en círculos universitarios;
- niveles de participación gremial en sindicatos de cuello blanco (empleados de comercio, bancarios, maestros, etc.);
- escasez de vocaciones religiosas (ingreso a carrera eclesiástica); antisemitismo en el Servicio Exterior.

Capítulo 4

1. ¿Cuál sería, aproximadamente, el "campo" en la investigación sobre "prejuicios contra las bolivianas en el mercado"?

2. Imagine (y si puede, concrete) una visita al lugar: ¿qué sería allí la información y qué los datos?, ¿en qué residiría su diferencia?

3. Ensaye los ejercicios 1 y 2 con otros temas, como los sugeridos para la construcción del objeto en el ejercicio 13 correspondiente al cap. 3.

4. Suministre cinco ejemplos de discordancia entre lo que la gente hace y lo que dice que hace (por lo menos dos de ellos deben pertenecer a su propio mundo social). ¿En qué difieren? ¿Qué información suministra cada uno? ¿Cómo interpretaría su discordancia? ¿A qué asigna mayor importancia (si lo hace) y por qué: a lo que la gente hace o a lo que dice que hace?

5. Teniendo en cuenta el caso presentado en el capítulo 14, punto 1 para la construcción del objeto (ó cualquier otro del que usted disponga) , suministre ejemplos de reflexividad de las bolivianas, del investigador y de la relación entre ambos en situación de campo.

6. Recuerde algún episodio suyo de ingreso a un medio descubierto por usted. ¿Cómo aplicaría, en su caso, el concepto de reflexividad? Ejemplifique.

7. Tema de discusión: ¿cuáles serían las características -en cuanto a tiempo, espacio, actividades y partes de la relación— de algunas técnicas que usted conozca (como encuesta, censo, historia de vida, entrevista psicoanalítica, entrevista, etc.) ?, ¿en qué se diferencian y cómo incidirían estas diferencias en sus resultados? Pueden formarse distintos equipos de trabajo según el mayor dominio de ciertas técnicas, y proceder luego a comparar los resultados de cada grupo.

8. Tema de discusión: ¿tendría en esas técnicas alguna incidencia la reflexividad? Pueden hacerse dos equipos, uno con la consigna positiva y otro con la negativa, y confrontar en un debate donde se justifique la postura y se explicite en qué se operaría dicha incidencia.

9. Según un objeto de investigación construido por usted, ¿qué tipos de trabajo de campo se aplicarían a sus intereses? ¿Por qué? [292]

10. En la introducción a Los argonautas del Pacífico Occidental, de B. Malinowski, establezca a qué modelo/s de trabajo de campo adhiere el autor. Cite párrafos que sustenten cada modelo.

11. Entreviste a investigadores antropólogos acerca de las características de sus respectivos trabajo de campo. ¿Qué preguntas les formularía? Analice cómo se presentan las características, perspectivas y estilos expuestos en este capítulo. ¿Qué correspondencias encuentra? (Por ejemplo, ¿existe alguna correspondencia entre la especialidad -antropología urbana, rural, médica, folclore, etc.- y las perspectivas del trabajo de campo? ¿Cuáles? ¿A qué podrían atribuirse?

12. Cite ejemplos en los cuales los datos de campo sean utilizados como ilustración y como explicación.

13. En una etnografía establezca qué estilo/s de trabajo de campo se han aplicado. .

Capítulo 5

1. ¿Cuál fue la unidad de estudio para E. E. Evans Pritchard en Los Nuer; para B. Malinowski en Los Argonautas del Pacífico Occidental; para E. Leach en Sistemas políticos de Alta Birmania? Ensaye estas preguntas con otras etnografías y obras antropológicas conocidas por usted.

2. ¿Cuál fue el tipo de unidad de estudio dominante en la antropología de su país entre los años 1975 y 1983? ¿Y entre 1984 y 1988? ¿Qué ejemplos ha elegido para responder a esta pregunta?

3. Establezca cómo definen los investigadores sus unidades de estudio en algunas de las investigaciones llevadas a cabo en la segunda mitad de la década de 1980, en áreas rurales y áreas urbanas en:

- el Museo Nacional de Río de Janeiro;
- la Escuela Nacional de Antropología e Historia de México;
- el área de Antropología Social del Instituto de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA;
- la carrera de Antropología Social de la Universidad Nacional de Misiones.

Considere en cada caso si existe una definición resultante de "lo rural" y de "lo urbano". ¿En qué consiste? ¿Cómo se vincula esta definición al objeto de investigación respectivo?

4. Proponga la unidad de estudio y la unidad de análisis para el siguiente esbozo de objetos de investigación y ensaye una justificación (introduzca las modificaciones que considere necesarias en la formulación de los temas): [293]

- la persistencia de la identidad étnica gitana en la Argentina obedece a un proceso de

estigmatización social en asociación con "lo sobrenatural";

• la segregación urbana de pobladores de villas miseria resulta en la reproducción de la hegemonía sobre estos sectores sociorresidenciales;

• la atención hospitalaria de enfermedades de transmisión sexual contribuye a su reproducción mediante la estigmatización de sus portadores;

• el concepto de nacionalidad ha permanecido, en sus lineamientos ideológicos básicos, dentro de la ideología escolar durante los últimos cuarenta años;

• la ideología del cuentapropismo redunda en el desclasamiento de los sectores expulsados de la producción en la Argentina en la década de 1970;

• el régimen militar argentino que gobernó entre 1976 y 1983 ha completado el proceso de fragmentación de los sectores populares y de concentración de los hegemónicos.

5. Para un objeto de investigación construido por usted, proponga su correspondiente unidad de análisis, unidad de estudio y universo. Ensaye una justificación.

6. Proponga objeto/s de investigación para las siguientes unidades de estudio y unidades de análisis. Intente suministrar más de una respuesta en cada caso y, de ser posible, añada la correspondiente unidad de observación.

Unidades de análisis	**Unidades de estudio**
los "buscavidas"	ómnibus públicos
comunidad escolar	patio de una escuela
comunidad escolar	la escuela n°2
maestro y alumno	la escuela
empleada doméstica	casa de la patrona ,
empleada doméstica	sindicato de empleadas domésticas
empleada doméstica	la pensión
migrantes bolivianos a Buenos Aires	Villa Soldati
trabajadores bolivianos	Mercado Municipal
alumnos bolivianos	escuela
residentes en villas y barrios aledaños	Villa XX y barrios XX [294]

7. ¿Qué objetos de investigación y unidad de análisis pueden diseñarse de acuerdo con las siguientes unidades de estudio? Suministre, al menos, tres respuestas para cada una y su justificación:

• el centro periférico de salud;
• el servicio de atención materno-infantil de un Hospital;
• la sociedad de fomento o vecinal;
• un templo protestante;
• un colectivo;
• una esquina;
• una plaza de pueblo.

8. ¿En qué unidad de estudio se puede desarrollar una investigación sobre "cuentapropistas"? ¿Otra sobre burguesía nacional o sobre prejuicios raciales? Añadir a cada posibilidad, no menos de tres objetos tentativos y todo recorte o especificación que

considere conveniente para delimitar la unidad de análisis mencionadas.

9. Dé tres ejemplos de situaciones con contigüidad territorial.

10. Dé tres ejemplos de situaciones con contigüidad social.

11. En los ejercicios 9 y 10 proponga un tema de investigación para cada ejemplo.

12. Focalice algunos medios que le resulten familiares. Imagine algún tema de investigación que podría tener a ese medio como unidad de estudio. ¿Qué unidad de análisis reconocería entonces? ¿Qué tipo de muestras podría diseñar allí? Ensaye dos probabilísticas y dos no probabilísticas. Siendo usted conocedor de ese medio, ¿qué consecuencias tendría en la información obtenida la aplicación de uno y otro criterio?

Capítulo 6

1. Elija una situación social que le resulte conocida (el aula, una reunión de amigos, la mesa familiar, el mercado, su calle o manzana, etc.) y trate de establecer:

- potenciales informantes;
- sus diferencias en términos de rol, posición social o estructural;
- contacto con la información, especialidad temática, visibilidad y otros atributos que considere relevantes.

2. Proceda del mismo modo con referencia a una situación en la que usted sea activo protagonista y añada, a las distinciones entre informantes, la caracterización de su propio papel, posición social, contacto con la información, especialidad y visibilidad. [295]

La diferencia entre el ejercicio 1 y 2 consiste en que, en el primero, usted se desempeña como observador o investigador potencial, mientras que, en el segundo, lo estamos proponiendo como miembro y, por lo tanto, con los intereses parciales de un protagonista. Identifique quién o quiénes serían para usted informantes centrales y/o claves, en un sentido amplio y restringido.

3. Reconstruya cómo se han ido conformando sus propias redes de relaciones en algún ámbito particular: laboral, profesional, universitario, o la red que constituye, actualmente, su núcleo de amigos. En estos procesos intervendrían, por ejemplo, lugares donde se han contactado, intermediarios, continuidad de las relaciones. Detecte otros ingredientes de la constitución de la red.

4. Cómo imagina el acceso -directo o indirecto- a las unidades de análisis de una investigación sobre los siguientes temas:

- violencia urbana;
- compraventa de bebés recién nacidos;
- relaciones de poder en la administración de artículos de beneficencia;
- nivel de participación en planes de vivienda popular;
- identidad nacional;
- tradición e innovación en la minoría étnica armenia, japonesa o judía;

• conceptualización de la sexualidad en pacientes con enfermedades de transmisión sexual.

Dé ejemplos concretos del rumbo que usted tomaría en caso de encomendársele investigaciones como las propuestas.

5. Sugiera formas de representación gráfica sobre la red de informantes de una investigación.

Capítulo 7

1. Ensaye dos presentaciones para encarar una investigación sobre los siguientes temas, e intente establecer cómo decodificarían sus informantes cada presentación en función de esta suposición. ¿Qué presentación sería más provechosa?; ¿a qué lo atribuye?:

• relaciones de poder en un regimiento militar; cómo se conciben los derechos humanos entre los miembros de un sector social de extrema pobreza;
• o entre agentes del Estado ligados a programas asistenciales; la constitución de identidades políticas en sectores medios; [296]
• el concepto de nacionalidad y de Patria en maestros de escuela primaria;
• en asesores de un partido nacionalista;
• en ex combatientes de la Guerra de Malvinas;
• en habitantes de una localidad fronteriza; en personal de Gendarmería;
• en exiliados económicos y políticos repatriados desde 1983;
• en emigrados desde 1990;
• en alumnos de primero y segundo grado de primaria;
• estructura y relaciones sociales en el negocio inmobiliario de Barrio Norte y La Boca (o un barrio popular y otro de clase media o alta);
• relaciones interétnicas entre minorías en un barrio (como Once, -tomando coreanos, judíos, armenios). Ensaye una presentación común y otra diferencial para cada grupo;
• la política migratoria aplicada por las Naciones Unidas con inmigrantes de origen laosiano;
• la constitución de una comunidad académica en las ciencias sociales;
• en las ciencias antropológicas.

2. Si el conocimiento del informante relevante para el investigador es un conocimiento práctico, y él investigador está interesado en ese conocimiento para la teorización, ¿cómo compatibiliza una presentación del tipo "me interesaría conocer cómo viven ustedes" o "cómo es su ocupación"?

3. En una reunión convocada por una facción (A), aparece la facción contraria (B). El investigador ha sido invitado por el dirigente ., de A, pero conoce a los miembros de B, que también son sus informantes. ¿Qué debería hacer, en ese caso, el investigador?
Como variante, en la discusión se pueden formar dos grupos con las siguientes posturas:

• se debe ser equidistante;
• se debe tomar partido y optar.

4. Cómo imagina su presencia desempeñando por lo menos dos roles en las siguientes situaciones de campo:

- estudio del ritual católico;
- cultura de la juventud en algún contexto de reunión de adolescentes;
- organización fabril y empresaria; [297]

¿Por qué roles ha optado? ¿Por qué? Evaluar las consecuencias con respecto a la información y a la relación con los informantes.

Capítulo 8

1. Tema de discusión: el investigador reconoce que sus informantes no constituyen una muestra homogénea en lo que respecta a la distribución de recursos económicos ni del poder ni de recursos sociales. Tampoco comparten de igual modo sentidos y prácticas referidas a la salud, la socialización y lo sobrenatural. Pero, para agravar más el panorama, el científico social que investiga en sociedades complejas o divididas en clases sabe que el grupo que será su fuente principal de información puede estar dividido internamente en facciones contrapuestas, a la vez que relacionado conflictivamente con otros sectores de la sociedad mayor.

En este contexto, ¿qué significa para el investigador "participar"? ¿Participar como quiénes? ¿Qué significa "ser uno más" o actuar "como si" uno lo fuera?

2. Caracterizar epistemológicamente "la observación" surgida o realizada en el curso de la participación. ¿En qué difiere de la observación pretendidamente "pura"?

3. Imagine y, si es posible, invente situaciones de investigación en las que usted, tomando un mismo contexto para los tres roles, se comporte como:

- participante pleno;
- observador puro;
- observador participante/participante observador.

¿Dónde residirían las diferencias? Analizar las consecuencias en el tipo de relación entablada con los informantes, los roles "nativos" disponibles, la información obtenida, la variabilidad y la extensión de la muestra, entre otros.

4. Imagine situaciones donde un investigador sólo podría desempeñarse como participante pleno. ¿Qué ventajas y limitaciones tendría ese rol en esas situaciones? Imagine un tema de investigación acorde con esas situaciones y que pueda abordarse a través de ese rol.

5. En las notas de campo del capítulo 13, busque ejemplos de participación y de observación. ¿En qué difieren las manifestaciones de observación y las de participación, en los tres registros? ¿A qué atribuye las diferencias? ¿Qué rol desempeña el investigador en el *continuum* observador puro-participante pleno?

Este ejercicio puede llevarse a cabo armando tres equipos, cada uno con un texto (o con otros registros realizados). [298]

6. En las notas de campo del capítulo 13, punto 2, puntualice la relación entre observación y participación; ¿en qué párrafo/s se expresa? ¿Cómo caracteriza, a partir de estos indicios, el rol de la investigación de campo? ¿Le haría falta alguna información adicional para completar la imagen? ¿Cuál y por qué?

Capítulo 9

1. Para los temas propuestos en los ejercicios de los capítulos 5, 7 y 14 (punto 1), ¿cómo imagina la córresidencia?

2. Ensaye, para cada caso, su presentación para instalarse en el lugar. ¿Qué le diría a los informantes y cómo justificaría su permanencia? ¿Sobre la base de qué criterios elegiría el lugar de residencia?

3. Imagine y describa su lugar de residencia en cada ejemplo: ¿a qué información le permitiría acceder y a cuál no? Haga un listado de esos aspectos, como si fueran áreas de la vida social a relevar.

4. Imaginando una investigación sin corresidencia sobre esos mismos temas, ¿cuál sería la diferencia con investigaciones que sí la empleen? ¿Por cuál optaría y por qué?

5. En las notas de campo de Raúl Díaz, ¿ve usted algún indicio de corresidencia? ¿Dónde lo hay o dónde podría haberlo?

6. En las notas de campo de Mónica Lacarrieu, ¿ve usted algún indicio de corresidencia? ¿Cuál?

7. Seleccione un episodio de su vida familiar en el que haya habi do testigos externos y reconstruyalo. Trate de entrevistar a los testigos y que ellos reconstruyan ese episodio. ¿Qué diferencias encuentra en las respectivas versiones? ¿Dónde están las diferencias y las coincidencias? ¿A qué las atribuye? ¿Qué vinculación observa con las puntualizaciones sobre la corresidencia?

Capitulo 10

1. Según algún tema u objeto construido en ejercicios anteriores, imagine rápidamente un cuestionario de no menos de diez preguntas.

2. Agrupe las preguntas del cuestionario en temas y proponga nuevos temas no contemplados para el mismo objeto.

3. Proponga ahora un nuevo cuestionario a partir de los nuevos temas.

4. En el primero y segundo cuestionario, identifique los términos y)categorías provenientes de su marco interpretativo. ¿Cómo podría reemplazarlos por términos de los actores (folk) ? [299]

5. De un registro de entrevista, suyo o de terceros, trate de identificar las preguntas subyacentes a las que responde el informante.

6. De las preguntas subyacentes, diseñe un cuestionario alternativo e imagine qué material podría haber obtenido con él.

7. Consiga un cuestionario de encuesta o censo. Trate de identificar más de una formulación para cada pregunta (por ejemplo, ¿cuántos hermanos tenés?, ¿quiénes componen la familia?). Ensaye convertir .preguntas cerradas en preguntas abiertas, y preguntas sociocéntricas en preguntas que no lo sean (por ejemplo, ¿cómo pueden vivir así los villeros?, ¿cómo se vive en las villas?).

Capítulo 11

1. Seleccione un registro de entrevista. A partir de un párrafo donde no se expliciten las preguntas del entrevistador, determine a qué preguntas subyacentes está respondiendo el entrevistado.

2. Agrupe las preguntas subyacentes y ordénelas lógicamente en un cuestionario. Agrupe las preguntas por temas. ¿Qué otros temas agregaría? Transforme los temas en varias preguntas.

3. Ensaye en una entrevista las distintas formas de directividad.

4. Trate un tema de su interés a través de entrevistas dirigidas y no dirigidas. ¿En qué difieren? Analice su propia posición en la relación, el carácter del vínculo con el informante, su percepción del desenvolvimiento del informante y el tipo de material obtenido.

5. En un párrafo de registro de entrevista, deténgase en cada frase y ensaye los tipos de pregunta que usted conoce y que le parezcan apropiados.

6. En una entrevista, trate de introducir preguntas anzuelo y de abogado del diablo. ¿Qué resultados obtiene de su aplicación?

7. En una entrevista periodística -preferentemente radial o televisiva- extraiga las preguntas formuladas y redáctelas en un apartado. Reléalas. ¿Cuál es o cuáles son los supuestos del periodista acerca del tema de indagación?

8. ¿Qué preguntas alternativas sugiere para obtener información no directivamente sobre otros supuestos de mayor amplitud?

9. En una conversación corriente, identifique algún término que pueda ser significativo en el discurso de su interlocutor. Pregunte por su definición. Luego, con la misma u otra persona y sobre ese u otro término, indague acerca de su uso. ¿Qué resultado ha obtenido por ambos medios? ¿Se corresponde con lo postulado en el capítulo? ¿A qué lo atribuye? [300]

Capítulo 12

1. Después de una conversación o situación -si fuera una entrevista o una observación de campo, mejor—, intente hacer un registro. Luego reléalo y compárelo con el listado de "ingredientes" sugeridos. ¿Cuáles faltan? ¿A qué lo atribuye? Proceda de modo

similar con las notas de campo 1 y 2 del capítulo 13.

2. Grabe una conversación con alguien. Posteriormente, intente reconstruirla sin desgrabar; luego escuche la grabación. ¿Qué aspectos ha olvidado y qué aspectos recordó? ¿A qué lo atribuye? Si fuera posible, repita la operación con otras entrevistas. ¿Hay constantes en sus olvidos y recuerdos? ¿Tienen relación con los objetivos del tema tratado? Ensaye otras explicaciones.

3. Realice una entrevista a un tercero junto con otro colega. Posteriormente reconstruyala. Al comparar las dos versiones, ¿en qué aspectos convergen y en cuáles difieren? Discuta con su colega a qué puede deberse.

4. Describa lo más detalladamente posible -aplicando los mismos criterios que en el ejercicio 3— un ámbito, una persona, una práctica o acción y una situación.

5. Haga un listado de los indicadores de observación y verbalización en los registros del capítulo 13. [301]

15. Conclusiones: cierre y apertura

La peculiaridad de lo social radica en el poder constitutivo de los sentidos expresados en las nociones y las acciones de los sujetos, y consiguientemente en el carácter preinterpretado de su mundo. La realidad social es construida desde la práctica humana, la cual sólo puede ser comprendida en el seno de la totalidad social que contribuye a producir y que la produce. La teoría es momento y aspecto de la práctica, y el sujeto cognoscente es productor a la vez que producto de su realidad. El investigador no conoce al situarse externamente a su objeto, sino al ubicarse en una relación activa con él; se involucra en la búsqueda y el análisis de los condicionamientos que operan tanto sobre su objeto como sobre su propio proceso de conocimiento.

El referente empírico, cuya existencia ontológica es independiente de los sujetos particulares, no está dado inmediatamente ni a la observación ni a la empatía. El referente empírico puede ser abordado a partir de los interrogantes y las estrategias de investigación. Desde las ciencias sociales, esto implica dos búsquedas simultáneas: una es la de lo universal en su singularidad, y otra es la de lo singular en su universalidad. En este doble sentido es posible establecer generalizaciones que den cuenta de particularidades y, a su vez, de particularidades que no se agoten en sí mismas, sino que puedan ser integradas a un conocimiento global sobre la sociedad humana.

La tradición antropológica aportó a la investigación social un enfoque particularmente orientado al estudio de la diversidad socio-cultural en culturas diferentes de la metropolitana y, al reconocimiento/construcción de los marcos interpretativos locales de su mundo social, lo que hemos llamado perspectiva del actor. Este enfoque confía [303] a la unidad de analista y trabajador de campo el relevamiento y la explicación de la totalidad social en sus diversos aspectos y relaciones (holismo), en lo formal y en lo informal, en las congruencias y en las discordancias entre las prácticas y las verbalizaciones. Estos recursos metodológicos tienden a sustentar el propósito central del enfoque antropológico: producir un conocimiento sobre otras sociedades y culturas, libre de distorsiones etno- y sociocéntricas, que dé cuenta de ese mundo social en su propia lógica, en vez de proyectar el marco interpretativo de la sociedad (nativa o profesional) del investigador.

Según la epistemología empirista, sólo la presencia directa del investigador en el campo garantizaría un conocimiento de estas características. Desde otras posturas críticas, el conocimiento no procede inmediatamente de lo real, sino a través de mediaciones elaboradas por el investigador, desde su marco teórico y de sentido común. Sólo al explicitar y emplear este bagaje, el investigador puede adoptar una mirada capaz de abarcar hechos inesperados y cuya significación era hasta entonces desconocida (como ha sucedido tradicionalmente con culturas exóticas, aunque con la sociedad del investigador, sorprendentemente, ocurra algo muy similar). En el conocimiento de los sujetos, el investigador interviene activamente con su reflexividad -decisiones, preferencias, ángulos de visión-, que reconoce cuando la incorpora al campo de estudio y de análisis. De este modo, el investigador no sólo trabaja sobre los sujetos a conocer, sino también sobre sí mismo.

La relación entre lo singular y lo universal tiene lugar desde el momento en que el investigador construye su objeto de conocimiento. Es una relación no evidente, de carácter teórico, que implica la problematización de determinados aspectos de lo real.

La construcción del objeto parte de dicha problematización y se sistematiza teóricamente para buscar su especificación en los referentes empíricos, entendidos desde la perspectiva de los actores (en el conjunto de sus prácticas y nociones). Sin embargo, referente empírico y relación teórica no guardan entre sí un vínculo mecánico ni unidireccional. Así como el caso expresa categorías analíticas -esto es, las especificaciones-, así también las cuestiona y reformula, resignificándolas en nuevas explicaciones. La construcción del objeto de investigación sintetiza, de este modo, la epistemología de las ciencias sociales con el enfoque metodológico de la antropología social.

Es en esta búsqueda de la especificación y contrastación que el investigador funda su práctica de trabajo de campo. Sin embargo, tanto el significado como el lugar del trabajo de campo en la investigación antropológica no han sido unívocos. Ello obedece, fundamentalmente, a las corrientes teóricas y epistemológicas en virtud de las cuales se han ido conformando estilos particulares para su realización. Tal como [304] lo conocemos hoy, el trabajo de campo antropológico sintetiza cualidades propias de los paradigmas positivista e interpretativista; aquél pone énfasis en la observación externa y neutral de lo real y en la diferenciación entre las inferencias del investigador y las acciones verbalizaciones del informante; el interpretativismo, en la experiencia vivencial del investigador y en la participación de los modos de vida que estudia. Ambos paradigmas, sin embargo, coinciden en que el principal aporte del trabajo de campo es que asegura la presencia directa del investigador en la realidad. De la mano de ambas corrientes, se trazó un perfil de trabajo de campo en torno a la presencia directa, individual y prolongada del investigador en el ámbito natural (cotidiano) de los miembros de la cultura o sector social que se va a estudiar. Según este principio, la tarea del sujeto cognoscente es replicar lo que ve o percibe, limitando su participación al papel pasivo de duplicador (papel que, por otra parte, no puede desempeñar, en la medida en que su conocimiento está mediatizado por su bagaje conceptual y cultural).

Desde una óptica diferente, el valor del trabajo de campo descansa en su carácter de instancia mediadora necesaria entre el mundo social de los informantes y el investigador; en su transcurso, el investigador se vincula a los sujetos, operándose un pasaje que va desde el empleo de la propia reflexividacl a la identificación y progresiva comunicación entre las reflexividades de las partes en relación. En este contexto, las técnicas son prácticas circunscriptas temporal y espacialmente entre miembros de una relación social -en este caso, una relación de conocimiento-, cuya aplicación consiste en determinar, desde una articulación específica de flexibilidad y de formalización/ritualización, el proceso de conocimiento reflexivo de los informantes y del mismo investigador. Las primeras instancias de reflexividad en la relación entre investigador e informantes se ponen de manifiesto en la etapa preliminar de acotamiento del campo: el referente empírico es el complejo integrado por un espacio o serie de ámbitos (unidad de estudio) y una porción (universo o muestra) de un tipo de población determinada (unidad de análisis). Esta delimitación no se opera sólo al iniciarse la investigación, pues va siendo reformulada conformé á los sitios y los actores que se revelen significativos en ese mundo social. Estas categorías metodológicas sintetizan los sistemas de clasificación del investigador y de los actores en permanente negociación; por eso, los criterios de acotamiento cumplen con el atributo de la flexibilidad. Una primera aproximación al mundo social no requiere un acotamiento metodológico acabado de lo real, sino su explicitación y la aceptación de su provisoriedad.

El investigador se vincula a la unidad sociocultural que estudia a través de la situación de campo, en la cual los miembros de dicha [305] unidad se transforman en unidades de análisis, muestra y, sobre todo, informantes (y donde el extraño visitante se convierte en investigador) Al incorporar la relación con el informante (con sus instancias de primera aproximación, selección, intercambio, rechazo, etc.) al campo de análisis, el investigador necesita caracterizar a sus informantes para establecer por qué son (o no) sus informantes, qué significa que lo sean y qué lugar ocupan en el mundo social en estudio. Esta caracterización no sólo ayuda a ponderar la información obtenida: integrada críticamente a la relación de campo, se transforma en una instancia privilegiada de conocimiento no sociocéntrico en la medida en que la reflexividad sobre las vicisitudes con los informantes puede operar como un poderoso correctivo de las pautas sociocéntricas de selección de informantes que trae consigo el investigador.

El trabajo de campo implica una relación social entre actores, sujetos, agentes, cada uno portador-protagonista-constructor de su mundo social. En la situación de campo, estos actores se transforman en investigador e informantes. Como en esta instancia de campo el propósito de la investigación es conocer determinado mundo social desde su propia lógica, el investigador necesita recurrir a la categorización según criterios que, en un comienzo, son sociocéntricos y que, conforme avanza la investigación, se reformulan en relación con las formas locales de categorización social. Este camino permite ampliar el universo de informantes hasta incorporar a grupos significativos de su composición social. Esta incorporación no sólo resulta del análisis de la información recogida sino también del análisis de las alternativas de acceso a los informantes y al campo. La dinámica de contacto, derivación y mantenimiento de las relaciones es, a la vez, técnica y conocimiento en una negociación participativa.

Metodológicamente, investigador e informantes proceden de dos mundos sociales diferentes, ya sea en los casos tradicionales en que los informantes pertenecen a culturas exóticas, ya sea en los actuales en que pertenecen a la sociedad y a veces al sector social del investigador. Pero además, investigador e informantes tienen objetivos específicos: el conocimiento teórico social y la práctica social, respectivamente, lo Cual resulta en distintas definiciones iniciales del encuentro. El proceso por el cual se ponen en relación ambas definiciones y se van re-formulando recíprocamente se resuelve a lo largo de la investigación, especialmente en determinadas instancias del trabajo de campo, como son la configuración del rol del investigador -tanto en virtud de los roles que le asignan los informantes, como de la presentación del mismo investigador- y la selección y categorización de los informantes. Cuando el investigador elige una expresión que justifique su trabajo y su presencia en campo, lo hace en términos que, en un principio, sólo son significativos para él. El investigador lleva a cabo [306] su práctica de campo a través de la negociación ineludible de su propia categorización social con aquellos a quienes estudia. La configuración de un rol de investigador es, si bien un aspecto difícil de lograr, uno de los puntos más relevantes del trabajo de campo, en la medida en que sólo a través de roles aceptados y visualizados es posible la cooperación y el trabajo junto con los informantes. La negociación se opera entre el rol que el investigador pretende autoasignarse y el que le asignan sus informantes. Pero esta negociación no es una mera formalidad "para comenzar el trabajo", sino el trabajo mismo. Su resolución es, por lo tanto, parte de la resolución de la investigación.

Sin embargo, las modalidades que puede asumir el rol del investigador necesitan construirse. La observación participante, entendida como una serie de actividades que el

investigador lleva a cabo en el campo para obtener información, da lugar al desempeño de distintos roles. La observación participante resume, en cuanto técnica, las opciones epistemológicas de las ciencias sociales y, con ello, distintas conceptualizaciones de los posibles roles del investigador. Las corrientes positivista e interpretativista han rescatado, de manera excluyen-te, la capacidad cognitiva que aporta la observación y la que aporta la participación, como perspectivas desde fuera o desde adentro de la cultura, respectivamente. Ambas, sin embargo, vuelven a coincidir en que la observación participante suministra una información cualitativamente diferente gracias al carácter directo -sea observacional o vivencial- de su obtención. Si se destaca el activo papel del sujeto como constructor del conocimiento, la observación participante debe justificarse, más bien, como un modo particular de acceder a lo real, que se caracteriza por dar cuenta de la mayor complejidad y por incorporar al proceso de conocimiento la refléxividad, por la cual el investigador amplía la mirada y penetra en el mundo social en estudio, al tiempo que lo hace en su propio mundo y su propia identidad. La relativa falta de planificación de la observación participante es en realidad una planificación —disposición, preparación— de la flexibilidad propia de las técnicas de campo. Por su intermedio, el investigador abre un espacio en el cual los informantes son quienes fijan cuáles son las actividades participables y observables, así como los canales de inserción. Desde este marco epistemológico, la participación consiste en aprender los roles locales revisando, a veces muy a fondo, los términos sociocéntricos de participación que sustenta el investigador. Así, el coeficiente de observación/participación puede variar- según se asuman roles locales o propios (imaginados por el mundo académico o por el mundo nativo del investigador).

La corresidencia es la situación de campo que entraña mayores instancias de observación participante. De ser una práctica inapelable de obtención de información de primera mano, este recurso ha [307] pasado a constituir una vía preferencial de aprendizaje de la lógica social y de la perspectiva del actor en el contexto de la cotidianidad de los informantes. Una vez más, el investigador debe realizar un pasaje que va desde la cotidianidad en términos del investigador a la cotidianidad en términos locales. Al aplicarse este recurso al trabajo de campo en la sociedad del investigador, se torna imprescindible su reformulación metodológica y epistemológica. Consideramos que es posible reivindicar su utilidad si puede permitirnos acceder a la cotidianidad de los sujetos en estudio, aunque ello no implique la necesaria convivencia.

Tanto en la obtención de información a la que el investigador accede directamente mediante la observación (prácticas, acciones, objetos, etc.), como en la de aquella a la que accede a través de las verbalizaciones de sus sujetos (nociones, representaciones, valoraciones, sentimientos, o bien hechos pasados y contemporáneos no atestiguados) , el investigador desempeña un papel activo y estructurador, selectivo y clasificatorio, tanto de los contenidos como del contexto en que dichos contenidos se producen -su marco interpretativo no sólo resulta de la elaboración teórica sino, además, de pautas culturales de su sociedad o sector social—. Esta afirmación, válida para técnicas científico-sociales, se pone de relieve en el carácter no directivo de las técnicas antropológicas y, particularmente, de las entrevistas de campo. A diferencia de encuestas y cuestionarios administrados de manera estandarizada, la entrevista antropológica se caracteriza por ser un proceso en el cual el investigador necesita, ante todo, conocer el universo de significaciones del mundo social que estudia, universo que determinará el modo como se especifica el objeto teórico de conocimiento. La consiguiente elaboración y estructuración de las técnicas de campo es, en buena medida,

un medio de superar la perspectiva etno- y sociocéntrica de la cual todo individuo es necesario portador -en tanto miembro de una cultura y una sociedad o sector determinados-; y el investigador no es una excepción. La entrevista antropológica comienza en la búsqueda de preguntas y sentidos, esto es, del marco interpretativo de los informantes; para ello recurre a la atención flotante, promueve la asociación libre de sus interlocutores, la categorización diferida de sus expresiones y la focalización en temáticas que, desde el saber local, parecen dar cuenta del objeto de investigación propuesto. Es entonces un momento posterior y puede llevarse a cabo no sociocéntricamente si toma como referencia el marco interpretativo del mundo social estudiado en contraste y diálogo permanentes con la perspectiva del investigador. Esta relocalización del universo del investigador al de los informantes recorre toda la investigación y se plasma también en otros aspectos de la interacción social; son ejemplos de ello la selección del lugar de entrevista [308] -frecuentemente en sitios familiares o propuestos por el informante-, el aprendizaje de su tiempo y ritmo de relación, el empleo de su terminología, etc.

El registro de campo es una instancia que acompaña al investigador a lo largo de todo su trabajo y que expresa, a la vez que resguarda y sintetiza, su proceso de conocimiento. En su transcurso se va elaborando una gradual separación cognitiva entre el mundo social del investigador y el del informante; el registro almacena inferencias, descripciones y explicaciones, expresiones de ininteligibilidad y sorpresa que devuelven, como una imagen especular, el conocimiento de sí mismo y el descubrimiento de un otro, de su lógica, su perspectiva. El registro no es entonces un mero depósito de información, sino una instancia por la cual la reflexividad del investigador y de los informantes puede objetivarse.

II

Tras este tránsito abigarrado por planteos y reformulaciones, y apoyándonos en algunos autores provenientes de la filosofía y las ciencias sociales, hemos intentado hacer una propuesta desde la óptica del trabajo de campo y las técnicas de obtención directa de información empírica. Esta propuesta puede sintetizarse en cuatro ejes conceptuales que sustentan este enfoque técnico-metodológico prevaleciente -aunque no exclusivo- en la antropología social:

- la construcción del objeto de investigación;
- la producción de conocimiento social, reconociendo la perspectiva de los actores;
- la incorporación de la reflexividad de los actores y del investigador en la situación de campo y el análisis de datos;
- el uso de técnicas flexibles y no directivas para la obtención de información.

Cada uno de estos puntos es, en sí mismo, una veta de futura indagación y cuestionamiento más que un sistema acabado de ideas y relaciones. La tesis principal de este volumen es que el trabajo de campo y las técnicas empleadas no son sólo medios de obtención de información, sino el proceso mismo de producción de conocimientos. Son un camino que se abre a medida que el investigador puede reconocer el mundo social que estudia como un mundo diferente, como un otro, así pertenezca a su medio habitual o a su propia unidad doméstica. Pero esto es imposible sin un paralelo y relacionado conocimiento de sí. La reflexividad del investigador y de los informantes se contrasta, compara [309] y reelabora, dando lugar a dicho saber. Por consiguiente, la reflexivi-dad

no concierne sólo a la manera en la que investigador e informantes se vinculan, por separado, con sus respectivos mundos sociales y sus Sentidos comunes y teóricos, sino también (y en este volumen muy centralmente) al modo como afectan las decisiones que se toman en el encuentro de campo y en la información obtenida.

En este camino, el investigador es analista, instrumento y, a la vez, recolector. Pero, ¿de qué medios se vale para estas tareas? ¿Cómo operan el marco teórico y su sentido común en el acceso y el reconocimiento de la lógica de los actores? ¿Acaso los científicos no se han ocupado de los cuerpos conceptuales organizados, dejando de lado el sentido común? Pero entonces, ¿cómo distinguir preceptos teóricos de valores, criterios morales y pautas de socialización, y cómo dar cuenta de sus imbricaciones recíprocas? Consideramos que la relación es compleja pero digna de ser incorporada a los temas relevantes no sólo de la sociología del conocimiento sino también de la metodología de investigación. La antropología tiene una vasta experiencia en señalar a otras disciplinas el empleo de criterios etnocéntricos. Sería interesante sistematizar estas observaciones para ser integradas -como ya sucede- al conocimiento de otras disciplinas.

Cuando sugerimos que el conocimiento social necesita reconocer la perspectiva del actor, no pensamos en la supresión de la teoría sino, por un lado, en su relativización y apertura al referente empírico y, por el otro, en la superación del sentido común del investigador. Por eso, este libro trata sobre el investigador más que sobre el complejo de situaciones objetivas que se intenta conocer: incorporar la reflexividad del investigador al campo de estudio significa atribuirle un mismo status que a los sujetos a conocer. Esto no implica que deba replicarlos; la práctica teórica es la que distingue básicamente la perspectiva del actor de la perspectiva del investigador.

¿Para qué, volvemos a preguntarnos, reflexionar sobre las técnicas antropológicas de trabajo de campo? Porque estas técnicas están lejos del *laissez faire* asistemático, temperamental y voluntarista que se les ha atribuido; se trata, más bien, de una serie de procedimientos regidos por determinados criterios, siendo el prioritario vincular problemáticamente la perspectiva del investigador a la perspectiva de los actores. En la situación de campo, esta relación asume la forma de técnicas de obtención de información. Por eso, ocuparse de las técnicas y del trabajo de campo no es quedar relegado al anecdotario ni hablar de lo superfino; la teoría y el sentido común se expresan en situaciones concretas e individuales y configuran el aparato cognitivo propio (y por eso ineludible) del investigador. En las eventualidades y circunstancias por las que éste atraviesa pueden rescatarse las huellas del conocimiento y las vías para su sistematización. Estas circunstancias [310] son parte del objetivo de trabajo y, simultáneamente, un medio para realizarlo. Por eso, la perspectiva del actor es una doble ayuda para evitar el sociocentrismo, pues va modelando el perfil de las técnicas de campo y es además parte de la información misma.

Por consiguiente, no es a partir de la decisión individual del investigador ni unilateral del medio académico que se puede acceder a un saber no sociocéntrico; el investigador requiere, inexorablemente, la activa participación y acuerdo de los sujetos que serán investigados. Esta colaboración se gana en arduas negociaciones que, finalmente, tienen su compensación. La segunda razón por la cual resulta central analizar las técnicas es que, a través de ellas, el medio académico y las ciencias sociales realizan un acceso que, al ser cada vez menos sociocéntrico, es también menos omnipotente con respecto a los

grupos y sectores que componen la sociedad. En este camino gradual es necesario admitir que no se sabe ver ni escuchar, sino que hay que aprender a ver y a escuchar; el único medio para hacerlo es analizar y explicitar el bagaje de conocimientos y de supuestos que es, a la vez, responsable de los propios sesgos e ineludible punto de partida para el conocimiento. El proceso se puede resumir en dos expresiones: abrir la mirada, es decir, la sensibilidad perceptiva, la capacidad de sorpresa y de perplejidad, y abrir los sentidos, relativizando certezas y dando entrada a nuevas definiciones y perspectivas. Esto no significa que los investigadores -corporización tradicional de la sociedad o la clase hegemónica— y los informantes -miembros en general de la subalternidad- puedan establecer una relación francamente simétrica e igualitaria. El modo como se expresan las relaciones sociales generales en términos de la relación de campo es un punto que convendría indagar sin mecanicismos ni traducciones directas.

Las reflexiones contenidas en este libro integran una propuesta mayor que viene siendo encarada desde distintas vertientes de las ciencias sociales y que excede el marco tradicional en que se han aplicado las técnicas antropológicas: culturas exóticas y distantes de las metrópolis coloniales e imperialistas. Sin embargo, esta necesaria traducción a otros contextos no es directa, sino que requiere de reformulaciones que quizás sean menos de .carácter técnico que epistemológico y teórico. Mucho queda por hacer si, al rescatar el potencial del enfoque antropológico, podemos contribuir a un conocimiento más creativo, profundo y pluralista de la sociedad humana. [311]

Bibliografía general

Ackroyd, S. yj. A. Hughes (1891): Data Collection in Context, Londres, Longman.
Agar, M. (1980): The Professiónal Stranger. An Informal Introduction to Ethnography, Londres, Academic Press.
Althusser, L. (1984): Ideología y aparatos ideológicos del Estado, Buenos Aires, Nueva Visión.
Archetti, E. P. y EL A. Stolen (1975): Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino, Buenos Aires, Siglo XXI.
Asad, T. (1979): "Anthropology and the colonial encounter", en G. Huizer y B. Mannheim (comps.), The Politics of Anthropology. From Colonialism and Sexism Toward a View From Below, La Haya - París / Mouton Publishers.
Balan, J. y E. Jelin (1979): "La estructura social en la biografía personal", Estudios CEDES, Buenos Aires, vol. 2, n° 9.
Bartlett, F. C., M. Ginsberg, E. J. Lindgren y R. H. Thouless (comps.) (1949): The Study of Society, Londres, Routledge and Kegan Paul.
Bartolomé, L. (1982): "El análisis de redes sociales", Cátedra Antropología Social I, Buenos Aires, Flacso-PBA (clases, mimeo).
Bartolomé, L. (2001): Los colonos de Apóstoles. Estrategias adaptativasy et-nicidad en una colonia eslava de Misiones, Posadas, Editorial Universitaria de Misiones.
Batallan, G. (1985): "Notas sobre investigación participativa", Dialogando, Rincuare, n° 1.
Batallan, G. y J. F. García (1986): "Trabajo docente, democratización y conocimiento", Revista Paraguaya de Sociología, año 23, n° 65, enero-abril. [313]
Batallan, G. y G. Morgade (1987): "El niño y el conocimiento de la realidad social en la escuela", en N. Elichiry (comp.), El niño y la escuela. Reflexiones sobre lo obvio, Buenos Aires, Nueva Visión.
Batallan, G.,J. F. Garcíay G. Morgade (1988): "El trabajo docente y su significación en la perspectiva del cambio de la Escuela", en Curso de metodología de la investigación en Ciencias Sociales, IRICE, Rosario, Conicet / Universidad Nacional de Rosario.
Beattie,J. (1965): Understanding an African Kingdom: Bunyoro, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston.
Becker, H. y B. Geer (1982): "Participant observation: the analysis of qualitative field data", en R. Burgess (comp.), Field Research: A Sourcebook and Field Manual, Londres, Alien & Unwin.
Bernard, H. R. (1988): Research Methods in Cultural Anthropology, California, Sage.
Berreman, G. D. et. al. (1975): Desvendando mascaras saciáis, Río de Janeiro, Livrana Francisco Alves Editora.
Black, M. (1954): Problems of Analysis, Londres, Routledge & Kegan Paul.
Blalock, H. (1982): Introducción a la investigación social, Buenos Aires, Amorrortu.
Boivin, M., A. M. Rosato y V. Arribas (1998): Constructores de otredad. Una introducción a la antropología social y cultural, Buenos Aires, Eudeba.
Bonfil Batalla, G. (1979): "El objeto de estudio de la antropología", Nueva Antropología, México, año III, n2 11.
Boudon, R. y P. Lazarsfeld (1973): Metodología de las ciencias sociales, 3 . vols., Barcelona, Laia.
Bourdieu, P. (1980): Le sens pratique, París, Editions de Minuit.
— (1982): "A opiniáo pública nao existe", en M. J. M. Thiollent (comp.), Crítica metodológica, investigacáo social e enquéte operaría, San Pablo, Polis.
Bourdieu, P., J. C. Passeron yj. C. Chamboredon (1975): El oficio de sociólogo, Buenos

Aires, Siglo XXI.
Bowen, E. S. (1964): Return to Laughter, Nueva York, Anchor Books.
Brand, G. (1981): Los textos fundamentales de Ludwig Wittgenstein, Madrid, Alianza.
Briggs, C. (1986): Learning how to Ask, Cambridge, Cambridge
University Press. Briggs, J. L. (1970): Never in Anger, Cambridge, Harvard University Press.
British Association for the Advancement of Science (1874): Notes and Queríes on Anthropology for the Use of Travellers and Residents in Uncivilized Lands, Londres, Royal Anthropological Institute. [314]
Bulmer, M. (1982): The Uses of Social Research. Social investigation in Public
Policy-Making, Londres, Alien &: Unwin. Burgess, R. G. (comp.) (1982a): Field Research: a Sourcebook and Field .
Manual, Londres, Alien & Unwin.
—(1982b): "Some role problems in field research", en Field Research: a Sourcebook and Field Manual, Londres, Alien & Unwin.
—(1984): In the Field. An Introduction to Field Research, Londres, Alien & Unwin.
Caplow, T. (s/f): "La observación", en UNAM / Escuela de Profesionales / Acatlán, Metodología de las ciencias sociales, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
Cardóse, R. (comp.) (1986): A aventura antropológica. Teoría e pesquisa,. San Pablo, Paz e Terra.
Castells, M. (1974): La cuestión urbana, Madrid, Siglo XXI.
Castells, M. y E. De Ipola (1972): "Práctica epistemológica y ciencias >, sociales", Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Flacso, n e 4, diciembre.
—(1983): Epistemología y ciencias sociales, México, Universidad Autónoma Metropolitana.
Cazden, C. (1985): "¿Es la investigación etnográfica capaz de superar el statu quo?", Dialogando, Rincuare, ne 2.
Clammer, J. (1984): "Approach to ethnographic research", en R. F. Ellen (comp.), Ethnographic Research. A Cuide of General Conduct, Londres, Academic Press.
Cohén, A, P. (1984): "Informants", en R. F. Ellen (comp.), Ethnographic Research. A Guide of General Conduct, Londres, Academic Press.
Colé, D. (1983): 'The valué of a person lies in his Herzensbildung. Franz Boas Baffin Island Letter-Diary, 1883-1884", en G. W. Stocking (Jr.) (comp.), Observers Observed. Essays on Ethnographic Fieldwork, Madison, University of Wisconsin Press.
Cortada, N. yj. M. Carro (1968): Estadística aplicada, Buenos Aires, Eudeba.
Cortázar, A. R. (1949): El Carnaval en el folklore calchaquí, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
Grane, J. G. y M. V. Angrosino (1992): Field Projects in Anthropology. A Student Hand-Book, Illinois, General Waveland Press, P ed. 1974.
Cresswell, R. y M. Godelier (1981): Útiles de encuesta y de análisis antropológico, Madrid, Fundamentos.
Crick, M. (1982): "Anthropological field research, meaning creation and knowledge construction", Annual Review in Anthropology, n- 11.
Chalmers, A. F. (1982): ¿Qué es esa cosa llamada ciencia?, Madrid, Siglo XXI. [315]
Da Matta, R. (1983): Relativizando: urna introdupáo á antropología social, Petrópolis, Editora Vozes.
—(1998): "El oficio de etnólogo o como tener 'Anthropological blues'", en M. Boivin, A. M. Rosato y V. Arribas, Constructores de otredad. Una introducción a la antropología social y cultural, Buenos Aires, Eudeba.

Derrida, J. (1997): Historia de la mentira. Prolegómenos, Buenos Aires, Ciclo Básico Común, Oficina de Publicaciones, UBA.
Devereux, G. (1977): De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento, México, Siglo XXI.
Devons, E. y M. Gluckman (1964): "Conclusión: modes and consequences of limiting a field of study", en M. Gluckman (comp.), Closed Systems and Open Minas: The Limits of Naivete in Social Anthropology, Chicago, Aldine.
Dialogando, Red Latinoamericana de Investigaciones Cualitativas de la Realidad Escolar (Rincuare), nQ 1 al 10.
Díaz, R. (1986-1989): "Las ideas de nacionalidad en la escuela primaria", Buenos Aires, UBA, Informe de investigación.
—(2001): Trabajo docente y diferencia cultural. Lecturas antropológicas para una identidad desafiada, Buenos Aires, Abya Yala - Miño y Dávila editores.
Díaz, R., R. Guber, M. Sorter y S. Visacovsky (1986): "La producción del sentido; un aspecto de la construcción de las relaciones sociales", Nueva Antropología, México, n2 31, vol. IX, diciembre de 1986.
Díaz-Polanco, H. (1977): "Morgan y el evolucionismo", Nueva Antropología, México, año II, ne 7, diciembre de 1977.
Dilthey, W. (1944): Introducción a las ciencias del espíritu, México, Fondo de Cultura Económica. [También en Dialogando, Rincuare, ns 3, 1985.]
Durham, E. R. -(1986): "A pesquisa antropológica com populacóes urbanas: problemas e perspectivas", en R. Cardoso (comp.), A aventura antropológica. Teoría e pesquisa, San Pablo, Paz e Terra.
Eco, U. (1983): ¿Cómo se hace una tesis? Técnicas y procedimientos de investigación, Barcelona, Gedisa.
Ellen, R. F. (comp.) (1984): Ethnographic Research. A Guide of General Conduct, Londres, Academic Press.
Emerson, R. M., R. I. Fretz y L. L". Shaw (1995): Writing Ethnographic Fieldnotes, Chicago, University of Chicago Press.
Epstein, A. L. (comp.) (1967): The Craftof Social Anthropology, Londres, Tavistock.
Evans Pritchard, E. E. (1957): Antropología social, Buenos Aires, Nueva Visión.
—(1977): Los Nuer, Barcelona, Anagrama [316]
Fabián, J. (1983): Time and the Other. How Anthropology Makes its Object,
Nueva York, Columbia University Press. Firth, R. (comp.) (1974): Hombre y cultura. La obra de Bronislaw
Malinowski, Madrid, Siglo XXI.
—(1976): Elementos de antropología social, Buenos Aires, Amorrortu.
Freeman, L. C. y A. K. Romney (1987): "Words, deeds and social structure. A preliminary study of the reliability of informants", Human Organization, vol. 46, n8 4.
Freilich, M. (comp.) (1977): Marginal Natives at Work. Anthropologisis in the Field, Nueva York, Harper & Row.
García Canclini, N. (1982): Las culturas populares en el capitalismo, México, Nueva Imagen.
García, J. F. (1983): Explicación dialéctica y explicación positivista, Santiago de Chile, Flacso.
—(1984): "Especificidad de las ciencias sociales", Dialogando, Rincuare, nB6.
—(1985): "Notas sobre el concepto de ideología y la transformación
de la escuela", Dialogando, Rincuare, na 8. Geertz, C. (1973): The Interpretation of Culture, Nueva York, Basic Books.
—(1983): Local Knowledge. Further Essays in Interpretative Anthropology, Nueva

York, Basic Books.
Germani, Gino (1960) La movilidad social en la Argentina, Buenos Aires, Instituto de Sociología.
Giddens, A. (1977): "Hermeneutics, ethnomethodology and problems in interpretative analysis", en Studies in Social and Polítical Theory, Londres, Hutchinson University.
— (1987): Las nuevas reglas del método sociológico,' Buenos Aires,
Amorrortu. Goffman, E. (1970a): El ritual de la interacción, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo.
—(1970b): Estigma, Buenos Aires, Amorrortu.
—(1971): La presentación de la persona en la vida cotidiana, Buenos Aires, Amorrortu.
—(1979): Relaciones en público. Microestudios de orden público, Madrid, Alianza.
Golde, P. (ed.) (1970): Women in theField, Chicago, Aldine Publishers.
Gravano, A. (1987): "Aproximación al estudio de identidades barriales", Buenos Aires (mimeo).
—(1988): "La identidad barrial. Un estudio de producción ideológica", Buenos Aires, Conicet-UBA (mimeo).
Gravano, A. y R. Guber (1991): Barrio sí, villa también, Buenos Aires, CEAL. [317]
GTTCE (Grupo Taller de Trabajo de Campo Etnográfico del IDES) (2001): "De las notas de campo a la teoría. Descubrimiento y redefinición de 'nahual' en los registros chiapanecos de Esther Hermitte", Alteridades, Universidad Autónoma de México, 11 (21):65-79.
Guber, R. (1984): "La construcción de la identidad étnica. Integración y diferenciación de los inmigrantes judíos ashkenazim en la Argentina", en Antropología Argentina, Buenos Aires, Belgrano.
—(1985a): "La construcción de la identidad étnica: el caso judío ashkenazi en la Argentina", Cuicuilco, México, ENAH, na 13.
—(1985b): Prejuicios contra villeros: cuestión de sentido común, tesis de """ maestría, Buenos Aires, Flacso-PBA.
—(1991): "Villeros, o cuando querer no es poder", en A. Gravano y R. Guber, Barrio sí, villa también, Buenos Aires, CEAL.
—(1994): "Nacionalismo reflexivo. La entrevista como objeto de análisis", en Revista de Investigaciones Folklóricas 9:30-40.
—(1995): "Antropólogos nativos en la Argentina. Análisis reflexivo de un incidente de campo", Publicar en Antropología y Ciencias Sociales, Colegio de Graduados en Ciencias Antropológicas de la República Argentina, IV, 5.
—(1998a): "Identidad social villera", en M. Boivin, A. M. Rosato y V. :^ Arribas, Constructores de otredad. Una introducción a la antropología social y cultural, Buenos Aires, Eudeba.
—(1998b): " 'Truchos' y 'genuinos'. Las identidades en el trabajo de campo", Cuadernos de Epistemología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, n2 4.
—(2001): ¿Por qué Malvinas? De la causa justa a la guerra absurda, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
—(2001): La Etnografía. Método, campo y reflexividad, Buenos Aires -Bogotá, Grupo Editorial Norma.
—(2004): De chicos a veteranos: memorias argentinas de la Guerra dé Malvinas, Buenos Aires, Antropofagia.
Guber, R. y A. M. Rosato (1989): "La construcción del objeto en anís tropología social. Una aproximación", en Cuadernos de Antropología Social, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 2 (1): 51-63. Hammersley, M, (1984): "Reflexividad y naturalismo en etnografía", en Dialogando, Rincuare, n2 4. [También en M. Hammersley (comp.),

TheEthnography ofSchooling: MethodologicalIssues, Chester, The Bemrose, 1983.]
Harris, M. (1968): TheRiseofAnthropologicalTheory,NuevaYor]í,Tho-
mas Crowell. Hempel, C. G. (1973): Filosofía de la ciencia natural, Madrid, Alianza. [318]
Hermitte, E. (1961): "Autobiografía de un chamán tzeltal", México (mimeo).
—(1972): Asistencia técnica en materia de promoción y asistencia de la comunidad en la provincia de Catamarca, informe final, Consejo Federal de Inversiones.
—(2002): "La observación por medio de la participación" en S. E. Visacovskyy R. Guber (comps.), Historiay estilos deltrabajo de campo en Argentina, Buenos Aires, Antropofagia.
Hermitte, E. y C. Herrán (1970): "¿Patronazgo o cooperativismo? Obstáculos a la modificación del sistema de interacción social en una comunidad del noroeste argentino", Revista Latinoamericana de Sociología, n° 2.
Hermitte, E. y M. Segre (1978): "Unidades productivas y formas de articulación con el mercado nacional. El caso de las artesanías textiles en una comunidad del noroeste argentino", Buenos Aires (mimeo).
Hermitte, E., M. Boivin, V. Casabona, R. Guber y S. Tiscornia (1983): Estudio sociocultural de dos comunidades del Gran Buenos Aires: impactos externos y autogestión, Buenos Aires, FLACSO-PBA.
Hidalgo, C. (1981): "Reglas y formas de vida. Los problemas de un investigador wincheano", Revista de Análisis Filosófico, vol. 1, ns 2, noviembre.
Holy, L. (1984): "Theory, methodology and research process", en R. F. Ellen (comp.), Ethnographic Research. A Guide of General Conduct, Londres, Academic Press.
Holy, L. y M. Stuchlik (1983): Actions, Norms and Representations. Foundations of Anthropological Inquiry, Cambridge, Cambridge University Press.
Honigmann, J. (1982): "Sampling in ethnographic fieldwork", en R. G. Burgess (comp.), FieldResearch: A Sourcebook andField Manual, Londres, Alien & Unwin.
Huizer, G.yB. Mannheim (comps.) (1979): The Politics of Anthropology. From Colonialism and Sexism Toward a ViewFrom Below, La Haya - París, Mouton Publishers.
Johnson, A. C. (1978): Research Methods in Social Anthropology, Londres, Edward Arnold.
Junker, B. H. (1960): Field Work. An Introduction to the Social Sciences, Chicago, University of Chicago Press.
—(1971): A importancia do trabalho de campo, Río de Janeiro, Zahar editora.
Kaberry, P. (1963): "Malinowski's contribution to fieldwork methods and the writing of ethnography", en R. Firth (comp.), Man and Culture. An Evaluation of the Work of Bronislaw Malinowski, Londres, [319]
Routledge & Reagan. [Ed. cast.: Hombre y cultura. La obra de Bronislaw Malinowski, Madrid, Siglo XXI, 1974.]
Kandel, L. (1982): "Reflexóes sobre o uso da entrevista, especialmente a nao directiva, e sobre as pesquisas de opiniáo", en M. J. M. Thiollent (comp.), Crítica metodológica, investigacáo social e enquéte operaría, San Pablo, Polis, 1982.
Kaplan, D. y R. A. Manners (1979): Introducción crítica a la teoría antropológica, México, Nueva Imagen.
KempJ. H. y R. Ellen (1984): "Informal interview", en Ellen, R. (ed.) Ethnogr'aphic Research: A Guide to General Conduct, Londres, Academic n~ Press, ASA Monographs: 229-236.
Kuper, A. (1973): Antropología y antropólogos. La escuela británica 1922-197-2, Barcelona, Anagrama.

—(1988): The Invention ofPrímitive Society. Transformations ofan Elusion, Londres, Routledge.
Lacarrieu, M. (1986): "Espacio barrial e interacción social en un contexto de relocalización in situ. La Boca", Buenos Aires, Conicet, Informe de Investigación.
Leach, E. (1976): Sistemas políticos de la Alta Birmania - Estudio sobre la estructura social Kachín, Barcelona, Anagrama.
Leclercq, G. (1973): Antropología y colonialismo, Madrid, Comunicación.
Lewis, O. (1965): Los hijos de Sánchez, México, Joaquín Mortiz editor.
Linhart, R. (1996): De cadenas y de hombres, México, Siglo XXI.
Lins Ribeiro, G. (1989): "Descotidianizar: extrañamiento y conciencia práctica. Un ensayo sobre la perspectiva antropológica", Cuadernos de Antropología Social, vol. 2, na 1. [También en M. Boivin, A. • M. Rosato y V. Arribas, Constructores de otredad. Una introducción a la antropología social y cultural, Buenos Aires, Eudeba, 1998.]
Lisón Tolosana, d (1975): "Lewis Henry Morgan", prólogo, en L. H. Morgan, La sociedad primitiva, Madrid, Ayuso.
Lowie, R. (1974): Historia de la etnología, México, Fondo de Cultura Eco-
— nómica.
Llobera.J. (comp.) (1975): La antropología como ciencia, Barcelona, Anagrama.
Maestre Alfonso, J. (1976): La investigación en antropología social, Madrid, Akal Editor.
Magrassi, G. y M. Rocca (1980): La "historia de vida, Buenos Aires, CEAL.
Malinowski, B. (1967): A Diary in the Strict Sense ofthe Term, Nueva York, Hatteourt, Brace & World Inc.
— (1986): Los argonautas del Pacífico Occidental, 2 vols., Madrid, Bruguera, 1986.
Marsal, J. F. (1969): Hacer la América. Autobiografía de un inmigrante español en la Argentina, Buenos Aires, Editorial del Instituto. [320]
Mayer, A. C. (1980): "La importancia de los cuasi-grupos en el estudio de las sociedades complejas", en Banton, M. (comp.), Antropología social de las sociedades complejas, Madrid, Alianza. Mead, M. (1976): Experiencias personales y científicas de una antropóloga,
Buenos Aires, Paidós.
—(1981): Cartas de una antropóloga, Buenos Aires, Emecé. Melhuus, M. (1987): "Peasants, surpluses and appropriation. A case study of Tobacco growers from Corrientes", Occasional Papers in Social Anthropology, University of Oslo, n2 11.
Menéndez, E. (1984): "El proceso de alcoholización en México", Anales 1984, México, CIESAS.
Metcalf, P. (2002): They Lie, We Lie. Gettingon with Anthropology, Londres, Routledge.
Nacuzzi, L. (2002): "Leyendo entre líneas: una eterna duda acerca de las certezas", en S. E. Visacovsky y R. Guber (comps.), Historia y estilos del trabajo de campo en Argentina, Buenos Aires, Antropofagia. Nachman, S. R. (1986): "Lies my informants told me", Journal of Anthropological Research, n9 42, 3. Naroll, R. y R. Cohén (comps.) (1973): A Handbook ofMethod in Cultural Anthropology, Nueva York, Columbia University Press. Neiburg, F. (1988): ¿La clase obrera va al paraíso? Estructuración y desestructuración de las relaciones de clase en un sistema de fábrica con villa obrera, tesis de maestría, Buenos Aires, Flacso. Nordstrom, C. y A.C.G.M. Robben (comps.) (1995): Fieldwork under Fire. Contemporary Studies ofViolence and Survival, Berkeley, University of California Press.
Ogbu, 3. V. (1985) •. "La etnografía escolar: un método de niveles múltiples", Dialogando, Rincuare, n° 2.

Panoff, M. y F. Panoff (1975): "¿Para qué sirve la etnografía?", en J. Llobera (comp.), La antropología como ciencia, Barcelona, Anagrama.
Pardinas, F. (1969): Metodología y técnicas de investigación en ciencias sociales, México, Siglo XXI. Patterson, T. C. (2001): A Social History of Anthropology in the United States, Oxford, Berg. Paul, B. (1953): "Interview technique and field relationship",
Anthropology Today, University of Chicago Press. Peirano, M. (1995): A favor da etnografía, Río de Janeiro, Relume
Dumará. Pelto, P. J. y G. H. Pelto (1970): Anthropological Research. The Structure oflnquiry, Nueva York, Harper & Row. Pereyra, C. (1984): El sujeto de la historia, Madrid, Alianza. [321]
Perrot, D. y R. Preiswerk (1979): Etnocentrismo e historia. América indígena, África y Asia en la visión distorsionada de la cultura occidental, México, Nueva Imagen.
Pitch, T. (1980): Teoría de la desviación social, México, Nueva Imagen.
Pike, K.L. (1967): Language in Relation to a Unified Theory of the Structure of Human Behaviour, La Haya, Mouton.
POBUR - UNAM (1986): "Manual de instrucciones para el releva-miento de datos de base", Posadas (mimeo).
Radcliffe-Brown, A. R. (1975): Historia de la teoría antropológica, Barcelona, Anagrama.
Reina, RE. (1973): Paraná. Social Boundaries in an Argentine City, Austin, University of Texas Press.
Rhys, W. T. (1967): Fíela Methods in the Study of Culture, Nueva York, Rinehart and Winston.
Rickert, H. (1985): "Ciencia natural y ciencia cultural", Dialogando, Rincuare, na 3, junio.
íútcoeur, P. (19&5y. "HetTO.etveu.tica v estmcturalismo", Dialogando, Rincuare, na 3, junio.
Rivers, W. H. R. (1975): "El método genealógico de investigación antropológica", enj. Llobera (comp.), La antropología como ciencia, Barcelona, Anagrama.
Robben, A. C. G. M. (1995): "Seduction and persuasión", en C. Nordstrom y A. C. G. M. Robben (comps.), Fieldwork under Fire. Contemporary Studies ofViolence and Survival, Berkeley, University of California Press.
Rockwell, E. (1980): La relación entre etnografía y teoría en la investigación educativa, México, Departamento de Investigaciones Educativas.
—(1985): "Etnografía y teoría en la investigación educativa", Dialogando, Rincuare, n2 3, junio.
—(1986): "La relevancia de la etnografía para la transformación de la escuela", Tercer Seminario Nacional de Investigación en Educación, Bogotá, 1986.
Rojas Soriano, R. (1983): Métodos para la investigación social. Una proposición dialéctica, México, Folios Ediciones.
Runciman, W. G. (1983): A TreoAise on Social Theory. Volume I: The Methodology of Social Theory, Cambridge, Cambridge University Press.
Sanjek, R. (comp.) (1990): Fieldnotes. The Makings of Anthropology, Ithaca, Cornell University Press.
Schatzman, L. y A. L. Strauss (1973): Field Research Strategies for a Natural Sociology, Nueva York, Prentice Hall. [322]
Schuster, F. G. (1981): "Individualismo y holismo metodológicos: notas para una polémica", Revista de Análisis Filosófico, Buenos Aires, vol. 1, n° 1, mayo.
— (1982): Explicación y predicción. La validez del conocimiento en ciencias sociales,

Buenos Aires, Clacso.
Schutz, A. (1974): El problema de la realidad social, Buenos Aires,' Amorrortu editores.
Sebeok, T. A. yj. Umiker-Sebeok (1987): Sherlock Holmes y Charles S. Parce. El método de la investigación, Barcelona, Paidós.
Selltiz, C. et al. (1980): "Métodos de observación" en Métodos de investigación en las ciencias sociaks, Madrid, Rialp.
Sigaud, L. (1979): Os clandestinos e os direitos. Estudo sobre trabalhadores da cana de acucar de Pernambuco, San Pablo, Duas Cidades.
Silverman, D. (1985): Qualitative Methodology & Sociology, Aldershot, ' Gower.
Sperber,D. (1985): OnAnthropologicalKnowledge, Cambridge, Cambridge University Press.
Spindler, G. D.(comp) (1970): Bemg an Anthropologist, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston.
Spradley, J. (1979): The Ethnographic Interview, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston.
—(1980): Paríicipant Observation, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston.
Stocking, G. W. (Jr.) (1968): Race, Cultura and Evolution. Essays in the History ofAnthropology, Chicago, University of Chicago Press.
—(1983): "Fieldwork in British anthropology", en Observers Observed. Essays on Ethnographic Fieldwork, Madison, University of Wisconsin Press.
—(1985): Objects and Others. Essays on Museums and Material Culture,
Madison, University of Wisconsin Press. Thiollent, MichelJ. M. (1982): Crítica metodológica, investigafáo social e enquéte operaría, San Pablo, Polis.
—(1986): Metodología de pesquisa, San Pablo, Cortez Editora - Editora Autores Asociados.
Tonkin, E. (1984): "Participant observation", en R. F. Ellen (comp.), Ethnographic Research. A Guide of General Conduct, Londres, Academic Press.
Torrado, S. (1983): La familia como unidad de análisis en censos y encuestas de hogares. Metodología actual y prospectiva en América Latina, Buenos Aires, Ediciones CEUR.
Touraine, A, et al. (1983): El país contra el Estado: luchas acátanos, Valencia, Instituto Alfonso el Magnánimo. [323]
Tremblay, M. A. (1982): "The key informant technique: a nonethno-graphic application", en R. G. Burgess (comp.), Field Research: A
Sourcebook and Field Manual, Londres, Alien &: Unwin. Trouillot, M. R. (1995): Silendng the Past. Power and the Production of
History, Boston, Beacon Press.
Turner, V. (1980): La selva de los símbolos, Madrid, Siglo XXI.
UNAM / Escuela de Profesionales / Acallan (s/f): Metodología de las
deudas sodales, México. Urry, J. (1984): "A history of field methods", en R. F. Ellen (comp.), Ethnographic Research. A Guide of General Conduct, Londres, Academia Press.
Valentine, C. (1972): La cultura de la pobreza, Buenos Aires, Amorrortu. Vessuri, H. M. C. (1971): Lana, Tenure and Sodal Structure in Santiago del Estero, Argentina, tesis doctoral, Oxford, University of Oxford, Linacre College.
—(1973): "La observación participante en Tucumán 1972", Revista Paraguaya de Sodología, Asunción, na 27. [También en S. E. Visacovsky y R. Guber (comps.), Historia y estilos del trabajo de campo en Argentina, Buenos Aires, Antropofagia, 2002.]
—(1974): 'Técnicas de recolección de datos en la antropología social", Etnia, Olavarría.

Visacovsky, S. E. y R. Guber (comps.) (2002): Historia y estilos del trabajo de campo en Argentina, Buenos Aires, Antropofagia.
Wallraff, G. (1985): Cabeza de turco, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
Warwick, D. P. y S. Osherson (comps.) (1973): Comparativo Research Methods, Nueva York, Prentice-Hall.
Wax, R. H. (1971): Doing Fieldwork. Warnings and Advice, Chicago, University of Chicago Press.
Weber, M. (1969): Economía y sodedad, México, Fondo de Cultura Económica.
— (1985): Sobre la teoría de las ciendas sodales, Barcelona, Planeta. Whiteford, S. (1981): Workersfrom theNorth. Plantations, Bolivian Labor,
and the City in Northwest Argentina, Austin, University of Texas Press. Whyte.W.F. (1993): Street Córner Sodety. The Sodal Structure ofanltalian
Slum, Chicago, The University of Chicago Press. Whyte, W. F. (1982): "Interviewing-in field research", en R. G. Burgess
(comp.), Field Research: A Sourcebook and Field Manual, Londres,
Alien & Unwin. Williams, G. (1991): The Welsh in Patagonia. The State and the Ethnic
Community, Cardiff, University of Wales Press. Willis, P. (1984): "Notas sobre el método", Cuadernos deFormadónpara
Investigadores, Santiago de Chile, Rincuare, na 2. [324]
Winch, P. (1971): Cienáa soáal y filosofía, Buenos Aires, Amorrortu.
Wolf, E. (1964): Anthropology, Nueva York, Englewood Cliffs, Prentice Hall.
— (1980): "Relaciones de parentesco, de amistad y de patronazgo en las sociedades complejas", en M. Banton (comp.), Antropología soáal de las sodedades complejas, Madrid, Alianza.
Woods, P. (1987): La escuela por dentro. La etnografía en la investigación educativa, Barcelona, Paidós / Ministerio de Educación y Ciencia.
Wright, E. O. (1984): "La crítica de Giddens al marxismo", Zona Abierta, Madrid, ne 31, abril-junio.
Zelditch, M. (1982): "Some methodological problems of field studies", en R.G.Burgess (ed.), Field Research: a Sourcebook and Field Manual, Londres, Alien & Unwin: 168-175. [325]

ROSANA GUBER

El salvaje metropolitano

El salvaje metropolitano se parece a un manual de métodos etnográficos, pero el recorrido por sus páginas pone de manifiesto que ese manual se desmiente a sí mismo como camino seguro y como recetario.

Se parece a un manual porque ofrece algunos ejercicios, abundantes ejemplos y numerosas reflexiones sobre las formas estandarizadas por la etnografía para producir conocimiento empírico válido y genuino, en una realidad que, entre su primera y su segunda edición, se ha transformado profundamente.

Esta segunda edición que publica Editorial Paidós –cuidadosamente revisada y ampliada por la autora– da cuenta de la natural sedimentación que toda obra de valor produce en el tiempo.

Su lectura permite comprobar la vigencia de sus premisas epistemológicas y de las prácticas del trabajo de campo que aquí se describen. Rosana Guber parte de la premisa de que el conocimiento de los grupos socioculturales sólo es posible en la medida en que el antropólogo aprehenda los medios propios de dicho grupo para generar conocimiento. Pero además postula que es imposible alcanzar tal comprensión si el profesional no despliega, a partir de sus propias percepciones, elaboraciones teórico-abstractas y, de modo más central, nociones teóricas en diálogo con su sentido común.

Lejos de limitarse al ámbito de la antropología, este libro resultará de utilidad para todos aquellos que trabajan críticamente y a conciencia con grupos de personas, de quienes quieren aprender sus perspectivas, sus modos de vivir y de pensar: trabajadores sociales, sociólogos, cientistas políticos, comunicólogos, historiadores y geógrafos, ingenieros y arquitectos, planificadores gubernamentales, médicos, abogados, entre otros.

ISBN 950-12-2719-7
66019
9 789501 227192

PAIDÓS ESTUDIOS DE COMUNICACIÓN